
Un susurro en la
ETERNIDAD
Sarah McAllen

UN SUSURRO en la ETERNIDAD

Sarah McAllen

Un susurro en la ETERNIDAD

Mayo 2026

© de la obra de Sarah McAllen

Instagram: @sarahmcallen_

Facebook: Sarah McAllen

Deposito legal: B 12622-2026

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Portada: Sara González

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

La información de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

«Tu corazón es libre…,
ten el valor de hacerle caso».
Bravehearth

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradeceros a vosotras, mis lectoras, mis guardianas, por seguir a mi lado y acompañarme en todas mis aventuras.

A mi madre, que es la primera en leer siempre mis libros y la que me transmitió el amor por los libros.

A mi correctora, Sonia Martínez Gimeno, y a Nani Mesa por darle el toque final a la historia, para que llegue hasta vosotras lo mejor posible.

Al aquelarre de brujís, del que forman parte Lisbeth Cavey, Esperanza Mancera y Enri Verdú. Gracias por los consejos, las risas y el apoyo.

A mi hija, el amor de mi vida. Espero que estés orgullosa de mí y de las mujeres valientes, fuertes e independientes que aparecen en mis historias. Sé que tú también serás una de ellas.

Espero que disfrutéis y que Harlow y Connor os hagan reír, emocionar y vivir una aventura que se quede en vuestros corazones.

Sarah McAllen

PRÓLOGO

Escocia, 1603
Clan MacDonald

El viento frío del lago se enredaba en el largo cabello negro de Harlow y el rojizo de Kyla, mientras corrían entre los juncos. Ambas niñas de diez años eran grandes amigas y siempre se las veía juntas, pese a que una era hija del *laird* y la otra, de una de las sirvientas.

La música de los festejos del clan MacDonald resonaba a distancia y creaba un ambiente alegre que se entremezclaba con las risas infantiles.

Harlow llevaba un vestido en tonos verdes bordado con hilos dorados, que su padre le trajo de Inverness. Pese a ser muy bonito, ella sentía que era demasiado pesado y aparatoso para poder saltar de roca en roca para cruzar el río.

—¡Si llegas a la otra orilla antes que yo, serás la reina del lago! —gritó Kyla, que, con su sencillo vestido de lana, se movía con mayor agilidad.

Ambas niñas comenzaron a saltar de una orilla a otra, hasta que las risas de unos muchachitos algo mayores que ellas llamaron su atención. Eran tres y llevaban los colores de los Stewart.

Kyla sintió un nudo en el estómago cuando los vio acercarse, pero Harlow, dando muestras de su valentía, alzó el mentón y no retrocedió ni un solo paso.

—¿Qué hacéis? —inquirió el más alto de los tres, que rondaría los catorce años y que tenía la nariz un tanto torcida,

presumiblemente, a causa de alguna pelea—. Este no es lugar para que dos mocosas como vosotras estéis solas.

Kyla bajó la vista al suelo y apretó su falda entre las manos, sin saber qué hacer o decir. Por el contrario, su amiga se puso en jarras y avanzó hacia ellos, retadora.

—Podemos estar donde queramos —declaró con firmeza—. Mi padre es el *laird* de estas tierras.

Los tres muchachitos volvieron a reír con sorna.

—Eso no hace que dejes de ser una niña malcriada —se burló el mismo que había hablado antes.

Harlow, furiosa, se agachó, tomó un puñado de barro de la orilla del río y se lo arrojó a la cara.

—Pues tú pareces un gorrino —espetó, satisfecha consigo misma.

El jovencito se limpió la cara con la manga de su camisa, asqueado, y clavó sus ojos grises sobre ella.

—No has debido hacer eso —rugió, justo antes de asestarle un fuerte empujón que la arrojó al caudaloso río.

Las aguas oscuras y frías la envolvieron, cerrándose sobre ella. A pesar de que su padre le enseñó a nadar desde muy temprana edad, aquel pesado vestido se enredaba entre sus piernas, impidiéndole mantenerse a flote demasiado tiempo.

Aun así, Harlow luchaba contra la corriente que la arrastraba. Pateaba con fuerza y tomaba bocanadas de aire cada vez que le era posible.

Kyla temblaba a causa del temor que la invadía por ver desaparecer la cabeza de su amiga bajo el agua. Echó a correr en busca de ayuda, mientras los tres niños miraban la escena horrorizados, como si acabaran de caer en la cuenta de que se habían metido en un buen lío.

Con el primero que se encontró Kyla fue con Niall, uno de los hermanos mayores de Harlow.

—¡Niall, Niall, Niall! —gritó la niña al llegar hasta él.

El jovencito se volvió y frunció el ceño al ver su rostro surcado de lágrimas.

—¿Qué sucede? —preguntó, quitándose su capa y poniéndola sobre los hombros de Kyla al malinterpretar que su temblor era a causa del frío.

Aunque solo tenía dieciséis años, era alto y musculoso; poseía un carácter tranquilo, amable y considerado que había cautivado el corazón de la pequeña pelirroja.

—Es Harlow… —consiguió decir.

La expresión de Niall demudó.

—Respira, Kyla, y explícame qué le sucede a mi hermana —le pidió manteniendo la calma.

—Tres muchachos se acercaron a molestarnos y uno de ellos empujó a Harlowie y la tiró al río.

—Harlow sabe nadar…

—No con el vestido tan pomposo que lleva puesto —le cortó.

Niall, entendiendo la gravedad del asunto, tomó a la niña en brazos.

—¡Shaw! —llamó al mayor de todos ellos, que ya había alcanzado la veintena.

El aludido clavó sus ojos azules oscuros en él.

—¿Qué sucede?

—Harlow está en peligro. La han arrojado al río y…

No pudo continuar la frase puesto que Shaw se lanzó a la carrera. Su hermana era su ojito derecho. Entre ellos existía un vínculo especial que todo el mundo podía ver, pero que nadie era capaz de igualar.

—No sabía qué más hacer —murmuró Kyla, aún entre los brazos de Niall.

Este bajó la mirada hacia ella.

—Hiciste lo correcto —le aseguró—. Viniste a por ayuda, eso es lo más inteligente que pudiste hacer.

—¿Qué pasa? —inquirió Bryson, el último de los hermanos MacDonald, llegando hasta ellos.

Era dos años más pequeño que Niall, pero casi igual de alto que él, aunque la mayor diferencia entre ellos residía en su carácter. Ya que Bryson era impulsivo y era fácil desatar su ira.

—Sigámoslo. Harlow está en problemas —respondió Niall, yendo tras su hermano mayor sin soltar a la asustada niña.

El corazón de Shaw bombeaba a toda prisa, en especial, cuando alcanzó a ver a su hermana siendo devorada por las temperamentales aguas del río.

Se deshizo de la capa y se arrojó al agua. El frío le cortó el aliento por unos segundos, aun así, no le prestó atención. Buscaba desesperadamente entre las corrientes cuando alcanzó a ver el cabello oscuro de Harlow.

Con brazadas fuertes llegó hasta ella y la tomó por la cintura para ayudarla a salir a flote. Los ojos ambarinos de la niña reflejaban un miedo que jamás había visto en ellos cuando los clavó en los suyos.

—¡Te tengo! —exclamó el joven guerrero, nadando de nuevo hacia la orilla.

Harlow tosía y se aferraba al cuello de su hermano con todas sus fuerzas, a la vez que su cuerpo temblaba a causa del frío que se colaba hasta sus huesos.

Bryson estiró los brazos cuando llegaron hasta él y la ayudó a salir del agua.

—¿Qué demonios has hecho esta vez, Harlow? —inquirió en tono de reproche.

Sin embargo, la niña solo pudo emitir un sollozo. Se sentía sobrepasada por el miedo que acababa de experimentar.

Shaw se arrodilló junto a ella y la abrazó, dejándola llorar sobre su pecho.

—Shhh, ya estás a salvo —murmuraba con ternura a la vez que apoyaba el mentón sobre su húmedo cabello—. Ya pasó.

—Ten —Niall cogió la capa que había sobre la hierba y se la tendió para que pudiera cubrir a su hermana con ella.

—¿Estás bien, Harlowie? —preguntó Kyla, aún aterrorizada.

—Tranquila, está bien —contestó Shaw por ella.

—Yo… lo siento —logró balbucir Harlow.

Su hermano mayor esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—No tienes nada que sentir, mi niña valiente —aseveró, retirándole un mechón de pelo de la cara.

—Tenía mucho miedo —reconoció.

—Mientras yo esté a tu lado, no debes temer. Yo nunca permitiría que te sucediera nada malo —le aseguró con la mirada cargada de ternura.

—Pero ¿qué ha sucedido? —insistió Bryson.

Ambas niñas desviaron la vista hacia los tres muchachitos que aún seguían observando la escena con expresión de culpa.

—Ese chico me empujó y me tiró al agua —declaró Harlow a la vez que señalaba con el dedo al culpable.

Bryson se giró hacia él, con la ira llameando en sus ojos.

—Ella me arrojó barro a la cara y me llamó gorrino —dijo, en un vano intento por defenderse.

—Porque os estabais metiendo con nosotras —intervino Kyla.

Sin pensarlo dos veces, Bryson embistió contra ellos.

—¡Cobardes! —rugió con las venas del cuello hinchadas, asestando un puñetazo al que parecía el cabecilla—. ¡Meteros con dos niñas! ¡Eso es de cobardes!

—Y tú eres muy valiente con tus hermanos mayores respaldándote, MacDonald —espetó el chico, limpiándose con el dorso de la mano el hilo de sangre que surgía de su labio partido—. Me gustaría ver qué sucedía si estuvieras solo.

—No me hace falta nadie para daros una paliza a los tres juntos.

Sin más ganas de hablar, empujó a otro de los muchachos con fuerza, haciéndolo caer de culo al suelo. Los cuatro rondarían la misma edad, pero superaban a Bryson en número, aunque eso jamás le había detenido. De todos sus hermanos, era el que se había metido en más peleas con diferencia.

El sonido de los puñetazos resonaba en el aire. Bryson, a pesar de su juventud, poseía la fuerza y el coraje de los MacDonald, y, por cada golpe que recibía, devolvía dos más con la rabia de un hermano protector.

—¡Basta ya! —ordenó Niall en tono firme y cortante, interponiéndose entre ellos.

El pecho de Bryson subía y bajaba de manera agitada a causa del esfuerzo. Miró a su hermano con un ojo hinchado y los puños ensangrentados.

—No me pidas que deje pasar lo que han hecho —le dijo entonces a Niall—. ¡Pudieron haber matado a Harlow!

—Y ya les has dado una lección, pero la violencia nunca es la solución.

Las palabras de Niall no eran una súplica para que parara de pelear, sino, más bien, una orden.

Bryson asintió, no sin antes fulminar a su contrincante con la mirada.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino a partir de ahora, Lewis Stewart, o acabaré lo que he empezado —sentenció.

El aludido sonrió de medio lado, como aceptando el reto, antes de alejarse junto a sus dos amigos.

—Llevemos a Harlow a casa. Necesita entrar en calor —dijo Shaw poniéndose en pie y sosteniendo a su hermana en brazos con firmeza mientras recorría el sendero de regreso al castillo.

Harlow apoyó la cabeza contra su hombro y suspiró. Su olor, el acompasado latir de su corazón y su voz firme eran como un bálsamo que calmaba sus nervios.

—Padre nos va a regañar por jugar cerca del río —se lamentó.

—¿Acaso eso te ha importado alguna vez, granujilla? —bromeó.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de la niña.

—No demasiado —reconoció.

—Por cierto, te noto más liviana de lo que recordaba. ¿No te habrás encogido con el agua? —bromeó con la intención de hacerla sonreír.

Y lo logró. Harlow soltó una risita cantarina y alzó la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Imposible —replicó—. Lo que sucede es que tus músculos han crecido mucho en el último año. Además, te estás volviendo tan alto que pronto no podrás cruzar la puerta sin tener que agacharte.

—Demasiado alto, ¿yo? No es culpa mía que tú seas tan pequeña.

Harlow rio de nuevo, y Shaw sintió como el nudo de miedo que se formó en su pecho desde el instante que vio como el río la engullía comenzaba a deshacerse.

—Gracias por salvarme, Shaw —murmuró la niña.

Su hermano siempre había sido su refugio, su lugar seguro en el mundo. La protegía y sacaba la cara por ella ante su padre

cuando hacía cosas que no se veían apropiadas para una señorita, y siempre tenía una sonrisa para ella.

—Siempre lo haré, hermana. Siempre.

***

Ya había anochecido cuando Harlow salió de su alcoba y fue en busca de su amiga, previa reprimenda de sus padres. Lachlan y Eneida MacDonald sabían que no serviría de nada, puesto que su hija era la persona más obstinada que hubieran conocido nunca, aun así, su papel de padres consistía en intentar que aprendiera como debía comportarse una futura mujer. Sin embargo, Harlow se había criado con tres hermanos mayores y aprendió de ellos todas las travesuras y la forma de enfrentarse al mundo.

La luz de las antorchas creaba sombras danzantes y el ambiente en el clan era festivo. Todos parecían reír, bailar y disfrutar.

Las dos niñas se detuvieron junto a Shona, la hermana mayor de Kyla. Tenía dieciocho años, el cabello tan rojizo como su hermana y una sonrisa alegre y pizpireta.

Tres jóvenes guerreros que lucían los colores de los Cameron se pavoneaban ante ella. Harlow no tardó en reconocer a dos de ellos. Connor y Alexander Cameron, los hijos del *laird* del clan. Sus largos cabellos dorados y ese atractivo del que todo el mundo hablaba los delataba.

Las historias sobre los Cameron eran muchas y a Harlow le fascinaban cuando oía hablar de ellas a las sirvientas, incluida Shona. En todas se señalaba su valentía y su feroz determinación en el campo de batalla. Además de que no había mujer que conociera a uno de ellos y no se quedara prendada de él.

La atención de Harlow se centró en Connor, el mayor de los dos, que rondaría la veintena. Su postura era altiva y lucía una sonrisa burlona en su increíblemente hermoso rostro. Poseía unos

ojos verdes que chispeaban y encarnaba la imagen de alguien que sabe el efecto que causa su atractivo en las mujeres.

En sus manos brillaba una daga con la empuñadura de plata finamente labrada que maravilló a la niña. Era un arma realmente hermosa.

Connor arrojó la daga hacia un árbol cercano, acertando justamente en la marca que hicieron previamente.

—Y así es como se hace —le dijo a Shona sonriendo de medio lado con petulancia.

—¡Es increíble! —exclamó la joven, aplaudiendo emocionada—. Has acertado todas las veces. No he visto jamás nada igual.

—¿De verdad eso te parece increíble? —la voz de Fyfe, el mejor amigo de Shaw, hizo que todos se volvieran hacia él.

Ambos jóvenes se aproximaban con un aire arrogante que a Harlow le recordó a cuando dos gallos se lucen delante de las gallinas antes de que la pelea entre ellos se desatase.

—Bonito juguete, Cameron —comentó su hermano, cruzándose de brazos—. ¿Lo utilizas solo para presumir o realmente sabes usarlo?

Connor, con la postura relajada, fue a recoger la daga y comenzó a darle vueltas entre sus dedos.

—¿Quieres averiguarlo, MacDonald? —respondió con una medio sonrisa.

Alec, que solo era un año más pequeño que Connor, se interpuso entre ellos.

—No creo que haga falta llegar a eso.

—¿Tienes miedo, pequeño Cameron? —se burló Fyfe.

Wallace, el tercero de los Cameron que estaba allí y que era amigo de los hermanos, dio un paso al frente y sonrió de oreja a oreja.

—Lamento decirte que nosotros no sabemos lo que significa esa palabra, MacDonald.

Shaw y Fyfe se carcajearon.

—Seguro que no —ironizó el hijo del *laird*.

—¿Por qué no te dedicas a hacer de niñera de tu hermanita y nos dejas en paz? —sugirió Connor, mirando a la niña con una ceja enarcada—. Por lo que he oído, necesita mano dura para que aprenda a comportarse como es debido.

Harlow sintió deseos de asestarle una patada y, por el modo en que las mandíbulas de su hermano palpitaron, supo que a él le sucedía igual.

—Si buscas pelea, solo tienes que pedirlo —repuso, avanzando hacia Connor.

Este giró la daga una vez más entre sus dedos antes de deslizarla en su cinturón.

—Creía que quedaba claro. Olvidé que no eres demasiado avispado.

En un instante, los puños comenzaron a volar entre los dos. Prácticamente tenían la misma altura, aunque Connor era algo más corpulento.

Alec intentó mantenerse al margen, hasta que Fyfe le asestó un empujón y no le quedó más remedio que entrar en la refriega.

—¡Deja a mi hermano! —gritó Harlow intentando llegar hasta Connor para golpearlo, pero Wallace la detuvo.

—Esto es cosa de hombres, chiquilla.

La niña, furiosa por su intromisión, le mordió con fuerza la mano con la que la agarraba, haciéndolo gritar.

—Vámonos, Kyla —dijo Shona tras tomar a su hermana del brazo.

—No quiero —protestó la niña—. No voy a dejar sola a Harlow.

—No podemos meternos en problemas, nosotras no somos como ella —susurró para que solo su hermana la oyera—. No olvides que nuestra posición en el clan es de simples criadas.

Echó una última mirada hacia Shaw y Connor, que peleaban con fiereza, antes de alejarse con Kyla a rastras.

El choque de cuerpos, gruñidos y el sonido seco de los puños golpeando contra el rostro del otro llenaron el aire. No era la primera pelea entre los Cameron y los MacDonald y, por desgracia, seguro que tampoco sería la última.

—¡¿Qué sucede aquí?! —la voz profunda de Lachlan MacDonald resonó como un trueno.

Los jóvenes dejaron de golpearse, pese a que el ambiente seguía tenso y con un aura de desafío. Shaw y Connor se miraban el uno al otro, con las respiraciones agitadas y los puños aún apretados a ambos costados de su cuerpo.

—Esta no es manera de comportarse como invitados de los MacDonald —dijo Robert Cameron, que observaba a sus hijos con censura.

—¡Él comenzó la pelea! —declaró Harlow señalando a Connor.

—¡Cállate, mocosa! —espetó malhumorado.

—¡No le hables de ese modo a mi hermana! —rugió Shaw.

—Shaw —murmuró Harlow y tiró del kilt de su hermano, asustada al ver que tenía el rostro ensangrentado.

Él se agachó y la tomó en brazos.

—Tranquila, mi niña valiente. Todo está bien —le aseguró.

—Es mejor que nos vayamos —sugirió Lamont, el abuelo de los jóvenes Cameron, que permanecía de pie junto a Athol, su hijo, y su yerno, el *laird* del clan.

Sin duda, Connor y Alec habían heredado su aspecto físico de la familia materna, a juzgar por el parecido que existía entre el tío y los

sobrinos. Los tres rubios, altos y bien parecidos, a diferencia de Robert, que era más moreno y de menor estatura.

—Sí, marchémonos —dijo Robert Cameron, no sin antes dirigirse al *laird* MacDonald—. Lamento lo sucedido.

—Yo también —concordó Lachlan con el semblante serio.

—Y yo —añadió Shawn—. Lamento que hayan llegado en tu rescate y no haber podido darte la paliza que merecías —le dijo a Connor, con una sonrisa de suficiencia dibujada en el rostro.

El rubio se giró hacia él con fiereza.

—Esto no ha terminado, MacDonald —declaró en un susurro que solo alcanzaron a oír Shaw y Harlow—. Vigila tus espaldas, porque cuando menos te lo esperes, me tendrás detrás de ti para acabar lo que empezamos.

Aquella amenaza quedó flotando en el aire, incluso después de haberse marchado, como un presagio de futuros enfrentamientos.

***

El aire en el castillo MacDonald estaba cargado de tensión.

Shaw, con los nudillos magullados a causa de la confrontación con Connor, se mantenía de pie frente a su padre, apretando la mandíbula y con la espalda rígida.

Lachlan lo miraba con severidad, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Sin embargo, no estaban solos. Harlow se mantenía escondida tras uno de los sillones del salón, dispuesta a intervenir si su hermano la necesitara.

—No me puedo creer que te hayas liado a mamporros durante las celebraciones del clan. ¿Acaso no has oído hablar de la hospitalidad escocesa?

—Sí, padre, pero…

—Eres el futuro *laird*, tu comportamiento debe ser ejemplar —prosiguió tras interrumpirle.

Shaw exhaló con fuerza.

—¿Y hubiera sido mejor quedarme quieto mientras un Cameron se pavonea delante de una de nuestras mujeres?

Lachlan frunció el ceño.

—¿Qué más te da a ti lo que haga en ese aspecto? Tu matrimonio con Murron está decidido. Te unirás a la hija del *laird* Gillies y, con ello, unirás nuestras tierras con las suyas, y fortalecerás al clan.

La mención del compromiso hizo que Shaw sintiera que se quedaba sin aire. Murron era una joven sin gracia y de escasa belleza. A pesar de todo, sabía que su deber era casarse con ella, pese a ser difícil aceptarlo.

—¿Qué sucedería si me negara a hacerlo? —se atrevió a preguntar.

Lachlan lo observó con aparente calma, pero el brillo de sus ojos ambarinos, iguales a los de su hija, revelaba que no la sentía realmente.

—Que estarías rompiendo la promesa que le hicimos a su padre —respondió con lentitud, como si estuviera arrastrando las palabras para que estas se filtrasen en la mente de su primogénito—. Esto no se trata de ti, Shaw. Es el futuro del clan. ¿Crees que no lo hemos hecho otros antes que tú? ¿Que pude elegir casarme con tu madre? No, no fue así. Mi padre y el suyo concertaron nuestro enlace; después, aprendimos a amarnos.

—Y si a mí no me sucede lo mismo —insistió.

—¿Por qué no iba a sucederte?

—Puede que mi corazón pertenezca a otra persona.

Lachlan cuadró los hombros.

—Somos *highlanders*, no tenemos cabida en nuestras vidas para nada más que no sea luchar por nuestro clan. Debes aprender esa lección, hijo.

Con un leve asentimiento de cabeza, Shaw giró sobre sus talones y abandonó el salón. Sentía el peso de un futuro no deseado quemándole la piel.

Harlow, percibiendo la angustia de su hermano, salió de su escondite y trató de ir tras él.

—¿Qué hacías tú ahí, pequeña bribona? —la detuvo su padre.

—Quiero ir con Shaw —respondió a la vez que intentaba librarse de su agarre.

—Déjalo, Harlow. Tu hermano tiene que saber cuál es el lugar que ocupa y las obligaciones que eso conlleva. Por eso necesita estar solo y pensar acerca de lo que le he dicho.

La niña apretó los labios.

—¿Por qué vas a obligarlo a casarse con Murron Gillies? Él no quiere hacerlo.

—Es su deber.

—Yo creo que no hay mayor deber que seguir a nuestros corazones —declaró con vehemencia.

Lachlan la tomó en brazos, se sentó en el sillón tras el que antes estuvo escondida y la colocó sobre su regazo.

—Los hombres a veces tenemos que hacer frente a situaciones que pueden no ser de nuestro agrado, pero las responsabilidades nos lo exigen —comenzó a explicarle—. Las cosas del corazón, los sentimientos… no tienen cabida en nuestro mundo. Eso os lo dejamos a vosotras, las mujeres.

—¿A mí también me obligarás a casarme con un hombre al que no quiera? —indagó con el ceño fruncido.

El pecho de Lachlan vibró a causa de la risa que trataba de contener.

—No, pequeña tunanta. A ti no te obligaré a casarte con ningún hombre que no quieras, porque tienes tres hermanos mayores que pueden formar alianzas, lo que te dará a ti la libertad de decidir con quién quieres casarte. Aunque para eso aún falta mucho tiempo.

—¿Me lo prometes?

Su padre asintió.

—Te doy mi palabra.

***

Harlow era incapaz de dormir. Llevaba horas dando vueltas en la cama, pero los acontecimientos del día le habían pasado factura. Así que, como tantas otras noches, se levantó y se encaminó al cuarto de Shaw. Su hermano jamás le negaba que durmiera con él, ni tampoco le molestaba que lo despertara en mitad de su descanso.

Abrió la puerta de la alcoba y al dar el primer paso hacia el interior, su pie descalzo aterrizó sobre una sustancia viscosa que no supo identificar, hasta que la luz de la luna que se filtraba por la ventana le dejó ver el cuerpo de Shaw, que yacía inmóvil en el suelo, sobre el charco de sangre que acababa de pisar.

Por un breve instante, el mundo a su alrededor se desvaneció. Se quedó mirando en la semioscuridad los ojos sin vida de su hermano, que parecían atravesarla.

—Shaw… —murmuró avanzando hacia él, impregnando el bajo de su camisón blanco de sangre.

No obtuvo respuesta y, entonces, la desesperación se apoderó de ella. Se abalanzó sobre su cuerpo y lo sacudió, rogándole que despertara.

Sus agónicos gritos alertaron al resto de su familia, que no podían creer la horrible escena que tenían ante ellos.

La primera en reaccionar fue su madre, que cayó de rodillas al suelo, temblando. Recorría con ojos llorosos el cuerpo de su

primogénito, en busca de alguna muestra de aliento o algún leve movimiento que indicara que su peor temor no se había hecho realidad y que estaba vivo.

Bryson y Niall no podían moverse. Era como si aquella escena los hubiera golpeado con tal fuerza que los había dejado sin aliento.

Las llamas de la antorcha que Lachlan llevaba en la mano temblaban, a la vez que su mirada seguía posada sobre el cuerpo de su hijo mayor.

El silencio solo era roto por los sollozos y las súplicas de Harlow.

Niall, que fue el primero en recuperar la serenidad, se aproximó a su hermana e intentó apartarla del cuerpo sin vida de Shaw.

—¡No! ¡Déjame! —gritaba la niña—. Tiene que despertar.

Pese a sus reticencias, Niall la tomó en brazos y la acurrucó contra su pecho.

—Ya no despertará más, Har —dijo en un susurro ahogado.

—No puede ser —gimió con desesperación.

Aturdida, recorrió la alcoba con los ojos llorosos y se fijó en la daga que estaba tirada en una esquina de la alcoba. Era preciosa y con la empuñadura de plata labrada. La reconoció al instante.

—Bájame —le pidió a su hermano.

—Harlow…

—¡Que me sueltes, Niall! —gritó y pataleó.

Al fin, hizo lo que le pedía y corrió hacia el ensangrentado puñal.

—¿Qué haces, Harlow? —inquirió su padre, que trataba de recomponerse de aquel duro golpe.

—Sé quién ha hecho esto. —Les mostró el arma—. Connor Cameron. ¡Ha sido él!

Lachlan negó con la cabeza.

—No puedes hacer una acusación así si no…

—Esta daga es suya —le interrumpió—. Y amenazó con apuñalarle por la espalda.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Bryson.

—Tras la pelea.

—Yo no lo oí —aseveró Lachlan.

—Pero yo sí —insistió la niña.

El *laird* respiró hondo y, girándose hacia una de las sirvientas que se arremolinaban en el corredor, le ordenó:

—Traed ante mí a Connor Cameron.

Harlow le entregó el arma a su padre y esperó paciente junto a él. Unos minutos después, el *laird* Cameron apareció acompañado de su cuñado y su hijo menor, pero ni rastro de Connor.

—Dios santo, ¿qué ha sucedido aquí? —inquirió Robert con el ceño fruncido.

—¿Connor es el responsable de esto? —preguntó Lachlan sin rodeos—. Mi hija asegura que amenazó a Shaw con matarle y esta daga ha sido el arma con la que le han arrebatado la vida. ¿Te suena?

Robert la estudió y asintió.

—Sí, perteneció a mi abuelo y ahora es de Connor, pero él no ha podido hacerlo. Abandonó el clan, siguiendo mis indicaciones, justo después de la trifulca.

—¿Si les pregunto a mis guerreros corroborarán eso? —insistió Lachlan.

—Puedo apostar mi vida a que lo harán.

—¿Y cómo ha llegado la daga hasta aquí? —intervino Niall.

—Me gustaría saberlo tanto como a ti, chico —respondió el *laird* Cameron—. Lamento mucho la muerte de Shaw, Lachlan. No puedo ni imaginar lo que estaréis pasando. Tu hijo era un buen muchacho y

espero que su muerte no quede sin castigo. Sin embargo, te doy mi palabra de que Connor no ha tenido nada que ver con esto.

—Padre, lo que dice no es cierto. ¡Yo sé que fue él! Connor Cameron ha matado a Shaw por la espalda, como el sucio cobarde que es —espetó Harlow llena de ira.

—Ya has oído a Robert, hija. Abandonó el clan hace horas.

—¡No es cierto! Sé que miente —gritó, arrebatándole la daga de la mano y mostrándosela a Robert—. Esta daga es suya y sé que con ella ha perpetrado la amenaza que hizo y voy a hacérselo pagar.

Su padre suspiró y hundió los hombros. De repente, parecía haber envejecido diez años.

—Niall, acompáñala a su habitación —le pidió al que ahora se había convertido en su hijo mayor—. Y tú, Bryson, encárgate de tu madre.

Ambos jovencitos asintieron, apresurándose a hacer lo que su padre les había ordenado.

—No quiero marcharme. ¡Shaw me necesita! —gritaba Harlow mientras su hermano la sacaba de allí.

En brazos de Niall, miraba el cuerpo de Shaw cada vez más alejado, mientras apretaba sus dedos alrededor de la daga. Sentía el frío metal contra su piel, e incluso parecía que ese mismo frío hubiera calado hasta su corazón.

Escondió el puñal entre sus faldas, rezando para que, en medio de ese caos, nadie recordara que ella la tenía, porque tarde o temprano haría pagar a Connor Cameron por lo que hizo, y sería poético que fuera con su propia daga.

***

El cielo estaba cubierto de nubes grises, como si él también llorara la pérdida de Shaw MacDonald.

El clan entero se había reunido en el cementerio. Los rostros de todos los presentes se veían sombríos, marcados por el duelo y la ira contenida que la injusta muerte del joven les causaba.

En medio de todos ellos se encontraba Harlow. Permanecía inmóvil mientras su vestido oscuro ondeaba con el viento. Algo había cambiado dentro de ella, era como si, de repente, hubiera dejado de ser esa niña alegre e inocente, y en su lugar solo estuviera un ente vacío que no lograba sentir más que rabia.

Rabia porque ya nunca más podría acudir en busca de su hermano mayor a por consuelo. Rabia porque él no se merecía morir de ese modo, con la larga vida que tenía por delante. Rabia porque ya nunca nadie volvería a llamarla «mi niña valiente».

Cubrieron la tumba con tierra a la vez que el clérigo recitaba un sermón en honor a la memoria de su hermano, pero Harlow no lo escuchaba. ¿Qué sabría él de cómo era realmente Shaw MacDonald? De su generosidad, la ternura que desprendía, su inteligencia… Nada de lo que se dijera con palabras podría describir su radiante personalidad.

Todos a su alrededor murmuraban rezos, mientras su familia se desmoronaba. Su madre era incapaz de dejar de llorar, Bryson y Niall se mantenían en silencio, con los rostros marcados por la tristeza, y su padre… él no demostraba emoción alguna, a pesar de que sus ojos parecían haberse ensombrecido.

Fyfe también se congregaba en torno a la tumba. La pérdida de su mejor amigo le había marcado más de lo que admitiría. Incluso Shona, la hermana de Kyla, lloraba desconsolada y le recordaba a una afligida viuda.

Murron Gillies también se quedó para el entierro del que debió ser su esposo, pero ella mantenía una pose serena y digna. No había derramado una sola lágrima a pesar de las condolencias que todos le ofrecían.

Sin importarle lo que los demás pensaran, Harlow se arrodilló junto a la tumba. Sus manos temblaban a causa de los esfuerzos

que hacía por contener el dolor y la ira que burbujeaban en su interior.

Respiró hondo para llenar de aire sus pulmones, preparándose para la promesa que estaba a punto de pronunciar:

—Juro ante tu tumba que no descansaré hasta vengar tu muerte —murmuró con sus ojos clavados sobre la tierra recién puesta—. El responsable pagará por lo que te ha hecho, sin importar el tiempo que me lleve lograrlo. Nunca descansaré hasta que yazca como el cobarde traidor que es.

***

Tras la tragedia, Dún Dubh pasó a ser un lugar silencioso y triste. El castillo en el que antaño resonaban las charlas y las risas de la familia se había convertido en una mazmorra que parecía mantener atrapados dentro a sus habitantes.

Eneida se negaba a salir de su alcoba desde el entierro. Ya no se oía su voz serena ni su risita alegre. Solo sus sollozos desesperados y gritos de angustia pronunciando el nombre de su difunto hijo.

Harlow trató de hablar con ella.

—Madre… —susurró, acercándose con pasos lentos a la cama donde estaba recostada.

Eneida no respondió. Se mantenía con los ojos cerrados y su cuerpo se agitaba a causa de los espasmos que le causaba el llanto.

La niña subió al lecho y la abrazó desde atrás. Durante todos sus años de vida, su madre fue el corazón de la familia. Ella siempre sabía encontrar palabras de consuelo y era un bálsamo para todos sus hijos. Sin embargo, ahora parecía un alma rota.

—Yo también lo extraño —logró murmurar Harlow con la voz entrecortada.

Por un instante, pensó que su madre no la escuchaba, hasta que habló con un hilo de voz.

—Era mi hijo mayor…

Había tal pesar en sus palabras que estas parecieron clavarse en el corazón de Harlow como la misma daga que mató a Shaw.

—Aún nos tienes a nosotros —le recordó.

—No puedo superar este dolor, Harlow. Me desgarra desde dentro —se sinceró—. Necesito estar sola.

La niña le dio un beso en la mejilla y, respetando sus deseos, abandonó la estancia.

***

Eneida no era la única que cambió desde la muerte de Shaw. Lachlan parecía haber perdido la capacidad de sonreír. En el lugar donde antes latía su corazón, solo quedaba un vació oscuro, que parecía consumirlo. La muerte de su hijo le arrebató algo irremplazable, pero como *laird* del clan, no tenía el privilegio de derrumbarse.

Se detuvo frente a Niall, con la espalda erguida. La carga abrumadora que iba a recaer sobre el joven era tremenda, no obstante, no quedaba otro remedio.

—Ahora eres el futuro *laird* de los MacDonald y, como tal, debes comenzar a aprender cuales serán tus obligaciones —le decía con voz firme.

El joven de dieciséis años apretó los puños. Nunca se imaginó en esa situación. Él siempre había visto a su hermano mayor como alguien fuerte, un ejemplo a seguir, y no sabía si podría tomar su lugar. ¿Y si no lograba llenar el hueco que había dejado? ¿Y si no era capaz de desempeñar el papel que ahora se esperaba de él?

—Padre… —comentó con la voz más titubeante de lo que le hubiera gustado demostrar—. No creo que pueda remplazar a Shaw.

—No te estoy pidiendo que lo remplaces —afirmó, sosteniéndole la mirada—. Te pido que lo honres. Que hagas que, desde donde esté, se sienta orgulloso del hombre que puedes llegar a ser.

Niall asintió. Comprendía que le pedía que dejara atrás a ese jovencito un tanto inseguro para convertirse en el sucesor que su

padre y el clan necesitaban.

Había nacido y crecido para ser el segundo hijo, sin embargo, el destino lo convirtió en el heredero de los MacDonald. Y de repente, no solo había perdido a su hermano, también su libertad.

***

Por su parte, Bryson parecía arder por dentro. Era como si su duelo se hubiera transformado en cólera.

La furia era lo único capaz de silenciar el dolor que le quemaba dentro del pecho. Era incapaz de llorar, como hacían su madre o Harlow. Tampoco podía encerrarse en el silencio, como su padre, o concentrarse en las nuevas responsabilidades, como Niall. Lo único que lo aliviaba era destruirlo todo a su paso.

De hecho, lo primero que hizo cuando regresó del entierro fue pagar su frustración con los muebles de su cuarto. Estrelló los puños contra el baúl, arrancó un tapiz de la pared, arrojó una jarra contra el suelo… Los estruendos resonaban por toda la casa, pero nadie lo detuvo. La impotencia lo consumía, arrastrándolo a destrozar, gritar y golpear lo que encontraba a su paso.

Una noche, tras un par de meses desde la pérdida, Bryson salió al patio de armas como si necesitara que el blanco de su ira ya no fuera algo inanimado, sino una persona de carne y hueso que pudiera devolverle los golpes. Quería sentir dolor físico para poder olvidarse del que notaba dentro de sí.

Clavó sus cristalinos ojos azules en uno de los guerreros del clan de manera retadora.

—¿Qué miras de esa manera, chico? —le soltó.

Bryson no respondió, solo estrelló su puño contra el rostro del hombre que le doblaba la edad.

El impacto fue seco y feroz, y le hizo tambalearse. Aun así, se recuperó con rapidez y, emitiendo un rugido furioso, se abalanzó sobre el joven.

Bryson peleaba como si cada golpe pudiera devolverle a su hermano. Como si, en medio del caos, solo encontrara sentido en la violencia.

—¡Ya basta! —gritó Niall interponiéndose entre ellos y separándolos con la ayuda de Fyfe.

—¡Déjame! —rugió con las venas del cuello hinchadas.

—No, no voy a dejarte. —Apoyó las manos en los hombros de su hermano y lo miró a los ojos—. ¿Crees que esto lo traerá de vuelta? Él nunca volverá, y cuanto antes lo aceptes, antes podrás recuperarte.

El cuerpo de Bryson se tensó. De repente, las palabras de Niall y la mirada marrón verdosa que le dirigía destaparon una verdad que no estaba preparado para escuchar.

Shaw jamás regresaría. Y ninguna pelea cambiaría esa cruel realidad.

De un manotazo, apartó a su hermano de él y se alejó a toda prisa. Necesitaba estar solo.

***

Harlow y Kyla permanecían sentadas junto al río del que su hermano la sacó y le salvó la vida hacía ya varios meses. Las dos niñas permanecían con las rodillas sobre el suelo embarrado y las manos fuertemente entrelazadas.

—No puedo creer lo que estoy viviendo, Kyla. Todo parece un mal sueño del que, de un momento a otro, voy a despertar.

Su amiga comprendía el vacío de su pérdida. Ella misma lo sintió cuando su padre falleció a causa de unas fiebres.

—Solo recuerda que no estás sola, Harlowie. Yo estoy contigo. ¡Siempre lo estaré!

Las dos se fundieron en un tierno abrazo. Kyla era esa hermana que siempre quiso tener, solo que de otra sangre.

Harlow notaba la presión del nudo que atenazaba su garganta, aun así, no fue capaz de derramar una lágrima.

El momento de consuelo entre las dos se rompió cuando Shona apareció ante ellas con el ceño fruncido y una postura rígida.

—Aquí estabas —espetó con voz tensa—. Madre está que trina. No puedes escaparte cuando te venga en gana, Kyla.

—Solo quería estar con Harlow —explicó con sus grandes ojos verdes alzados hacia ella.

—Ven ahora mismo —le ordenó—. Tu lugar es en las cocinas y ayudando a madre con las tareas, no perdiendo el tiempo.

Harlow se puso en pie y se plantó frente a la joven sirvienta.

—No es cierto. Kyla puede acompañarme cada vez que quiera.

Shona chasqueó la lengua, impaciente. Era como si la negrura que invadía a su familia también la hubiera alcanzado a ella, agriando su carácter.

—Kyla es una sirvienta, señorita. No es uno de ustedes.

—Es mi amiga —declaró la pequeña con vehemencia.

La joven esbozó una sonrisa cargada de desprecio.

—¿Hasta cuándo?

Ambas niñas se miraron entre sí, sin comprender a qué se refería.

—Yo no…

—¿Hasta cuándo se mantendrá esta amistad? —aclaró cortando las palabras de Harlow—. Cuando tengáis algunos años más, ella solo será un recuerdo para usted. Esa niña pelirroja con la que jugaba y que no será más que una sombra que pasea por su casa, organizando su ropa y limpiando sus suelos. Esta amistad está destinada a fracasar y cuanto antes lo aceptéis, será mejor para todos.

Agarró a su hermana con fuerza del brazo y la arrastró tras ella. Kyla volvió sus ojos hacia la otra niña y una lágrima corrió por su mejilla.

—Lo siento —pudo leer en sus labios.

Y, sin duda, ella también sentía que el futuro para ellas pudiera deparar tan cruel destino. Aunque, si estaba en su mano, jamás lo

permitiría.

¡Connor Cameron se lo estaba arrebatando todo!

Con esa idea en la cabeza, fue en busca de Niall. Lo encontró en los establos junto a Fyfe. Se plantó frente a él con los brazos en jarras.

—¡Quiero que me enseñes a luchar!

Su hermano bajó sus ojos hacia ella.

—Harlow, no tengo tiempo para esas tonterías infantiles.

—No es una tontería infantil —se defendió—. Quiero saber usar la espada, el arco…, la daga.

—Olvídalo, no voy a enseñarte —comenzó a alejarse dando por zanjada la discusión, pero Harlow lo siguió.

—¿Por qué no? Padre os enseñó a vosotros, ¿por qué yo no puedo aprender?

Niall respiró hondo como si tratara de mantener la calma.

—Porque no es correcto.

—¿Y quién determina lo correcto y lo que no? —insistió, cruzándose de brazos y alzando el mentón, desafiante.

—Nuestras tradiciones, padre… Qué sé yo… —Se encogió de hombros—. La vida en general.

Harlow sintió una oleada de frustración.

—¡Al infierno todo eso!

—¡Harlow, por favor, compórtate! —le exigió su hermano—. Ya tenemos bastantes problemas, intenta no convertirte en otro más.

Tras aquellas palabras se marchó a grandes zancadas, dando por terminada la conversación. No obstante, la niña no pensaba dejarlo estar. Se volvió hacia Fyfe, que acariciaba uno de los caballos de manera distraída, y le preguntó:

—¿Y tú?

El joven guerrero desvió los ojos hacia ella y frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—¿Tú me enseñarías a pelear?

—Tu hermano acaba de decirte…

—Lo he escuchado, no soy sorda —lo cortó—. Pero necesito saber luchar y tú puedes enseñarme. Shaw lo hubiera hecho.

Fyfe exhaló, como si sus palabras lo hubieran golpeado. Apoyó una mano en el lomo del caballo, la otra en su cadera y observó a Harlow con una expresión indecisa.

—Usar la espada no es ningún juego.

—Lo sé, por eso mismo quiero aprender —espetó de manera apasionada—. Mi hermano mayor está muerto, Fyfe. Alguien lo mató a traición y si nadie piensa hacer nada para vengar su muerte, lo haré yo.

El guerrero se tensó al escucharla.

—Cuando sepamos quien es el culpable, se lo haremos pagar. Tu padre está indagando al respecto. No es tu batalla, pequeña.

—Claro que lo es —le contradijo apretando los puños—. Aunque ninguno creáis que Connor Cameron es el responsable, mi corazón dice a gritos que sí lo es. La daga que encontré en la alcoba de mi hermano era suya, por no hablar de la amenaza que le lanzó. Todo apunta a él. ¿No te das cuenta?

—No estaba en el clan en el momento del ataque —le recordó —. Lachlan se encargó de comprobarlo.

—O eso nos hizo creer.

El silencio se hizo entre ellos. Fyfe la estudiaba en busca de alguna señal que le indicara que podría convencerla de que aprender a luchar era mala idea, pero no la halló.

—Si tú no me ayudas, encontraré a otro que lo haga.

Dio media vuelta para alejarse, cuando las palabras de Fyfe la detuvieron.

—Está bien, lo haré —dijo con resignación—. Pero será un secreto. No quiero que tu padre o tus hermanos me rebanen el pescuezo por enseñar a una señorita a comportarse como un hombre.

—No quiero ser una señorita, sino una guerrera —aseveró con una luz nueva brillando en sus ojos color ámbar.

—No será fácil —le advirtió.

—No espero que lo sea.

CAPÍTULO 1

Escocia, 1608
Clan MacDonald

El tiempo no sanó las heridas que la muerte de Shaw provocó en su familia. Solo se transformaron en cicatrices profundas. Invisibles, pero imposibles de ignorar.

Lachlan no volvió a esbozar una sonrisa. El dolor de no haber podido vengar la muerte de su hijo pesaba sobre él como una losa de la que no podía desprenderse.

Niall fue obligado a aprender de golpe todas las responsabilidades que Shaw fue absorbiendo desde el momento de su nacimiento. Dejó su calidez atrás y su rostro ya solo reflejaba la barrera que él mismo había erigido, y que parecía impenetrable.

Bryson encontró refugio en las peleas. Su cuerpo llevaba las marcas de las confrontaciones en las que se metía, la mayoría de ellas, sin razón aparente.

Harlow, tras jurar venganza junto a la tumba de Shaw, parecía haber olvidado lo que era ser feliz. Era como si en su mundo se hubieran apagado los colores, solo veía sombras.

Sin embargo, la peor parte se la llevó Eneida. Jamás se recuperó ni un ápice de la pérdida de su primogénito. Se mantenía encerrada en su alcoba, apenas comía ni se movía. Era como un alma en pena que pasaba horas y horas frente a la ventana de su habitación, mirando al horizonte y deseando que llegara el día que pudiera volver a reunirse con su amado hijo.

Por desgracia, ese momento llegó demasiado pronto. Una mañana, una de las sirvientas encontró su cuerpo sin vida. No hubo enfermedad o herida, solo se marchó de manera silenciosa, del mismo modo que vivió su dolor.

La gente comenzó a decir que fue la tristeza la que se la había llevado, y quizá fuera cierto. Tal vez, como le dijo a Harlow hacía mucho tiempo, no pudo superar ese dolor.

Y así, sin más, otra tumba se sumó al cementerio de los MacDonald.

La lluvia caía con suavidad en el momento en que la tierra húmeda y oscura recibía a Eneida.

Harlow permanecía de píe, con la espalda rígida y sus ojos sin vida fijos en la tumba de su madre. La tristeza era una sombra que se cernía sobre todos y que, con cada muerte, se volvía más densa y alargada. Pero para ella no solo era eso, sino algo más afilado e hiriente.

Odio.

El odio recorría todo su cuerpo y hacía que su respiración estuviera entrecortada y sus manos cerradas en forma de puños a los costados de su cuerpo.

Desde hacía cinco años solo tenía un objetivo en su vida. Matar a Connor Cameron.

La muerte de su hermano, de su madre… Todo lo que su familia había perdido, todo lo que se desmoronó dentro de ellos la noche que Shaw fue asesinado, era culpa suya.

Mientras tanto, él seguía con su vida sin haber recibido castigo alguno y sin pagar por el acto tan ruin que cometió.

A sus oídos llegaban habladurías de sus grandes proezas. De que se había convertido en un guerrero fiero y respetado, del que toda su gente se enorgullecía.

Se había hecho un nombre, pero ese nombre estaba salpicado de sangre. La sangre de su familia.

—No volverás a robarme nada más —susurró Harlow con la cabeza inclinada.

—Hija, volvamos a casa —dijo Lachlan, que estaba a su lado, con el rostro aparentemente impasible.

—No, dame unos minutos más para despedirme de ella —le pidió.

La miró durante un instante, como si estuviera evaluándola, y finalmente asintió.

—No tardes demasiado. —Se inclinó para depositar un beso sobre su cabeza y comenzó a alejarse.

Harlow permaneció junto a la tumba mientras los presentes se fueron marchando uno a uno. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y el frío del otoño agitaba su cabello, tan negro como el de toda la estirpe MacDonald, pero ella parecía no notarlo.

—Deberías recogerte ya, Har —dijo Fyfe a sus espaldas. Hacía años que la llamaba por aquel diminutivo cariñoso que solo usaban sus hermanos.

—Deberíamos entrenar.

El que se había convertido en su amigo tras tantos años compartiendo un secreto la miró sorprendido.

—¿Ahora? —inquirió con el ceño fruncido—. Har, no creo que… Acabas de enterrar a tu madre.

—Y el culpable de su muerte sigue impune —declaró volviéndose hacia él con los ojos llameantes.

Fyfe suspiró.

—¿Sigues convencida de que fue él?

—Lo siento en cada latir de mi corazón —respondió con ímpetu.

—Pero ¿y si estuvieras equivocada?

La muchacha recibió aquella pregunta como un golpe.

—¿Tú también vas a dudar de mí?

—Sabes que te confiaría mi vida, pero no puedes estar segura de que Connor Campbell matara a Shaw. Si fuera una certeza, yo mismo hubiera acabado con su existencia. —Fyfe posó una mano sobre el hombro de la jovencita—. Veo como el odio que albergas en tu corazón te está destruyendo, Har.

Ella desvió la mirada cuando sintió que sus ojos se cargaban de lágrimas. Hacía cinco años que no lloraba y no pensaba hacerlo en ese momento tampoco. Necesitaba estar entera para cumplir la promesa que le hizo a su hermano frente a su tumba.

—El odio es lo único que me hace levantarme de la cama cada día —reconoció con un hilo de voz.

—No tiene por qué serlo.

—Es lo que me mantiene en pie y lo que me hace fuerte.

—Puede que te haga fuerte, pero también infeliz.

—No me importa ser feliz. —Volvió a mirarlo de frente. Sus ojos relampagueaban.

Fyfe suspiró y dejó caer la mano con la que la tocaba.

—Debería importarte, o, de lo contrario, cuando llegues a cumplir tu objetivo, solo quedará un vacío en tu corazón.

—Si es el precio que he de pagar por vengar la muerte de mi hermano, que así sea.

CAPÍTULO 2

Escocia, 1612
Clan Cameron

Los festejos del clan Cameron estaban cargados del sonido de las gaitas y las celebraciones. Las hogueras iluminaban la noche mientras los guerreros compartían risas e historias de sus batallas, que les contaban a jóvenes casaderas con la intención de que los admiraran.

Harlow, con el semblante inquebrantable, avanzaba junto a su padre y sus hermanos entre la multitud. Había insistido en acudir a los festejos. Necesitaba volver a encontrarse cara a cara por fin con él.

Connor Cameron, el hombre al que odiaba con todo su ser, pasaba cerca de ellos.

Ya no era el muchacho de dieciocho años que recordaba. Se había convertido en un hombre y su presencia parecía dominar el espacio, como si el mundo entero le perteneciera. Alto y musculoso, caminaba con la postura relajada de alguien que creía que no tenía rival. El cabello rubio le caía en ondas hasta la mitad de la espalda y brillaba a la luz de las llamas, enmarcando un rostro atractivo y de poderosas mandíbulas. Sin embargo, lo que más captó su atención fueron sus ojos. De un tono verde brillante, se podía apreciar su astucia y esa chispa de desafío que no había desaparecido con los años.

Recorrió el cuerpo de Harlow con la mirada, como si diera el visto bueno a su aspecto, y, esbozando una sonrisa ladeada, le guiñó un ojo.

Entonces comprendió que Connor Cameron no había cambiado en absoluto. Seguía siendo el mismo fanfarrón traicionero, solo había perfeccionado el arte de disimular su verdadera naturaleza.

Iba acompañado de su hermano y de Wallace, su íntimo amigo. Los tres la miraban con descaro, como si su existencia solo sirviera para que ellos se alegraran la vista.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para disimular el odio que sentía.

—Vaya, vaya, hermanita —comentó Bryson colocándose a su lado y mirándola con una sonrisa burlona—. Por fin has decidido vestirte como una auténtica dama. Pensé que moriría sin que llegara ese día.

Harlow bufó.

—Pues con los intentos que le pones metiéndote en tantas trifulcas, la muerte te llegará más pronto que tarde, hermano —espetó.

Bryson soltó una carcajada.

—Tu lengua es más afilada que la hoja de una espada, ¿lo sabías?

—No me queda más remedio si quiero lidiar contigo —respondió mirándolo con suficiencia—. Lo que me sorprende es que tengas tiempo de hablarme. Creía que, a estas alturas del festejo, ya estarías buscando un contrincante para tu siguiente pelea.

El *highlander* sonrió de medio lado.

—Las peleas pueden esperar. Verte tratando de fingir que encajas dentro de ese vestido es mucho más entretenido.

Harlow lo fulminó con la mirada.

—Ve a molestar a otra, Bryson. No tengo paciencia para tus sandeces.

Él la analizó unos segundos, antes de decir:

—Lo que no comprendo es por qué has insistido tanto en venir con nosotros, a la legua se nota que detestas estar aquí.

La joven se mantuvo en silencio. No podía contarle su plan de matar a Connor Cameron, o trataría de detenerla, y eso no podía permitirlo.

***

Hacía dos años que Connor se convirtió en el *laird* de los Cameron. Después de que su padre perdiera la vida durante un enfrentamiento con unos bandidos.

Desde ese mismo instante, su madre no dejó de insistir en que debía buscarse una buena esposa con la que formar alianzas para su clan. Y, tras mucho posponerlo, por fin se había decidido a unirse en matrimonio con Fenella, la mayor de las tres hijas del *laird* Henderson. Su clan colindaba con el de los Campbell, por lo que aquel matrimonio era muy conveniente.

Con paso decidido, Connor se aproximó a Gowan, que permanecía de píe junto a una de las hogueras, al lado de la joven, quien mantenía la mirada fija en el suelo.

—Cameron, ya creía que no vendrías a hablar conmigo esta noche —espetó el experimentado *highlander* nada más verle aparecer.

—¿Por quién me tomas, Henderson? Cómo no iba a venir a saludar a mi futura esposa. —Sus ojos verdes se clavaron sobre Fenella cuando le dijo—: Espero que esté pasando una noche agradable, señorita.

La muchacha se limitó a asentir y su pálido rostro se puso completamente encarnado.

—No creo que debamos postergar demasiado vuestro enlace, Cameron —continuó diciendo el otro *laird*—. Esta unión hará que nuestros clanes sean más fuertes. Además, Fenella ha sido criada para este propósito, así que te puedo asegurar que sabrá ser una buena esposa.

Connor le dio un trago a la jarra de hidromiel que llevaba en la mano. Su postura era relajada, no obstante, bajo esa capa de tranquilidad tenía una astucia que pocos hombres poseían.

—Es una unión muy conveniente, tienes razón. Aunque no podemos negar que para vuestro clan lo es más que para el mío.

Gowan lo miró con indignación.

—¿Qué insinúas?

—No insinuó nada, lo estoy expresando abiertamente. Los Cameron poseemos más tierras y somos más poderosos. Nadie podría negar eso.

—¿A dónde quieres llegar, muchacho? —inquirió Gowan, molesto.

—Me gustaría ampliar el acuerdo para que sea más justo.

—¿En qué estás pensando?

—Te pediría que no crearas alianzas con clanes con los que estamos confrontados sin hablarlo antes conmigo.

La cara del orondo guerrero se puso roja de rabia.

—¿Quieres que te pida permiso sobre cómo manejar mi clan, muchacho?

—Nada más lejos de mi intención, Henderson. Solo pretendo asegurarme de que puedo contar con tu lealtad más absoluta —respondió sin perder en ningún momento la sonrisa.

El hombre de mediana edad bufó y, tras pensarlo un instante, asintió y le tendió la mano.

—De acuerdo, que así sea.

Connor se la estrechó, satisfecho.

—Una sabia decisión.

—Tu padre estaría orgulloso de como has manejado este asunto y que hayas decidido casarte con mi hija. No te vas a arrepentir —le aseguró Gowan.

Connor no respondió. Su padre había dejado sobre sus hombros un legado que honrar y no podía dejarse llevar por sus deseos. Él solo debía centrarse en lo que fuera mejor para los Cameron, y la unión con Fenella Henderson era lo más conveniente. La decisión más lógica y meditada. Un matrimonio de conveniencia, sin complicaciones ni espacio para interferencias del corazón.

Con una sonrisa dibujada en su atractivo rostro, se colocó junto a su prometida. Era una joven que pasaba desapercibida entre la multitud. Su cabello era castaño con reflejos rojizos cuando le daba el sol directamente y le caía lacio hasta su cintura. Su piel era pálida y sin imperfecciones, dándole un aspecto etéreo, casi irreal. Sus ojos azules eran grandes, pero parecían temerosos. Poseía una barbilla puntiaguda que le daba un aire delicado, casi frágil, del mismo modo que su delgada figura.

No obstante, Fenella también representaba todo lo que se esperaba de la esposa de un *laird*: correcta, educada, se mantenía siempre en un segundo plano… Sin embargo, esa excesiva timidez y la mirada evasiva que le dirigía le hacía verla apocada e insustancial.

—¿Te están gustando los festejos? —preguntó para intentar darle conversación.

Fenella lo observó por un breve instante y su respuesta no fue más que un susurro:

—Son agradables.

—Agradables —repitió con una sonrisa ladeada—. Que palabra tan aburrida. ¿Acaso hay algo en nuestras celebraciones que no te guste?

La joven parpadeó, como si no supiera cómo reaccionar, y se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—No me siento cómoda entre tanta gente —admitió con sinceridad.

Connor la estudió con más atención. Fenella no era fría, pero tampoco la veía capaz de saber manejar a un hombre como él, que siempre hablaba con seguridad y dominaba el espacio donde se encontraba.

—No te preocupes, ahora eres mi prometida y no dejaré que nadie te incomode —le dijo para intentar transmitirle calma.

—Gra… gracias —logró balbucir.

El *highlander* suspiró. Estaba claro que no se le daba muy bien conversar, pero era la mujer con la que estaba prometido, por lo que

debería aprender a lidiar con su carácter retraído y parco en palabras.

CAPÍTULO 3

Cuando la oscuridad y el silencio envolvían la fortaleza Cameron, Harlow se deslizó entre las sombras. Mantenía la respiración controlada y su pulso era firme. El odio que cargó durante años hacía que le hormigueara la piel por el ansia de perpetrar su venganza.

La daga que llevaba en la mano, la misma que le arrebató la vida a su hermano, parecía pesar casi lo mismo que las ganas de verter sangre que sentía. Finalmente había llegado el momento. Mataría a ese malnacido de la misma manera que él lo hizo con Shaw. De noche, sin permitirle defenderse, sin otorgarle el honor de pelear…

La puerta cedió bajo su toque silencioso, y allí, sobre la enorme y robusta cama, Connor dormía, ajeno al destino que Harlow tenía planeado para él.

Sin dudas ni arrepentimientos, se lanzó sobre aquel malnacido con la daga dirigida hacia su oscuro corazón. Sin embargo, el *laird* de los Cameron pareció notar su presencia, porque abrió los ojos de repente y gracias a sus afilados reflejos, ganados a base de años de lucha, logró reaccionar justo antes de que la afilada hoja atravesase su pecho. Aun así, la daga acabó clavada en su hombro y le arrancó un gruñido de dolor.

Comenzaron a forcejear. Harlow retorció el puñal dentro de su carne. Connor la agarró por las muñecas para controlar sus movimientos a la vez que la sangre comenzaba a manchar las blancas sábanas.

—¡Maldita sea! —bramó mirándola a los ojos—. ¿Quién demonios eres tú?

Harlow, sin mediar palabra, le asestó un cabezazo en la nariz con todas sus fuerzas. Connor sintió que se mareaba a causa del dolor, aun así, consiguió girar sobre sí mismo, inmovilizando a la joven entre el peso de su cuerpo y el colchón, sin dejar de sujetarla por las muñecas para que no pudiera atacarle de nuevo. Oyó la daga caer al suelo y su herida comenzó a sangrar de manera más copiosa.

—¡Suéltame, bastardo! —gritó la muchacha.

Connor, sin saber por qué, solo pudo pensar en que era tremendamente hermosa. Tenía el cabello negro y brillante, y se esparcía en espesos mechones sobre sus sábanas, reflejando la misma rebeldía que percibía en ella. Su piel estaba ligeramente bronceada, como si pasara demasiado tiempo bajo los rayos del sol. Sin embargo, eran sus rasgados ojos ambarinos, en los que podía ver rabia, desafío y coraje, los que lo mantenían atrapado.

A lo largo de su vida contempló a muchas mujeres bellas, pero aquella joven era algo más. Transmitía fuerza y peligro, una combinación de lo más atrayente.

—Dime quién eres —repitió en un susurro.

Apretó los labios, alzó el mentón y le dijo:

—Soy Harlow MacDonald y he venido a matarte para vengar la muerte de mi hermano.

—MacDonald —repitió Connor, confundido—. ¿Vengar la muerte de tu hermano? ¿De qué estás hablando?

Harlow no pudo responderle, puesto que su forcejeo y gritos atrajeron a mirones y la puerta de la alcoba se abrió de repente. Varias figuras —algunas armadas con espadas— se plantaron junto al lecho. No obstante, se detuvieron al presenciar lo que parecía una escena de lo más comprometida.

Connor estaba sobre Harlow completamente desnudo y con las manos sosteniendo sus muñecas. Ambos respiraban de modo agitado, con los cabellos revueltos y el aire cargado de tensión a causa de la pelea.

Sin embargo, para los que observaban, aquella visión tenía una interpretación diferente. Parecían dos amantes a los que acababan

de descubrir en medio de un encuentro íntimo.

Los murmullos a su alrededor estallaron de inmediato.

—¡Aparta tus sucias manos de mi hija, Cameron! —rugió Lachlan abriéndose paso entre los presentes con la mirada cargada de furia.

Bryson y Niall flanqueaban a su padre. Mientras el hermano mayor mantenía la compostura, el pequeño espetó:

—¡Lo mato!

—¡Ni se te ocurra dar un paso más! —le advirtió Athol, el tío de Connor, plantándose ante el joven con su espada en alto.

—Yo no acato órdenes de un Cameron —espetó Bryson con las venas del cuello hinchadas.

—Por lo que tengo oído, tampoco de un MacDonald —ironizó Alec, clocándose junto a su tío.

Tanto Bryson como Niall llevaron las manos a las empuñaduras de sus espadas, sin embargo, antes de que se desencadenara una pelea, una voz atronadora irrumpió en medio del caos.

—¡Basta! —ordenó Lamont, el abuelo de Connor.

Su autoridad era la de un hombre que había vivido y luchado lo suficiente como para que todos lo respetaran.

Avanzó con paso firme, estudiando la escena con sus astutos ojos marrones verdosos. Su cabello era cano, abundante y le llegaba a la altura de los hombros. Una espesa barba cubría sus facciones, que aún guardaban el atractivo de sus años de juventud.

—Quiero que todo el mundo ajeno a los Cameron o a los MacDonald abandone esta alcoba.

Algunos de los presentes vacilaron, pero después de unos segundos de indecisión, hicieron lo que Lamont decretó. Tras aquello, el anciano cerró la puerta de la estancia y, cruzándose de brazos, se volvió hacia la pareja que aún permanecía en el lecho y sonrió.

—Menudo espectáculo has otorgado a nuestros invitados, querido nieto.

—Esto no es una broma, Lamont —bramó Lachlan con rabia—. Tú maldito nieto ha deshonrado a mi hija. ¡Así que dame una razón para no matarlo en este mismo instante!

Connor, que permaneció callado hasta aquel instante, intervino:

—Yo no he deshonrado a nadie —se defendió—. Ella entró aquí para matarme mientras dormía.

—¡Y lo haré en cuanto tenga oportunidad! —declaró Harlow con arrojo.

El silencio se hizo en la habitación tras aquellas palabras. Los ojos de todos los presentes se clavaron sobre la muchacha, que forcejeaba con Connor para tratar de liberarse.

—¿Te has vuelto loca, Harlow? —inquirió Niall, incrédulo.

Su hermana volvió el rostro hacia él.

—¿Por intentar perpetrar lo que debisteis hacer vosotros hace años? Juré vengarme de él y nada me hará cambiar de opinión.

—¡Harlow! —la amonestó su padre—. No eres consciente de lo que acabas de hacer.

Ella no respondió, pese a que en sus ojos se podía apreciar que no sentía un ápice de arrepentimiento.

—Voy a soltarte y espero que no hagas ninguna estupidez —dijo Connor abriendo poco a poco los dedos y levantándose con agilidad de encima de ella.

En cuanto se sintió libre, Harlow salió de la cama de un salto y con un rápido movimiento se agachó a recoger la daga y apuntar con ella a Connor, que comenzó a ponerse el *kilt* para cubrir su desnudez.

—No he acabado contigo, bastardo. Te aseguro que no saldrás de esta habitación con vida.

El *laird* de los Cameron sonrió de medio lado y puso las manos en sus caderas.

—¿Qué te hace pensar que puedes matarme? Te recuerdo que no has sido capaz de hacerlo ni cuando estaba dormido.

—Te subestimé, pero eso no volverá a suceder.

Connor soltó una carcajada.

—Eres demasiado arrogante, muchacha.

—¿Por qué quieres matar a mi nieto? —preguntó entonces Lamont—. ¿Qué es lo que pretendes vengar?

—Él mató a mi hermano —respondió con el mentón alzado.

—Te empeñas en decirme eso una y otra vez, pero no es cierto. Ni siquiera sé quién era tu hermano —aseguró Connor.

—¡Mentiroso! —vociferó—. Mataste a Shaw con esta misma daga que estoy empuñando hace nueve años.

—Shaw MacDonald —repitió el aludido—. Hacía tiempo que no pensaba en él. Ahora que lo dices, creo recordar que murió durante unos festejos en vuestro clan…

—No murió, lo asesinaste —le interrumpió.

—Yo no fui —aseveró mirándola a los ojos.

Harlow no lo creía ni por un segundo.

—¿Y cómo llegó tu daga junto a su cuerpo sin vida?

Con los ojos entrecerrados, Connor estudió el puñal que empuñaba.

—Hace muchos años que la perdí. ¿La has tenido tú todo este tiempo?

—Claro que la perdiste, junto al cuerpo sin vida de Shaw —espetó cargada de dolor—. Vi como la empuñabas el mismo día que asesinaron a Shaw. Presumías ante una jovencita de lo bien que sabías lanzarla.

—Eso de alardear ante las mujeres me suena bastante a ti, hermano —terció Alec, encogiéndose de hombros, divertido.

—Y esa fue la última vez que vi la daga de mi abuelo. Alguien tuvo que robármela.

—¡Mentira! —volvió a decir Harlow.

—Recuerdo perfectamente que mi sobrino abandonó vuestro clan tras la disputa con Shaw —intervino Athol—. Su padre así se lo ordenó.

—Yo también lo recuerdo —apostilló Alec.

—Y nosotros comprobamos que así fue, hija —terció Lachlan—. Mucha gente lo vio marcharse, incluso varios testigos nos aseguraron que pasó la noche en una taberna alejada de nuestro clan.

—¿Acaso tú me viste asesinar a tu hermano para estar tan segura de que fui yo? —preguntó Connor avanzando un par de pasos hacia ella.

—No, pero…

—Exacto. ¡No! —la cortó—. Así que deja de lanzar falsas acusaciones sobre mí o tendré que tomar medidas drásticas, mujer.

—El que va a tomar medidas soy yo —dijo entonces Lachlan enfrentándose a Connor—. Todo el mundo ha presenciado como has deshonrado a mi hija, y la única manera de solucionar eso es casándote con ella.

—¡Padre! —Harlow lo miró con los ojos desorbitados—. ¿Qué estás diciendo?

—Tú misma te has puesto en esta situación con tu absurda obsesión por la venganza. No me has dejado más opción.

—No lo haré —respondió Connor con firmeza, cortando la réplica de Harlow—. Yo no he hecho nada para deshonrarla. Ella se ha colado en mi alcoba, me ha atacado y ha vertido sobre mí acusaciones falsas. Si eso le acarrea consecuencias, no es mi responsabilidad.

—Mi sobrino tiene razón —concedió Athol—. No fue él quien provocó esta incómoda situación.

Niall dio unos pasos al frente hasta posicionarse junto a su hermana.

—¿También fue ella quien te desnudó y te colocó sobre su cuerpo en esa postura tan comprometida en la que os encontramos?

Connor enarcó una ceja.

—Solo me defendía —respondió—. En cuanto a la desnudez, siempre duermo así, y no creo que le deba explicaciones a nadie por ello.

—Si no te casas con mi hermana, te rebanaré el cuello, sucio Cameron —repuso Bryson en tono amenazante.

—Me gustaría verte intentarlo —ironizó Connor, sonriendo con suficiencia.

—Ya está bien, muchachos —intervino Lamont, interponiéndose entre ellos—. Creo que lo más sensato será darnos un tiempo para calmarnos y meditar. Por la mañana decidiremos qué hacer con este peliagudo asunto que tenemos entre manos.

—Está más que decidido —decretó Harlow—. No voy a casarme con este malnacido bajo ningún concepto.

—¡No digas sandeces! —explotó su padre—. Si no lo haces, tu reputación quedará arruinada para siempre.

—Que así sea —sentenció, con el mentón alzado, antes de abandonar la alcoba con paso decidido.

CAPÍTULO 4

Cuando Harlow y su padre se quedaron a solas en la habitación que la joven ocupaba en el castillo de los Cameron, Lachlan se plantó frente a ella con los brazos cruzados y las mandíbulas apretadas.

—¿Has perdido el sentido común, Harlow? Acabas de arruinar tu reputación y, de paso, has ensuciado nuestro apellido. Por la mañana, todo el mundo cuchicheará sobre lo ocurrido —espetó con seriedad—. ¿Qué hombre querrá casarse contigo después de esto?

Harlow no mostró reacción alguna. Su mirada se mantenía firme y su mentón alzado.

—No me preocupa en absoluto. Convertirme en esposa no es una de mis aspiraciones en la vida. Además, mi prioridad es que Connor Cameron pague por lo que le hizo a Shaw.

—¡Ya basta, Harlow! —gritó y avanzó hacia ella—. ¡Eres mi hija! ¡Una MacDonald! No puedes comportarte como si nada te importara aparte de la venganza. Tu actitud te traerá consecuencias.

—¿Consecuencias? —Sus ojos relampaguearon—. Nada puede ser peor que haber perdido a Shaw. El vínculo que me unía a él era especial y jamás podré volver a tenerlo con nadie más. Y claro que quiero venganza, porque me corroe el alma que nadie pague por lo que sucedió. Tú nunca hiciste nada para hacer justicia en su nombre.

Lachlan la observaba con la respiración agitada. Negó con la cabeza y se pasó la mano por la sombra de barba que cubría sus facciones angulosas.

—Eso no es cierto. Intenté dar con el responsable, pero no me dejé llevar por mi deseo de venganza —aseveró—. Te he visto

cambiar, hija. Soy consciente de como la rabia y el odio te están consumiendo. No eres la misma desde que perdimos a Shaw.

»Connor Cameron niega haberlo matado y su familia así lo confirma. También hubo muchos testigos que lo situaban lejos de Dún Dubh esa noche. No tenemos pruebas de que ninguno de ellos mienta. El único indicio que lo señala es una daga que pudo haber sido utilizada por otra persona para implicarlo, como él mismo ha dicho. ¿Te has planteado qué sucedería si estás equivocada? ¿Si ese hombre es inocente?

Harlow apretó los puños con indignación.

—¿Equivocada? —susurró con la voz cargada de ira—. No puedo estar equivocada cuando todos mis sentidos me gritan que ese hombre es el responsable de la muerte de Shaw. Sé que miente y que su familia le encubre porque es el *laird* de su clan. ¿Y cómo son de fiables el resto de testigos? ¿Acaso unos cuantos borrachos que aseguraron verlo en una taberna tienen la credibilidad suficiente? Para mí no.

Su padre tomó el rostro de la joven entre las manos.

—No puedes construir tu vida sobre los cimientos del odio, hija. Eso acabará contigo. Debes desechar tu sed de venganza para estar en paz o nunca serás feliz.

—No me importa —respondió sintiendo el calor de las lágrimas sin derramar quemarle los ojos—. No quiero felicidad, no quiero paz… Solo quiero justicia.

Lachlan suspiró y mantuvo silencio por un breve instante, como si las palabras de su hija pesasen demasiado en su corazón.

—Shaw no querría esto para ti —murmuró—. Él te protegía, eras su luz y esa luz se apagó cuando nos dejó. Sin embargo, sé que sigue dentro de ti, esperando a que la dejes salir.

—Ahora solo soy una sombra de lo que fui —replicó con un nudo en la garganta.

Las mandíbulas del *laird* de los MacDonald se contrajeron y su voz se oyó tomada cuando dijo:

—Ya perdí a un hijo, no estoy preparado para perder a ninguno más.

Aquellas palabras hicieron que Harlow se quedara sin aliento. Jamás en su vida vio a su padre tan vulnerable.

—Padre…

—Tienes diecinueve años, deberías reír, tener sueños. Sin embargo, te estás consumiendo —la interrumpió—. Lo veo en tus ojos cada día. Y aunque entiendo tu dolor, porque yo también lo siento, te ruego que no sigas. Deja de lado tu sed de venganza. No permitas que te destruya.

Harlow tragó saliva. Las palabras de su padre habían logrado que algo dentro de ella se rompiera. Nunca lo vio tan vulnerable. Lachlan siempre fue una roca. Incluso cuando Shaw murió, él se mantuvo firme. No obstante, ahora no tenía frente a sí al *laird* de los MacDonald, ni al guerrero…, solo era un padre que temía que su hija se perdiera entre las sombras que la rodeaban.

—Ya no sé cómo vivir sin odiar, padre —reconoció con un hilo de voz.

—Quizá, la única manera sea averiguar la verdad.

La joven frunció el ceño.

—¿Y cómo puedo conseguir eso? Tú no lo has logrado. ¿Por qué iba a tener yo más suerte?

—Cásate con Connor Cameron —aquella afirmación fue como una bofetada para ella—. Tu reputación quedará manchada si no lo haces. Además, el mejor modo de averiguar si tuvo algo que ver con lo que le sucedió a Shaw es permanecer cerca de él y de su entorno.

—¿Y unir mi vida a la suya de por vida? —inquirió asqueada con la idea.

—No tiene por qué ser así. Podemos celebrar un *handfasting*. Solo tendrás que permanecer a su lado un año y un día. Después de ese tiempo, serás libre de alejarte de él si así lo deseas.

Harlow respiró hondo para calmarse y poder pensar con claridad. Era cierto que estar cerca de Connor Cameron le daría la oportunidad de comprobar si sus sospechas eran ciertas. Sin

embargo, la sola idea de convertirse en su esposa le revolvía el estómago.

—Está bien, padre. Lo haré —respondió con firmeza—. Y si descubro que estoy equivocada, pediré perdón delante de todo el mundo; pero si mis sospechas son ciertas, haré justicia a mi manera, sin importarme las consecuencias que pueda acarrear.

Lachlan asintió lentamente, a sabiendas de que era lo único que iba a conseguir de su terca hija.

***

La luz del amanecer comenzó a despuntar en el horizonte. Athol y Lamont permanecían junto a Connor, que se vestía con movimientos lentos para que la herida del hombro, previamente vendada, no volviera a sangrar.

—Connor, debes hacer lo correcto —su abuelo fue el primero en hablar—. Tienes que casarte con esa joven.

Su nieto se detuvo en seco y se giró hacia él.

—¿Te has vuelto loco, abuelo? ¡Tengo un acuerdo con Gowan Henderson! Si rompo el compromiso con su hija, lo tomará como una ofensa.

Su tío, con su templanza habitual, posó una mano sobre su hombro sano.

—Lo sabemos, pero lo que ocurrió anoche… no se podrá ocultar. Muchos de los invitados a los festejos acudieron al escuchar vuestros gritos. Las habladurías llegarán a Gowan, si no lo han hecho ya, y cuando eso suceda, no solo se romperá el compromiso, también la alianza que tenemos con ellos.

Connor se pasó la mano por el rostro, frustrado. La herida que le hizo aquella mujer palpitaba, no obstante, lo que más le dolía era la sensación de que todo lo que construyó para que su clan fuera más poderoso se estaba desmoronando.

—Quizá pueda explicar la verdad. Que no era lo que parecía, solo un intento de asesinato por parte de esa descerebrada con ojos de hechicera.

—Nadie te creería —aseveró Lamont—. La encontraron debajo de ti, en tu cama, contigo desnudo… No les importará la verdad, solo lo que aparentaba ser.

Connor se volvió hacia la pared y, con un rugido furioso, lanzó un puñetazo que resonó en toda la estancia. Sus nudillos comenzaron a sangrar.

—Si no te casas con la hija de Lachlan, no solo perderás la buena relación con los Henderson, sucederá lo mismo con los MacDonald e incluso afectará sobre el respeto de tu propia gente. No es tu honor lo único que está en juego, Connor. También el equilibrio entre los clanes.

El *laird* de los Cameron cerró los ojos. La imagen de Harlow le vino a la mente. Hermosa, peligrosa y con la capacidad de poner su mundo patas arriba. Sin lugar a dudas, estaba mucho más seguro esposándose con la tierna Fenella que con aquella bruja de cabello azabache.

—Sé que esto no te parece justo —dijo su abuelo con voz serena—. No pediste esta situación, pero hay cosas en la vida que no podemos controlar y solo nos queda aceptarlas y seguir adelante.

»Puede que no te importe tu honor, sin embargo, también está en juego el de esa joven que tiene el corazón roto por la muerte de su hermano. Por no hablar de todos los que dependemos de ti. ¿Qué pensará el mundo de un hombre que no hace frente a sus obligaciones?

»Es el momento de demostrar que eres más que un guerrero, que eres un hombre que acepta las consecuencias, y vas a demostrarle a esa mujer tu inocencia, porque no tengo ni un ápice de duda de que tú no hiciste nada de lo que te acusa.

»No te pido que la ames, Connor, ni siquiera que te sientas atraído por ella. Te estoy diciendo que no huyas y hagas honor a tu apellido y tu título como *laird* de los Cameron, del mismo modo en que lo hizo tu padre en su día.

Unos toques en la puerta hicieron que todos se volvieran hacia ella. Lamont, que estaba más cerca, la abrió para encontrarse con

Lachlan y la mujer que hacía unas horas trató de matar a su nieto.

El abuelo los invitó a pasar con amabilidad.

El *laird* MacDonald se mantenía erguido y, a su lado, Harlow guardaba silencio con la mirada fija en Connor y sin un asomo de arrepentimiento en ella.

—Hemos venido para tratar la cuestión que tenemos entre manos —comenzó a decir Lachlan—. Lo más apropiado es que os caséis, de eso no cabe duda, pero no es necesario que sea algo definitivo. ¿Qué os parece celebrar un *handfasting*? Eso os permitiría romper el matrimonio pasado un año y un día sin ningún tipo de deshonra.

La alcoba se quedó en silencio a la espera de la respuesta de Connor, que desvió sus ojos hacia Harlow.

—¿Tú qué opinas?

Le sorprendió que quisiera saber su parecer.

—Aceptaría una unión de manos —respondió de forma escueta y con el mentón alzado.

Connor entrecerró los ojos, queriendo averiguar qué había detrás de aquella aparente sumisión. Y entonces lo vio claro. En su mirada aún chispeaba la rabia, por lo que dedujo que quería tenerlo cerca para verificar que sus sospechas eran ciertas y acabar con lo que había comenzado.

Sonrió de medio lado.

—De acuerdo, celebraremos un *handfasting*. Sin embargo, no lo hago por honor ni por alianzas, es para demostrarte que no tengo nada que ver con la muerte de tu hermano. Descubriré quien lo asesinó y limpiaré mi nombre.

Harlow le sostuvo la mirada, pero, por primera vez en años, se planteó si había podido equivocarse.

—En ese caso, tenemos un año y un día para que ambos demostremos nuestra verdad.

—Yo no lo maté —repitió Connor con el rostro pétreo.

—Eso es lo que tú dices —refutó.

El guerrero apretó los puños y negó con la cabeza.

—No necesito que me creas, pero encontraré al verdadero culpable. Y no por ti. Lo haré por mí, porque no pienso cargar con una culpa que no me pertenece. Y cuando lo haga, sabrás que te equivocaste y tendrás que pedirme perdón.

A grandes zancadas salió de la habitación. Su interior bullía de impotencia.

Al salir al exterior del castillo, su amigo Wallace se aproximó a él.

—¿Es cierto lo que he oído? —le preguntó.

—¿Qué has oído? —inquirió sin detenerse. Necesitaba cabalgar para poder desfogarse.

—¿Te han sorprendido retozando con la hija de Lachlan MacDonald?

Connor gruñó.

—No fue así. Es cierto que podía parecer eso, pero la realidad es bien distinta. Trataba de apuñalarme.

Wallace emitió una carcajada.

—Santo Dios, amigo. ¿Esa hermosa y delicada joven intentó matarte? Qué romántico todo —ironizó.

—Puede que sea hermosa, pero no tiene nada de delicada, créeme —lo contradijo.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a casarte con ella?

—No tengo otra opción —refunfuñó—. Aun así, no será un matrimonio convencional. Nos uniremos a través de un *handfasting*. Será temporal y espero que Gowan lo entienda.

Su amigo lo seguía con paso ligero y una sonrisa burlona dibujada en su atractivo rostro.

—Claro, claro… Un año y un día. Suficiente para que se enamore de ti o para que termine lo que comenzó. Lo que suceda primero —bromeó.

Connor se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—No estoy para bromas.

Wallace alzó las manos, fingiendo inocencia.

—No es para tanto. La hija de MacDonald es una auténtica belleza y apostaría mi caballo a que también apasionada, muy distinta a Fenella Henderson. Aunque, al parecer, mucho más peligrosa.

***

Lachlan acompañó a Harlow de vuelta a la alcoba que ocupaba. Niall los esperaba apostado junto a la puerta.

—¿Qué ha sucedido? —les preguntó con expresión preocupada.

—Tú hermana se casará con Connor Cameron.

Sus ojos se desviaron hacia ella.

—¿Y cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté? —respondió su padre por ella—. Le prometí que nunca la obligaría a casarse con nadie al que no amara y acabo de faltar a mi promesa.

—Padre, no es culpa tuya —repuso Harlow al percibir que su padre estaba pasándolo mal por romper su palabra.

—Claro que no, la culpa la tiene Niall.

El aludido se tensó.

—Padre, yo…

—Te pedí que cuidaras de ella. Sabía que podía suceder algo de esto, la conozco bien, y mira cómo ha resultado todo —le reprochó —. Nada malo hubiera pasado si Shaw siguiera vivo. Él sabía cuáles eran sus obligaciones y cómo mantener a Harlow a raya, y tú aún no lo has aprendido.

—Estás siendo injusto, padre —terció la joven, dando la cara por su hermano—. Niall no es el responsable de nada, fueron mis actos los que me llevaron a esta situación. Además, Shaw no me mantenía a raya, él me respetaba. Me quería tal y como era.

—Y por eso tú le respetabas de un modo en que no haces con Niall. —Clavó sus ojos de nuevo sobre su hijo, que se mantenía en

silencio—. No la pierdas de vista esta vez, no quiero más problemas. Si sucede algo, será tu responsabilidad.

El hombre se alejó, dejándolos a solas.

Harlow se volvió hacia su hermano, que permanecía con el gesto pétreo.

—Lo siento —se disculpó con él—. Padre está enfadado conmigo y lo ha pagado contigo. Es injusto.

Niall negó con la cabeza con resignación.

—No es por ti, Har. Para padre siempre fui el que estaba cerca de conseguirlo, pero nunca a la altura. Shaw era… —a pesar de los años que habían pasado, aún le costaba hablar de él en pasado—. Era perfecto. Como hijo, como hermano, como futuro *laird*… Yo solo soy el que queda. Al que le ha tocado aceptar un lugar que no le corresponde y en el que no encaja.

Harlow le abrazó con cariño.

—No es cierto. Eres un hermano maravilloso. Siempre piensas en el bienestar de los demás, eres generoso y paciente. Mucho más válido de lo que crees.

Niall le acarició la cabeza y suspiró.

—Agradezco tus palabras, pero quiero pedirte una cosa. —Ella alzó los ojos para mirarlo—. No seas impulsiva por una vez en tu vida, Har. A veces, las cosas no son lo que parecen.

—¿No piensas que Connor pueda ser quien mató a Shaw?

Niall negó con la cabeza.

—Lo conozco desde que éramos niños. Hemos luchado el uno al lado del otro en muchas ocasiones y siempre ha sido leal y honorable. No me parece el tipo de hombre que mata a otro por la espalda y sale huyendo.

—¿Y quién fue entonces?

—Si lo supiera, yo mismo le habría dado muerte —aseveró—. No te pido que lo descartes, solo que mantengas los ojos abiertos y no te obceques. La verdad, en ocasiones, es más escurridiza de lo que parece.

CAPÍTULO 5

Connor reunió en la sala a toda su familia. Su hermana y su madre lo miraban con extrañeza, puesto que eran las únicas que no sabían lo ocurrido la noche anterior.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene esta reunión? —inquirió Harriet con los ojos fijos en su hijo mayor.

Connor respiró hondo y procedió a explicarle lo sucedido con Harlow. Su ataque, el malentendido que se produjo y su consiguiente decisión.

Brenda, su hermana menor, se incorporó del sillón como si acabaran de arrojarle un jarro de agua fría.

—¡¿Y te vas a casar con ella?! ¡¿Has perdido la cabeza?! —exclamó con sus ojos azules abiertos como platos—. ¡Esa mujer intentó matarte!

Harriet, con expresión incrédula, asintió, de acuerdo con su hija.

—Connor, dime que esto es una broma.

—No lo es, madre. Es lo que debo hacer —le respondió con calma.

—¿Lo que debes hacer? —repitió la elegante mujer—. Si su nombre queda manchado, no es responsabilidad tuya. Que no se hubiera metido en tu habitación en plena noche y nada de esto hubiera sucedido.

—Es demencial que pretendas meter a una asesina en la familia —prosiguió diciendo Brenda—. Fenella es tu compañera ideal. Dulce, educada, leal… ¿Cómo puedes cambiarla por una mentecata que te ha apuñalado?

—Esa mentecata es una auténtica belleza —apuntó Alec por lo bajo con una sonrisa ladeada.

—¡¿Y eso qué importa?! —espetó Brenda a voz en grito. Tenía un carácter explosivo.

—Hombre, yo diría que es un gran aliciente… —comentó de nuevo su hermano, encogiéndose de hombros con picardía.

—No tiene nada que ver con su aspecto —intercedió Connor—. Los rumores de lo que supuestamente sucedió anoche ya se han esparcido por el castillo. No puedo enemistarme con los Henderson y los MacDonald en un mismo día. No solo lo hago por la reputación de la muchacha, también estoy pensando en el clan.

—¿Y casarte con ella solucionará algo? —inquirió su madre.

—Al menos evitará que se empeore más —respondió con la postura tensa.

—¿Y si con esta unión estás sellando tu destrucción? Nada nos asegura que no vuelva a intentar matarte cuando viva en el castillo —insistió Harriet—. O a cualquiera de nosotros. Recuerda que hay una niña deambulando por este castillo que nunca ve la maldad en nadie —señaló a Riley, la hermana más pequeña, que solo tenía nueve años.

—Mantendré a Harlow vigilada —aseveró su hijo—. No volverá a pillarme desprevenido.

—¡Jamás aceptaré que forme parte de la familia! —profirió Brenda.

—Aceptarás lo que yo decrete —le soltó Connor con seriedad—. No olvides que, además de tu hermano, soy tu *laird*.

Brenda lo fulminó con la mirada. No era del tipo de mujeres sumisas que llevaban bien la autoridad.

—Mantengamos la calma —terció Lamont—. Harlow MacDonald no supondrá una amenaza para ninguno de nosotros, estoy seguro. Solo es una mujer herida en busca de justicia por la muerte de su hermano.

—Connor no es el responsable de sus traumas —lo defendió su madre.

—Nosotros lo sabemos, pero ella no. No obstante, cuando lo conozca, se dará cuenta de cuan equivocada está —continuó diciendo Lamont—. Mientras tanto, acojámosla en casa como si fuera una más de la familia.

—¿Acoger a la mujer que ha intentado matar a mi hijo? ¡Jamás! —enfatizó Harriet, poniéndose en pie indignada—. No puedes pedirme eso, padre.

—Al menos, date la oportunidad de conocerla —insistió—. Es solo una joven con el corazón roto.

Harriet alzó el mentón.

—Lamento decirlo, pero en esta ocasión no puedo estar de acuerdo contigo, padre. Pienso que Connor se equivoca con esta decisión de casarse con esa MacDonald.

—Yo apoyo a mi sobrino —intervino Athol, que estuvo en silencio hasta aquel momento—. Si esta unión puede evitar una confrontación, hace lo correcto.

—¿Y qué hay de los Henderson? —preguntó Brenda con una ceja enarcada.

—Con ellos no hay manera de evitarla —contestó Connor con lucidez.

—Si ya está decidido, solo te pido que no se acerque a Riley —demandó Harriet.

—Así será —respondió Connor.

Harriet y Brenda salieron de la sala agarradas del brazo. Connor se sentía cansado, por lo que se pinzó el puente de la nariz y suspiró.

—¿Por qué es tan difícil tratar con mujeres?

—Son emocionales, no se lo tengas en cuenta —dijo Lamont con una sonrisa dibujada en su arrugado rostro.

—Creo que es el momento de tener otra conversación incómoda.

—Vas a ir a hablar con Gowan Henderson, ¿cierto? —dedujo su tío.

Connor asintió.

—Te acompaño —se ofreció su hermano—. No quiero perderme la cara que pondrá Henderson al enterarse de que su hijita es plantada en el altar.

—¡No la estoy plantando en el altar! —protestó Connor.

—Casi. —Alec le guiñó un ojo, travieso.

—Mantén la calma —aconsejó Lamont.

—Lo intentaré.

Ambos hermanos se dirigieron al patio, a la zona donde estaban asentados los Henderson. Desde lejos apreciaron la figura robusta de Gowan, que, en cuanto se percató de su presencia, miró a Connor con cara de pocos amigos.

—Dime que las habladurías no son ciertas —pidió cuando lo tuvo frente a él.

—No son ciertas —le aseguró Connor.

Gowan frunció el ceño.

—¿No te han sorprendido con una mujer en tu cama?

—Sí, eso fue así, pero no por el motivo que todo el mundo cree.

La cara del *laird* Henderson se puso roja de ira.

—Así que es cierto —dijo entre dientes—. Has avergonzado a mi hija mancillando vuestro compromiso.

—No hubo deshonra, Henderson. Créeme —aseveró mirándolo a los ojos—. Sin embargo, después de esto, he de casarme con Harlow MacDonald, pero solo será una unión de manos. Tras un año y un día, podemos volver a la idea inicial de unir nuestros clanes a través de mi matrimonio con Fenella.

—¿De verdad crees que voy a dejarte humillar a mi hija de este modo? ¿Qué la obligaré a esperarte un año, mientras tú retozas con una sucia MacDonald?

De todos era conocida la enemistad entre los Henderson y los MacDonald.

—Gowan, no te lo tomes así —le suplicó Alec—. Connor no ha roto el compromiso por capricho, pero las circunstancias…

—¡Las circunstancias no me importan! —lo interrumpió—. Ha insultado a mi hija con su comportamiento y ahora solo me ofrece excusas.

Connor apretó los puños, pero se mantuvo firme.

—No vine a ofrecerte excusas, solo a explicarte lo ocurrido. Te lo debía. Lo que tienes que saber es que en ningún momento he insultado a Fenella porque no he tocado a otra mujer durante nuestro compromiso, aunque no me creas.

—Sea como fuere, tu nombre ha quedado en entredicho y mi hija ha sido humillada. Sin embargo, esto no quedará así, Cameron. Pagarás por este desprecio, te doy mi palabra —advirtió con las venas del cuello a punto de estallar—. Nadie insulta a los Henderson sin pagar un alto precio por ello.

—No me amenaces, Gowan. Comprendo tu enfado y no me gustaría tener que enfrentarme a ti, pero si continúas así, no me dejarás otra opción.

El orondo hombre gruñó y se alejó para montar sobre su caballo. El resto de los guerreros de su clan hicieron lo mismo. Fue entonces cuando se fijó que detrás de todos ellos estaba la joven que fue su prometida hasta hacía escasos minutos.

Lo miraba con sus enormes ojos brillantes a causa de las lágrimas contenidas.

—Fenella, lo siento —le dijo aproximándose a ella—. Nunca fue mi intención herirte.

—¡Aléjate de mi hija! —rugió Gowan—. No tienes derecho a dirigirle la palabra.

—Solo pretendía disculparme.

—Tus disculpas son meras patrañas sin sentido —sentenció, e hizo un gesto con la cabeza a sus hombres para que iniciaran la marcha tras él.

Fenella le dirigió una última mirada, antes de seguir a su padre. Le dio lástima de la joven. Comprendía como debía sentirse y no se lo merecía.

Sabía que este cambio de planes iba a traer problemas, pese a que confiaba en poder apaciguar la furia de Gowan, cosa que no consiguió.

—No se lo ha tomado tan mal —ironizó su hermano.

—Si se lo toma peor, me ensarta con su espada aquí mismo —añadió Connor—. Sé que volverá a por pelea.

—Ahora no pienses en eso. Céntrate en tu nueva esposa.

—Aún no es mi esposa —gruñó—. Es un maldito quebradero de cabeza con faldas.

Alec soltó una carcajada.

—Al menos no te aburrirás. Fenella te hubiera dado tranquilidad, mientras que Harlow te ofrecerá vida y pasión. Yo no dudaría por lo que decantarme.

Connor resopló.

—Me dará muchos dolores de cabeza, lo sé. Y no descarto que alguna cicatriz más.

—¿Y eso no te atrae? —indagó Alec—. Admítelo, hermano. Siempre has sentido debilidad por las mujeres con carácter.

Lo miró de reojo y sonrió de medio lado.

—No es una debilidad, más bien un castigo divino.

Alec se encogió de hombros.

—Si alguien puede sobrevivir a una mujer como Harlow, eres tú.

Connor bajó la mirada a su espada.

—Lo que realmente quiero es poder demostrar que no tuve nada que ver con la muerte de Shaw MacDonald.

—Lo demostraremos. Puedes contar conmigo para ello.

Connor sonrió y le palmeó la espalda.

—Gracias por tu apoyo, hermano.

—Siempre a tu servicio —bromeó.

—¡Connor Cameron, rufián descarado! —la voz enfurruñada del padre Jacob los hizo volverse—. ¿Qué es eso que he oído de que ya

no vas a casarte?

—No es cierto —le respondió Connor.

El ceño fruncido del cura se suavizó.

—Gracias a Dios. Ya creía que debía anular la ceremonia.

—Aunque ha habido un ligero cambio de planes —prosiguió Connor—. La ceremonia ya no será convencional, la cambiaremos por un *handfasting*.

—¿Fenella Henderson está de acuerdo? —preguntó el clérigo—. Por lo que hablé con ella, su deseo es casarse para toda la vida.

—Ese es otro pequeño detalle…

El padre Jacob lo miró con recelo.

—¿Qué pequeño detalle?

—Ha cambiado de novia —respondió Alec por él.

—¿¡Cambiado de novia!? —repitió el cura, escandalizado—. ¿Es eso cierto?

Connor fulminó con los ojos a su hermano antes de contestar:

—Sí, es cierto. La novia ahora será Harlow MacDonald.

—¿Qué has hecho, muchacho? —Negó con la cabeza—. ¿Sabes qué? En realidad, no quiero saberlo.

—La joven en cuestión intentó matarlo en plena noche y mi hermano decidió convertirla en su esposa. Así de simple.

—¿Que trató de matarte? —inquirió mirando a Connor con los ojos abiertos como platos.

—Y los encontraron en la cama juntos. Mi hermano estaba desnudo encima de ella —continuó diciendo Alec—. Eso también sucedió.

—Santo Dios. No quiero saber más —se escandalizó el clérigo, santiguándose.

—¡Puedes parar, Alec! —pidió Connor sin saber si enfadarse o echarse a reír.

El padre Jacob se dio media vuelta y se alejó cojeando, mientras refunfuñaba:

—Habrase visto. ¿Qué diría el Señor? ¡Tentaciones! Eso es lo que sucede, no son capaces de resistirse a las tentaciones.

—Padre, recuerde lo que siempre dice en sus sermones: «El amor verdadero se forja en la adversidad» —repuso Alec, burlón.

—¡Eso se refiere a la paciencia conyugal, no a sobrevivir a intentos de asesinato! —espetó malhumorado.

Los dos hermanos no pudieron contener por más tiempo la risa, por muy complicada que fuera su situación.

***

Lamont fue en busca de Lachlan MacDonald. Lo encontró con su hija junto al lago, como le indicaron sus guerreros.

—Buenas tardes —los saludó—. Quería hablar con vosotros.

Ambos se volvieron a mirarlo.

—Lamont —saludó Lachlan con cierto recelo—. ¿Vienes en calidad de anciano del clan o de abuelo?

El aludido sonrió.

—Siempre seré abuelo y padre por encima de cualquier otra cosa, Lachlan. Creo que, en eso, somos iguales.

El *laird* MacDonald asintió.

—¿Qué es lo que quieres?

El anciano clavó sus perspicaces ojos sobre Harlow.

—Vengo a hablar con tu hija.

Lachlan la miró de soslayo y entrecerró los ojos.

—Adelante, habla.

—Dentro de poco te convertirás en la esposa de mi nieto mayor, y he de reconocer que soy el primero que le animó a hacerlo porque creo que es lo correcto. Aun así, no puedo olvidarme de que te estamos abriendo las puertas de nuestro hogar, donde reside toda mi familia.

Guardó unos segundos de silencio.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó Harlow con impaciencia.

—Quiero asegurarme de que no supones un peligro para nosotros.

La joven frunció el ceño.

—¿Un peligro? —repitió.

—Me refiero a si debo preocuparme a que te cueles en la alcoba de alguno de nosotros durante la noche para intentar rebanarnos el cuello —respondió con una ceja enarcada.

Ella respiró hondo y se cuadró de hombros.

—No soy ese tipo de persona traicionera.

—Y, sin embargo, intentaste matar a mi nieto mientras dormía —señaló.

—Eso fue distinto —se defendió—. Pretendía hacer justicia del mismo modo en que él cometió su crimen. Era un ojo por ojo.

—Te puedo asegurar que, por mucho que tú estés convencida de ello, pongo la mano en el fuego por Connor. Lo he visto crecer, conozco su manera de pensar, el modo en que protege a su familia y como lucha con honor y valentía. Lo que sea que pasara esa noche, no es responsabilidad suya.

—En ese caso, ¿por qué apareció su daga junto a al cuerpo sin vida de Shaw? —insistió Harlow.

—Quizá alguien pretendiera incriminarlo, no lo sé. De lo que estoy seguro es de que él no fue, y si sigues alimentando ese odio, lo único que conseguirás será que el verdadero culpable quede impune.

La joven tomó una profunda bocanada de aire para tratar de ralentizar los acelerados latidos de su corazón.

—Por eso mismo he accedido a casarme con él. Quiero descubrir la verdad.

—Ya tenéis algo en común mi nieto y tú —sonrió—. No le pongas la soga al cuello antes de tiempo. Dale una oportunidad.

—¿Una oportunidad de qué? ¿De que use su encanto para convencerme de que no mató a mi hermano?

—Una oportunidad para conocer quien es realmente. No necesitas confiar, solo observar, escuchar y decidir por ti misma. No por dolor u orgullo. Por la verdad que aún está oculta.

El mentón de Harlow tembló cuando pronunció:

—Ni la verdad podrá devolverme lo que perdí.

—Es cierto —admitió Lamont—. Sin embargo, puede cambiarte a ti y el futuro que tienes por delante.

Harlow bajó la mirada y, por unos segundos, el silencio reinó entre ellos.

—No debes preocuparte, no dañaré a nadie de tu familia, te doy mi palabra —dijo al fin.

Después, dio media vuelta y comenzó a alejarse. Los dos hombres la observaron. El sol comenzaba a descender sobre las colinas, tiñendo de cobre todo a su alrededor.

—Mi hija jamás rompe su palabra, puedes estar tranquilo —le aseguró Lachlan—. Lo que me preocupa es si ella también está segura. La dejo en manos de un hombre al que ha intentado matar y sobre el que pesa la sombra de la sospecha. Eso no me da mucha confianza.

Lamont se giró hacia él y habló con voz grave:

—Yo cuidaré de ella, MacDonald. Me aseguraré de que se adapte al clan. Además, Connor puede ser terco, pero no es cruel ni rencoroso. Creo que, en cierto modo, comprende el dolor que la movió a actuar así.

Lachlan asintió levemente y miró al horizonte, como si sus pensamientos lo hubieran llevado lejos de allí.

—Harlow, desde niña, fue como un caballo salvaje. Hermosa, impredecible e imposible de domar. Nunca aceptó que la controlara y, en el fondo, yo tampoco quería hacerlo. La admiro tal y como es.

Lamont lo miró con respeto. Detrás de ese *laird* recto y feroz se escondía un hombre que amaba profundamente a su hija.

—Nadie va a intentar cambiarla.

Lachlan lo miró con una ceja enarcada y sonrió de medio lado.

—Tampoco creo que fuerais capaces de hacerlo.

CAPÍTULO 6

La mañana del *handfasting* amaneció con el cielo limpio, muy distinto del ánimo de Harlow.

Tocaron a su puerta con firmeza y, al abrir, se encontró de frente con la hermana de Connor. Brenda, una joven que rondaría su edad, con el cabello rubio, como todos los Cameron, que le caía en suaves ondas hasta su estrecha cintura. Poseía unos enormes ojos azules y unos rasgos delicados y hermosos que contrastaban con la mirada furiosa que le lanzaba en aquel momento.

—He venido a prestarte un vestido —le informó con el mentón alzado y tono cortante.

—Te lo agradezco.

Brenda soltó la prenda en sus brazos de malos modos.

—No lo hago por ti, es porque no se vería bien que la futura esposa de nuestro *laird* apareciera ante el altar con es aspecto que tienes —repuso tras mirar su sencillo vestido marrón de arriba abajo.

Harlow alzó las cejas, sin moverse del umbral.

—Qué generosa —ironizó—. ¿Me has dejado tu mejor vestido?

Brenda esbozó una sonrisa afilada.

—Ni por asomo. No creo que lo merezcas —le lanzó con veneno —. Nunca imaginé que Connor acabase esposado con alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —repitió.

—Una persona que ataca por la espalda. Una traidora. En resumen, una sucia MacDonald.

Aquellas palabras hicieron que las tripas de Harlow se retorcieran. Dio un par de pasos hacia Brenda, que no retrocedió.

—Cuida tus palabras o tendré que cortarte la lengua.

La joven rubia soltó una risa breve, carente de humor.

—Aunque hoy te cases con mi hermano, no vas a ser una Cameron. Y si se te ocurre volver a hacerle daño a él o a alguien de mi familia, te desollaré como a un conejo. ¡Y yo nunca amenazo en vano!

Tras esas palabras, se dio media vuelta y se marchó.

Harlow jamás lo admitiría en voz alta, pero, en cierto modo, como la había enfrentado hizo que se ganara su respeto. Una mujer que saca las garras para defender a su familia era digna de admiración, pese a que su ira fuera dirigida hacia ella.

***

La ermita estaba adornada con telas en tonos tierra, ramas de brezo y cintas entrelazadas con los colores de ambos clanes. El aire olía a lavanda y los invitados cuchicheaban entre sí que la pasión se había desbordado entre la pareja y por eso la premura para unirse en matrimonio.

Connor se mantenía erguido, vestido con su *kilt* de gala, el cabello largo y dorado peinado hacia atrás y una intensa mirada reflejada en sus ojos verdes.

Harlow MacDonald avanzaba hacia él del brazo de su padre. Iba ataviada con el vestido en tono carmesí que Brenda le prestó. Ese color le sentaba bien y enfatizaba su oscuro cabello y el sutil bronceado de su piel.

Cuando se detuvo ante él, la mirada que le dedicó parecía de hielo. Reflejaba que Connor era el enemigo a batir y, por el modo en que sus ojos ámbar chispeaban, estaba claro que seguía en pie de guerra.

Al *highlander*, en vez de asustarle, le divirtió. Que lo mirara con aquel descaro y sin una pizca de temor le resultaba atrayente.

—Espero que no tengas pensado clavarme otra daga durante la ceremonia —susurró sonriente.

Aquello hizo que Harlow entrecerrara los ojos y apretara los puños con rabia.

—No me tientes —respondió entre dientes—. Puede que esta vez no falle.

El párroco comenzó la ceremonia uniendo las manos de ambos con la cinta que se usaba para aquel rito. El gesto del hombre de Dios era solemne y entre ellos la tensión resultaba palpable.

Connor inclinó la cabeza ligeramente hacia ella.

—El rojo te sienta muy bien —la halagó.

Harlow no respondió, se limitó a desviar la mirada y a apretar su mano más de lo necesario.

Los presentes los observaban con atención, mientras el padre Jacob, con el gesto torcido, no dejaba de hablar. Él, que estaba frente a ellos, no se perdía nada de aquel duelo silencioso que se traían.

—Espero que esta unión de manos sea bendecida… aunque más bien debería decir unión de tercos —refunfuñó por lo bajo—. Si alguno de los presentes tiene algo en contra de este enlace, que hable ahora… o se prepare para asistir a su funeral antes de que pase un año y un día.

Connor emitió una carcajada divertida.

—No creo que vaya a ser tan dramática nuestra unión, padre.

—Eso es lo que tú dices, joven Cameron. Sin embargo, jamás en todos los años que llevo al servicio del señor bendije a una pareja que comenzó apuñalándose.

—¿Sería tan amable de proseguir con la ceremonia, padre Jacob? —le pidió Lamont a espaldas de su nieto.

El párroco gruñó de nuevo, pero le hizo caso. Siguió con el discurso mientras los dos protagonistas se miraban de manera retadora. Ambos recitaron los votos y bebieron de la misma jarra de hidromiel.

—Que el Señor os guíe, os proteja y os dé paciencia… Mucha paciencia… La vais a necesitar —reiteró el hombre de Dios, dando por finalizado el enlace.

Entre Harlow y Connor no hubo beso, no hubo palabras bonitas ni ternura. Solo un paso más que esperaban que los acercara a la verdad.

Connor soltó la cinta que unía sus manos y se giró a hablar con una mujer que había junto a su abuelo, que, por su parecido con él, Harlow dedujo que era su madre.

La música de las gaitas comenzó a sonar, y los invitados empezaron a salir de la ermita. Ella quiso ir junto a su familia, pero Alec y Wallace se plantaron ante ella.

—Bueno, bueno. Mi nueva hermana —dijo su nuevo cuñado con una reverencia exagerada—. La señora Cameron, durante un tiempo limitado, pero Cameron, al fin y al cabo.

—¿Sabes que hay apuestas sobre cuándo volverás a intentar matar a mi amigo? —inquirió Wallace—. Yo aposté porque aguantarías un mes antes de blandir de nuevo un arma contra él. Alec fue menos optimista y dijo dos semanas.

Harlow los miró como si decidiera cual de los dos era más patán. Finalmente, llegó a la conclusión de que no había diferencia.

—¿Y si empiezo por vosotros? —preguntó en tono seco—. Porque os aseguro que en este instante estoy haciendo acopio de toda mi paciencia para no asestaros una patada en vuestra virilidad, si es que la tenéis.

Alec alzó las manos en el aire, sonriente, mientras que Wallace soltó una carcajada.

—Tranquila, fiera —le pidió el joven rubio—. Solo veníamos a darte la bienvenida al clan, así que te pido que no la tomes conmigo. Mis reflejos son peores que los de mi hermano… y soy más guapo. No querría que privaras a las féminas de poder contemplarme.

—Y yo corro muy rápido, así que tendrás que asaltarme en mi alcoba también —añadió Wallace, guiñándole un ojo.

Los dos se alejaron entre risas y Harlow, pese a no fiarse de ningún Cameron, esbozó una sutil sonrisa que trató de esconder agachando la cabeza.

—¿No puedo dejarte ni un instante sola? —la voz de Fyfe hizo que se volviera hacia él—. ¿Qué has hecho?

—Use mis conocimientos con las armas como me enseñaste.

Su amigo negó con la cabeza, divertido.

—¿Como te enseñé? —repitió sarcástico—. Creí que lo retarías a un duelo o que simplemente lo acusarías de haber asesinado a Shaw, no que te meterías en su cama para matarlo mientras dormía.

—Se merecía el mismo final que mi hermano —se defendió.

—¿Y ahora qué? —Se cruzó de brazos y la miró con escepticismo—. ¿Esto también formaba parte de tu plan maestro? ¿Convertirte en su esposa?

—Solo es una unión de manos.

—Que te ata a él durante un año y un día —le recordó.

—Tiempo más que suficiente para corroborar que mis sospechas son ciertas.

Fyfe se pasó las manos por el rostro con frustración.

—Santo Dios, Har. Esto se te ha ido de las manos. Nunca debí alentar tus ansias de venganza —se reprochó.

—Aunque no me hubieras ayudado ni entrenado, mis pensamientos no habrían cambiado.

—Siento que todo esto es culpa mía —dijo negando con la cabeza.

—No es cierto —rebatió—. Yo soy la única responsable de mis actos, Fyfe.

Vieron acercarse a Lachlan, Niall y Bryson, acompañados de Ogilvy, el enorme guerrero pelirrojo era de los más leales del clan MacDonald.

—Ya está hecho —repuso su padre—. Eres una mujer casada.

—Una descerebrada casada —la picó Bryson.

—¡Cállate, ¿quieres?! —espetó la joven dándole un manotazo en el pecho.

—Deja de molestarla —le pidió Niall a su hermano.

—Debemos volver al clan, hija —le dijo su padre—. No esperábamos que nuestro viaje se postergara tanto, pero no estarás sola. Fyfe y Ogilvy se quedarán contigo. Aprendiste a darles órdenes antes de andar, prácticamente. Así que con ellos tendrás un apoyo incondicional.

—No la dejaremos sola ni un solo instante —aseveró el gigantón.

—¡Eh! —espetó Fyfe alzando las manos—. No hagas ese tipo de promesas por mí. Necesitaré algo de tiempo libre. He visto por aquí a personas interesantes con las que me gustaría… charlar —finalizó a la vez que dirigía sus ojos hacia Brenda.

Harlow enarcó una ceja.

—Pues ten cuidado, porque esa «persona» en concreto, tiene las garras muy afiladas —le advirtió—. Además, no necesito escolta. Sé defenderme sola.

—Aun así, me siento más seguro al saber que están contigo —insistió Lachlan—. Enviaré el resto de tus cosas con un par de guerreros. Mientras tanto, tendrás que apañarte con lo que te presten.

—Con la ropa que tengo será más que suficiente hasta que lleguen mis pertenencias. Sabes que no soy vanidosa.

—Eso no hace falta que lo jures —volvió a increparla Bryson—. Aunque hoy, con este vestido, casi pareces una dama.

—Vete al infierno —espetó Harlow.

—Podrías ser un poco más amable conmigo, hermanita. Te he traído un par de dagas más, por si decides terminar lo que empezaste.

—¡Bryson! —lo amonestó su padre.

Aun así, la muchacha le arrebató las dagas de las manos y las escondió entre sus faldas.

—Nunca se sabe cuando pueden hacer falta —susurró.

Niall se aproximó más y le dio un beso en la frente.

—Intenta no meterte en más líos, Har.

—No puedo prometer nada —respondió con sinceridad.

Su hermano no pudo evitar sonreír a la vez que negaba con la cabeza. No tenía remedio.

Al final, Lachlan la tomó de las manos para obtener su atención. Recorrió con sus ojos el bonito rostro de su hija, como si quisiera grabar cada uno de sus rasgos en su memoria antes de partir.

—Si nos necesitas, háznoslo saber. No importa el día o el momento —dijo con voz grave—. Y recuerda, el fuego que arde dentro de ti nos ilumina a todos, pero si lo azuzas demasiado, puede acabar consumiéndote. Solo te pido que seas feliz.

—Lo intentaré, padre —repuso con la voz tomada por la emoción.

—Siempre serás una MacDonald —aseveró Lachlan.

—Para toda la eternidad.

***

Unas horas después, habiéndose quitado aquel aparatoso vestido, veía a su familia alejarse. No llegó al clan Cameron esperando tener que despedirse de su padre, sus hermanos, su tierra… Sin embargo, así era. Se quedaba sola en un castillo que no sentía suyo, junto a unas personas en las que no confiaba y que la detestaban.

Apretó los puños a ambos costados de su cuerpo y, cuando el último guerrero MacDonald desapreció de su vista, cerró los ojos con fuerza para controlar las lágrimas que pugnaban por derramarse.

Ogilvy, que la contemplaba de cerca, se acercó a ella con torpeza. Le costaba lidiar con una mujer vulnerable.

Con su enorme envergadura, la envolvió entre sus brazos para consolarla.

—Todo va a estar bien —aseguró.

Harlow se dejó caer contra él. No respondió, solo se quedó al resguardo de su cálido abrazo. Sabía que en ese momento se sentía

destruida, perdida y sola. Aun así, se levantaría, y con mucha más fuerza que antes. Porque era una guerrera, una luchadora.

Nadie doblegaba a Harlow MacDonald.

CAPÍTULO 7

Connor se reunió con los ancianos del clan en el gran salón. Sabía que no estaban muy conformes con el cambio de esposa y sus miradas inquisitivas se lo confirmaron. En especial, la de Bruce, el más gruñón de todos. Era completamente calvo y poseía una larga barba blanca; en aquellos momentos repiqueteaba con su bastón sobre el suelo de piedra con impaciencia.

Connor se mantuvo de pie frente a ellos, flanqueado por su abuelo y su tío.

—Os agradezco haber acudido a la reunión.

—¡Qué remedio! —espetó Bruce—. Hemos tenido que descubrir en el momento de tu enlace que habías cambiado a una novia por otra.

Algunos ancianos comenzaron a soltar murmullos de aprobación. Otros se mantuvieron en silencio a la espera de escuchar las explicaciones de su *laird*.

—Imagino que habrán llegado a vuestros oídos los rumores sobre que me encontraron en mi alcoba en plena noche junto a Harlow MacDonald. Sin embargo, no es lo que todo el mundo piensa. No éramos amantes, ella trató de matarme.

Los murmullos se acrecentaron.

—¿Trató de matarte y te casas con ella? Deberías haberla encerrado en las mazmorras —terció Bruce.

—¿Y habernos enemistado también con los MacDonald aparte de con los Henderson? —ironizó Lamont—. No le veo mucha lógica a tus palabras, amigo Bruce.

—Yo tampoco quería unirme a ella —prosiguió diciendo Connor —. Estaba prometido con Fenella Henderson, una alianza que yo

mismo decidí y propicié; sin embargo, no me quedó más remedio. Las habladurías se extendieron al sorprendernos en una posición bastante comprometida.

—¿Y por qué trató de matarte? —preguntó Murray, el más mayor de todos los ancianos—. ¿Acaso es una demente?

—No —se apresuró a negar Connor—. Creyó que yo era el responsable de la muerte de su hermano.

—Hace años que Shaw MacDonald fue asesinado —recordó Bruce.

—Y aún no se sabe quién lo hizo, pero es algo que me he propuesto a averiguar —aseveró Connor.

—Eso no justifica que te hayas casado con una mujer que representa un peligro para todos nosotros —siguió diciendo Bruce—. ¿O lo has hecho solo porque quieres tenerla en tu cama?

—A quien yo meta en mi cama no es asunto de nadie —sentenció Connor con voz severa—. Y si alguien tiene miedo de una mujer, que lo diga a viva voz.

Los cuchicheos se volvieron más agitados. Bruce se puso en pie de golpe, indignado.

—¡No es miedo, muchacho! Es que no estoy de acuerdo con que hayas roto nuestra alianza con los Henderson de este modo. ¿Te piensas que eso no nos traerá consecuencias? Porque si es así, es que no conoces bien a Gowan.

—Sé lo que supone haber roto el compromiso con Fenella, pero no tenía otra opción. Hice lo que creí mejor para el clan.

—Lo mejor para el clan —repitió Bruce escéptico—. Eres joven y terco, como tu padre cuando comenzó a gobernarnos, pero al menos él pedía consejo antes de tomar decisiones importantes.

—Mi nieto pidió consejo —aseguró Lamont—. A mi hijo y a mí, y ambos estuvimos de acuerdo en que casarse con Harlow MacDonald era lo correcto. De hecho, fui yo mismo el que le sugirió que debía hacerlo.

—Los años te han vuelto blando, Lamont —le echó en cara.

—Y a ti demasiado insensible. ¿Pretendías que permitiéramos que la reputación de la joven quedara manchada para siempre?

—Ella misma se lo buscó —respondió, y desvió la mirada con terquedad.

—No vine a pedir vuestro visto bueno, solo a informaros de lo sucedido —terció Connor—. El *handfasting* ya se ha celebrado y Harlow es mi esposa. No hay que darle más vueltas al tema.

Bruce golpeó el suelo con más fuerza con su bastón. Su cara se veía roja de ira cuando dijo:

—¡Nos obligas a aceptar como la señora de nuestro clan a una traicionera MacDonald! Has metido a una serpiente en la madriguera, y te vas a arrepentir.

Sus palabras resonaron por todo el salón, incluso en el pasillo por donde Harlow pasaba para encaminarse a la alcoba que ocupaba. Le hirvió la sangre el desprecio que desprendían aquellas afirmaciones.

Abrió la puerta del salón sin pedir permiso.

—He aquí la serpiente de la que habláis —declaró con voz firme. Clavó su mirada afilada sobre el anciano que permanecía en pie rodeado de otros tantos—. Y es curioso que diga esto, porque al único que veo destilar veneno es a usted, viejo.

Lamont no pudo evitar esbozar una sonrisa ante su mordacidad. Le gustaba el modo en que aquella joven se enfrentaba con arrojo a quien hiciera falta.

—Estas cuestiones no te incumben, muchacha. ¡Aquí hablamos de honor, legado y valentía! Cosas de las que no entiendes.

Harlow, en vez de amedrentarse, alzó más el mentón y avanzó unos pasos hacia él.

—¿Y usted sí? Porque a juzgar por el modo en que le habla a su *laird*, diría que la palabra lealtad le queda muy grande.

—Ya basta, Harlow —le pidió su reciente esposo.

Sin embargo, ella ni siquiera lo miró.

—Si queréis llamarme serpiente, hacedlo —se dirigió a todos los presentes—. Pero recordad que las serpientes no suelen morder sin razón, solo si alguien se mete en su territorio. Así que, si no queréis ser víctimas de mi veneno, intentad no provocarme.

—Creo que todos deberíamos calmarnos —intervino Athol—. Mi sobrino aún es joven, pero tiene temple y más coraje que muchos de los que están aquí sentados y le juzgan con dureza.

—El coraje no basta para dirigir un clan, Athol —respondió Bruce con su habitual tono mordaz—. Robert tenía respeto a la sabiduría que podíamos otorgarle. Connor se deja llevar por sus impulsos. Ahora mismo, no está a la altura del legado que su padre le dejó.

Las mandíbulas de Connor palpitaron, no obstante, no replicó nada. Fue su abuelo el que sacó la cara por él.

—Cuida tus palabras, Bruce. Robert fue un gran *laird* y un mejor yerno, pero Connor no debe ser como él. Tiene su propia personalidad y valores, no es justo mantenerlo a la sombra de los logros de su padre.

—Veo que es algo intrínseco en los Cameron no saber cuándo mantener la boca cerrada —apuntó Harlow, sarcástica, sin poder contenerse—. Nadie en mi clan se atrevería a hablarle al *laird* con tan poco respeto, por muy anciano que fuera.

—¡Cállate, mujer! —bramó Bruce, furioso.

—Lo lamento, pero no soy de las que se callan para contentar a un hombre que no tiene ni idea de lo que dice.

Connor, temiendo que al anciano le diera un vahído a causa de la rabia que veía bullir en sus ojos, tomó a su esposa del brazo y la sacó del salón.

—¿Qué crees que haces? —inquirió forcejeando con él—. ¡Suéltame!

Abrió la puerta de la biblioteca y la metió dentro.

—No puedes hablarles a los ancianos del clan con tan poco respeto, ni tampoco irrumpir en medio de una reunión como si

entraras en una taberna. ¿Crees que eso ayudará a apaciguar los ánimos?

Harlow se puso en jarras, indignada.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué permaneciese impasible mientras hablaba pestes sobre mí? Además, estaba sacando la cara por ti, pese a que no te lo merezcas.

Connor suspiró sin apartar la mirada de ella.

—No espero sumisión por tu parte, pero sí que te pares a pensar en las consecuencias de tus actos. Ahora mismo, acabas de darle más razones a Bruce para desacreditarme.

—En realidad, no estoy aquí para pensar en tus problemas de liderazgo con tu clan.

—Mis problemas de liderazgo con mi clan, como tú dices, son por culpa de que te colaras en mi cama y me obligaras a romper mi compromiso con Fenella Henderson —repuso con una ceja enarcada.

—Yo no te obligué a nada —se defendió.

—Esperaba que, al menos, me agradecieras que me sacrificara para limpiar tu reputación.

—Me importa bien poco mi reputación —aseguró—. Lo único que quiero es descubrir la verdad sobre la muerte de mi hermano.

—Ya somos dos.

Se mantuvieron la mirada unos segundos hasta que la puerta de la biblioteca volvió a abrirse y entraron Harriet, Brenda y Alec. La matriarca miró a Harlow con indignación.

—¿Te has propuesto destruirnos? —le lanzó a la joven—. No puedes hablarle de ese modo a Bruce. A ningún Cameron, en realidad. No eres digna de ello.

Harlow sonrió con suficiencia.

—¿Y de qué soy digna entonces?

—Lo único que debes hacer es agachar las orejas y pedir disculpas por tu actitud. Eras nuestra invitada y traicionaste nuestra confianza —respondió Brenda por su madre—. Recuerda que solo

permaneces aquí por un tiempo limitado. Así que respeta a tus anfitriones de una vez, si sabes lo que eso significa.

—Sé que no te gusta, pero por «ese tiempo limitado», como tú dices, soy vuestra señora, por mucho que os pese —rebatió Harlow —. Tengo derecho a defenderme y lo haré siempre que me sienta atacada. Le pese a quien le pese.

—¿Vas a permitir que nos hable así? —le preguntó Harriet a su hijo—. ¡Te has dejado engañar por una furcia que ya se cree la dueña y señora de nuestro hogar!

—¡Madre! —exclamó Connor sorprendido de oírla hablar así.

El cuerpo de Harlow temblaba de rabia y sus ojos lanzaban destellos de llamaradas ambarinas.

—¿Qué has dicho? —inquirió con lentitud en un susurro contenido.

Harriet no se amedrentó.

—Lo que todos pensamos y nadie te ha dicho a la cara. No eres más que una intrusa que se ha colado en nuestras vidas para ponerlas patas arriba, haciendo acopio de malas artes. Las mismas que usan las mujeres que entregan sus cuerpos en las tabernas.

Harlow comenzó a avanzar hacia ella dispuesta a asestarle un bofetón, cuando Fyfe apareció y se interpuso en su camino.

—¡Basta! No permitiré que nadie le hable así a mi señora. Menos aún, delante de mí.

Harriet lo miró con desdén.

—¿Y quién eres tú para permitir nada? Este no es tu lugar.

Fyfe ignoró su desdén.

—Le exijo que se disculpe —decretó con firmeza.

Brenda se aproximó a su madre y la cogió del brazo para mostrar su apoyo.

—No vamos a disculparnos por decir la verdad.

—La única verdad aquí es que voy a despellejaros como no contengáis vuestras lenguas viperinas —dijo Harlow entre dientes.

—¡Callaos las tres! —ordenó Connor—. No podéis comportaros de este modo. Se supone que sois damas educadas.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Lamont, que llegaba acompañado de su hijo—. Se oyen vuestras voces desde la otra punta del castillo.

—Parece ser que no vamos a tener una convivencia demasiado tranquila a partir de ahora —respondió Alec, que hasta entonces se mantuvo en silencio, con sarcasmo.

El anciano posó los ojos sobre su hija. La conocía lo suficiente como para saber que toda la animadversión que destilaba hacia Harlow era por miedo a que la nueva esposa de su hijo pudiera hacerle daño.

—No creo haberte enseñado a comportarte así, Harriet —le reprochó.

—Ya no soy una niña, padre.

—Es cierto, ya tienes una edad como para comportarte como una mujer adulta, y no como una muchachita que intenta arrinconar a una joven que está prácticamente sola en nuestro clan.

Harriet negó con la cabeza, dando muestras de que no estaba de acuerdo con sus palabras, pero no dijo nada más. Sin embargo, Brenda no estaba dispuesta a dejar las cosas así.

—No es justo que des la cara por ella, abuelo. ¿Olvidaste que intentó matar a Connor? Si ahora nuestras palabras la incomodan, deberá asumirlo.

Lamont le sonrió a su nieta. Aún era joven y demasiado impulsiva como para entender que no todo en la vida era blanco o negro.

—Querida Brenda, cuando el halcón se posa en la tierra, los ratones lo creen vulnerable. Sin embargo, el halcón no ha olvidado como volar… solo descansa hasta que llegue de nuevo la hora de comer.

La joven rubia puso los ojos en blanco. A su abuelo le encantaban los acertijos, aunque a ella la sacaban de quicio porque casi nunca lograba entender lo que quería decir.

La tensión aún flotaba en el aire, pero la intervención de Lamont relajó un poco el ambiente.

Connor se volvió hacia su hermano y le pidió:

—Acompaña a Harlow a su nueva habitación, y si precisa ayuda para instalarse, préstasela.

—Por supuesto —aceptó Alec.

—¿Nueva habitación? —preguntó Harlow con el ceño fruncido —. No la necesito, me encuentro cómoda donde estaba instalada.

Connor la miró a los ojos.

—Estás en el ala de invitados y a partir de ahora eres mi esposa, no puedes quedarte allí. Tu lugar está en la habitación contigua a la mía.

La joven abrió la boca para replicar de nuevo, cuando Fyfe se le adelantó:

—No hay problema. Yo mismo iré con ellos para asegurarme de que se acomode.

—¿Qué estás diciendo? —murmuró Harlow, furiosa.

—No creo que sea el momento de dar más problemas, Har. Los ánimos ya están bastante cargados —respondió su amigo en el mismo tono bajo de voz.

Ella bufó y se cruzó de brazos, aunque, sorprendentemente, se mantuvo en silencio.

Connor, que logró oír su intercambio de palabras, sonrió de medio lado. No había conocido a nadie más testaruda que aquella mujer. Bueno, quizá su hermana le fuera a la zaga.

—Seguidme —les pidió Alec.

Ambos MacDonald fueron tras él.

Mientras caminaban por el largo pasillo de piedra, Alec se giró para mirarla.

—Creo que Connor va a estar bastante entretenido teniéndote como esposa —bromeó.

—No estoy aquí para ser su bufón.

El atractivo joven rio entre dientes.

—Lo sé. Sé que tu intención es demostrar que es el culpable de la muerte de tu hermano —comentó con calma—. Lamento decirte que eso no será así. Aunque aún no lo creas, mi hermano tiene buen corazón. Él nunca cometería un acto tan deleznable.

—No me interesa su corazón, solo la verdad. En cuanto termine nuestra unión temporal regresaré a casa.

Una de las cejas rubias del muchacho se enarcó.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que el sol sale cada mañana.

Alec asintió y prefirió no decir nada más. Les mostró la nueva alcoba de Harlow. Era preciosa y elegante, y tenía una puerta que la comunicaba directamente con la de Connor.

—Iré a por tus cosas. Tú empieza a acomodarte —le sugirió antes de dejarla a solas con Fyfe.

Harlow miró a su alrededor. Las paredes de piedra parecían más frías que nunca y una sensación de vacío la invadió. Se abrazó a sí misma y comenzó a temblar.

—¿Estás bien? —le preguntó su amigo.

Ella, de pie junto a la cama, asintió.

—Solo tengo frío.

—Encenderé la chimenea —se ofreció.

Mientras prendía el fuego, Harlow se sentó sobre el lecho. ¿Connor querría que consumaran el matrimonio? Si ese era el caso, ella pensaba luchar con todas sus fuerzas. Nada la asqueaba más que imaginarse tocando el cuerpo del hombre que asesinó a Shaw.

—¿Y si no miente?

La pregunta de Fyfe la pilló desprevenida.

—¿Cómo dices?

—Connor —aclaró—. ¿Y si es inocente?

Sus dudas la sorprendieron.

—Sabes el enfrentamiento que tuvieron horas antes de que lo mataran. Lo amenazó y, casualmente, su daga estaba junto al cuerpo de mi hermano. ¿Qué más indicios necesitas?

El guerrero MacDonald se puso en pie y se volvió hacia ella.

—Veo verdad en sus ojos, Har.

Harlow colocó un mechón de su oscuro cabello tras la oreja y tragó saliva. No quería que la confundiera.

—Quizá sea un gran embustero.

Fyfe suspiró y la miró con ternura.

—Puede que sea así, solo te pido que no hagas ninguna otra locura.

Harlow le dedicó una sonrisa cansada.

—¿Cuándo la he hecho? —bromeó.

Su amigo enarcó una ceja.

—¿Cuándo no?

***

Connor estaba sentado en un sillón de la biblioteca con un terrible dolor de cabeza. Había tenido una tremenda discusión con su madre y su hermana.

Por suerte, su abuelo se las llevó cuando estaba a punto de perder la paciencia. Sin embargo, los estragos de los últimos dos días pesaban sobre sus hombros.

Athol se sentó a su lado. Era como un segundo padre para él y su compañía lo reconfortaba.

—Mañana todo será más sencillo.

—¿De veras? —repuso escéptico.

—Solo necesitan hacerse a la idea de las nuevas circunstancias.

Connor suspiró.

—No sé si he hecho lo correcto, tío.

Athol lo miró con esa mezcla de afecto y firmeza que solo él sabía transmitir.

—Nunca sabemos si nuestras decisiones son las mejores que podríamos haber tomado. Lo importante es tomarlas con la mejor

intención y mirando por el bien del clan. Creo que eso es lo que has hecho, Connor.

—Ahora mismo, lo único que he conseguido es dividir a la familia.

—Mi hermana te quiere demasiado, y solo está afectada por tu intento de asesinato. Cuando se asegure de que no va a volver a atacarte, se relajará —aseguró—. En cuanto a Brenda…, ella increpará a tu esposa durante unos días, hasta que por fin se canse.

Connor puso los ojos en blanco.

—Las mujeres son muy complicadas —aseveró—. Envidio tu decisión de no casarte.

Athol le dedicó una amplia sonrisa. Se parecían tanto entre ellos que, si no fuera porque le sacaba veinticuatro años de diferencia, podrían confundirlos.

—Gracias por estar siempre a mi lado, tío.

El hombre posó una mano sobre el hombro de su sobrino.

—Eso es incondicional.

CAPÍTULO 8

El sol casi había desaparecido en el horizonte cuando unos leves golpes en la puerta de su alcoba la sacaron de su ensimismamiento. Llevaba toda la tarde encerrada allí, sin saber qué hacer o cómo actuar.

Abrió la puerta y tras ella se encontraba una joven sirvienta de baja estatura, con el cabello castaño y una sonrisa alegre en su bonito rostro.

—¿Qué tal, mi señora? Soy Sheena, es un placer —la saludó—. Me han mandado a buscarla para que la acompañe al salón para la cena.

—Es reconfortante encontrar algo de amabilidad hacia mí tras las paredes de este castillo —comentó, devolviéndole la sonrisa—. Llámame Harlow.

—Los ánimos han estado tensos los últimos días, pero ya tendrá tiempo de comprobar que la gente que vive aquí es muy amable.

Salió fuera de la alcoba y vio que Ogilvy estaba apostado junto a su puerta.

—¿Lista para tu primera cena como mujer casada? —preguntó el gigantón con esa sonrisa amable que siempre lucía.

—Aun no he asimilado mi nuevo estado —reconoció.

—No se preocupe, los Cameron son una familia muy considerada y agradable, seguro que la tratarán bien —repuso Sheena.

Harlow suspiró.

—No soy tan optimista como tú. Y, por cierto, puedes tutearme, me siento más cómoda.

—Será un honor —dijo la joven con alegría.

Empezaron a bajar las escaleras y Ogilvy fue tras ellas.

—¿Piensas seguirme a todas partes? —preguntó Harlow.

—Le prometí a tu padre que te protegería.

Sheena soltó una risita.

—Si me permites decirlo, eres como un perro guardián tratando de cuidar a una loba. No sé si tiene mucho sentido.

A Harlow le gustó aquella similitud.

—Y tú eres un pajarillo que no sabe cuan molesto es su piar —respondió el enorme guerrero, de buen humor.

Llegaron ante las puertas del salón que estaba iluminado con bastantes velas. Harlow se paró frente a la puerta junto a Ogilvy y Sheena.

Fue entonces cuando vieron a Harriet aproximarse a ellos. Llevaba el pelo rubio recogido y un elegante vestido verde, del mismo color que sus ojos. A pesar de rondar la cincuentena, seguía siendo muy atractiva, cosa que al bueno de Ogilvy no le pasó inadvertida.

—¿Quién es esa bella mujer? —preguntó en un susurro.

—Mi nueva suegra —respondió Harlow, que apreciaba la expresión embobada del guerrero—. Y te advierto que es una mala pécora.

El hombretón no prestó atención a sus palabras, solo avanzó un paso e hizo una torpe reverencia.

—Señora, es un placer conocerla. Soy Ogilvy MacDonald, y este salón acaba de llenarse de luz gracias a su presencia.

Harriet lo miró como si acabara de toparse con un insecto repugnante e insignificante.

—¿Los MacDonald han dejado a su bufón en nuestro castillo? Lo lamento, pero el humor estúpido no es lo mío —espetó, antes de pasar por delante de él con frialdad.

Ogilvy parpadeó varias veces, sin saber qué hacer.

—Te lo dije. Una mala pécora —repitió Harlow.

El pelirrojo carraspeó y trató de recomponerse.

—Solo estaba siendo amable.

Harlow puso los ojos en blanco.

—No es buena idea ser amable con las víboras, pueden morderte.

El guerrero la miró con una sonrisa dibujada en su amable rostro y se encogió de hombros.

—Me gustan las mujeres complicadas.

—Te gustan las mujeres imposibles —rebatió tras posar una mano en su brazo—. Y eso, querido amigo, es una afición peligrosa.

Tras esas palabras, se despidió de Ogilvy y Sheena, y pasó al salón. Los miembros de la familia Cameron ya estaban sentados a la mesa y la observaron mientras ella, haciendo acopio de toda la dignidad que poseía, tomó asiento con la espalda recta, el mentón alzado y una mirada decidida.

Aunque sabía que algunas de las personas con las que compartía mesa la juzgaban, no iba a avergonzarse de lo que hizo. Actuó como creyó que debía, y no se arrepentía de ello. Al menos, mientras aún tuviera la certeza de que Connor era un maldito asesino.

Llevaba un sencillo vestido de lino tostado, y su larga melena negra cayendo en ondas hasta su cintura. A su lado, Connor mantenía sus ojos fijos en ella.

Alec, percibiendo la tensión del momento, se puso en pie con su copa en la mano y una sonrisa en el rostro.

—Si me permitís que interrumpa este incómodo silencio, quiero proponer un brindis —dijo en tono jovial—. Brindo por mi hermano, el gran *laird* de nuestro clan, y por su esposa Harlow, una llama de fuego apasionante y aterradora a partes iguales. Espero que esta unión traiga verdad y descubrimiento. Que ambos encuentren en el otro el respeto que se merecen, o incluso… algo más profundo. —Alzó la copa mirando a la pareja y finalizó—: Por la verdad.

—Por la verdad —repitió Harlow bebiendo un largo trago de vino.

Connor se limitó a beber sin decir palabra, pese a que, en el fondo, él también esperaba que la verdad saliera a la luz cuanto antes.

Los sirvientes comenzaron a servir los exquisitos platos. Lamont y Alec llevaban el peso de las conversaciones, dirigiéndose a Harlow para integrarla en la familia.

Hablaron de los cultivos, el manejo de la espada o las tensiones entre los clanes. El anciano era muy sabio, pero Harlow lo rebatía cuando no estaba de acuerdo con él con alguna cuestión.

—Tienes carácter, eso me gusta —aseveró con sus ojos fijos en ella—. Creo que congeniarás con mi nieto mejor que Fenella. Era una buena muchacha, pero demasiado apocada para Connor.

Brenda, que hasta entonces se mantuvo en silencio, soltó de golpe los cubiertos sobre la mesa con un golpe seco.

—Fenella es una dama, abuelo. Educada, respetuosa y buena persona. Creo que eso marca la diferencia con la… mujer que tenemos sentada a la mesa —hizo hincapié en la palabra mujer, dejando claro que le hubiera gustado cambiar esa palabra por un agravio.

Harlow giró lentamente la cabeza hacia ella, sin perder la compostura.

—¿Y qué sabes tú de educación y respeto? Hasta ahora no has dado muestras de estar al corriente de lo que eso significa.

Brenda se puso en pie, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Una de las normas de educación consiste en que aprendas a callarte y agachar las orejas cuando te equivocas, y déjame decirte que todos tus actos han sido reprochables desde que pusiste un pie en nuestra casa. Algo que tú, claramente, no asimilaste con los MacDonald.

Harlow sonrió con frialdad.

—Yo pienso que el silencio es el refugio de los cobardes. Así que, si lo que esperabas es que la esposa de tu hermano fuera sumisa, está claro que la callada y tímida Fenella hubiera sido mejor opción que yo.

—¡No tienes derecho a hablar así de ella! No la conoces.

—Tú tampoco me conoces a mí y eso no te frena para juzgarme.

—¡Eres una maldita traicionera! Eso es lo que sé de ti.

Harlow no aguantó más y se levantó de golpe, haciendo que la silla cayera al suelo.

—¡Y tú una sucia Cameron con el ego más grande que toda escocia!

—¡Ya basta! —bramó Connor incorporándose también—. No me puedo creer que os estéis comportando como dos chiquillas.

—¡¿Chiquillas?! —se indignó su esposa—. ¿Me vas a poner a la misma altura que a tu hermana?

—Ambas os estáis comportando del mismo modo.

—Yo solo me defiendo.

Rodeó su brazo con dedos firmes y la arrastró fuera del salón.

—Ven conmigo, ya estoy harto de espectáculos.

—Y yo estoy cansada de que te creas con el poder de mangonearme.

—Eres mi esposa, tengo ese derecho —le recordó mientras subían escaleras arriba.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Ogilvy detrás de ellos.

—No te metas —le ordenó Harlow. Temía que pudiera salir perjudicado si se enfrentaba a Connor.

El enorme guerrero los siguió hasta la alcoba de la joven, aunque se mantuvo en silencio. Una vez dentro, su esposo cerró la puerta tras ellos, dejando a Ogilvy fuera, y la liberó de su agarre.

Pese a que Harlow no le tenía miedo, sí se sintió nerviosa por estar a solas con él en su noche de bodas. ¿Le exigiría que cumpliera con sus deberes maritales?

—No puedes enfrentarte de este modo a todos cada vez que alguien te provoca —dijo Connor ajeno al rumbo que tomaban sus pensamientos.

—¿Esperas que me calle mientras me insultan? ¿Qué sonría bobamente, como haría tu querida Fenella? —inquirió cruzándose de brazos y enarcando las cejas.

La expresión del hombre se endureció y avanzó un par de pasos más, hasta quedar a escasos centímetros de ella.

—No es justo que hables así de Fenella —le reprochó—. La pobre no es más que otro daño colateral que tus impulsivos actos han causado. Y no te pido que no hables, solo que pienses un poco antes de hacerlo y elijas que batallas pelear. Ahora mismo eres mi esposa. La señora del clan. Cada palabra tuya tiene peso, así que aprende a gestionar tu nuevo estatus.

A Harlow le hubiera gustado replicar, por desgracia, era consciente de que todo lo que dijo era verdad.

Desvió los ojos y, a regañadientes, repuso:

—No puedo asegurarte que lo consiga, pero lo intentaré. Es todo lo que puedo prometer.

Su esposo sonrió y asintió, sorprendido.

—Es más de lo que esperaba, la verdad.

Harlow lo miró de soslayo. Por mucho que lo odiara, debía reconocer que era tan atractivo como decían las habladurías. Su rostro era muy masculino, y una barba rubia oscura ensombrecía sus cuadradas mandíbulas. Sus astutos ojos verdes estaban clavados en ella y reflejaban la sonrisa que se dibujaba en sus labios.

De repente, alargó un brazo y Harlow dio un respingo hacia un lado para evitar que la tocara. Connor, al percibir su nerviosismo, puso las manos en alto y retrocedió.

—Solo quería coger la daga, no iba a tocarte —aseguró—. Jamás obligaría a una mujer a aceptar mis atenciones, nunca me ha hecho falta.

—¿La… la daga? —repitió ignorando deliberadamente la última parte de lo que dijo.

—La que tienes sobre la cama —respondió—. Con la que asesinaron a tu hermano.

Harlow volvió la cabeza y se fijó en que, como él dijo, se encontraba sobre el colchón. Frunció el ceño. No recordaba haberla dejado allí, pero sentía sus pensamientos tan densos que quizá lo hubiera hecho y no lo recordara.

Se hizo a un lado y le permitió que la cogiera. Connor la sostuvo entre sus dedos, observándola con atención.

Ella, mientras tanto, lo estudiaba con recelo.

—¿Sabes que esta daga perteneció a mi bisabuelo? Cuando la perdí estuve días lamentándome y culpándome por ser tan estúpido de no haberla cuidado bien —explicó—. Nunca pensé que la utilizaron para un gesto tan despreciable. —Alzó los ojos de repente y los clavó en los ambarinos de la joven, que le observaba mover el puñal entre sus dedos, con maestría—. Yo no maté a Shaw. Va a ser la última vez que te lo diga, porque cuando volvamos a hablar de esto, será para entregarte al culpable. Te doy mi palabra como guerrero, como *laird* y, en especial, como un hombre que quiere justicia tanto como tú.

Harlow lo observó en silencio largo tiempo. Su rostro no expresaba emociones, pero sus ojos ardían con rabia, dolor… y algo que hubiera jurado que era duda.

—Y yo te doy mi palabra de que mataré a quien lo hizo, incluso si ese alguien es mi esposo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, como si esa promesa que acababan de hacer fuera sagrada. Connor se limitó a asentir, sin temor, sin muestras de culpa en su mirada.

—Entonces, ambos estamos de acuerdo. —Hizo un leve asentimiento de cabeza y alargó la daga hacia ella.

Harlow negó con la cabeza y no la cogió.

—Era de tu bisabuelo, te pertenece.

Connor esbozó una sonrisa lenta y se la guardó en la cinturilla de su *kilt*.

—Te lo agradezco. Y ahora descansa, te irá bien.

La joven tragó saliva con dificultad.

—¿No… no esperas nada más de mí esta noche? —se atrevió a preguntar.

Prefería enfrentar aquella duda que la atormentaba a estar sin dormir hasta que llegara el amanecer, dándole vueltas al tema.

—No, Harlow. Sé cuánto me desprecias aún, pero tengo la esperanza que, cuando me conozcas mejor, eso cambie. —Hizo una leve reverencia—. Que duermas bien, querida esposa.

Se dio media vuelta, salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad. Harlow se sentó en el borde de la cama y entrelazó las manos en su regazo. El peso de una duda empezaba a abrirse paso en su cabeza, como una gran grieta, en todas las creencias que la habían acompañado durante años.

¿Y si estaba equivocada? ¿Y si Connor Cameron era inocente?

La idea la golpeó como una bofetada traicionera. Temía haber construido todo su odio y rencor sobre una mentira.

No podía aceptarlo, porque, si eso fuera cierto, significaría haber perdido demasiados años de su vida. Quizá su enemigo no fuera quien creía y el verdadero culpable caminara libre de sospecha, así que su misión de vengar a su hermano era aún más complicada de lo que esperó.

***

Connor iba de camino a su despacho. Necesitaba una copa para quitarse de encima el deseo que sentía por Harlow y que le quemaba las entrañas.

No fue buena idea estar a solas con ella en su alcoba. Era tan hermosa, y desprendía tanta pasión, que las manos le hormigueaban por el deseo contenido de tocarla.

Se encontró con Fyfe a los pies de la escalera, con un brazo apoyado en la barandilla y una postura relajada, pese a que Connor sabía que estaba en guardia y esperándolo.

—¿Todo bien, *laird*? —preguntó con fingida ligereza.

Connor se detuvo frente a él y le sonrió.

—¿Qué es lo que quieres realmente, MacDonald? No me creo esta repentina preocupación por mí —dijo sin rodeos.

—No me preocupo por ti —corroboró—. Es por Harlow. Ella es especial, como ya habrás comprobado, y cuando murió su hermano prometí protegerla. Así que, si le haces daño de cualquier modo, te mataré. No me importa que seas el *laird* de los Cameron o que tengas un ejército de guerreros. Lo haré y no me importarán las consecuencias.

Connor se quedó mirándolo con respeto. Que se atreviera a enfrentarlo estando en inferioridad de condiciones lo hacía verlo como un guerrero leal y valiente. Justo el tipo de hombres que quería en su clan.

—No necesitas protegerla de mí, Fyfe.

—Eso espero —repuso, antes de comenzar a alejarse.

CAPÍTULO 9

Harlow caminaba por el cementerio donde los MacDonald fallecidos descansaban desde hacía décadas. El aire era denso y su respiración entrecortada.

Se abrazó a sí misma, frotándose los brazos. Hacía tanto frío que salía vaho de su boca con cada bocanada de aire que exhalaba.

Entre la bruma, una imagen masculina comenzó a acercarse a ella. Cuando pudo distinguir el rostro de Shaw, tan amable y cercano como siempre, su corazón se detuvo por unos segundos.

Se aproximaba a ella sin prisa, hasta que estuvo a escasos pasos, y susurró:

—Hola, mi niña valiente.

Harlow sollozó y, con las lágrimas corriendo por su rostro, se lanzó a sus brazos.

—Te he echado mucho de menos —balbució—. ¿Cómo pudiste dejarme sola?

—No fue decisión mía —respondió a la vez que le acariciaba el cabello con ternura.

—Aún no he podido vengarte.

—No es responsabilidad tuya, mi niña.

Harlow alzó sus ojos brillantes hacia él.

—Claro que lo es. Juré que lo haría y solo he logrado herirle en el hombro.

—¿A quién? —preguntó.

—A Connor Cameron.

Una sonrisa comprensiva se dibujó en los labios de Shaw.

—Las cosas no siempre son lo que parecen —advirtió—. No todo lo que parece evidente es real.

La joven frunció el ceño.

—¿Quieres decirme que Connor es inocente?

—Busca en lo que no se dijo. En lo que se ocultó entre susurros, en las sombras que cubren los secretos no pronunciados en voz alta… Ahí es donde reside la verdad —contestó de modo críptico—. Regresa a donde todo sucedió, al lugar donde exhalé mi último aliento. Allí podrás hallar las respuestas que buscas. Lo que nadie quiso ver y aún espera ser encontrado.

—¿Qué es eso que debo buscar?

Shaw tomó su rostro entre las manos.

—Como me hubiera gustado poder acompañarte en tu proceso de dejar de ser esa niña que tanto recuerdo hasta llegar a convertirte en la mujer que tengo enfrente —dijo, sin contestar a su pregunta—. Quiero que seas feliz, Harlow. Vive. No solo por ti, por los dos. Disfruta de la vida que me arrancaron como yo mismo lo hubiera hecho. Siempre estaré a tu lado, velando por ti. Lo prometo.

—Te quiero, Shaw —murmuró con la voz entrecortada.

—Yo también te quiero, mi niña valiente.

Y entonces, Shaw se desvaneció como si nunca hubiera estado abrazándola.

Harlow despertó de golpe y se incorporó en la cama con el corazón desbocado.

El sueño fue tan vivido y tan real que sintió como si lo hubiera perdido por segunda vez. La angustia le apretaba el pecho y el aire de la alcoba parecía haberse vuelto denso e imposible de respirar.

Se levantó de la cama y, sin siquiera calzarse, salió de la alcoba. Intentó no hacer ruido, puesto que Ogilvy dormía sentado contra el marco de la puerta.

Lo observó un instante antes de pasar junto a él ataviada solo con su ligero camisón blanco.

Los pasillos del castillo estaban oscuros, apenas iluminados por la luz de la luna que se filtraba por los ventanales. Al girar la esquina se detuvo en seco al toparse con Athol, que la miró con sospecha.

Su figura se cernía sobre ella con su atractivo rostro tallado en piedra y sus ojos fríos como el hielo.

—¿A dónde vas? —inquirió en tono cortante.

—No puedo dormir —respondió sin más.

—No te he preguntado eso. Te he dicho que ¿a dónde vas? —insistió.

Harlow alzó el mentón, ignorando lo inapropiado de su atuendo.

—No es asunto tuyo.

Athol dio un paso hacia ella, pero no levantó la voz.

—Todo lo que afecta a mi familia es asunto mío. Y tú, Harlow MacDonald, eres una amenaza.

—¿Me tienes miedo? —soltó sin demostrar que había algo en él que le daba escalofríos

—Deberías tenérmelo tú a mí si por tu mente pasa volver a atacar a alguien más.

—¿Me estás amenazando?

El hombre negó con la cabeza.

—Solo te advierto —sentenció, antes de seguir su camino.

Harlow respiró hondo para sosegarse y comenzó a bajar las escaleras. Cuando salió al exterior del castillo, el aire nocturno sacudió su cabello.

Sus pies descalzos pisaron la tierra húmeda a causa del rocío de la noche. La luna llena bañaba de luz plateada todo a su alrededor.

Cerró los ojos dejándose mecer por la brisa, pero la voz de Lamont la sobresaltó:

—¿A ti también te gusta pasear durante la noche?

Harlow se volvió hacia él, alerta. Su sonrisa cálida, tan diferente a la de sus hijos, la invitó a aproximarse y sentarse a su lado sobre

el banco de piedra que estaba junto a las paredes de piedra de Daingneach Cloiche.

—Solo cuando tengo sueños que me remueven hasta tal punto de no saber si lo que soñé es real o solo producto de mi imaginación.

—¿Puedo preguntarte con qué soñaste? —inquirió el anciano con interés.

Harlow miró al frente y dejó las manos sobre su regazo.

—Con mi hermano —respondió con sinceridad—. Pude abrazarle y hablar con él. Incluso me dijo cosas que no sé bien cómo asimilar.

Lamont la miró largo rato antes de volver a hablar.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

La joven volvió el rostro hacia él y parpadeó varias veces.

—No lo sé —reconoció con la voz rota.

El anciano tomó una de sus manos y la apretó con ternura.

—Es comprensible. Además, los sueños no siempre son ecos del pasado, en ocasiones son advertencias. Susurros en la eternidad de nuestros seres queridos que velan por nosotros.

Ella escuchaba con atención todas y cada una de las palabras del anciano.

—¿Crees que fue real? ¿Qué él…? —se le entrecortó la voz—. ¿Qué Shaw contactó conmigo?

—Pienso que los que han muerto no nos abandonan del todo. Parte de sus almas se queda anclada a las personas que los amamos en vida y que los recordamos a pesar de que no están presentes. Así que, sí, es posible que tu sueño sea algo más que un deseo subconsciente de abrazar a tu hermano.

»Pero recuerda, muchacha, hay puertas que no tienen cerraduras, sin embargo, si las cruzas, no puedes volver a salir sin perder algo.

Harlow frunció el ceño y, muy a su pesar, sonrió.

—¿Por qué siempre hablas con acertijos?

Lamont le devolvió el gesto.

—Porque a los ancianos como yo nos divierte ver como los jóvenes luchan por llegar a conclusiones que nosotros ya sabemos por culpa de los años vividos.

—¿Os divierte vernos estrellar contra un muro?

El anciano negó con la cabeza.

—Veros crecer a base de vuestros errores. Así aprendimos todos, y así debe continuar siendo.

Harlow se quedó en silencio un tiempo, asimilando sus palabras. Le caía bien Lamont. Era sabio, comprensivo e intuía que poseía un buen corazón. Además, la trataba como alguien digno de respeto pese a atacar a su nieto en plena noche, y eso era algo que no había encontrado en muchas personas por allí.

—Gracias —le susurró.

—¿Por qué? —quiso saber el hombre.

—Por escucharme y tratarme como si no fuera vuestra enemiga.

—Y no lo eres —aseveró—. Los enemigos se forjan a través del miedo, de la rabia, de la codicia… No obstante, tú solo me das esperanzas.

—¿Esperanzas?

Lamont asintió.

—Tengo la esperanza de que seas la mujer que le robe el corazón a mi nieto.

Harlow puso los ojos en blanco.

—Creo que es demasiado tarde y comienzas a desvariar —ironizó.

El anciano se encogió de hombros, sonriente.

—Solo el tiempo me dará o quitará la razón.

La joven se mantuvo en silencio. No tenía caso discutir con él, así que miró al frente, dejándose envolver por la noche.

Sintió que el odio ya no pesaba tanto en su corazón. Había dejado de ser su escudo y dio paso a sus ansias por descubrir una

verdad que, como le dijo su hermano, aún estaba oculta, pero la descubriría, aunque hacerlo le costara toda la vida.

CAPÍTULO 10

La tenue luz del amanecer se filtraba entre las gruesas cortinas, sin embargo, eso no fue lo que despertó a Harlow, sino un cosquilleo persistente en la mejilla.

Parpadeó medio adormilada y se encontró con unos enormes ojos verdes de largas pestañas mirándola muy de cerca.

Se trataba de una niña de unos nueve años, con el cabello rubio como el trigo recogido en dos largas trenzas. Su expresión era traviesa y sostenía una pluma de ave en una de sus manos, que era la clara responsable del cosquilleo que la despertó.

—¿Sabes que se te cae la baba cuando duermes? —fue lo primero que dijo.

Harlow se incorporó de golpe, secándose con el dorso de la mano la comisura de la boca. La niña no se movió ni se asustó, permaneció arrodillada a su lado, a la vez que la observaba con curiosidad, como si estuviera viendo a una extraña criatura.

—¿Quién eres tú y qué haces en mi habitación? —preguntó Harlow con una ceja enarcada.

La chiquilla sonrió de oreja a oreja.

—Soy Riley Cameron, tu nueva cuñada —se presentó—. Y he venido aquí para conocer a la bruja traicionera de la que todos hablan.

Harlow parpadeó varias veces. No sabía si reír, gritar o esconderse bajo las sábanas y no salir en días.

—¿Bruja traicionera? —inquirió irónica.

Riley asintió con solemnidad.

—Sí, eso es lo que dicen, pero no sé… No tienes verrugas, ni veo por aquí ningún caldero. —Se encogió de hombros—. Así que creo que se han confundido.

A Harlow se le escapó la risa.

—¿Y tú siempre te cuelas en las habitaciones ajenas?

—Solo cuando trato de averiguar si los rumores son ciertos —respondió con sinceridad—. Además, tú no pareces mala.

—Te lo agradezco.

—¿Es cierto que intentaste matar a Connor?

Harlow abrió la boca, sorprendida.

—¿Tú como sabes eso?

—Se lo oí decir a Brenda. También dijo que hablas demasiado. ¿Sabes que a mí también me dicen eso? Quizá podamos ser amigas.

La joven rio entre dientes, divertida con el continuo parloteo de la niña.

—Me parecería bien tener una amiga en el castillo.

—¿Eres una traidora? Porque no me gustaría que fuéramos amigas y me traicionaras.

Harlow negó con la cabeza.

—Te aseguro que no soy una traidora. Solo quería vengar a alguien que era muy importante para mí —explicó.

—¿Y para eso tenías que hacerle daño a mi hermano?

Cuando la niña le hizo aquella pregunta inocente, algo dentro de ella se removió.

Clavó sus ojos en los enormes y cristalinos de la niña. Eran en diferentes tonos de verde, más oscuros en la parte de fuera y claritos cerca de la pupila. De repente, se dio cuenta de que Riley tenía casi la misma edad que ella cuando asesinaron a Shaw.

¿Qué habría sucedido si su plan de matar a Connor hubiera tenido éxito? Sería la responsable de causarle el mismo sufrimiento que ella vivió.

—En ese momento creía que sí —respondió con sinceridad.

—¿Y ya no lo piensas?

No sabía qué contestar a eso, porque lo cierto era que estaba un poco confundida y la certeza que antes tenía se había tambaleado.

—Eres una niñita muy curiosa, ¿lo sabías?

Riley asintió con vehemencia, orgullosa de ello.

La puerta se abrió de golpe y dio paso a una Harriet con el semblante desencajado. Miró a su hija pequeña y respiró hondo.

—¡¿Qué haces aquí, Riley?! —exclamó alterada—. Te dije que no te acercaras a ella —espetó con desprecio.

La pequeña se bajó de la cama alegremente.

—No es una bruja, madre. ¡Brenda y tú estabais equivocadas!

—¡Sal de aquí ahora mismo! —espetó Harriet, furiosa.

Riley le lanzó una última mirada a Harlow, como si se disculpara con ella, antes de correr fuera de la alcoba.

Harriet avanzó hacia su nuera, envarada y con sus ojos verdes llameantes.

—No vuelvas a acercarte a mi hija. Ella es un ser inocente y no quiero que la ensucies con tus mentiras.

Harlow salió del lecho y se puso en píe.

—Tu hija vino aquí por voluntad propia, creo que olvidas ese pequeño detalle.

—Lo que no olvido es que eres una amenaza para ella y haré cualquier cosa por protegerla de ti.

La joven negó con la cabeza.

—Jamás le haría daño a una niña —se defendió.

El silencio que siguió a aquella afirmación fue tenso. Harriet no respondió nada más, solo se dio media vuelta y se marchó por donde vino.

Cuando Harlow se quedó sola, comprendió que tenía miedo. Miedo de ella, de que pudiera hacer daño a alguno de sus hijos, y no le gustó la sensación que le causó saberse merecedora de dicho temor.

Con resignación, se quitó el camisón y se aseó con el agua que había en la tina. Después procedió a ponerse uno de los mejores vestidos que se trajo al viaje. Cada prenda que se enfundaba era una declaración de: «Estoy aquí, no voy a esconderme».

Salió de la habitación y se encontró a Fyfe apoyado en la pared que estaba frente a su puerta, observándola con una expresión guasona.

—Parece que has tenido una mañana movidita.

—Digamos que he recibido más visitas de las que esperaba.

Caminaron juntos por el pasillo.

—Algunas más agradables que otras, imagino.

—En efecto —concedió—. He conocido a otra de mis cuñadas, y es encantadora. Sin embargo, mi suegra me odia más que los labriegos a las plagas de ratas.

—Creo que esa mujer es tan estirada que odia cualquier cosa que rompa las normas, y tú, amiga mía, eres una tormenta que es imposible de controlar o predecir.

Cuando llegaron a la planta inferior, Brenda se cruzó con ellos. La bonita joven iba ataviada con los colores de su clan, como para reclamar que ella pertenecía a ese lugar, al contrario que Harlow.

—Lo mejor de estar en este clan son las preciosas vistas —comentó Fyfe en tono zalamero.

Harlow puso los ojos en blanco y murmuró:

—Las plantas carnívoras también son hermosas, pero letales.

Brenda los fulminó con la mirada a ambos. Estaba claro que no quería tener nada que ver con ningún MacDonald.

—Prefiero a las plantas carnívoras que a las flores que parecen ser delicadas hasta que las coges y te clavan sus espinas —espetó antes de entrar al salón, dejándolos allí plantados.

Fyfe soltó una carcajada.

—Me muero por descubrir si esa mujer es tan apasionada como parece.

—Ni se te ocurra —le advirtió Harlow—. Ya tenemos bastantes problemas como para que lo compliques aún más retozando con mi «dulce» cuñada.

—A sus órdenes, mi señora —ironizó su amigo.

Harlow bufó y entró al salón.

Toda la familia estaba allí ya reunida. Connor, con una sonrisa radiante, tenía sentada sobre sus piernas a Riley. La niña reía por algo que él le susurraba al oído.

Frente a ellos, Harriet parecía relajada por primera vez desde que Harlow la conociera. Su rostro, normalmente tenso, estaba iluminado por una expresión suave mientras veía a sus hijos reír.

Alec, Lamont y Athol hablaban entre ellos, y dieron la bienvenida a Brenda cuando se sentó a la mesa. Su hermano le soltó una broma y ella le respondió con una fresca que los hizo carcajearse con más ganas.

Entre todos formaban la imagen de la familia perfecta, y aquello le dolió.

Harlow sintió como algo se apretaba dentro de su pecho. No eran celos ni envidia, era el sentimiento de que ella perdió eso demasiado pronto. Su familia se rompió tras la muerte de Shaw, y aún no había podido superarlo.

Avanzó con paso firme e intentó quitarse esa angustiosa sensación de encima.

—¡Mi amiga ya ha llegado! —exclamó Riley—. Te estábamos esperando.

Por un segundo, todas las miradas se centraron en ella.

—Pues ya estoy aquí —respondió mientras se sentaba en su lugar, junto a su esposo.

Mantuvo la espalda recta y la expresión serena. Bastó su presencia para que el ambiente distendido se ensombreciera.

—Ven a sentarte a mi lado —le pidió Harriet a su hija pequeña.

Esta hizo lo que le pedía y todos comenzaron a desayunar.

Alec fue el que más habló, entre bromas y conversaciones amenas, relajó un poco el ambiente. Riley y el abuelo también contribuyeron a ello.

En un momento dado, Alec le propuso a su hermano ir al campo de entrenamiento.

—Quiero probar una nueva técnica que Wallace me enseñó.

Connor asintió y se puso en pie.

—Me parece buena idea.

Harlow hizo lo mismo.

—Yo también quiero entrenar.

Su esposo frunció el ceño.

—Es un entrenamiento serio, no es ningún juego, Harlow.

Que la subestimara de ese modo la ofendió.

—¿Crees que no soy capaz de entrenar en serio? —replicó sin levantar la voz.

—No se trata de capacidad, es que no es seguro que estés en el campo de entrenamiento rodeada de guerreros armados.

La joven apretó los puños a ambos lados de su cuerpo.

—¿Seguro para quién? ¿Para ti? —le provocó—. ¿Acaso tienes miedo de mí?

Las mandíbulas de Connor palpitaron.

—No quiero que esto se convierta en otra pelea.

—Pues no me trates como si fuera inferior a ti.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —se defendió—. Solo te digo que no es el lugar para que esté una mujer.

Aquellas palabras aún la enfadaron más.

—Con esta afirmación acabas de hacerlo —apuntó—. No obstante, sé un modo de demostrarte que estoy tan preparada para estar en un campo de entrenamiento tanto como tú.

Connor se cruzó de brazos y enarcó una ceja con altanería.

—¿Y cuál es ese modo mágico de hacerlo?

—Retarte a un duelo —respondió con el mentón alzado y una determinación férrea.

—¡Te has vuelto completamente loca! —exclamó Connor, incrédulo—. Esto no es una broma.

—No estoy bromeando —repuso Harlow con la voz firme—. Nos retaremos en duelo y, si gano, me dejarás entrenar junto al resto de guerreros. En el caso de que pierda, que no es probable, me mantendré alejada de vuestro estúpido campo de entrenamiento.

—No, ni hablar.

—Vamos, hermano, déjala que intente vencerte —le suplicó Alec, divertido—. No todos los días te reta en duelo una mujer tan hermosa y con tanto coraje.

—No alientes este comportamiento —le reprochó.

Fyfe se asomó a la puerta del salón y rio.

—En caso de que haya duelo, yo apuesto por Harlow. Sin duda, el miedo a perder es lo que te hace no aceptar enfrentarte a ella.

Connor se volvió hacia él, apretó los puños y lo fulminó con la mirada. Con aquella afirmación acababa de dejar su valentía en entredicho.

—De acuerdo, acepto el duelo. Y espero que nadie pretenda que sea delicado, porque no lo seré.

El guerrero MacDonald sonrió de oreja a oreja.

—Ella tampoco, descuida.

Harlow se sintió satisfecha con la respuesta de su amigo.

—A qué esperamos. ¡Enfrentémonos! —le dijo a su esposo—. Y cuando te gane, espero ganarme vuestro respeto.

CAPÍTULO 11

El sol de la mañana bañaba el campo de entrenamiento. Los habitantes del clan se reunieron en semicírculo, expectantes. Las habladurías de que su *laird* y su nueva esposa se batían en duelo pasaron de unos a otros con tanta velocidad que, cuando salieron del castillo, ya todos lo sabían.

La mayoría creía que Connor debía poner en su lugar a su mujer, y enseñarle quien era el que mandaba, pero unos pocos, en especial algunas mujeres, admiraron la valentía de Harlow.

La joven se había vestido con un pantalón de cuero y una sencilla camisa —la ropa con la que entrenaba con Fyfe—, y sostenía su espada en la mano con firmeza.

Connor, frente a ella, se movía con la calma de un guerrero que sabe lo que hace y no ve un rival a su altura en su oponente.

Fyfe estaba situado junto a Alec, con los brazos cruzados y una expresión de orgullo.

—¿No tienes miedo de que salga herida? —le preguntó el pequeño de los Cameron.

El guerrero MacDonald negó con la cabeza.

—He entrenado bien a esa muchacha. Sabe lo que se hace.

Alec entrecerró los ojos y los clavó en él.

—¿Tú la entrenaste? —Fyfe asintió—. ¿Y a Lachlan le pareció bien?

—Digamos que no es conocedor de dichas prácticas.

El joven Cameron rio.

—Ya me parecía.

Harlow fue la primera en atacar, lo que sorprendió a Connor, que no esperaba que fuera tan rápida y diestra. Bloqueó su espada con eficiencia, pero tuvo que retroceder un par de pasos.

Su esposa no le dio tregua, continuó dando mandobles, hasta que uno de ellos acertó en su pectoral, rasgando su camisa y haciéndole sangrar. Harriet, que veía la pelea junto al resto de su familia, contuvo el aliento al ver como la prenda comenzaba a teñirse de rojo.

Connor, consciente de que era mucho mejor guerrera de lo que pensó, cambió de estrategia y comenzó a contraatacar. Pretendía desequilibrarla usando su fuerza, muy superior a la de ella, pero Harlow era ágil y parecía prever todos sus movimientos. Esquivaba sus mandobles con elegancia, girando sobre sí misma y haciendo que su cabello azabache se moviera con gracia. Se la veía tan hermosa, con los ojos ambarinos brillando de emoción, que Connor se distrajo por un instante. La joven aprovechó aquel despiste para darle una patada que lo hizo tambalear.

—¿Aún te sigue pareciendo que un campo de entrenamiento no es lugar para mí, Cameron? —se mofó Harlow.

Los murmullos de los presentes se intensificaron. Connor miró alrededor y se dio cuenta de que debía acabar ya con aquel sinsentido, o su nombre quedaría en entredicho. Sin embargo, tampoco quería hacerle daño, así que detuvo otro de los envites de su esposa haciendo entrechocar las hojas de sus espadas y fingió tropezar y perder el equilibrio. Cayó de rodillas ante Harlow, que quiso aprovechar ese momento para hacer el movimiento final que la convirtiera en la vencedora del combate. Con una sonrisa satisfecha levantó la espada en alto, pero Connor la agarró del tobillo, arrojándola al suelo de espaldas y desarmándola.

El *laird* de los Cameron se levantó de inmediato y apuntó con la punta de su espada el cuello de su mujer.

—Fin del duelo —repuso sin arrogancia, pero con una amplia sonrisa dibujada en sus labios.

Los presentes comenzaron a jalear a su *laird*, satisfechos.

Connor enfundó su espada, los saludó y alargó una mano hacia ella para ayudarla a incorporarse.

—Has sido una buena rival —reconoció.

—A diferencia de ti —espetó apartándole la mano de un manotazo y poniéndose en pie por sí misma—. Fingir que te caes para engañarme no es muy noble que digamos.

—En un combate real no existen las normas de cortesía, esposa.

Ella se sacudió el polvo que impregnaba sus ropajes con dignidad.

—Usaste una argucia muy poco honorable y ambos lo sabemos —lo acusó—. ¿Acaso lucharías así con un enemigo real? Yo creo que no.

—Solo usé la estrategia para poder vencerte sin dañarte —se defendió.

Harlow apretó los puños, furiosa.

—No soy una delicada flor, sé encajar un golpe.

—Creo que debes aprender que en combate no solo ganan la fuerza o la destreza, también la inteligencia.

Ella dio un paso más y clavó sus ojos en los de él.

—No querías que entrenara y lo has conseguido. De paso, también me has humillado echando mano de tus deshonrosas triquiñuelas para demostrar que tienes el control sobre mí.

Connor enarcó las cejas.

—No necesito humillarte para tener el control, Harlow. Eres mi esposa —le recordó—. Sin embargo, no era eso lo que pretendía. Tienes que aprender que en una batalla real todo vale, así que debes estar preparada para cualquier imprevisto.

—Sigo pensando que no es justo.

—¿Hubiera sido más justo que te dejara ganar? —ironizó.

Harlow negó con la cabeza.

—Solo quería que pelearas conmigo como lo hubieras hecho con cualquier otro de tus guerreros, pero decidiste ser un tramposo.

Imagino que no puedes luchar contra tu naturaleza Cameron.

—¡La única tramposa aquí eres tú! —espetó Brenda avanzando hacia su cuñada—. Has perdido, no le des más vueltas.

—Esto no va contigo —soltó Harlow con el mentón alzado.

—Vas por ahí con tus aires de superioridad, creyéndote mejor que nosotros. Como si ser una MacDonald te otorgara dignidad, pero aquí, en este clan, eso no te sirve.

De nuevo volvieron a oírse los murmullos entre los aldeanos, a la vez que miradas torcidas se clavaban en Harlow. El peso del juicio colectivo recayó sobre ella como una losa.

Connor se volvió hacia su hermana con el rostro endurecido.

—Basta, Brenda.

—¿Basta? —replicó ella, desafiante—. ¿Desde cuando permites que una MacDonald se atreva a llamarte tramposo? ¡A todos nosotros!

—Debo recordarte que ya no es una MacDonald. Es mi esposa, y eso la convierte en una Cameron.

—¡Nunca será una Cameron! —gritó.

—¡Silencio! —bramó su hermano—. No te permito que me hables en este tono, Brenda. ¡Márchate a tu cuarto!

La joven lo miró como si no lo reconociera. Iba a replicar de nuevo cuando su madre posó una mano sobre su brazo.

—Ya está bien, hija. No es el momento de tener esta conversación —murmuró, haciéndole entender que delante del resto del clan no era bueno que desafiara a su hermano de ese modo.

Giró sobre sus talones, con su vestido ondeando en torno a ella como una bandera de guerra, y se alejó, seguida de Harriet.

—Siempre me gustaron las mujeres con arrojo —apuntó Fyfe con una sonrisa traviesa.

El aire del campo de entrenamiento seguía cargado de tensión cuando Connor se volvió hacia su mujer con la mirada dura como el acero.

—Tú también.

La joven entrecerró los ojos.

—¿Disculpa?

—Ve a tu habitación —repitió.

Lo miró con incredulidad y el rostro encendido por la rabia.

—¿Crees que soy una niña a la que puedes castigar? ¿Qué puedes mandarme a mi cuarto cuando no te gusta cómo me comporto, como si tuviera la edad de Riley?

Connor avanzó hasta quedar a escasos centímetros de ella y dijo con voz baja y peligrosa:

—Estoy tratando de evitar que la animadversión que todos los presentes sienten en este momento hacia ti te salpique. Mi hermana ha lanzado una acusación que calará en ellos, por eso quiero protegerte, pero sigues empeñándote en desafiar cada palabra que digo.

—No preciso que me protejas —espetó sin amedrentarse en el mismo tono de voz que él usaba.

Se enfrentaban como dos tormentas a punto de chocar, ante las atentas miradas del resto de los Cameron.

—Ya es suficiente espectáculo por hoy —intervino Fyfe con su habitual desenfado—. Si queréis mataros, hacedlo, pero no aquí delante de todos.

Harlow respiró hondo para intentar recobrar la compostura y asintió.

—De acuerdo —concedió a regañadientes.

Aquello enfureció a Connor. Parecía como si el guerrero MacDonald fuera el único capaz de lidiar con su terca esposa.

—¿Acaso voy a tener que mediar a través de ti cada vez que quiera que mi mujer me haga caso?

El aludido se encogió de hombros y sonrió.

—Tengo un encanto especial con las señoritas, qué le voy a hacer —bromeó.

Connor gruñó malhumorado, pero se mantuvo en silencio.

Ogilvy se acercó a coger a Harlow del brazo, para acompañarla dentro del castillo.

—Te irá bien asearte un poco.

—¿Tan mal aspecto tengo? —inquirió la joven, con una sonrisa resignada y una ceja enarcada. Sin lugar a dudas, el tacto no era una de las virtudes del guerrero.

—Solo estás cubierta de polvo —dijo, encogiéndose de hombros.

Harlow sentía su orgullo herido. Hubiera querido ganar a Connor, no por ego, sino para demostrar que era tan válida con la espada como cualquier hombre, y había fracasado estrepitosamente.

Lamont, que presenció todo lo ocurrido en silencio, observaba como la joven caminaba con la cabeza gacha.

Se aproximó a su nieto y le dijo en tono pausado:

—Tienes fuego en la sangre, muchacho, lo comprendo. No obstante, cuando uno quiere apagar un incendio no puede echar más leña a las llamas.

»Recuerda que se cazan más moscas con miel que con hiel. Sé que Harlow no es una mosca, pero sí una criatura que ha vivido entre espinas. Si la azuzas, solo conseguirás que se revuelva.

Connor apretó la mandíbula, con los ojos aún fijos en la joven que se alejaba.

—No puedo dejar que me desafíe delante de todos, abuelo. Eso hará que pierda mi autoridad.

—La autoridad no se pierde por escuchar. Es más, se gana por saber cuándo hablar y cuando guardar silencio. —Le dio una palmada en el hombro—. Si quieres tener un matrimonio feliz, consigue que confíe en ti y quiera seguirte, no la obligues a hacerlo.

***

Harlow subió las escaleras y deseó poder estar de nuevo en su hogar. Puede que no hubiera sido el más feliz del mundo, pero al menos se sentía respetada y querida.

—Harlow —la llamó Sheena para captar su atención. Se giró hacia la joven sirvienta, y esta le dedicó una amable sonrisa—. ¿Estás bien? —preguntó—. Sé lo que se siente al estar en un lugar al que no perteneces.

Harlow miró a Ogilvy.

—Déjanos a solas, por favor.

El hombretón asintió y regresó por donde vinieron.

—Acompáñame a mi habitación —le pidió a la sirvienta. Ambas muchachas entraron. Harlow se sentó sobre el lecho e invitó a Sheena a hacer lo mismo—. No está siendo fácil —reconoció.

—Te comprendo. Yo tampoco soy una Cameron. Cuando llegué aquí, sin nada, en busca de un lugar donde poder establecerme, también fue duro. Notaba las miradas desconfiadas de los aldeanos, incluso murmullos a mis espaldas. En cierto modo no los culpo, yo era una extraña.

—¿No tienes familia?

Sheena negó con la cabeza y sus ojos se humedecieron.

—Aunque ahora esta gente se ha convertido en mi familia. —Agarró su mano con dulzura—. No tienes que olvidar quién eres o de dónde vienes, Harlow, pero sí puedes aprender a querer a quienes te rodean. Aunque, para ello, debes bajar la guardia para que los permitas acercarse a ti y conocerte.

—No puedo mostrarme débil ante ellos.

La joven sirvienta sonrió.

—No es debilidad tener el coraje de ser la primera en tender una mano para la reconciliación. El orgullo no da la felicidad. Créeme, lo sé. Todos luchamos, solo que algunos lo hacemos en voz baja.

Harlow se quedó meditando las palabras de Sheena. Intuía que había dolor detrás de ellas, pero también sabiduría, una poco habitual en alguien tan joven como ella.

Sin embargo, tenía razón. En ocasiones no bastaba con pelear y resistir, era necesario mantenerse firme y prepararse para la

conquista, aunque ello conllevara dejar entrar al enemigo para pactar una alianza. Y es lo que haría.

CAPÍTULO 12

Habían pasado dos meses desde la boda. Sesenta días en los que Harlow y Sheena se convirtieron en buenas amigas. En cierto modo, llenaba el hueco que le dejó tener lejos a Kyla.

Lamont y Alec también le hacían la vida sencilla, a diferencia de Harriet y Brenda, que no dudaban en hacerle todos los desprecios posibles. Athol y su esposo, por su parte, se dedicaban a mantenerse alejados de su camino.

Estaba ayudando a su amiga con las tereas domésticas cuando Harriet, Bruce y Alec aparecieron y la vieron arremangada y cargada con un cubo de agua y un cepillo con el que había frotado la vieja alfombra de la sala.

Harriet se detuvo ante ella y la miró con una expresión de desaprobación.

—Qué imagen tan pintoresca —comentó con voz cortante—. Aunque no es muy apropiada para la esposa de un *laird*.

Bruce asintió, de acuerdo con ella. Se apoyaba en su bastón, con una expresión severa en su arrugado rostro.

—La esposa del líder de un clan no solo debe serlo, también parecerlo. Se espera que sea elegante y delicada, no que tenga el vestido cubierto de polvo y las uñas negras y quebradas.

Harlow los observó con calma, aunque la llama que brillaba en sus ojos la delataba.

—¿Y qué debería hacer? ¿Sentarme a bordar en un rincón de la biblioteca mientras critico todo lo que se sale de la norma? Creo que ya hay demasiadas personas en este castillo haciendo eso.

Harriet apretó los labios, dándose por aludida.

—Lo que deberías hacer es inspirar respeto, no mezclarte con la servidumbre.

—Sheena no solo es una sirvienta, es mi amiga —replicó—. Y si ayudar a un amigo me hace menos digna, quizá es que vuestra idea de ser respetable esté podrida.

Bruce golpeó el suelo con fuerza con su bastón.

—Las tradiciones existen por una razón, muchacha. No puedes romperlas por puro capricho.

—Las tradiciones también han servido para que las mujeres estuviéramos silenciadas, encerradas y humilladas —replicó Harlow, dando un paso al frente—. Si ser la esposa de un *laird* significa renunciar a ser humilde y generosa…, no quiero ostentar dicho título.

Harriet respiró hondo, como si estuviera a punto de perder la paciencia.

—No es cuestión de lo que quieras, es que tienes que aparentar ser la señora del clan, aunque estés muy lejos de ser digna de ese puesto.

Harlow enarcó una ceja.

—A diferencia de ti, yo no pretendo aparentar ser alguien que no soy.

El ambiente era tenso, por lo que Alec decidió intervenir. Se aproximó a su cuñada y pasó un brazo sobre sus hombros.

—Ya es suficiente, madre. No creo que tenga nada de malo que la gente vea que Harlow es humilde y no le importa mancharse las manos para ayudar a un súbdito.

Su madre alzó el mentón y negó con la cabeza.

—No entiendo como te encariñas tan rápido con todo el mundo, incluso con quien no es merecedor de dicho cariño.

Alec sonrió de oreja a oreja.

—Me gusta la idea de que no todo el mundo debe ser como tú piensas, madre. De lo contrario, el mundo sería demasiado aburrido.

La mujer parecía a punto de estallar de rabia. No le gustaba que su hijo sacara la cara por Harlow.

—Vámonos, Harriet —terció Bruce, lanzándole una última mirada airada a la joven—. Ya hemos escuchado demasiadas sandeces por un día.

La aludida se agarró del brazo del anciano y ambos se alejaron con las posturas rígidas, mientras continuaban mostrando su desaprobación entre murmullos.

—Estos dos le alegran el día a cualquiera —ironizó Harlow tras dejar el cubo en el suelo y ponerse en jarras.

Alec soltó una carcajada.

—¿Sabes lo que necesitamos? Ver cuál de los dos tiene mejor puntería con el arco.

Harlow lo miró un tanto desconcertada.

—¿Ahora?

—¿Qué momento mejor? —inquirió con una ceja enarcada—. Te he visto practicando junto a Fyfe y eres buena. Aunque he de advertirte que yo nunca pierdo.

La joven esbozó una sonrisa ladeada.

—Eso es porque nunca te has enfrentado a mí. —Se sacudió las manos y clavó sus ojos en los de su cuñado—. Ya estoy lista.

Alec rio de nuevo y asintió.

—Una mujer que no se asusta ante un reto. ¡Me encanta!

Ambos se dirigieron al campo de entrenamiento después de que Alec cogiera dos arcos de la sala donde tenían las armas. Le entregó uno a Harlow, que lo tomó entre sus manos con entusiasmo. Solía hacer aquel tipo de competiciones con Bryson, y era refrescante tener a alguien allí con quien compartir esos momentos.

El sol comenzaba a bajar y teñía de tonos anaranjados la tierra donde Connor y Athol entrenaban. Su esposo se movía con una destreza pocas veces vista por Harlow. Cada giro y bloqueo, cada

estocada era medida y limpia, a la vez que mortífera. Una gran diferencia de cuando se enfrentó a ella, que se limitó a defenderse.

Su concentración era absoluta. Parecía disfrutar del combate, igual que su tío. Ambos tenían el mismo estilo, por lo que dedujo que Connor aprendió de él.

Wallace, sentado sobre un tocón cercano, lanzaba comentarios mordaces para azuzarlos.

—Athol, ¿de verdad estás despierto? He visto a muertos moverse más que tú —espetó—. Y tú, Connor, pareces una dama en un baile en la corte, con tanto giro.

—¡Cállate, quieres! —replicó este último sin perder el ritmo de la batalla.

Harlow se quedó quieta, observándolo. No era la primera vez que veía a su marido entrenar, pero en cada ocasión había algo en su forma de moverse que la atraía. Por un instante, se olvidó de su competición con Alec.

A unos metros de ellos, Ogilvy trataba de imitar sus movimientos. Su fuerza era evidente, con cada estocada hacía temblar el suelo; no obstante, su técnica era torpe y lenta.

Connor, percatándose de ello, detuvo el combate con su tío y se aproximó a él.

—No todo es fuerza bruta, Ogilvy —le aconsejó, ayudándolo a coger la espada con más precisión—. La clave está en el modo en que se mueve la muñeca. ¿Lo ves?

Comenzó a mover la espada con lentitud, para que captara sus movimientos. Ogilvy asintió. Sudaba e intentaba imitarle. Connor le corregía con calma y sin burla. No parecía tener prisa.

Harlow se sorprendió al ver ese lado de él. Era un líder paciente, uno que no necesitaba humillar para imponerse.

Harriet salió del castillo acompañada por Riley, que saltaba a su alrededor alegremente.

Ogilvy, al verla, soltó la espada y se limpió las manos en el pantalón con nerviosismo. Se agachó junto a la cerca de madera y arrancó un puñado de flores silvestres —algunas aún con tierra en

las raíces— y se acercó a la elegante mujer con una sonrisa que pretendía ser encantadora.

—Esto es para usted, señora —extendió el improvisado ramo hacia ella—. Porque… eh… tanta belleza no merece menos.

Harriet le dio un manotazo y las pequeñas flores quedaron esparcidas a sus pies.

—No vuelvas a ofrecerme maleza como si fuera un halago —espetó con voz cortante—. No soy una campesina a la que puedas deslumbrar con algo tan insignificante.

El rostro del enorme guerrero se puso rojo y dirigió sus ojos marrones al suelo.

—Lo siento —se disculpó avergonzado.

Harlow apretó con fuerza el arco que Alec le prestó, y se apresuró a colocarse junto a él.

—Puede que Ogilvy no tenga modales refinados, ni demasiadas riquezas, pero posee algo de lo que tú careces: un corazón generoso y bueno.

Harriet la miró con desdén.

—No me conoces en absoluto. Por desgracia, yo sí sé quién eres tú y de lo que eres capaz.

—¡Basta, madre! —intervino Connor interponiéndose entre ellas —. En esta ocasión, Harlow tiene razón. Ogilvy es nuestro invitado y se merece respeto. Y tú, como mi madre y antigua señora del clan, deberías ser la primera en dar ejemplo.

La mujer le mantuvo la mirada a su hijo, indignada.

Riley, que había presenciado todo, se agarró de la mano de Ogilvy como si ese pequeño gesto pudiera reparar el desprecio que su madre le hizo.

El gigantón siempre tenía palabras amables para ella, y solía hacerla reír, por lo que le había cogido cariño.

—Disculpa a mi madre, ella aún no te conoce como yo —dijo mirándolo a los ojos y sonriéndole—. No sabe lo bien que dibujas caballos.

—Gracias, pequeña —respondió el guerrero.

Harriet, al presenciar la escena, se tensó aún más. Como si la ternura que su hija demostraba hacia aquel hombre le resultara ofensiva.

—¡Vámonos, Riley! —ordenó, caminando de nuevo hacia el castillo.

La niña soltó la mano de Ogilvy y echó a correr tras ella como si nada hubiera pasado.

Harlow sonrió orgullosa de la lección que acababa de darle su hija de nueve años. Al volver la mirada, sus ojos se cruzaron con los de Connor. Llevaban dos meses evitándose, y era la primera vez en mucho tiempo que estaban tan cerca, aparte de las horas de las comidas, en las que siempre procuraban no mirarse.

No se dijeron nada, no era necesario. Sin embargo, algo leve pero firme pareció moverse dentro de ella.

No le gustaba la sensación de nerviosismo que la hacía sentir cada vez que sus ojos se cruzaban o cuando lo tenía cerca. Incluso se había colado en sus sueños en alguna ocasión, y siempre acababa besándolo de manera apasionada.

—Creo que ya hemos desperdiciado demasiado tiempo. ¿Estás lista para perder, cuñada? —dijo Alec de repente.

Harlow apartó sus ojos de los de Connor, un tanto avergonzada por las reacciones de su cuerpo.

—Estoy lista para que me supliques que no te avergüence demasiado —contraatacó, intentando que su voz no reflejara el nerviosismo que sentía en aquel momento.

Alec soltó una carcajada y, estirando el brazo, le indicó el camino hacia donde estaban las dianas.

Harlow dejó atrás a su esposo, pese a sentir sus ojos fijos en su espalda. Era como si aquellas profundidades verdes la atravesasen y pudieran leer su alma.

Dos meses completos ignorándolo, tratando de poner en orden sus pensamientos e intentando descubrir algo más de la muerte de

su hermano. Aun así, la situación no había cambiado y, sin embargo, su odio hacia él parecía no ser tan lacerante como antaño.

CAPÍTULO 13

La oscuridad envolvía el castillo MacDonald en un silencio espeso. Harlow, de diez años, se levantó de su lecho. Sus pies descalzos pisaban el frío suelo de piedra mientras caminaban por aquel pasillo que conocía de memoria.

Abrió la puerta de la habitación de su hermano, como aquella noche. La misma luz de la luna iluminaba la estancia y, de nuevo, la imagen del cuerpo sin vida de Shaw la sobrecogió. El dolor la sacudió con la misma fuerza brutal y desgarradora. Era como si el aire se tornara en cristales rotos, como si el mundo se volviera a partir en dos a pesar de los años que pasaron desde el suceso.

Shaw yacía inmóvil cuando Harlow se le acercó. Se arrodilló junto a él y tocó su frío rostro.

Las palabras que Shaw le dijo en el sueño anterior resonaron en su mente.

«Busca en lo que no se dijo. En lo que se ocultó entre susurros, en las sombras que cubren los secretos no pronunciados en voz alta... Ahí es donde reside la verdad».

«Regresa a donde todo sucedió, al lugar donde exhalé mi último aliento. Ahí podrás hallar las respuestas que buscas. Lo que nadie quiso ver y aún espera ser encontrado».

Harlow giró sobre sí misma, lentamente. Escudriñó cada rincón, pero lo único que seguía allí y que podía llevarla a la verdad era la daga.

¿Su hermano le quiso decir que era la que señalaba al culpable?

—No —susurró su cadáver de repente.

Se volvió hacia él, que la miraba en la misma posición que antes. Sus ojos azul oscuro se veían apagados, sin vida.

—Shaw… —murmuró con el corazón acelerado.

—Todo está mucho más profundo, oculto a plena vista —continuó diciendo—. Una realidad que puede ponerlo todo del revés. Que hará que tu visión del mundo cambie. Que tu visión de mí cambie.

—Nada podría hacer que te viera de otro modo.

—Descubras lo que descubras, recuerda que te quiero.

Tras aquella afirmación se despertó sobresaltada.

Tenía la respiración acelerada y las palabras de su hermano aún estaban presentes en su mente.

Se cubrió el rostro con las manos para tratar de contener el temblor que recorría su cuerpo.

El silencio de la alcoba era demasiado denso, así que se levantó despacio, se calzó y cogió un tartán con los colores MacDonald que vino dentro de los baúles que su padre mandó traer para ella. Se envolvió con él, como si el suave tejido pudiera protegerla de algo más que del frío.

Salió del cuarto sin hacer ruido. El castillo aún dormía, así que bajó las escaleras y salió al exterior. Se adentró en el bosque, que la recibió con su aroma húmedo y fresco. Necesitaba caminar para poder relajarse.

¿A qué se refirió Shaw con que esa realidad que estaba por descubrirse cambiaría su visión de él? ¿Acaso su muerte no fue un ataque impulsivo? ¿Quizá estuviera en problemas? ¿Habría podido cometer algún acto reprochable?

No podía imaginar aquello de él. Su hermano era íntegro, leal y honesto. ¿O tal vez no era tan perfecto como todos creían?

Una columna de humo, delgada pero constante, se alzaba entre las copas de los árboles y llamó su atención. No era un humo proveniente de una chimenea. Era más oscuro y desprendía un olor característico.

Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia allí, esquivando las ramas y raíces que se encontraba a su paso.

El humo se alzaba en espirales lentas cuando Harlow se agazapó tras unos matorrales. Sus ojos se centraron en la figura de una anciana con el rostro surcado de arrugas y una larga melena grisácea que danzaba en torno a una pequeña hoguera. Su voz, quebrada pero firme, entonaba cánticos en una lengua que Harlow no reconocía.

La escena le resultó algo inquietante, con las piedras dispuestas en círculo en torno al fuego, símbolos dibujados con cenizas sobre ellas y ramas de espino ardiendo con un suave crepitar.

Harlow no se movía para no ser vista. Había algo hipnótico en todo aquel ritual.

De súbito, la anciana se detuvo y alzó la cabeza.

—Harlow MacDonald, sé que estás ahí, te esperaba. ¡Muéstrate!

La joven, sorprendida por la seguridad que demostraban sus palabras, se irguió y dio un paso al frente para salir de entre los arbustos. Los ojos de la mujer, de un gris pálido, parecieron reconocerla pese a que fuera la primera vez que Harlow la viera en toda su vida.

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó.

La anciana sonrió, pero no respondió de inmediato. En cambio, extendió una mano hacia el fuego.

—Los nombres que me susurra el viento jamás los olvido. Y tú, muchacha, estás aquí porque ese es tu destino, igual que el mío era encontrarme contigo.

El fuego crepitó más fuerte y las cenizas hicieron extrañas formas en el aire. La silueta de la mujer estaba envuelta por el humo y el misterio que eso generaba.

Harlow se acercó más a ella, aún con el tartán sobre los hombros.

—Mi nombre es Fia.

—Un placer conocerla —respondió la joven.

—Yo ya te conozco a ti desde hace mucho tiempo. No te vi con estos ojos, pero sí con los que miran más allá. Te vi perdida,

caminando entre las sombras, soportando una carga que no te pertenece.

Harlow frunció el ceño.

—¿Qué sabe sobre mí?

Fia se inclinó, recogió un puñado de cenizas y lo dejó caer de nuevo entre sus dedos.

—Sé que el pasado te atormenta y necesitas que se te revelen respuestas aún ocultas.

—¿Y usted sabe dichas respuestas? —inquirió, con el corazón acelerado.

Fia sonrió de modo enigmático.

—Son traiciones que aún no fueron pronunciadas. Verdades enterradas y juramentos rotos. —El viento sopló entre los árboles, como si el bosque las escuchara—. Debes tener cuidado, niña. Hay un peligro acechando para saltar sobre ti.

Harlow sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—¿Qué clase de peligro? ¿Quién quiere atacarme?

La anciana se acercó, con sus ojos grises fijos en los ambarinos de la joven.

—No preguntes por nombres, solo escucha lo que no se dice. Mira donde nadie miró antes y, cuando llegue el momento, no dudes en elegir el fuego.

Parte de sus palabras le resultaron extrañamente conocidas, como las que su hermano le dijo en sueños.

—¿Qué quiere decir?

Fia se dio media vuelta, cogió un cubo que tenía cerca y arrojó agua sobre las llamas, apagándolo.

—No es momento de más respuestas —dijo a la vez que comenzaba a alejarse.

—Espera, necesito saber más… —quiso detenerla, pero la mujer se adentró entre los árboles sin mirar atrás.

Harlow, confundida e inquieta, decidió regresar al castillo. Jamás tuvo un encuentro más extraño e inquietante que aquel. Si no

fuera por la hoguera extinguida que tenía a su lado, juraría que todo había formado parte de su imaginación.

Caminaba con paso firme, el sol comenzaba a despuntar en el horizonte y las palabras de la anciana aún resonaban en su cabeza.

Subió las escaleras y anduvo por el corredor. Cuando estaba a punto de entrar a su alcoba, la puerta de la habitación contigua se abrió y apareció Connor, con el pecho descubierto y el cabello rubio un tanto revuelto.

—¿De dónde vienes?

Harlow dudó un instante.

—Salí a caminar.

Connor avanzó hacia ella y estudió su rostro. Estaba preciosa.

—¿No podías dormir?

La joven negó con la cabeza.

—Tuve un mal sueño —reconoció.

Su esposo asintió y sonrió.

—Ten cuidado, no es seguro salir sola en plena noche, podrías toparte con algún bandido.

—Lo cierto es que me crucé con una extraña mujer.

Connor entrecerró los ojos.

—¿Una extraña mujer?

—Me dijo que se llamaba Fia.

El hombre permaneció en silencio unos segundos, como si el nombre removiera algo en él.

—Es una anciana que vive en una pequeña cabaña en el bosque, cerca del arroyo. Nadie sabe exactamente cuando llegó al clan, mi abuelo dice que siempre estuvo ahí, que él recuerde.

—¿La conoces bien?

Connor apoyó el hombro contra la pared de piedra y se cruzó de brazos.

—La he visto un par de veces, aunque nunca se aproxima al castillo. La gente del clan le tiene miedo, dicen que es una bruja

capaz de hablar con los muertos. Que conoce secretos que nadie debería saber.

Harlow frunció el ceño.

—No me pareció peligrosa.

—No lo es —reconoció—. ¿Te dijo algo?

Se debatía entre si debía decirle la verdad o ignorar su pregunta.

—Me advirtió que hay un peligro acechándome. Que debo escuchar y mirar donde nadie lo hace. No sé qué quiere decir con eso.

La expresión de Connor se tornó seria.

—Nadie te hará daño mientras seas mi esposa —aseveró.

Harlow le sostuvo la mirada y, por un instante, quiso creerle. Quiso sentirse segura de verdad. Poder estar en paz, sin la continua sensación de tener que estar luchando y a la defensiva.

Se giró para entrar en su habitación, pero Connor la sujetó por el brazo. No con fuerza, aunque sí con la firmeza suficiente para detenerla.

El contacto fue inesperado, y, por un segundo, el mundo de ambos pareció detenerse.

Harlow alzó sus ojos hacia él y sintió que lo veía por primera vez. Sin esa capa de odio que la acompañó aquellos años. Durante los dos meses que llevaban bajo el mismo techo, pudo ver que no era el fanfarrón que ella creía. Se comportaba bien con todos los aldeanos, era atento con sus necesidades y siempre se prestaba a ayudarlos. Por no hablar del trato cercano y cariñoso que tenía con Riley. Veía en ellos la misma relación que ella tuvo con Shaw, y eso chocaba con la imagen de asesino traidor que tenía de él.

Por un momento, el mundo pareció detenerse y solo existieron ellos dos.

—Por favor, no vuelvas a salir sola de noche —pidió Connor con la voz más grave de lo habitual.

—Sé cuidarme sola —aseguró Harlow.

—No lo dudo, pero eso no significa que yo no me preocupe.

El silencio que siguió a esas palabras se extendió entre ellos. Sin apenas darse cuenta, el pulso de ambos se aceleró y fueron más conscientes de la cercanía que había entre ellos, además de su falta de ropa.

Connor soltó su brazo de inmediato y carraspeó.

—Solo te pido que tengas cuidado, más aun después de la advertencia de Fia.

Harlow respiró hondo y asintió. Sin decir nada más, entró en la alcoba, cerró la puerta y se apoyó sobre ella. Se cubrió los ojos con las manos y se maldijo por lo que acababa de experimentar.

Comprendía las dudas que la asaltaban con respecto a la culpabilidad de Connor, pero de eso a esa absurda atracción que acababa de experimentar… Aún sentía el tacto de su gran mano en la piel, como si la hubiera marcado a fuego. De repente, algo cambió, y no solo se debía a la advertencia de la bruja, también en su modo de ver a su esposo. Y eso la asustaba más que cualquier otra cosa.

CAPÍTULO 14

El sol brillaba con fuerza el día que la familia de Harlow llegó al clan Cameron. Al ver sus caballos acercarse, tiró al suelo la ropa que llevaba entre sus brazos para lavar en el río y corrió hacia ellos. Era incapaz de contener la emoción.

—¡Padre! ¡Niall! ¡Bryson! —gritó con una sonrisa resplandeciente.

Los tres hombres desmontaron de sus caballos. Lachlan la rodeó con sus brazos y besó su cabello. Cuando la soltó, fue Bryson quien la alzó en el aire y dio vueltas con ella. Niall se limitó a sonreír.

—¿Qué hacéis aquí?

—Vinimos a hacerte una visita —respondió su padre.

—¿Acaso no te alegras de vernos, hermanita? —ironizó Bryson.

Harlow amplió aún más su sonrisa.

—Me hace muy feliz que hayáis venido.

—No puedo creer lo que ven mis ojos —comentó Fyfe aproximándose también—. Ya era hora de que aparecierais, nos teníais abandonados.

—Estuvimos entretenidos con algunos asuntos del clan —le explicó Niall—. Por eso no podremos quedarnos demasiado tiempo.

—Cualquier cosa será un consuelo. No sabéis las ganas que tenía de abrazaros y poder hablar con vosotros —dijo Harlow, un tanto emocionada.

—Pues tenemos otra sorpresa —añadió Bryson con una sonrisa pícara dibujada en su atractivo rostro.

Varios guerreros se apartaron y pudo ver a Kyla, quien, con los ojos brillantes de emoción, bajó del caballo y corrió hacia ella para

lanzarse a sus brazos. Se abrazaron con fuerza, demostrándose cuanto se echaron en falta.

—No me lo podía creer cuando volvieron al clan sin ti —murmuró su amiga.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Harlow llena de felicidad. Kyla era como una hermana más para ella.

—Le supliqué a tu padre que me permitiera venir a visitarte.

—¿Y así le convenciste?

—Le dije que, si no me dejaba acompañarlos, me escaparía y hallaría el modo de llegar junto a ti.

Harlow se separó un poco de ella y soltó una carcajada.

—Siempre supiste hacer entrar en razón a la gente —repuso guasona. Desvió su mirada hacia la otra joven que permanecía sobre el caballo—. Veo que tu hermana también ha venido.

—No permitió que viajara a solas rodeada de hombres —murmuró a la vez que ponía los ojos en blanco.

Harlow sonrió.

—La vida sin ti es mucho más aburrida, Ky —le aseguró.

—Lo mismo digo —corroboró la pelirroja.

—Qué agradable visita —comentó Connor, a sus espaldas, que llegaba acompañado por sus dos hermanas.

—Cameron —lo saludó Lachlan.

—¿Sois la familia de Harlow? —preguntó Riley con curiosidad.

—Así es, pequeña —contestó Niall con amabilidad—. Yo soy uno de sus hermanos.

La niña sonrió y, de improviso, se agarró de la mano de Harlow.

—Me gusta que viva con nosotros. Es muy valiente, no le tiene miedo a nada. Ni siquiera a mi madre. ¡De mayor quiero ser como ella! —afirmó.

Brenda, que estaba a su lado, bufó y soltó con tono ácido:

—No podrías haber elegido un peor ejemplo a seguir, Riley. ¿Acaso quieres ser una traicionera sin honor?

Harlow apretó los puños e iba a responderle cuando Bryson se le adelantó.

—Cuida tus palabras, rubia.

Brenda dio un paso hacia él con los brazos en jarras.

—¿O qué? —lo retó.

—O te enseñaré a respetar a un hombre como es debido —dijo entre dientes, avanzando hacia ella de un modo amenazante.

Connor se interpuso en su camino.

—Cálmate, MacDonald.

—¿Quién eres tú para darme órdenes? —inquirió con rabia.

—Estás en mis tierras y no tolero que trates así a mi hermana.

—¿Y ella sí puede insultar a la mía?

—No, por supuesto que no —contestó con calma—. Aunque debo reconocer que sus palabras tienen algo de verdad.

Harlow sintió aquella afirmación como una bofetada. No supo por qué, pero que siguiera pensando eso de ella le molestaba más de lo que reconocería nunca en voz alta.

—Serás bastardo —murmuró Bryson, sintiendo que le cosquilleaban las manos por las ganas que tenía de estampar un puño en la cara de Connor.

Niall puso la mano sobre el hombro de su hermano, para tranquilizarlo.

—Ya está bien —dijo Lachlan para calmar los ánimos—. No convirtamos esto en algo personal entre vosotros dos.

—Cuando alguien insulta a mi hermana, claro que es personal —repuso Bryson—. Yo soy el único que puede meterse con ella.

Harlow puso los ojos en blanco.

—El ambiente está tenso, y no creo que sea el momento o el lugar para tratar esto —añadió Niall, que dirigió los ojos hacia los aldeanos, que les lanzaban miradas curiosas.

—Sí, dejémoslo pasar. Como siempre —terció Brenda con el mentón alzado—. Que nadie piense mal de la «inocente y dulce» Harlow.

Se dio media vuelta, alejándose malhumorada.

Fyfe emitió un silbido de admiración cuando pasó por su lado.

—Me encantaría quemarme en el fuego que esa mujer desprende.

Connor gruñó y lo fulminó con la mirada. El guerrero rio y alzó las manos en señal de rendición.

—Estáis en vuestra casa —les dijo a todos los MacDonald—. Podéis acomodaros donde la última vez.

Desvió su atención hacia su esposa antes de tomar a Riley de la mano.

—Hasta luego —dijo la pequeña mientras se marchaba junto a su hermano.

—Adiós —respondió Harlow tras alzar la mano para despedirse de ella.

—Esa muchacha no me ha resultado nada agradable —comentó Kyla con la cabeza ladeada, colocando una mano en su cadera.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo, hija? —propuso su padre.

La joven se volvió hacia él y asintió sonriente.

—Claro.

Se agarró a su brazo y ambos comenzaron a caminar con paso pausado.

—No sabía qué me encontraría al llegar, pero te veo bien —dijo con calma—. Aunque puedo apreciar que aún hay personas que no han olvidado el contratiempo que tuviste con tu esposo.

—Estoy bien, padre, mejor de lo que esperaba, a pesar de que aún no me acepte todo el mundo —aseguró—. Sabes que soy muy testaruda, y unas cuantas opiniones negativas hacia mí no me harán bajar la cabeza.

Lachlan sonrió.

—En el clan se nota mucho tu ausencia. Todos te echamos de menos.

Los ojos de Harlow reflejaron la nostalgia que sentía.

—Yo también os añoro, padre. No pertenezco a este lugar.

—Si así lo sigues pensando, cuando finalice vuestro *handfasting*, podrás volver a casa. Todos te acogeremos con los brazos abiertos.

—Lo sé —reconoció la joven.

—¿Y qué tal con Connor? ¿Te trata bien? —Estudió su rostro con atención, a la espera de su respuesta.

Harlow se quedó en silencio un instante. Pensó en el modo en que se preocupó por ella la noche anterior, pero también en cómo dijo que su hermana tenía cierta razón al llamarla traicionera sin honor.

—Tenemos una relación cordial. Es más de lo que esperaba obtener, la verdad.

Lachlan asintió y sus mejillas se sonrojaron levemente.

—Y… es decir… —Se pasó las manos por el cabello, incómodo—. ¿Es considerado contigo?

Harlow frunció el ceño, confundida.

—Te lo acabo de decir, padre.

—Me refiero en la intimidad de la alcoba.

—Oh… —Fue el momento de Harlow de sonrojarse—. Bueno, él... nosotros… aún no… no hemos compartido alcoba.

Lachlan se detuvo y la sorpresa se reflejó en su expresión.

—¿No habéis consumado el matrimonio?

Ella negó con la cabeza.

—Connor me dijo que jamás obligaría a una mujer a recibir sus atenciones.

Su respuesta pareció agradar a su padre, pues una sonrisa se fue dibujando poco a poco en sus labios.

—Ese muchacho se acaba de ganar mi respeto. Pocos hombres se comportarían de ese modo. ¿Eres consciente de ello?

Harlow no se había parado a pensarlo, sin embargo, ahora que su padre lo señalaba, se daba cuenta de cuanta verdad contenían sus palabras.

Tras unos minutos más charlando sobre cosas cotidianas, regresaron junto a Niall, Bryson y Fyfe. Kyla y su hermana se hallaban un tanto alejadas del grupo, sentadas sobre la hierba.

A lo lejos oyó la risa de Riley. Siguiendo el sonido, la encontró huyendo de Connor, que corría tras ella más lento de lo que era capaz para darle la oportunidad de escapar. Aquella imagen la desarmó, recordándole a su niñez.

El guerrero fiero, rudo y letal ahora tan solo era un hombre que disfrutaba en compañía de su hermana. Sin presiones, ni pretender guardar las apariencias.

—¿Cómo ha ido esa charla? —preguntó Bryson con descaro.

—No es de tu incumbencia —respondió Harlow con una sonrisa.

—Mocosa malcriada —le soltó.

—Bobo petulante —contraatacó ella.

—Ya está bien. Comportaos —los regañó Niall.

Fyfe rio ante la familiar escena.

—Me gusta veros de nuevo juntos. Por un momento, sentí que todo volvía a ser como antaño. Solo falta Shaw. Ojalá pudiera estar aquí con nosotros.

El silencio que siguió fue doloroso. Todos deseaban que Shaw no se hubiera ido tan pronto.

—Si no fuera por los Cameron, mi hermano estaría aquí —declaró Bryson, con ira, en voz más alta de la necesaria—, no convertido en un recuerdo que tratamos de no nombrar porque duele demasiado.

—Bryson, no es el momento —lo reprendió su padre.

—¿Y cuándo lo será, padre? Han pasado nueve años y seguimos sin poder vengarlo. Puede que no comparta los métodos de Harlow, pero sí que reconozco su valor al dar un paso adelante y atreverse a intentar matar a Connor Cameron. Yo mismo debí hacerlo.

—¿Quieres matar a mi hermano? —la pregunta de Riley los tomó por sorpresa.

La pequeña miraba al joven con sus enormes ojos verdes abiertos como platos.

—No ha querido decir eso —se apresuró a responder Niall.

—¡Claro que sí! —insistió la niña—. Lo escuché claramente.

—Riley, mi hermano no… —comenzó a decir Harlow agachándose junto a la chiquilla, pero sus palabras murieron en sus labios cuando la sombra de su esposo se cernió sobre ella.

—Voy a hacer como que no he escuchado tus palabras, MacDonald, por deferencia a mi mujer. No me gustaría tener que matarte ante sus ojos el primer día que venís a visitarla. No obstante, ten en cuenta una cosa, si vuelves a repetir algo similar, no seré tan piadoso.

—No necesito tu piedad, Cameron —espetó Bryson a la vez que llevaba la mano a la empuñadura de su espada.

Harlow se puso en pie con lentitud, y colocó a Riley tras ella. Sabía que, al menor movimiento de cualquiera de los dos, se desencadenaría una pelea en la que alguno saldría herido.

—¿Has visto esto, Bruce? —inquirió Lamont a pocos metros de ellos—. Los jóvenes siempre andan buscando pelea para decidir cuál es más estúpido.

La atención de todos se desvió hacia él.

—Yo nunca necesité recurrir a las bravuconadas para demostrar mi valor —lo contradijo el otro anciano en tono gruñón.

—Claro, porque sabías que siempre te ganaba. ¡Admítelo!

Bruce golpeó el suelo con su bastón.

—Tú cara me distraía —se defendió—. Me costaba distinguir si luchaba contigo o con una cabra mal peinada.

Lamont soltó una carcajada y miró al resto de los presentes.

—No sabía que teníamos visita.

—Han venido por… sorpresa —respondió su nieto—. Aunque aún no sé si será demasiado grata.

Harlow volvió sus ojos hacia él.

—Mi familia siempre será bien recibida mientras yo permanezca aquí.

—¿Aunque me acusen de asesino y amenacen con matarme? —espetó furioso—. Ah, no, lo olvidaba. Tú eres la cabecilla de esa causa.

Los dos se retaron con la mirada.

—Guardad las hachas de guerra, muchachos —les pidió el abuelo—. Recordad que el cuervo grazna más fuerte por temor a que el halcón lo crea débil.

Connor puso los ojos en blanco.

—Santo Dios, abuelo. Déjate de tus frasecitas.

—Sí, Lamont. Haz todo lo que te ordene el *laird* todopoderoso —ironizó Harlow, molesta.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia el castillo.

—¿A dónde vas? —inquirió cabreado.

—A mi cuarto antes de que me envíes tú —respondió sin detenerse.

—No hemos terminado la conversación —espetó alzando la voz.

—Yo no tengo nada más que decirte.

Cruzó el umbral de la entrada y comenzó a subir las escaleras de manera acelerada. Los pasos que escuchó tras ella no la sorprendieron. Cuando intentó abrir la puerta de su alcoba, la gran mano de Connor se posó sobre ella, impidiéndoselo.

—No me des la espalda cuando te hablo —le ordenó.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Me enfrento a ti delante de mi familia y de la tuya? ¿Delante de Riley? —preguntó con el mentón alzado—. ¿O lo que pretendes es que me calle y acepte todo lo que quieras decir de mí?

—No he dicho nada de ti que no sea cierto.

Harlow apretó los dientes.

—Así que soy una mujer que traiciona y sin honor, ¿no?

Su marido negó con la cabeza.

—Esas han sido palabras de Brenda, no mías.

—Sin embargo, dijiste que, en parte, tenían algo de verdad.

Connor dejó caer la mano que tenía apoyada sobre la puerta y suspiró.

—¿Por qué no dejamos el pasado atrás? El modo en que iniciamos nuestra relación no fue el mejor, pero no podemos estar siempre enzarzados por el mismo tema.

—No soy yo quien lo saca a colación una y otra vez —le recordó.

Él enarcó una ceja.

—¿Y qué hay de ti? Porque no creo que sea el único que vive en el pasado —apuntó con acierto—. ¿Sigues pensando del mismo modo que tu hermano? ¿Crees que me merezco morir por lo que le sucedió a Shaw? ¿Que soy el culpable?

¿Aún pensaba igual? Estaba claro que su visión de él no era la misma que cuando lo atacó, sin embargo, todo continuaba apuntando a que era el culpable. De todos modos, en ese instante dudaba de que pudiera matarlo sin ningún remordimiento, y no porque no quisiera vengar a Shaw, sino porque no quería ser la responsable de causar daño a las personas de su familia a las que había tomado cariño.

Connor asintió y sonrió con amargura, interpretando su silencio como una constatación de que aún creía en su culpabilidad.

—Ya veo. —Se alejó unos pasos de ella—. Me alegro de que esté tu familia aquí y puedas disfrutar de su compañía. Intentaré no molestaros con mi presencia más de la cuenta.

Sin más, se dio media vuelta y se marchó.

Harlow se quedó mirando el lugar por donde desapareció. Sintió el impulso de ir detrás de él para explicarle que, en cierta manera, sus creencias no eran las mismas que hacía unos meses. No obstante, decidió permanecer inmóvil, con la postura rígida y los puños apretados.

No podía mostrarse débil. Llevaba años preparándose para el momento de cumplir su promesa y ahora sus emociones le jugaban una mala pasada y no lo iba a permitir.

¡No podía dejar que sus sentimientos la volvieran débil! Se negaba a ello.

CAPÍTULO 15

La oscuridad bañaba la estancia cuando Harlow despertó de golpe, con el cuerpo empapado en sudor y el corazón acelerado.

Acababa de tener otra pesadilla, pero esta vez fue distinta. No vio a Shaw, ni obtuvo ningún mensaje. Solo cayó al fondo de un profundo precipicio donde Connor la esperaba. Aguardaba con la daga que encontró en la habitación de su hermano en la mano.

¿Eso quería decir que fue él quien la empuñó para matarlo?

Salió de la cama lentamente y miró a su alrededor, como si esperara hallar la respuesta a su pregunta en las piedras frías de las paredes. La duda la envolvía como una niebla densa y húmeda que la hizo estremecer.

Como cada noche que tenía esos sueños tan vívidos, necesitaba salir a tomar aire, así que se envolvió de nuevo en su tartán y salió del cuarto.

El corredor estaba en silencio. Solo el eco de sus recuerdos la acompañaba. Los escalones crujían mientras descendía hacia la planta inferior.

Oyó un golpe seco, como si algo pesado hubiera caído. Se detuvo y entrecerró los ojos a la vez que giraba hacia la biblioteca, que era de donde provino el sonido.

La penumbra parecía más espesa allí abajo, aun así, al doblar la esquina, lo vio. Connor yacía en el suelo, con la cabeza ladeada y un charco de sangre extendiéndose debajo de él.

Harlow dejó caer el tartán y echó a correr hacia donde se encontraba. Se arrodilló a su lado y puso una mano temblorosa sobre su pecho para asegurarse de que estaba vivo.

—Aún respira —susurró aliviada, aunque no sabía por qué.

Junto a él, en el suelo, había una pesada estatuilla de piedra con la base manchada de sangre. La tomó en su mano con cuidado. Sería tan fácil rematarlo de un solo golpe. ¿En el fondo no era eso lo que había soñado durante años?

Sin embargo, la imagen del dulce rostro de Riley cruzó su mente como un relámpago. Visualizó su sonrisa, sus enormes e inocentes ojos verdes y escuchó su cantarina risa.

«De mayor quiero ser como tú», recordó sus palabras.

Cerró los ojos y apoyó la estatuilla en su regazo.

—No puedo —murmuró—. No de este modo, sin estar segura de que fue él.

—¡¿Qué has hecho?! —escuchó entonces la voz de Athol surgiendo de entre las sombras.

Harlow alzó sus ojos hacia el maduro guerrero, sobresaltada. Comprendió que la imagen que representaba la hacía parecer la culpable de aquel ataque.

—No he sido yo —aseguró, y tiró la estatuilla lejos de ella.

Athol la apartó de su sobrino de un empujón, arrojándola de culo al duro suelo de piedra. Le dio la vuelta al cuerpo de Connor, aún desvanecido. Le tocó el rostro y, quitándose la camisa, la presionó contra la herida de su cabeza para que dejara de sangrar.

—¡Connor, despierta! —pidió nervioso.

La joven se puso en pie con el corazón latiendo con violencia. Sentía la garganta seca.

—Juro que lo encontré así —insistió con firmeza—. Escuché un golpe y vine a ver qué sucedía.

Athol levantó sus ojos encendidos de rabia hacia ella.

—Y justo andabas por aquí para escucharlo. Tú, la misma persona que hace pocos meses trató de matarlo. ¡Qué conveniente!

Harlow se sintió dolida por sus dudas, aunque entendía que eran lógicas.

—Puede parecer sospechoso, pero te digo la verdad. Yo no lo ataqué.

Athol se puso en pie de manera amenazante, con la sangre de Connor manchando sus manos.

—No te creo —afirmó con voz baja pero amenazante.

Pese a que era mucho más alto y musculoso que ella, Harlow no retrocedió ni se dejó intimidar.

Connor soltó un gemido de dolor, e intentó incorporarse con dificultad.

—¿Qué ha pasado? —inquirió llevándose la mano a la brecha que tenía en la parte trasera de su cabeza.

—Eso me gustaría saber a mí —respondió su tío ayudándolo a levantarse—. ¿Estás bien?

Connor notaba la mirada nublada.

—No lo sé… —susurró—. Alguien me golpeó por detrás. Es lo último que recuerdo.

Athol señaló a Harlow con la cabeza.

—La encontré junto a ti con el arma en la mano.

Connor enfocó sus ojos en ella y frunció el ceño a modo de una pregunta silenciosa.

—Como le dije a tu tío, no he sido yo. Salía a pasear, como suelo hacer algunas noches, cuando escuché un golpe y te encontré sangrando tirado en el suelo.

Se mantuvo en silencio. Parecía decidir si lo que decía era cierto o no.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lamont acercándose a ellos con el pelo revuelto, como si acabara de salir del lecho—. Oí voces y vine a ver qué sucedía.

—Alguien ha atacado a Connor por la espalda —le explicó su hijo—. Me encontré a Harlow junto a él.

El anciano se fijó en el charco de sangre y en la palidez que lucía el rostro de su nieto. También en la estatuilla que permanecía tirada en el suelo.

—Por lo que intuyo, crees que fue ella quien lo atacó —dedujo Lamont.

Athol no respondió, pero su silencio y la dureza de su rostro eran más elocuentes que cualquier palabra.

El anciano se acercó despacio a Connor.

—¿Recuerdas algo de lo sucedido, muchacho? ¿Un sonido? ¿Un olor? Lo que sea.

—Lo único que recuerdo son pasos rápidos acercándose desde atrás… Luego nada. Solo oscuridad.

Lamont fijó sus ojos en los pies descalzos de la joven.

—No creo que los pasos que escuchaste pudieran ser los de ella.

Connor asintió, de acuerdo con él.

Athol, por el contrario, contrajo la mandíbula.

—No podemos descartarlo. ¿Qué hacía aquí en plena noche? ¿Vagar por el castillo como un espectro?

Harlow le sostuvo la mirada sin vacilar.

—Ya te lo dije. Salí a tomar el aire, escuché un golpe y lo encontré inconsciente.

—¿Y por qué tenías el arma en la mano? —continuó interrogándola.

—La cogí por acto reflejo y… por un instante pensé que podía rematarlo, pero no lo hice —respondió con sinceridad.

—La creo —repuso Connor de golpe, sin ningún atisbo de duda.

Athol gruñó.

—La belleza de esta mujer te ciega, sobrino —lo acusó, antes de volverse hacia ella—. No eres parte de este clan y no confío en ti ni por un solo segundo. Para mí, tu palabra vale menos que el estiércol.

Harlow apretó los puños, furiosa. Aun así, su voz sonó clara y sin temblor cuando dijo:

—En algo estamos de acuerdo. Yo tampoco confío en ti, ya que no soy la única que vagaba por el castillo en plena noche. ¿Por qué apareciste de entre las sombras justo después de que lo encontrara inconsciente? ¿De dónde venías?

Athol dio un paso hacia ella, indignado.

—¡Jamás haría daño a mi sobrino! Es como un hijo para mí y la simple mención de ese acto me ofende.

—¿Y que me acuses sin pruebas es mejor? —replicó Harlow.

—Tus actos pasados hablan por sí mismos.

Connor, sintiéndose un poco más repuesto, se interpuso entre ellos.

—Basta. No quiero más acusaciones infundadas —pidió—. Yo sé lo que se siente cuando te acusan de manera injusta, y no voy a permitir que se repita mientras yo esté presente.

Athol apretó los labios, pero asintió, aceptando las órdenes de su *laird*.

Harlow, comprendiendo que fue lo que ella hizo, no pudo evitar avergonzarse.

—Lo siento —dijo con sinceridad—. Me doy cuenta de mi error, no debí dar por sentado algo que no podía demostrar. Estaba convencida de que fuiste tú. La daga te señalaba, pero comprendo que debí buscar algo más.

Aquella disculpa le llegó a Connor tan de improviso que no supo qué responder. Se limitó a quedarse observando como se daba media vuelta para alejarse.

—Recuerda, muchacha, el que camina entre lobos no puede hacerlo con los ojos cerrados —murmuró Lamont cuando pasó por su lado—. Tú defendías tus creencias, no te martirices. Solo tienes que mirar al frente con la mente abierta. Es posible que la respuesta que buscas esté más cerca de lo que piensas.

Harlow sonrió y asintió antes de salir de la biblioteca.

Los tres hombres se quedaron a solas y Athol se giró de nuevo hacia su sobrino.

—La vi con el arma, Connor —insistió—. No te ayudaba, solo te miraba con expresión culpable.

Connor se sentó en uno de los sillones. Aún se sentía algo mareado.

—No fue ella, tío.

—¿Cómo estás tan seguro? La última vez te atacó mientras dormías. ¿Por qué no iba a hacerlo también por la espalda?

—Siento que dice la verdad.

Athol gruñó y se pasó la mano por el pelo, revolviéndoselo.

—Ese hermoso rostro te hace perder el buen juicio.

Connor se incorporó de golpe.

—¡No te tolero que sigas con esa cantinela! —repuso ofendido —. A mí nada me nubla el buen juicio, quizá a ti sí, tío. Como a madre y a Brenda. Solo podéis centraros en un solo acto malo que cometió. Yo sigo adelante. Trato de conocerla de verdad, su lado bueno, que sé que también existe. Por eso no quiero que vuelvas a hablar de ella en ese tono.

Athol dio un paso al frente con el rostro endurecido.

—Y si decido desobedecerte, ¿qué harás, muchacho? ¿Me darás un puñetazo para defender el honor de tu esposa? —ironizó.

—No me gustaría, pero si es necesario, sí —respondió Connor sin retroceder un solo paso.

—¡Eres un estúpido! —soltó Athol.

—¡Ya basta! —bramó Lamont—. ¡Sois familia, maldita sea! No podéis comportaros así. Si peleamos entre nosotros, no hará falta que nuestros enemigos nos destruyan, porque lo haremos solos.

Athol respiró hondo para calmarse.

—Lo siento, padre, tienes razón —reconoció, echó una última mirada a su sobrino y se alejó.

Connor suspiró. No estaba siendo su mejor noche.

—No me gusta pelearme con él.

—Ni a él contigo —aseveró tras poner una mano sobre su hombro para reconfortarlo—. La herida más peligrosa al final no es la que sangra, sino la que divide. No permitas que nadie nos divida, muchacho.

Connor asintió con solemnidad.

—No lo permitiré, abuelo.

El anciano sonrió.

—Solo nos falta encontrar a quien ha intentado matarte. ¿Puede ser la misma persona que asesinó al joven MacDonald?

—No lo sé, abuelo, pero sea como fuere, acabaré con él —sentenció con los ojos llameantes.

***

Harlow iba de regreso a la alcoba, aunque sabía que sería incapaz de descansar si antes no tomaba un poco el aire. Sentía que le costaba respirar.

Al doblar la esquina se encontró de frente con Niall, que tenía el cabello un tanto alborotado.

—Har… ¿Qué haces aquí?

—Iba a mi habitación —respondió con una sonrisa triste dibujada en sus carnosos labios.

Niall se aproximó más a ella y al apreciar las manchas de sangre de su camisón, su expresión se tornó seria.

—¿Estás herida?

—No, no —se apresuró a negar para tranquilizarlo—. Esta sangre no es mía. Es de Connor, alguien le ha atacado. Lo encontré inconsciente.

Su hermano escudriñó su rostro en busca de algún atisbo de que lo que dijera no fuera cierto.

—No has tenido nada que ver, ¿verdad? —preguntó de todos modos, para asegurarse.

—No. —Puso los ojos en blanco—. Te juro que esta vez no fui yo.

Él la observó un segundo más antes de abrazarla. Echó tanto de menos su calma y serenidad, y ese consuelo que solo él sabía ofrecerle.

—Te creo, Har.

Cerró los ojos y se recostó contra su duro pecho. Notar sus brazos alrededor le dio la sensación de que sostenía mucho más que

su cuerpo.

—¿A dónde ibas tú? —murmuró.

—Me pareció escuchar voces.

Harlow asintió y levantó los ojos hacia él.

—Me he sentido tan sola sin vosotros —reconoció con los ojos brillantes—. Siempre creí que era fuerte, pero me doy cuenta de que no es cierto. Vosotros sois mi fortaleza.

Niall sonrió y le dio un beso en la frente.

—No es verdad, Har. Eres la persona más valiente y fuerte que conozco. Incluso cuando solo eras una niña, demostrabas tu coraje en cada acto que hacías —aseguró—. Aun así, incluso la llama más salvaje necesita un poco de aire que la ayude a seguir prendida.

—Gracias, hermano.

—No tienes por qué agradecérmelo —dijo acariciándole el cabello—. ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

—No hace falta. Es tarde, descansa.

—Que duermas bien, hermana.

—Lo mismo te deseo.

Lo vio alejarse y, entonces, varió su rumbo. Se sentía prisionera entre las paredes de aquel castillo, como si fuera su condena por los malos actos que cometió.

Sentir la brisa fresca en el rostro le iría bien y la ayudaría a relajarse.

***

Connor permanecía a solas en la biblioteca.

Cuando su abuelo se fue a dormir, él se puso a limpiar la sangre, ya casi seca, que manchaba el suelo.

Fue entonces cuando encontró el tartán con los colores de los MacDonald. Se agachó a recogerlo y se lo acercó a la nariz. Olía a ella y eso lo hizo estremecer.

Se irguió con la prenda entre las manos y se asomó a la ventana. Un relámpago partió el cielo en dos, augurando tormenta.

Fue entonces cuando se percató de una figura femenina que destacaba en la oscuridad a causa del camisón blanco que lucía.

Harlow caminaba en medio de la noche, en dirección a los establos. No le sorprendía que hubiera ignorado su petición de que no saliera sola. Tenía un espíritu rebelde.

Con determinación, fue en su busca. El olor a heno llenó sus fosas nasales cuando entró en las caballerizas y se la encontró de espaldas mientras acariciaba a uno de los sementales.

—Veo que pasear de noche es uno de tus entretenimientos —comentó con suavidad para no sobresaltarla.

Harlow se giró hacia él con lentitud.

—¿Me has seguido?

Connor le mostró el tartán que llevaba en la mano.

—No quería que pasaras frío.

Tragó saliva, se aproximó a él, le quitó la prenda de la mano y se cubrió con ella.

—Gracias.

Su esposo sonrió y asintió.

—Es un placer.

Harlow se removió inquieta. Algo entre ellos crepitaba y hacía que sus respiraciones se aceleraran, del mismo modo que los latidos de sus corazones.

—No fui yo, por mucho que Athol crea lo contrario —volvió a repetir.

—Mi tío solo ve lo que quiere ver.

—¿Y qué ves tú?

Por un instante, el silencio entre ellos fue más íntimo que si estuvieran desnudos en el lecho marital.

—Veo a una mujer que me desconcierta por completo —reconoció—. Me desafías, me atacas y, aun así, solo puedo pensar en el tacto que tiene tu piel.

Alargó una mano y con los nudillos le rozó la mejilla. El contacto fue breve, pero suficiente para que ambos se quedaran sin aliento.

—He de irme —repuso la joven, y salió a toda prisa del establo.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer y, en segundos, quedaron empapados.

—¿Por qué huyes de mí? —inquirió Connor yendo tras ella.

Harlow se detuvo y lo enfrentó. El cabello se le pegaba al rostro y sus ojos parecían resplandecer con más fuerza que nunca.

—Yo no huyo —negó—. Nunca huyo.

Connor soltó una carcajada.

—Entonces, ¿qué es lo que haces en este instante?

—Alejarme de ti porque no me gusta tu presencia —respondió con el mentón alzado.

El *highlander* sonrió y se acercó más a ella.

—No te creo en absoluto —la contradijo—. Puede que creyeras que yo era el asesino de tu hermano y por eso me odiaras, pero sé que ya no tienes la misma convicción. Por tu disculpa de antes y porque puedo notar como ha cambiado el modo en que me miras.

—No tienes ni idea…

—Ni idea ¿de qué?

El pecho de Harlow subió y bajó varias veces con rapidez antes de decir:

—Ni idea de lo que significa desear a la persona que durante años has odiado con todas tus fuerzas.

Pudo apreciar como los ojos de Connor se encendieron ante aquella declaración.

—Un odio infundado —le recordó.

—Eso aún no lo sé. No… no puedo estar segura… yo… —su voz se desvaneció.

Su esposo avanzó más hacia ella, hasta que sus cuerpos apenas se rozaban.

—¿De verdad? ¿Aún piensas que soy el tipo de persona que ataca a otro a escondidas? Has tenido tiempo de conocerme, de ver cómo actúo, de comprobar cómo soy. ¿Me ves matando a tu hermano de ese modo? —insistió con los puños apretados a ambos costados de su cuerpo—. Si es así, ¿por qué no me remataste al encontrarme indefenso? Hubiera sido fácil.

Harlow desvió la mirada por unos segundos.

—No… no pude. Era incapaz de hacerle a Riley lo mismo que me hicieron a mí. —De nuevo clavó sus ojos en él—. Puede que algún día me arrepienta, como también me lamentaré de esto.

Enredó los brazos alrededor de su cuello. El tartán cayó al suelo y tras pegar su cuerpo al masculino, lo besó. La lluvia caía como una cortina que los ocultaba del mundo.

Connor gruñó contra sus labios, la tomó por la cintura y la alzó en brazos. Caminó con ella hasta las caballerizas para obtener refugio.

La joven sintió como una de las manos de Connor se deslizaba bajo su camisón y le acariciaba el muslo. El tiempo parecía haberse detenido.

Una vez en los establos, envueltos del olor a cuero, Connor la llevó a uno de los boxes vacíos donde el heno formaba una improvisada cama, iluminada por la luz de la luna que se filtraba por los ventanales. La dejó en el suelo y la miró como si fuera lo más hermoso que hubiera visto nunca.

A Harlow, por el contrario, le surgieron las dudas.

—No sé si es una buena idea —murmuró.

El hombre sonrió de medio lado y acarició su rostro con suavidad.

—Somos marido y mujer, no hay una mejor idea.

La joven tragó saliva con dificultad.

—Solo durante un año y un día.

—Un año y un día en los que poder dar rienda suelta a nuestros deseos sin que sea pecado —corroboró él—. No sé que pasará

mañana, Harlow. La vida puede depararnos el peor de los destinos, sin embargo, esta noche es nuestra y podemos disfrutarla.

Aquellas palabras pronunciadas con voz ronca calaron en el interior de la muchacha. Tenía razón, la vida podía ser demasiado corta como para no aprovechar las oportunidades. Era muy probable que mañana se arrepintiera, pero ¿cuándo había pensado ella en las consecuencias de sus actos?

Connor bajó la cabeza y cubrió con su boca la de Harlow. Era un beso que mezclaba ternura y deseo a partes iguales. Ambos podían notar como sus corazones se desbocaban.

El calor del cuerpo de Connor no le dejaba notar el frío de su ropa mojada.

Era tan irresistible la atracción que sentía por él que se debería considerar pecado. Se pegó más a su esposo, con la necesidad de sentir su cuerpo. Connor era todo dureza, una roca a la que aferrarse en medio de la tormenta que estaba cayendo.

La lengua del hombre se movía contra la suya, a la vez que, de manera brusca y apasionada, comenzaba a quitarle la ropa.

Harlow saboreaba la necesidad que notaba en él de tocarla. Ella misma también la sentía. El olor de Connor la embriagaba y aumentaba su deseo. Quería sentirlo desnudo contra su piel, así que ella también procedió a quitarle el kilt y la camisa.

Connor, sin dejar de besarla, la ayudó a tumbarse sobre el suave lecho de heno. Se colocó sobre ella, le lamió el cuello a la vez que su mano se deslizó por su abdomen, hasta colarse entre sus piernas. Acarició sus húmedos pliegues, provocando que un jadeo saliera del fondo de su garganta.

La joven se sentía arrasada por densas oleadas de placer. Nunca creyó que una sensación como aquella pudiera existir. Notaba su cuerpo ablandarse y un cosquilleo comenzó a revolotear en su bajo vientre.

Rodeó la cintura masculina con las piernas. Connor aprovechó para tomar su duro miembro en la mano y conducirlo hacia su húmeda abertura.

—Puede que te duela un poco —susurró contra su oído.

Harlow tragó saliva y asintió.

Connor la penetró poco a poco mientras depositaba besos sobre sus párpados, en la punta de su nariz, en su barbilla… Cuando notó la barrera de su virginidad, la besó en los labios con pasión y embistió con fuerza, hasta quedar completamente enterrado dentro de ella. Harlow se tensó ligeramente, pero no emitió ninguna queja.

Estuvo un tiempo quieto para que se acostumbrara a él, sin dejar de besarla o acariciarla.

La joven lo sentía dentro de ella. Era enorme y duro, parecía llenarla por completo y, aunque sintió una punzada de dolor cuando la penetró, ahora solo notaba una leve molestia que se mezclaba con el placer.

Ambos se miraron a los ojos y Connor comenzó a mover las caderas con suavidad.

—Eres tan hermosa —murmuró con voz ronca—. Me vuelves loco, Harlow MacDonald.

Ella lo agarró del pelo para atraerlo hacia sí y volvió a besarlo. No quería hablar, ni siquiera pensar. Solo quería sentirlo y dejarse llevar por sus instintos.

Connor agarró su trasero con una de sus grandes manos e incrementó el ritmo de sus acometidas. La potencia de cada movimiento hacía que el cosquilleo de su bajo vientre se incrementara.

Harlow nunca imaginó en toda su vida que el acto del amor fuera tan intenso y arrebatador.

Las respiraciones de ambos se aceleraron, sus cuerpos se perlaron de sudor y sus corazones palpitaban desbocados.

De pronto, la joven sintió que el mundo a su alrededor daba vueltas y algo dentro de ella estallaba en mil pedazos. Abrió la boca y jadeó, cerró los ojos y arqueó la espalda, dejándose llevar por aquellas placenteras sensaciones.

Un sonido gutural escapó del fondo de la garganta de Connor, que apoyó su frente contra la de su esposa. En ese momento se dio

cuenta de que Harlow MacDonald era la mujer que estaba hecha para él, con la que parecía que todo encajaba y a la que se proponía no dejar escapar jamás.

CAPÍTULO 16

Harlow despertó y sintió el calor de otro cuerpo junto al suyo. El sol que comenzaba a despuntar en el horizonte se filtraba por los ventanales del establo.

Ladeó la cabeza y sus ojos enfocaron el rostro sumamente atractivo de su esposo. Su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Qué había hecho? El incendio de emociones y deseo de la noche anterior le impidió pensar con claridad, pero en aquel momento, la culpa y la confusión se apoderaron de ella.

Con cuidado, se separó de Connor. Se agachó para coger su camisón y se lo puso con el mayor sigilo posible. Tras envolverse en su tartán, se alejó con rapidez rogando para sus adentros no cruzarse con nadie.

Subió las escaleras del castillo y se encerró en su habitación. ¿Cómo podía haber actuado de aquel modo? ¿Es que acaso no tenía ni un ápice de autocontrol en su cuerpo?

Con la cabeza hecha un mar de dudas, se aseó y se vistió con la ropa con la que practicaba con la espada. Le vendría bien entrenar un poco con Fyfe para eliminar la tensión que sentía.

Salió de nuevo de la alcoba y, en medio del corredor, se encontró con Kyla.

—¡Ahí estás! —le dijo su amiga aproximándose a ella con entusiasmo—. No quería marcharme sin poder pasar un rato juntas.

—¿Marcharte? ¿Acaso ya os vais? —inquirió Harlow un tanto decepcionada.

—Tu padre nos comunicó anoche que esta mañana partiríamos para el clan Fraser de Lovat. Allí es donde se dirigían, pero antes decidieron hacer una parada para poder verte.

Ambas jóvenes anduvieron hasta al exterior del castillo.

—¿Para qué va mi padre allí? —quiso saber Harlow.

—No lo sé a ciencia cierta, aunque sospecho que puede tener algo que ver con Niall.

Harlow giró sus ambarinos ojos hacia su amiga.

—¿Piensas que quiere que se comprometa con la hija del *laird*?

Kyla bajó la mirada al suelo y asintió.

—Creo que quiere casarlo con Leah Fraser.

—Lo siento mucho, Ky —dijo Harlow con verdadero pesar.

La pelirroja negó con la cabeza y movió una mano en el aire, restándole importancia.

—No pasa nada. Los amores de la niñez siempre están condenados al fracaso. Hablemos de ti. ¿Por qué noto un brillo diferente en tus ojos? ¿Ha sucedido algo esta noche? —preguntó con una sonrisa traviesa—. Fui a buscarte a tu habitación de madrugada, como cuando éramos niñas, y no estabas en tu cama.

Harlow puso los ojos en blanco y emitió una risa nerviosa.

—Bueno, la verdad es que… Connor y yo… En fin, que consumamos nuestro matrimonio.

Kyla abrió la boca, sorprendida.

—No puedo creer lo que escucho. Y no te estoy juzgando, sé que es tu esposo, sin embargo… ¿Connor Cameron? ¿Tu peor enemigo en el mundo?

—Lo sé, soy consciente de lo raro que debe sonar. Yo misma no acabo de creérmelo.

—¿Y cómo fue?

—¡Ky! —exclamó entre risas.

—Tengo curiosidad por saber cómo es el acto íntimo, ya que nadie nos explica nada —repuso encogiéndose de hombros.

Harlow suspiró.

—Nos encontramos en los establos y pasó. Fue… algo intenso.

—¿Pero intenso tipo «nos miramos hasta el amanecer y el mundo se detuvo» o «el establo precisa una bendición urgente»?

Su amiga rompió en carcajadas.

—No voy a darte más detalles.

—Está bien —se rindió muy a su pesar—. ¿Y cómo te sientes al respecto?

—Como si hubiera traicionado a mi hermano —reconoció.

Kyla la cogió de la mano, comprensiva.

—Si todas las mujeres debieran sentirse culpables por dejarse llevar por sus deseos, las Highlands estarían llenas de monjas frustradas —dijo con calma—. No has hecho nada malo, Harlowie. Tienes derecho a que tu percepción de él cambie.

—Es algo que no planeé. Cuando llegué aquí, estaba decidida a matar a Connor por lo que creí que le hizo a Shaw; sin embargo, hace días que me planteo si estaba equivocada.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—He podido comprobar que no es el hombre que yo imaginaba. Es leal y bueno con su familia, y no me cuadra con la imagen de alguien que mataría a otra persona en plena noche y saldría huyendo.

—No es pecado cambiar de opinión —le recordó—. Connor es tu esposo y si existe algo real entre vosotros, no tienes por qué ignorarlo.

—No nos elegimos por voluntad propia, nos impusieron este matrimonio. Además, siento que pierdo parte de mí si dejo de odiarlo.

—¿Perder qué? Odiar nunca trae nada bueno, Harlowie. Para ser fuerte no tienes por qué cerrarte a la felicidad. Shaw querría que fueras feliz.

Harlow dejó que las palabras de su amiga calaran en ella antes de asentir.

—Sé que lo querría —aseveró—. Pero tengo miedo de equivocarme.

—Todos nos equivocamos. Lo importante es que, si ocurre, sea porque hemos actuado de corazón. Seguir al corazón, Harlowie, te hace más valiente que el más fiero de los guerreros.

La joven abrazó a su amiga del alma. Conversar con ella siempre le daba paz y le llenaba el alma. No sabía qué sería de ella si Kyla no estuviera en su vida.

De pronto, vieron a Shona aproximándose a ellas. Las miró con la expresión seria que solía lucir.

—Kyla, comienza a prepararte. El *laird* quiere que partamos cuanto antes.

La aludida asintió y miró a su amiga, compungida.

—Ojalá no tuviéramos que separarnos.

—Regresaré a casa cuando termine el plazo de mi *hadfasting*.

—Prométeme que vas a permitirte equivocarte si es preciso. En eso consiste la vida, ¿no?

Harlow le sonrió.

—¿Cómo puede haber tanta sabiduría en un cuerpo tan pequeño? —preguntó refiriéndose a su baja estatura—. Te prometo que recordaré tus palabras cada vez que me entren dudas.

—Y si al final no vuelves y decides quedarte aquí, no te culpes por ello.

—Aunque tenga que cruzar clanes y tormentas, siempre regresaré a casa.

Ambas se abrazaron de nuevo.

—Y dile a Connor que, si no te cuida, yo misma me encargaré de hacerlo sufrir.

***

Harlow se sentía triste tras haberse despedido de su familia. Ni siquiera tenía ánimo de entrenar con Fyfe, como planeó en un principio. Durante toda su vida, las personas con las que se crio fueron su fortaleza, aunque también su debilidad.

Cogió el tartán con los colores de los MacDonald que estaba sobre el arcón y lo abrazó contra su pecho. Era como si aquello le recordara quien era en realidad y le ayudara a no perder el norte. No podía permitir que su atracción por Connor la cegase.

Sin previo aviso, los sonidos de espadas entrechocando y gritos llegaron a sus oídos.

Se aproximó a la ventana y vio como el caos se desataba en el patio. El clan Henderson los atacaba, no había duda por los colores de sus *kilts*.

Sin pensarlo, cogió su espada y salió de la alcoba con paso firme y la determinación de defender su nuevo hogar. Justo al girar la esquina del corredor, se topó con Connor. Tenía el rostro endurecido y la mirada encendida de quien se dirige a la batalla.

Volver a encontrárselo tras su noche de pasión la hizo sentir incómoda. Su corazón se aceleró y notó la boca seca.

—¿Dónde crees que vas? —inquirió cortándole el paso.

—A luchar —respondió sin vacilar—. Nos están atacando.

—Lo sé. Por eso mismo quiero que permanezcas encerrada en tu alcoba. A salvo.

Harlow entrecerró los ojos.

—Sé defenderme —espetó—. He peleado y sangrado antes, no soy una delicada flor que precise tu protección.

—Aun así, eres mi responsabilidad.

—Connor…

—Ve a la alcoba de mi madre —la cortó con impaciencia—. Encerraos allí hasta que todo pase. Podéis consolaros las unas a las otras.

—¡No me trates como si fuera una inútil! —gritó furiosa—. No necesito consuelo, necesito pelear como otro más de tus guerreros.

—¡No eres uno de ellos! —bramó avanzando un par de pasos más hacia ella con las mandíbulas apretadas—. Eres mi esposa, y no puedo luchar pensando en si van a herirte o matarte. Necesito estar

concentrado en la batalla, y no podré hacerlo si tú formas parte de ella.

Harlow alzó el mentón.

—Tus miedos no van a retenerme.

Connor, sin más tiempo que perder discutiendo con ella, la tomó por el brazo y la arrastró por el corredor.

—¡Suéltame ahora mismo! —le ordenó mientras forcejeaba con él.

Su esposo abrió la puerta de la habitación de su madre, donde permanecía junto a Brenda y Riley y, con cierta brusquedad, la hizo entrar.

—¡Quedaos aquí! —sentenció antes de cerrar la puerta con llave.

Harlow, furiosa, golpeó la robusta madera con fuerza.

—¡Connor! ¡Abre ahora mismo! ¡No puedes encerrarme como si fuera una prisionera!

Desde el otro lado pudo oír el eco de sus pasos alejándose. Aun así, siguió aporreando la puerta. No se resignaba a quedarse allí mientras los guerreros arriesgaban sus vidas. No cuando sabía blandir la espada mejor que muchos de ellos.

Desde un rincón de la estancia, Brenda la miraba con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Puedes dejar de armar tanto escándalo? No ayudas a nadie con tu pataleta.

Harlow se giró con los ojos encendidos.

—¿Y qué queréis que haga? ¿Nos ponemos a bordar mientras asedian el castillo? ¡Oh, qué gran idea! ¡Hagámoslo! —ironizó.

Harriet, que abrazaba a su hija pequeña para tranquilizarla, repuso:

—Eres la esposa de Connor, tu deber es permanecer a salvo por si portaras al próximo *laird* de los Cameron en tu vientre, no salir a fingir ser una guerrera.

—¡No finjo nada! —exclamó Harlow—. Tampoco es ningún capricho mío. Este es ahora mi hogar, al menos, durante un tiempo, y no estoy dispuesta a quedarme de brazos cruzados mientras lo destruyen.

Su suegra la observó con el rostro tenso.

—¿Tu hogar? El mismo que has intentando destruir con tu tentativa de matar a mi hijo.

—Creía que él destruyó mi familia primero.

—¿Ya no lo crees? —indagó Brenda con desconfianza.

—No estoy segura —reconoció.

Se aproximó a la ventana. El patio estaba lleno de guerreros Cameron y Henderson, que luchaban entre ellos. Incluso pudo reconocer a Fyfe y Ogilvy entre la muchedumbre.

—Son demasiados… —murmuró—. Necesitan toda la ayuda que sea posible.

—No saldrás —decretó Harriet—. Mi hijo te dio una orden.

Harlow se giró hacia ella con los ojos encendidos.

—Te recuerdo que soy su esposa, no su prisionera.

—Connor te encerró aquí por tu bien. ¿O crees que tu presencia en el campo de batalla pueda cambiar algo? Solo eres una cría con ínfulas de superioridad, por el amor de Dios.

Aquello la hirió profundamente. Era joven, eso era cierto, pero nunca se creyó mejor que nadie, solo confiaba en sus capacidades.

—Claro que puedo cambiar las cosas —contestó con la voz calmada—. Hasta la espada del último de los guerreros en pie en una batalla puede marcar la diferencia.

—Eres impulsiva y no sabes obedecer. Nunca serías una buena guerrera.

—¿Qué sabrás tú? —inquirió con el mentón alzado.

—No es momento de dividirnos y enfrentarnos —intervino Brenda, quitándose el pasador de plata que llevaba en el pelo—. Me cuesta reconocerlo, pero Harlow tiene razón. El clan está en peligro

y cada mano cuenta. No podemos quedarnos aquí a esperar que todo se resuelva.

—¿Qué dices, Brenda? ¿Tú también te has vuelto loca? —preguntó Harriet con incredulidad.

—Tengo miedo, madre —lloriqueó Riley con el rostro escondido contra su cuerpo.

—Tranquila. No va a sucedernos nada —le aseguró a la vez que acariciaba su largo cabello—. Brenda, no puedes desobedecer a tu hermano. Él solo intenta protegernos —se dirigió a su hija mayor.

—No obstante, Connor no está aquí ahora para decidir por nosotras. ¿Qué ocurre si consiguen entrar al castillo y llegar hasta aquí? ¿Y si nos encuentran encerradas? No tendremos escapatoria.

—¿Los hombres malos nos van a encontrar? —preguntó Riley mirando a las tres mujeres con los ojos cargados de lágrimas.

Harlow se agachó frente a ella y sonrió para transmitirle calma.

—Nadie nos encontrará, pequeña. No permitiremos que te hagan daño. Te lo prometo. Sé que eres valiente y hoy es el momento de demostrarlo.

La niña asintió, aún temblando, pero con ganas de demostrar su valor.

—¿Esto te servirá para abrir la cerradura? —preguntó Brenda a su espalda, entregándole el pasador.

Harlow se irguió y lo tomó con una sonrisa decidida.

—Por supuesto que servirá.

Ambas se aproximaron a la puerta. Harlow se arrodilló y comenzó a trabajar con precisión. Brenda pegó la oreja a la madera para controlar los sonidos provenientes del pasillo.

Tras unos segundos de espera, un clic sutil rompió el silencio.

Harlow se puso en pie lentamente y, con el pulso inestable a causa de la expectación, posó la mano sobre el pomo y logró abrir la puerta.

—No perdamos más tiempo —dijo con una sonrisa satisfecha.

Brenda se dirigió hacia uno de los arcones, sacó todo lo que había dentro, lo metió bajo la cama y le dijo a su hermana pequeña:

—Escóndete aquí, Riley, y no salgas hasta que alguna de nosotras venga a por ti. ¿De acuerdo?

La niña asintió. Su madre la ayudó a entrar en el arcón y le besó la frente.

—Demuestra la sangre Cameron que corre por tus venas, mi pequeña.

—Lo haré, madre —respondió, justo antes de que cerraran la tapa sobre su cabeza.

Harriet se acercó al tocador y sacó un saco de él. Después, las tres mujeres salieron de la habitación. Bajaban las escaleras cuando un par de guerreros Henderson derribaron la puerta. Clavaron sus ojos sobre ellas y uno de los hombres las apuntó con un arco.

—¡Alto! —rugió.

Harlow se puso en guardia, colocándose delante de las otras dos, y alzó su espada contra ellos. Pudo ver el momento exacto en el que el arquero tensaba la cuerda para lanzarla contra ella. Su única opción era intentar esquivarla para que no la hiriera de muerte.

Sin embargo, antes de que pudiera disparar la flecha, una daga voló por los aires y se clavó en la frente del guerrero Henderson, haciéndolo caer de espaldas, muerto.

Harlow se giró atónita hacia Harriet, que aún permanecía con la mano en alto.

—¿Cómo has hecho eso?

La mujer la miró y enarcó una ceja.

—¿Crees que solo me dedico a bordar, como dijiste antes? Aprendí a defender a mi gente cuando me convertí en la esposa de un *laird*, y a día de hoy, eso te incluye a ti.

Harlow asintió con una mezcla de agradecimiento y admiración. Las mujeres a veces esconden su verdadera naturaleza guerrera tras una imagen convencional, para poder encajar en lo que el mundo

espera de ellas. Aun así, ese espíritu despertaba justo en el momento apropiado.

Se volvió de nuevo hacia el otro guerrero Henderson y tras bajar las escaleras que le quedaban, se enfrentó a él. Sostenía la espada firme en sus manos y se movía sin que el miedo tuviera cabida en su cuerpo. Su larga trenza negra se sacudía con cada paso, giro y mandoble que daba.

Finalmente, consiguió hacerlo retroceder y, con un rápido movimiento, le cortó el cuello sin que él hubiera podido apenas reaccionar.

Salió al exterior. La batalla era encarnizada. A unos metros logró ver a Lamont, que luchaba con arrojo a pesar de su avanzada edad. Sin embargo, no podía ver al guerrero que se le acercaba por la espalda, dispuesto a acabar con su vida.

—¡Lamont! —gritó Harlow.

Corrió hacia donde estaba, lanzándose contra el atacante y bloqueando el golpe con la hoja de su espada.

El anciano se volvió sobresaltado, dándose cuenta del peligro al que estuvo expuesto.

—¿Harlow? ¿Qué haces aquí?

—No te distraigas, aún quedan muchos enemigos a los que vencer —dijo sin dejar de pelear.

Lamont asintió y volvió a concentrarse en la batalla.

Supo en el momento en que Connor se percató de su presencia. Sus ojos verdes se clavaron sobre ella, a la vez que se hacía paso a base de mandobles para poder llegar hasta donde estaba.

—¿Qué demonios has hecho? ¿Cómo has logrado escapar de la alcoba? —rugió.

—Eso no tiene importancia ahora —repuso la joven—. Estoy aquí para ayudar.

Connor maldijo entre dientes.

—Te encerré por tu seguridad.

—Y yo he salido por la seguridad de todos —apuntó mirándolo de frente—. Te pido que me veas como una aliada, no como una debilidad.

Su esposo tragó saliva a la vez que la observó detener un envite de uno de sus rivales. Captó su fuerza, el fuego que ardía en su interior. Era una auténtica guerrera.

Connor se puso a su espalda para seguir con la lucha. El suelo comenzaba a llenarse de cuerpos y sangre. Incluso el cielo se había tornado gris y parecía reflejar la tragedia que se cernía ante ellos.

—¡Cuidado! —gritó moviéndose para bloquear un ataque que iba directo a Harlow.

Ella no perdió la concentración. Peleaba con movimientos rápidos y ágiles, hasta que su espada chocó con fuerza contra la de un adversario, y la afilada hoja se agrietó, partiéndose en dos.

—¡No! —exclamó la muchacha al oír el sonido de metal quebrado.

Connor se interpuso entre ella y el guerrero Henderson con el que luchaba, bloqueando su ataque y empujándolo con el hombro con una fuerza brutal. El adversario cayó y él aprovechó para acabar con su vida. Y ahí no se detuvo, siguió luchando con otro más que se aproximó y que tuvo el mismo destino que su compañero.

Harlow tiró la espada y sacó una daga de la cinturilla de su ajustado pantalón de cuero. Ver a Connor pelear de aquella manera le calentaba la sangre sin saber por qué. Sus movimientos, el modo en que sus músculos se tensaban y la ferocidad que reflejaba su rostro la atraían como la miel a las abejas.

Su presencia, su porte, su fuerza, el olor que desprendía su cuerpo… todo en él era tremendamente erótico.

Cuando su esposo mató al último de los Henderson que había a su alrededor, se volvió hacia ella y posó una mano sobre su mejilla, estudiando su rostro.

—¿Estás bien? —preguntó con la voz ronca.

Harlow asintió, incapaz de hablar. Su respiración se tornó rápida, entrecortada… No por el esfuerzo de pelear, sino por la

cercanía y el calor que se acumulaba entre ellos.

«¿Cómo es posible que mi cuerpo arda por él mientras el mundo se desmorona a nuestro alrededor?», pensó.

Sacudió la cabeza para concentrarse en lo importante, la batalla que aún se desencadenaba a su alrededor.

Vieron a Brenda correr hacia su abuelo, que sangraba copiosamente por el brazo.

—¡Brenda, no! —gritó Connor, pero su voz se perdió en medio del sonido de las espadas entrechocando.

Un guerrero la apuntó con su arco. Él intentó avanzar entre los hombres que se enfrentaban, pero fue consciente de que no llegaría a tiempo.

Por suerte, como salido de entre las sombras, Fyfe dio un ágil salto y derribó al enemigo de una estocada certera y mortífera. Brenda se quedó paralizada, jadeando y con sus ojos azules abiertos de par en par.

Fyfe giró su rostro hacia ella con una sonrisa ladeada y el cabello castaño revuelto por el combate.

—¿Siempre corres hacia el peligro o era una táctica para que tuviera que salvarte?

La muchacha, aún sobresaltada, no pudo evitar sonreír también.

—Y tú… ¿siempre andas cerca de mí o ha sido mera casualidad?

—Me gusta estar rodeado de belleza y, desde luego, la tuya es deslumbrante.

Brenda emitió una risa breve e inesperada.

—Gracias por haberme salvado la vida.

Él la miró como si no esperara oír esas palabras. Parecía que la fiera era capaz de algo más que dar zarpazos, al fin y al cabo.

CAPÍTULO 17

Los guerreros Henderson que aún quedaban en pie, al ver que no tenían nada que hacer, huyeron entre los árboles mientras algunos Cameron los seguían.

Connor, con el rostro cubierto de sudor y de salpicaduras de sangre de sus enemigos, se volvió para buscar a Harlow. Pudo ver como una mancha roja se extendía cada vez más en su camisa, así que, con nerviosismo, avanzó hacia ella a grandes zancadas.

—Estás sangrando —dijo con preocupación.

—¿Cómo? No, yo no… —Bajó los ojos hacia su abdomen y se percató de que su esposo tenía razón—. No me había dado cuenta.

—Es por la batalla —repuso Connor—. Estamos tan alerta que no sentimos el dolor de inmediato.

Llevó las manos a los bajos de la camisa de la muchacha y la alzó para poder inspeccionar la herida. Era un corte superficial que se extendía desde cerca del ombligo hasta las costillas.

—No parece preocupante —comentó con alivio—. Aunque sería conveniente limpiar la herida para que no se infecte.

—Yo puedo hacerlo —se ofreció Harriet, acercándose a ellos.

Connor se sorprendió por el gesto de amabilidad inesperado de su madre. Observó a su mujer, que parecía tan atónita como él.

Harriet llevaba un balde con agua en una mano y, en la otra, paños limpios y un saquito con hiervas curativas.

—¿Te parece bien que te cure mientras yo compruebo cómo están el resto de guerreros? —preguntó Connor.

Ella valoró enormemente que tuviera en cuenta su opinión, así que asintió en silencio y le sonrió.

—Intentad no mataros en mi ausencia —pidió guasón antes de alejarse.

Harriet se agachó frente a la joven, metió uno de los paños en el agua y procedió a limpiar la herida.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Porque luchaste con valentía junto a mi gente —respondió sin apartar la vista de lo que hacía—. Y, sobre todo, porque salvaste la vida de mi padre.

Harlow no esperaba aquella confesión.

—Entonces, ¿ya no me odias?

—Sigue demostrando que no eres un peligro para mi familia y dejaré de hacerlo. Por ahora, he comenzado a respetarte.

La joven comprendió a qué se refería. Llegó a su hogar e intentó matar a su hijo. Era justo que sintiera esa animadversión hacia ella, pero valoraba que pensara en darle una oportunidad.

Fyfe y Brenda se aproximaron a ellas. Su amigo lucía una sonrisa ladeada en el rostro.

—Has luchado con valentía, Har —la alabó—. Me siento orgulloso de lo bien que has asimilado mis enseñanzas.

—Gracias —respondió agradecida por sus palabras—. Aunque me he quedado sin espada.

Fyfe se agachó y la recogió del suelo. La estudió con detenimiento.

—Puede arreglarse.

Harlow suspiró.

—Eso espero. —Fijó su mirada en Harriet y le preguntó—: ¿Dónde aprendiste a lanzar la daga tan bien?

Tras terminar de aplicar las hierbas en su herida y vendarla, se irguió.

—Fueron años de práctica junto a mi difunto esposo. Él decía que una mujer debía saber defenderse.

—No recuerdo haberte visto lanzar nunca de ese modo, madre —terció Brenda.

—No lo había necesitado hasta ahora. —Se giró hacia Fyfe—. Te agradezco lo que has hecho por mi hija. Te debo su vida y estoy en deuda contigo por ello.

El guerrero MacDonald puso las manos en sus caderas con arrogancia.

—Tengo un talento especial para hallar damas en apuros y salvarlas.

—Tampoco engroses tu ego —repuso Brenda—. Solo tuviste la suerte de encontrarte cerca y de que el arquero estuviera distraído conmigo.

Fyfe enarcó una ceja.

—Algunas mujeres no son capaces de admitir ni bajo tortura que necesitan a un hombre para estar a salvo.

La joven rubia se puso en jarras y alzó el mentón.

—Yo no necesito a nadie, y menos a un MacDonald —espetó—. Reconozco que estabas en el momento justo y el lugar adecuado, y ya te lo he agradecido, pero no pienso arrastrarme.

Fyfe soltó un silbido.

—¿Quién te ha pedido arrastrarte? —inquirió—. Menudo dramatismo —le dijo a Harlow en tono confidente.

Ella sonrió con las cejas alzadas.

—Siento decírtelo, amigo, pero en este caso, y por mucho que me pese, estoy con ella.

—¡Oh, venga ya! —exclamó entre risas—. Jamás me atreveré a enfrentarme a dos mujeres. Sois más temibles que cualquier ejército.

Harlow puso los ojos en blanco.

Connor y Athol rompieron aquel ambiente distendido cuando se aproximaron a ellos con el rostro serio.

—¿Sucede algo? —preguntó Harriet, que los conocía bien.

Connor no respondió de inmediato. Clavó sus ojos sobre Harlow y se detuvo frente a ella.

—Ogilvy está herido. Es grave.

Un silencio sepulcral cayó sobre todos ellos.

—¿Cómo? —susurró Harlow con el corazón latiendo acelerado.

Athol dio un paso adelante.

—Se interpuso en la trayectoria de una espada para salvarme. El ataque iba dirigido a mí. Él lo vio y no dudó en intervenir.

—Lo hemos llevado dentro del castillo para que la curandera pueda examinarlo —le explicó Connor, que apretó los puños al percibir el sufrimiento que se reflejó en el rostro de su mujer.

—Ogilvy es el guerrero más leal y honorable que he conocido jamás —murmuró Harlow antes de encaminarse hacia dónde lo acomodaron.

El aire olía a sangre y escuchaba lamentos por todas partes. Connor y Fyfe fueron tras ella, siguiéndola en silencio.

En el centro de la sala, rodeado de más guerreros heridos, se encontraba el enorme y noble guerrero. Su pecho subía y bajaba de forma rápida a causa del dolor. A su lado, Lamont permanecía sentado con la espalda apoyada contra la pared y una brecha en la frente.

El brazo izquierdo de Ogilvy colgaba en una postura imposible, cubierto de sangre y barro.

Junto a él, Elsbeth, la curandera, una mujer con el rostro curtido por los años y manos ágiles, se inclinaba sobre su fea herida para inspeccionarla.

—El hueso está destrozado —informó sin rodeos—. No hay más opción que cortar.

Lamont, apesadumbrado, negó con la cabeza.

—¿Estás segura, Elsbeth? —insistió.

—Completamente —corroboró.

El anciano miró a la joven.

—Tú decides. ¿Qué hacemos?

Harlow se arrodilló al lado del hombretón y posó una mano sobre su frente.

—Ogilvy… —susurró—. ¿Puedes oírme?

Él abrió los ojos y asintió con un gesto débil a causa de la pérdida de sangre.

—¿Has oído lo que ha dicho la curandera? —preguntó con calma.

—No quiero morir, pero tampoco vivir como un tullido inútil.

Harlow negó con firmeza.

—Tú jamás serás un inútil. Eres el hombre que no dudó en arriesgar su vida por salvar la de otro. Alguien digno de admiración.

La curandera aguardaba a la espera de su decisión.

—Harlow, yo… —no pudo responder pues perdió el conocimiento.

—Ogilvy. Ogilvy —lo llamó mientras lo zarandeaba levemente.

—Necesito una respuesta, muchacha, o será demasiado tarde —la apremió Elsbeth.

La joven tragó saliva sin apartar sus ojos del leal guerrero. El peso de esa decisión recaía sobre ella como una losa.

—Hazlo —dijo al fin con voz firme—. Sálvale la vida.

La curandera asintió y comenzó a preparar sus instrumentos. Connor cogió a su esposa por los hombros y la ayudó a ponerse en píe.

—Necesito a alguien que lo aguante para que no se mueva —pidió la mujer.

—Yo lo haré —se ofreció Fyfe, que había perdido su eterna sonrisa.

Se colocó tras Ogilvy, apoyó la cabeza en su regazo y le sostuvo con fuerza.

—Tranquilo, amigo. Vas a salir de esta —murmuró.

Harlow mantenía la atención puesta en ellos con los ojos brillantes y un nudo en la garganta. Connor permanecía junto a ella y observaba todos sus gestos.

—Puedes llorar si lo necesitas, eso no te hace menos fuerte —dijo en voz baja.

Harlow tragó saliva sin apartar la mirada de Ogilvy. Le hubiera gustado dar rienda suelta a sus emociones y dejar de sentir aquella opresión en el pecho que apenas la dejaba respirar, sin embargo, desde que su hermano murió, era incapaz de derramar una sola lágrima.

—Lo que va a suceder a continuación no será agradable —apuntó Elsbeth.

—Si quieres marcharte… —comenzó a decir Connor.

—No, me quedaré —lo interrumpió—. Permaneceré a su lado pase lo que pase.

Harlow era consciente de que no todas las batallas se ganan con espadas, algunas solo necesitan presencia en los momentos difíciles, y ella estaría junto al guerrero que la vio nacer y crecer, pasase lo que pasase.

CAPÍTULO 18

Tras el traumático suceso, Connor, Athol y Fyfe trasladaron a Ogilvy a una de las habitaciones del castillo. Harlow permanecía de pie, con la mirada fija en la espada rota que estaba en el suelo de la sala. La recogió con cuidado, como si el metal quebrado aún conservara el eco de lo vivido hacía unos instantes.

Lamont, con la cabeza vendada y el rostro un tanto pálido, se acercó a ella despacio.

—No ha aguantado la batalla —murmuró Harlow.

—Las espadas se rompen, muchacha. Lo importante es quien la empuñó cuando aún estaba entera.

—Fue un regalo de mi padre cuando cumplí los dieciséis años.

El anciano apoyó una de sus manos sobre su brazo.

—Esto tiene arreglo —aseguró—. Ven conmigo.

Harlow caminó tras él fuera del castillo. La condujo hasta una pequeña herrería que había junto a los establos. Encendió la fragua y los muros de piedra se iluminaron con tonos anaranjados. El olor a metal fundido y carbón impregnó el aire.

—Antes de que mi hija se prometiera con nuestro anterior *laird*, este era mi mundo —explicó con una sonrisa nostálgica—. Era herrero. Me movía entre el fuego y el acero como pez en el agua.

Harlow miraba alrededor, fascinada por las herramientas, los moldes y los martillos que había por todas partes. Lamont cogió de sus manos la espada rota que aún sostenía, y se acercó al banco de trabajo.

—El metal puede quebrarse, pero con un poco de trabajo, es fácil volver a recomponerlo.

Comenzó a inspeccionar la hoja, recorriendo las fracturas con sus dedos expertos.

—Tú eres como esta espada, muchacha. Fuerte y decidida, pero también hay grietas en tu interior. Y no por debilidad…, sino por las batallas que has ido librando.

Harlow lo veía coger las herramientas, fascinada.

—¿Seguro que puede arreglarse?

El anciano alzó los ojos hacia ella, sonriente.

—Estoy seguro de ello. Ambas volveréis a ser las que erais antes de romperos, porque sois resistentes, solo precisáis un poco de ayuda.

Colocó la hoja sobre el yunque y mientras el fuego de la fragua crecía, comenzó a trabajar. El sonido rítmico del martillo golpeando el metal llenó la estancia.

—No te cierres pensando que estás rota. La vida es larga, Harlow, y tú estás al inicio de la tuya. Aún tienes mucho que aprender.

—Estoy confundida —reconoció al fin en voz baja—. No sé si el odio no me deja ver la verdad o es que estoy desviándome de mi camino.

Lamont la observó con expresión comprensiva.

—Yo también estuve en ese lugar oscuro donde te encuentras. Sentía cristales rotos dentro de mi pecho y me dejé llevar por lo peor de mí.

Harlow tenía curiosidad por su confesión.

—¿Cuándo fue eso?

Los ojos del anciano se giraron hacia la ventana, como si rememorara su pasado.

—Fue cuando mataron a Marnei, mi esposa. Un grupo de bandidos se colaron en nuestras tierras para saquearlas y ella tuvo la mala suerte de toparse con ellos. Yo no estaba para protegerla. Me encontraba en una reunión del consejo de ancianos cuando vinieron

a decirme lo sucedido. Cuando llegué hasta ella, apenas le quedaba un ápice de vida.

»Durante meses, viví solo para la venganza. Me convertí en alguien que ni mis hijos reconocían. No podía hablar ni dormir. El odio me consumía, creía que al dar con esos malnacidos y acabar con ellos, todo el dolor que sentía remitiría. Sin embargo, no fue así. Solo quedó vacío. Porque Marnie seguía sin estar a mi lado y ya no existía ese odio que me impulsaba a seguir levantándome de la cama un día más.

—¿Cómo lo superaste? —quiso saber.

Lamont sonrió con tristeza.

—Una pérdida así no se supera, pero aprendes a vivir con ello. No queda más remedio que forjar un nuevo tú con los pedazos rotos que quedaron.

El anciano le entregó la espada reparada y Harlow la tomó con cuidado, estudiándola con admiración.

—Ha quedado perfecta.

—No será como antes de romperse, no obstante, está más reforzada y costará más que la quiebren. El fuego puede doblar el hierro, pero sin que un martillo lo golpee, no se moldea. A las personas nos pasa lo mismo, los varapalos de la vida forjan nuestro carácter y nos hacen más fuertes.

La joven movió la espada cortando el aire con su afilada hoja, tras ello, se giró hacia Lamont. Algo entre ellos se afianzó, y no era solo gratitud, se trataba de un vínculo, respeto y entendimiento. De dos corazones que habían sufrido y se reconocían en el dolor.

—Gracias —dijo con voz firme—. Por arreglarme la espada, por tus sabias palabras y por no tratarme nunca como a una forastera.

—Los forasteros no se quedan cuando todo arde, y tú permaneciste para luchar por nuestro clan, que ahora también es el tuyo.

El fuego de la fragua aún no se había consumido cuando Connor entró a la pequeña herrería. En sus manos llevaba un frasco con ungüento en su interior.

Al verlo, Lamont sonrió a su nieto y se dirigió a la puerta.

—Os dejaré a solas —repuso antes de marcharse.

Harlow se volvió hacia su esposo y notó sus ojos verdes mirarla de arriba abajo.

—Estuve buscándote. Quería asegurarme de que no tuvieras más heridas —le explicó—. Elsbeth me dio esto para untártelo en el caso de que hubiera. —Le mostró el frasquito.

Harlow dejó la espada sobre el yunque y asintió.

—Estoy bien —aseveró.

Connor retiró un mechón de pelo que cubría un raspón que tenía en su mejilla.

—¿Puedo? —preguntó con la voz grave.

Ella asintió.

Su esposo abrió el frasco, untó sus dedos con un poco de la pringosa sustancia y lo deslizó sobre el arañazo con una delicadeza inesperada para alguien con esas grandes manos que poseía. Cuando rozó su piel, algo dentro de Harlow se encendió.

—No debiste desobedecerme —dijo para romper el tenso silencio.

—Si no lo hubiera hecho, tu abuelo estaría muerto —le recordó.

Connor contrajo la mandíbula. Sus cálidos dedos siguieron aplicando el ungüento sobre otro corte en su mejilla.

—Tú también podrías haber muerto.

—Del mismo modo que todos los que estuvimos en esa batalla.

El hombre suspiró, bajó la mano y se alejó un par de pasos de ella. Era tan obstinada que sabía que no merecía la pena seguir peleando con ella. No lograría que cambiara de opinión.

—Deja que sea yo la que ahora te cure las heridas a ti —se ofreció de sopetón.

Connor dudó un instante antes de entregarle el frasquito, se dio la vuelta y se quitó la camisa con un gesto lento, que reveló un largo corte que le cruzaba toda la espalda y llegaba hasta cerca de su cadera izquierda.

—¡Dios santo! —exclamó la joven—. ¿Tenías esa herida y has estado perdiendo el tiempo con mis rasguños?

Su esposo sonrió de medio lado.

—He tenido heridas peores, créeme.

—Aun así, esto no es una minucia —comentó acercándose a examinarla—. Es posible que precise puntos.

—No, no será necesario.

Harlow puso los ojos en blanco.

—¡Eres un terco!

—Imagino que los iguales nos reconocemos —contraatacó.

Comenzó a aplicar el ungüento con movimientos suaves para intentar no hacerle daño. Seguía la línea de la herida y notó la piel de Connor erizarse.

El silencio entre ellos era íntimo y cargado de una tensión que los hacía ser conscientes de lo cerca que estaban el uno del otro. Aunque el fuego de la fragua se había consumido, el calor parecía haberse instalado en ellos.

Cuando terminó de aplicar el remedio sobre la herida, dio unos pasos atrás. Connor se volvió hacia ella y las miradas de ambos se encontraron.

—¿Me juras que no mataste a Shaw? —preguntó con voz firme.

—Te doy mi palabra de honor de que no fui yo —respondió con seguridad—. Cuando me enfrento a alguien, me gusta que sea justo. Nunca cometería un acto tan deshonroso.

Harlow le sostuvo la mirada en busca de algún atisbo de duda o engaño; no lo halló. Y, por primera vez desde que la sospecha se instaló dentro de ella hacía nueve años, se permitió reconocer que era muy probable que se hubiera equivocado.

Aquel reconocimiento, en lugar de afectarle como esperaba, fue como si de repente se liberara de una pesada losa que cargó durante demasiado tiempo. Era el momento de seguir adelante y descubrir al verdadero culpable, aunque tardara una vida en hacerlo.

CAPÍTULO 19

La música llenaba el ambiente nocturno varios días después del ataque de los Henderson. Los miembros del clan reían y brindaban por la unión de dos de los suyos. La batalla dejó cicatrices y pérdidas importantes, pero esa noche, el amor y la esperanza eran más fuertes.

Harlow, ataviada con un sencillo pero elegante vestido en tonos verdes, observaba sonriente a la gente danzar en torno a la hoguera. Por primera vez desde su llegada al clan Cameron, no estaba tensa y sus ojos brillaban, no por las lágrimas acumuladas, sino de dicha.

Riley, con una corona de flores en el cabello, se acercó a ella.

—¡Ven a bailar conmigo, Harlow! —pidió con entusiasmo—. Hoy es una noche para pasarlo bien y divertirnos.

Antes de que le diera tiempo a responder, la tomó de la mano y la arrastró hasta donde los otros ya giraban al ritmo de las gaitas.

Harlow, entre risas, comenzó a dar vueltas junto a la niña. El sonido de sus carcajadas se mezclaba con la música. Después de muchos años, se sentía ligera y sin peso en el corazón.

Se dio cuenta de que a veces sanar no empezaba por haber consumado la venganza que prometiste, sino por soltar lo que te lastraba hasta lo más hondo. Era como si, al fin, se hubiera dado a sí misma permiso para poder seguir viviendo en paz, a pesar de no olvidar que quería hacer justicia.

Las antorchas chisporroteaban suavemente y la melodía envolvía el aire. Tras varios bailes, Harlow y Riley fueron hacia donde se encontraba Connor y el resto de su familia. La niña, que ya

llevaba la corona de flores ladeada, se sentó con naturalidad sobre las piernas de su hermano mayor.

—Deberías bailar. Harlow lo hace muy bien —comentó la pequeña.

—Me he dado cuenta —afirmó y miró a su esposa, que tenía las mejillas sonrojadas y una bonita sonrisa dibujada en sus carnosos labios.

—Lo cierto es que no he bailado demasiado a lo largo de mi vida —reconoció—. No hubo mucho ambiente festivo en nuestro clan en los últimos años.

Lamont palmeó con suavidad su espalda con afecto.

—Me alegro de que sonrías. Deberías hacerlo más a menudo, le otorga mucha luz a tu hermoso rostro.

—También estoy de acuerdo —apuntó de nuevo su esposo.

Harlow desvió la mirada para evitar responder. Se sentía un tanto conmovida, puesto que Lamont la trataba como a una nieta más, mientras que Riley era tan dulce y encantadora que ya se ganó su corazón. Incluso su relación con Connor había cambiado. Cada vez existía más complicidad entre ellos y disfrutaban del tiempo que pasaban a solas.

Inesperadamente, Harlow no sentía que era una intrusa, sino una más de aquel clan que no le pertenecía, pero que parecía haberla acogido por fin.

Fyfe se acercó a ella con paso tranquilo y esa sonrisa despreocupada que siempre lo acompañaba. Pasó un brazo sobre los hombros de su amiga, en un gesto protector y afectuoso.

—Veo que lo estás pasando bien. Por un momento me has recordado a la niña que fuiste. La que reía con el vestido lleno de barro y el cabello enmarañado. —La miró de soslayo—. Eso aún no ha cambiado —comentó guasón.

Harlow le dio un codazo en las costillas, haciéndolo reír.

—Calla, anda —repuso de buen humor—. Tenía el convencimiento de que ya no quedaba nada de ella.

—Queda más de lo que crees, solo debías bajar la guardia para dejarla salir.

Ella asintió sonriente.

—¿Has visto a Ogilvy? —preguntó para cambiar de tema.

—Sí, está sentado al otro lado del patio —respondió—. ¿Quieres que vayamos con él?

—Sí, estaría bien.

Miró de reojo a Connor, que no le quitaba ojo de encima, antes de alejarse junto a Fyfe.

El paso de ambos era tranquilo cuando caminaron entre la gente. Su amigo iba saludando a todos con los que se cruzaba. Era muy sociable y se notaba. A lo lejos atisbó a Brenda, que lucía un precioso vestido en tonos azules y su larga melena rubia trenzada.

—Jamás en toda mi vida he visto a una mujer más bella —comentó Fyfe, siguiendo todos sus movimientos.

—Bella y con las garras muy afiladas —apostilló Harlow.

—Justo como a mí me gustan.

La joven puso los ojos en blanco.

El enorme corpachón de Ogilvy entró en su campo de visión. Hablaba animadamente con otro guerrero Cameron mientras soltaba una de sus sinceras risotadas. Supo que hizo lo correcto al decidir que le cortaran el brazo para salvarle la vida.

—Harlow, Fyfe —saludó cuando los tuvo enfrente—. ¡Qué gran noche de celebración!

—Te veo feliz —comentó la muchacha.

El hombretón asintió con una sonrisa dibujada en su noble rostro y se atusó la barba pelirroja.

—Lo soy —aseguró—. Aunque he de reconocer que aún echo de menos mi brazo.

—Es normal, llevaba cuarenta y cuatro años contigo, viejo —repuso Fyfe en tono bromista.

—Me tocará vivir otros cuarenta y cuatro más sin él —dijo el aludido sin perder la sonrisa.

Harlow sintió admiración por él. No solo era buena persona, sino que también tenía una fortaleza que poca gente poseía.

***

Cuando Riley se alejó para bailar con el abuelo, Connor se aproximó a Alec y a Wallace, que estaban pavoneándose ante las jóvenes solteras del clan.

Los tres hombres aún lucían marcas de la reciente batalla.

—Esta celebración ha subido el ánimo de los aldeanos —comentó el *laird*.

—¿Qué harás con el clan Henderson? —quiso saber Wallace—. No podemos dejar pasar el ataque sin más.

—No quiero presentarme allí con la sangre aún caliente —respondió—. Primero necesito calmarme y pensar. Mi intención es poder mantener la paz entre nosotros, y si voy ahora, no lo lograré. Los atacaré con la misma fuerza que ellos usaron contra nosotros.

—Está claro que Gowan no se quedará quieto —apuntó Alec—. Si cree que ha logrado debilitarnos, volverá para rematarnos.

Connor estaba de acuerdo con su hermano.

—Gowan es astuto, aunque también protege a su gente. No veo probable que se arriesgue a perder a más guerreros sin asegurarse de que puede vencer esta vez.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, mantenía la vista fija en Harlow, que hablaba animadamente con Fyfe y Ogilvy. Reía y su cabello, iluminado por la luz de las antorchas, desprendía reflejos rojizos.

Wallace, percatándose de que la atención de su amigo estaba puesta en la joven, se inclinó hacia Alec con una sonrisa maliciosa.

—¿Tú piensas que está más centrado en qué hacer con Gowan Henderson o con cierta dama de enormes ojos ambarinos y belleza deslumbrante?

Alec soltó una carcajada.

—Si la mira con más intensidad, acabará prendiéndole fuego.

Connor sonrió de medio lado y enarcó una ceja.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que hablar sobre mí, zoquetes? Quizá alguna jovencita incauta ande suspirando por vuestras atenciones.

—¿Las mismas jovencitas a las que tú adulabas no hace tanto tiempo? —ironizó Wallace.

—Te recuerdo que ahora soy un hombre casado.

—Tú no lo olvidas, eso es más que evidente —bromeó su hermano.

—Creo que esa morena te ha cortado las alas, amigo mío. Y no solo porque sea tu esposa, es que te gusta de verdad —apostilló Wallace convencido de sus palabras.

—¡Dejadme en paz! —dijo, antes de alejarse para ir en busca de la mujer en cuestión.

Los oyó reírse tras él; no le importó.

Se hizo paso entre la multitud que danzaba alegremente, se detuvo frente a ella y extendió una mano.

—¿Me concedes este baile, esposa?

Harlow lo miró sorprendida por su proposición. Un cosquilleo se instaló en la boca de su estómago y, sin esperarlo, una sonrisa más amplia que la que había esbozado en toda la noche se instaló en sus labios.

—Veamos qué sabes hacer. Espero que no me pises.

Connor enarcó una ceja.

—Intenta no marearte —repuso agarrando su mano y haciéndola dar vueltas sobre sí misma.

La música los envolvió cuando se colocaron en torno a la hoguera. Los pasos de ambos se sincronizaron con rapidez, mientras se lanzaban miradas cómplices. En ese momento no había sospechas ni dudas, solo eran dos personas que se permitían disfrutar de su compañía.

—No sabía que podías reír de este modo —susurró Connor en su oído—. Me gusta.

Se miraron a los ojos.

—Yo también creía que había olvidado cómo hacerlo.

Siguieron moviéndose al son de las gaitas, hasta que Brenda pasó por su lado con una copa de hidromiel en la mano. Fingió tropezar y derramó todo el líquido sobre el vestido de su cuñada.

—¡Oh, vaya! Qué torpe soy —repuso con un gesto que dejaba claro que aquello no había sido ningún accidente.

—¡¿A ti que te sucede?! —exclamó Harlow, enfrentándola.

Brenda sonrió con malicia.

—Nada, ¿qué va a sucederme?

—Has derramado tu jarra sobre mí adrede —la acusó—. Creía que ya no había rencillas entre nosotras.

—No lo hice a cosa hecha —negó sin ninguna credibilidad—. Aunque estaría bien que no olvidaras que el que te ayudara a forzar una cerradura no nos convierte en amigas. Para mí, sigues siendo la misma furcia traicionera.

Harlow no lo pensó, le asestó una bofetada rápida, seca y certera. El sonido resonó con fuerza cuando las gaitas dejaron de sonar.

—Puedes seguir odiándome si eso te hace feliz, pero no voy a permitir que trates de humillarme.

Los ojos azules de Brenda relampaguearon de ira. Se lanzó hacia Harlow, y ambas se liaron a golpes, como si la tensión que se sostuvo entre ellas durante semanas se liberara en ese mismo instante.

Bofetones, empujones, gritos e incluso algún puñetazo. Las dos rodaban por el suelo ante los ojos atónitos del resto del clan.

—¡Ya basta! —gritó Connor agarrando a cada una de un brazo para separarlas—. ¿Os dais cuenta de que hacéis el ridículo?

Brenda trató de arañar la cara a Harlow, pero Fyfe la agarró por detrás para detenerla. Connor hizo lo mismo con su esposa. Ambas forcejearon con furia.

—¡Suéltame ahora mismo! —demandó Brenda—. Voy a hacerle saber a esa malnacida con quién se ha metido.

El guerrero MacDonald soltó una carcajada.

—Lo lamento, señorita, pero ya he tenido suficiente espectáculo por una noche.

—¿Por qué te empeñas en ser un continuo quebradero de cabeza? —le echó en cara Connor a su hermana—. Lo estábamos pasando bien y era algo que necesitábamos todos. ¿Algún día dejarás de ser tan egoísta?

Brenda se zafó de Fyfe de un tirón.

—Alguien tiene que mantener la mente fría y centrada en la realidad, ya que tú pareces haber perdido la cordura entre las piernas de tu ramera.

Harlow trató de abalanzarse de nuevo contra ella, pero su esposo aún la mantenía sujeta.

—¡Eres una mala pécora! —soltó furiosa, con el rostro rojo de ira. ¿Quién se creía que era para insultarla de ese modo?

—Eres mi hermana, Brenda, sin embargo, la próxima vez que insultes a mi esposa, tendré que tomar medidas drásticas contigo. No me gustaría hacerlo, pero no me dejarás otra opción. Así que, por favor, compórtate.

La joven abrió la boca para replicar, no obstante, su madre posó una mano sobre su brazo para tranquilizarla.

—Ya es suficiente, hija —suplicó en un murmullo.

Brenda la miró de soslayo, alzó el mentón lanzándole una última mirada airada a su hermano mayor y se alejó.

Entonces, Connor liberó a Harlow. De repente, se percató de que las miradas de los aldeanos se posaban sobre ella, algunos con duda, otros con animadversión… Las palabras de su cuñada parecían haber calado en ellos y se preguntaban si tenía razón y con sus artes amatorias estaba confundiendo a su *laird*.

Sin decir nada, se dirigió hacia el castillo. La noche había terminado para ella. Se alzó las faldas y subió las escaleras de dos en dos. Oía los pasos de Connor tras de sí, aun así, no se detuvo. Se

metió en su alcoba y trató de cerrar la puerta. Su esposo posó una mano sobre ella, impidiéndoselo. Entró también en la estancia y se quedó observándola.

Harlow comenzó a caminar de un lado a otro, con el vestido aún húmedo por el hidromiel. Brenda intentó humillarla y, por un momento, lo consiguió.

—Harlow…

Ella lo miró con los ojos encendidos.

—Si vas a decirme que me calme, puedes ahorrártelo —espetó interrumpiéndolo—. Tampoco necesito un discurso en el que me digas que la esposa de un *laird* no se lía a mamporros en medio de una celebración. ¡Ya lo sé! Sin embargo, tu maldita hermana no me ha dejado otra opción.

Connor cerró la puerta para que nadie escuchara su conversación.

—No, lo cierto es que estoy aquí para decirte que te entiendo. Yo habría actuado igual si hubiera estado en tu lugar.

Harlow se detuvo en seco. Le había descolocado aquella respuesta, pero notó sinceridad en ella.

—Estoy harta de luchar contra algo que no puedo cambiar. Y, en cierto modo, comprendo la animadversión de tu madre o de tu hermana hacia mí. Intenté matarte, aunque ahora crea que fue un error.

Connor avanzó hacia ella. Puso dos dedos bajo su mentón para alzárselo y que lo mirara a los ojos.

—Todos hemos hecho cosas en el pasado de las que nos arrepentimos, aunque no podemos revolcarnos en ello, hay que seguir adelante.

—Eso he intentado, pero no me dejan hacerlo.

—Mi hermana es muy testaruda, pero cederá.

—No tengo tanta fe como tú —repuso malhumorada—. Hoy me hubiera encantado arrancarle los ojos, te lo juro.

Connor rio entre dientes.

—Créeme, todos lo hemos notado.

Harlow bufó y aquello atrajo la atención de Connor hacia sus labios. Sin darle más vueltas, se inclinó sobre ella y pasó la lengua sobre ellos, tras lo cual, se besaron. No con duda o desconfianza, sino con necesidad.

El beso fue profundo y sincero. En ese instante solo eran ellos dos, sin clanes o colores que los representaran.

Harlow le rodeó el cuello con los brazos a la vez que un gemido escapó de entre sus labios. Connor lo embebió con deseo.

—Eres tan indomable —susurró con una sonrisa de medio lado separándose un poco de ella.

—Nunca dije lo contrario —repuso con coquetería.

Connor se carcajeó y, agarrándola por los muslos con sus grandes manos, la alzó en brazos y la tiró sobre el lecho, haciéndola reír.

—Vamos a ver si puedo domar a esta fiera salvaje —comentó guasón.

Harlow se apoyó en sus codos para poder mirarlo a los ojos y enarcó una ceja.

—Eso nunca sucederá —aseveró.

—Lo importante es que disfrutemos del intento.

Comenzó a deshacerse de la ropa ante la atenta y ardiente mirada de su esposa, que se arrodilló sobre el lecho para proceder a hacer lo mismo.

Una vez desnudos, Harlow lo agarró por los brazos para atraerlo junto a ella a la cama. El olor de ambos se entremezcló cuando sus cuerpos se unieron como uno solo. Sentían que la piel les ardía por la excitación.

Parecía que se amoldaban el uno al otro como un guante. Cada caricia los encendía más que la anterior y los dejaba al borde de perder la cordura.

Harlow notó los dedos de su esposo explorar su zona íntima y, en un impulso, decidió hacer lo mismo. Agarró su miembro con la

mano y la subió y bajó de manera rítmica.

Connor cerró los ojos y emitió un gruñido de placer. Ella también jadeó. Sentía que estaba al borde de deshacerse en mil pedazos.

El *highlander* no dejaba de besarla. Adoraba cada rincón del cuerpo de la joven: el fino cuello, las preciosas clavículas, los pechos llenos y turgentes…

Harlow abrió los muslos como una invitación silenciosa a que la penetrara. Connor no se hizo esperar, apartó la mano de la joven de su verga y, de una sola estocada, la introdujo en su interior. La pareja jadeó al unísono.

Comenzó a mecerse dentro de ella, deslizándose en su humedad. La embestía con movimientos rítmicos, que tocaban partes del interior de su esposa que nunca creyó que nadie hiciera.

Harlow se retorcía debajo de él. Clavó las uñas en su espalda, desatada por la pasión. Cuando llegó al éxtasis, su cuerpo temblaba sin contención.

Connor también se dejó ir dentro de ella, vertiendo su semilla en las entrañas de su esposa. Su encuentro fue tan profundo y animal que ambos se quedaron exhaustos y con las respiraciones aceleradas.

En el fondo, sintieron que algo entre ellos cambiaba. Aquellos momentos de intimidad acercaban más sus almas y los empujaban hacia un precipicio que aún no estaban preparados para saltar.

CAPÍTULO 20

La luz se filtraba suavemente entre las cortinas, tiñendo la habitación en tonos dorados. El silencio entre ellos era cómodo e íntimo. Ambos yacían abrazados entre las sábanas revueltas de la cama de la joven, ya que tenían bastante con el calor que desprendían sus cuerpos tras una noche de pasión.

Había pasado una semana desde el incidente con Brenda. Siete días en los que Harlow y Connor no dejaron de explorarse, besarse y conocerse de todas las maneras posibles.

—Tengo que marcharme unos días —dijo entonces el *highlander*.

Harlow se tensó apenas escuchó aquellas palabras. No respondió de inmediato, se limitó a librarse de su abrazo y ponerse en pie, envolviendo su cuerpo desnudo con una manta.

Caminó hacia la ventana para mirar el paisaje que se extendía ante ella. Evitó indagar hacia dónde se dirigía, a pesar de que aquella pregunta ardía en su garganta.

Connor también se levantó de la cama y se aproximó a ella para rodearla desde atrás con sus musculosos brazos.

—Alec vendrá conmigo —continuó explicándole—. Solo serán unos días, y Athol se quedará al mando del clan mientras estamos fuera. Podrás contar con él y con Wallace para cualquier cosa que necesites.

—Estaré bien —aseguró con voz firme.

No quería que sintiera que era vulnerable ni que le costaría estar allí sin él, a pesar de que así fuera.

—Te prometo que volveré antes del anochecer del tercer día.

Harlow asintió en silencio. Al fin y al cabo, tres días no eran tanto tiempo.

Sin embargo, no fue así. El tercer día llegó y dio paso a otro, y otro más, hasta que se convirtieron en dos largas semanas.

Connor no regresaba.

Lo echaba de menos de un modo que no esperaba, aun así, no le preguntó a nadie si sabían por qué tardaba tanto. No estaba dispuesta a mostrar la grieta que se abría lentamente en su corazón y por la que su esposo se había colado de manera inesperada.

Se obligó a mantener la normalidad. Pasaba las mañanas entrenando con Fyfe. Su amigo la hacía reír con sus bromas descaradas y su manera de ver el mundo. Para él, todo podía arreglarse con una buena comilona y un revolcón en los establos.

Después, acompañaba a Ogilvy a dar un paseo por los jardines. Estaba más recuperado y no daba muestras de que le afectase tener un solo brazo. Sin lugar a dudas, era uno de los hombres con más coraje que hubiera conocido.

Sheena continuaba enseñándole a hacer las tareas de la casa y tinturas para la ropa. Ambas disfrutaban de pasar el tiempo juntas. De alguna manera, había llenado el hueco que la ausencia de Kyla dejó.

Riley la arrastraba a hacer coronas de flores o a corretear por el bosque en cuanto podía escabullirse de su madre. Incluso le pidió a su abuelo que le hiciera una espada de madera para que Harlow le enseñara a pelear.

Lamont también se convirtió en un apoyo muy importante para ella. Le gustaba mucho conversar con él, porque siempre tenía respuestas para todo. Le agradaban aquellos acertijos que le gustaba soltar, que parecían no tener un sentido claro, pero que calaban hondo.

Se sentía a gusto junto a ellos, aun así, la ausencia de Connor había dejado un vacío dentro de ella que no sabía cómo llenar.

***

Athol y Lamont estaban reunidos con los ancianos del clan. Todos querían saber dónde estaba Connor y por qué tardaba tanto en regresar.

—Han pasado dos semanas y no tenemos noticias de él —espetó Bruce, malhumorado—. Ni siquiera nos informó de a dónde se dirigía. ¿Qué clase de líder hace eso?

Athol clavó la mirada en él.

—Connor no es irresponsable y creo que todos los aquí presentes lo sabemos. Si no ha vuelto aún, es porque algo lo ha retenido y no por falta de voluntad.

Otro anciano, más cauto, intervino:

—¿Y si le han herido? O peor aún, ¡matado!

Lamont negó con vehemencia.

—Si algo le hubiera ocurrido, lo sabríamos. Alec y varios guerreros más lo acompañan,

—Quizá ha olvidado que tiene un clan que gobernar —apostilló Bruce, incisivo.

El murmullo que siguió a sus palabras fue cortante. Algunos ancianos estaban de acuerdo con él, como si ya no tuvieran fe en su *laird*.

—¡Cuidado con lo que insinúas, Bruce! —rugió Lamont—. Connor ha demostrado más honor durante su mandato que tú en tu larga y desgraciada vida.

Bruce se puso en pie y golpeó con su bastón el suelo. Era un gesto que lo caracterizaba.

—¡No te consiento que me hables así! —bramó—. Tú solo ves de tu nieto lo que quieres ver. Con sus últimas decisiones ha demostrado que no está a la altura de dirigir un clan poderoso como el nuestro, pero tú sigues creyendo que nos salvará de enemigos como los Henderson. ¡Iluso!

Lamont avanzó hacia él sin titubear.

—Mi nieto ha nacido y ha sido preparado para esto. Y si tienes algo más que decir, viejo decrepito, dilo con los puños y no con esa

lengua ponzoñosa que posees.

Bruce no se echó atrás y, sin dudarlo, le arreó un bastonazo. Fue la señal que Lamont necesitó para estrellar un puño contra su arrugado rostro que hizo que su trasero volviera a aterrizar sobre la silla que tenía a su espalda.

Athol se interpuso entre ellos, separándolos.

—¡Basta! Esto no es una taberna y no tenéis edad para andaros con estas estupideces.

Lamont tocó la frente que comenzaba a hincharse a causa del garrotazo, mientras que Bruce se secó la sangre que manaba de su nariz.

—No vuelvas a hablar de mi nieto de ese modo en mi presencia. No mientras yo respire.

El otro anciano lo miró con inquina, mas no respondió. Supo ver que, en aquel momento, Lamont no solo era un guerrero que había luchado en guerras, vivido traiciones y sufrido pérdidas…, sino también era un abuelo furioso que pelearía lo que hiciera falta por defender el honor de las personas de su familia.

—Creo que la reunión ha terminado por hoy —dijo Athol, y los ancianos comenzaron a dispersarse.

Bruce pasó por su lado, lo miró a los ojos y repuso en tono confidente:

—Eres tan consciente como yo de que esto no podrá sostenerse por mucho más tiempo. Ya todos culpan a Connor de nuestra enemistad con los Henderson y no tardarán en revelarse. Tú eres un hombre respetado y coherente, Athol. Estoy seguro de que muchos te apoyaríamos si decidieras ponerte al frente de nuestro clan.

»Sé que hay quienes piensan que el liderazgo se hereda; yo, por el contrario, creo que la sangre a veces no basta.

Tras aquellas palabras, el anciano se alejó cojeando.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lamont a su hijo.

—Nada relevante, padre —respondió Athol restándole importancia a las palabras de Bruce.

Lamont no se quedó muy conforme con su contestación, sin embargo, creía en el criterio de su hijo y, si no le decía nada más, sería porque solo añadiría leña a un fuego que ya ardía con fiereza.

***

El viento soplaba entre los árboles y la tierra crujía bajo las botas de Connor. Llevaba días recorriendo senderos junto a Alec y unos pocos guerreros de confianza.

Había hablado con muchos testigos que estuvieron en el clan MacDonald la noche que Shaw fue asesinado y, aun así, nadie parecía saber nada. Todos coincidían en que el hermano de Harlow fue un muchacho noble y apreciado, pero nada de eso lo conducía hacia el culpable de su muerte.

—Estamos igual que cuando salimos del clan —apuntó Alec, desmotivado.

Connor apretó los puños.

—Si tan solo alguien hubiera visto algo extraño. Un intruso en el castillo, algún enfrentamiento, un posible cabo suelto del que tirar… ¡Pero no hay nada! —Pateó el suelo con la bota.

—Quizá debas hacerte a la idea de que jamás averigües la verdad de lo que sucedió aquella noche.

Su hermano negó con la cabeza.

—No voy a rendirme hasta dar con el culpable. Quienquiera que fuera dejó mi daga allí para inculparme.

—Es probable.

—Por eso he de dar con ese malnacido y darle la muerte que se merece.

Su hermano pequeño enarcó una ceja, divertido.

—¿Y estás seguro de que no tiene nada que ver con cierta morena que te espera en casa y que está tan obsesionada como tú con dar con el asesino de Shaw?

Connor lo miró a los ojos y caviló su respuesta antes de dársela.

—Sí, también es por ella —reconoció con sinceridad—. Quiero otorgarle la paz que se merece.

—La echas de menos, ¿verdad? —preguntó de sopetón.

Él frunció el ceño.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Lo noto —respondió sonriente—. Veo como miras al horizonte y leo en tus ojos que anhelas regresar a casa para estar junto a tu esposa. Y no te culpo, Harlow es como esas espadas antiguas, forjadas a fuego lento, marcadas por los golpes, pero con un encanto y una resistencia que atrapa.

Connor soltó una risa.

—Y es más afilada que cualquier hoja.

—Sí, es cierto. Aunque también tiene un gran corazón y es justa y leal. La gente la juzga por un error que cometió, no por lo que es. Además, desde que llegó al clan ha cambiado.

Connor asintió, de acuerdo con él. Harlow había cambiado, y, pese a que no le gustara reconocerlo, también él lo había hecho por ella.

CAPÍTULO 21

Los cascos de los caballos resonaron cuando el *laird* y sus guerreros iban aproximándose al castillo. Connor desmontó y saludó a los aldeanos que se aproximaban para darle la bienvenida. El clan estaba feliz de que estuviera de vuelta. Emitían vítores y se oían risas alegres.

Athol y Lamont fueron los primeros en recibir a Connor y a Alec.

—No esperábamos que tardarais tanto en volver —comentó su tío.

—Comenzábamos a preocuparnos —reconoció el abuelo.

—Nos entretuvimos más de lo esperado. Lamento haberos inquietado —contestó Connor.

—Ya era hora de tenerte de vuelta, *laird* —repuso Fyfe, en tono guasón, aproximándose a él—. Tu mujercita me ha tenido entrenando a todas horas para distraerse. Me debes una, y bien gorda.

Connor esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Dónde está?

—Con Sheena y Riley en las cocinas.

Él asintió y, sin demorarse más, se dirigió hacia allí. Se las encontró a las tres manchadas de harina mientras hacían lo que parecía ser una tarta.

Cuando lo vieron, la niña corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

—¡Connor! Te he echado de menos.

—Yo también a ti, bichito —le aseguró a la vez que la besaba en la frente.

Centró su atención en su esposa. No había corrido hacia él como Riley, sin embargo, su sonrisa y el brillo que detectó en sus ojos le hizo saber que se alegraba de su vuelta.

—Me alegro mucho de su regreso, señor —dijo la joven sirvienta.

—Muchas gracias, Sheena —respondió sin apartar su mirada de Harlow.

Se acercó sin prisa y, cuando se detuvo a escasos pasos de ella, sacó un pequeño objeto de su *sporran* que estaba envuelto con una tela oscura.

—Pasamos por un mercado ambulante y pensé que podría gustarte —comentó en un susurro ronco.

Harlow tomó el regalo y retiró la tela que lo envolvía. Dentro encontró una daga con la empuñadura de plata y una piedra ámbar incrustada en el centro.

Harlow levantó la cabeza para mirarlo.

—¿A qué viene esto?

Connor sonrió con calma.

—El color de la piedra me recordó a tus ojos y supe que debía ser tuya.

La joven no pudo evitar que se le escapara la risa. Lo último que esperaba era que le regalara una daga, cuando no hace mucho intentó matarlo con otra.

—¿Y para mí no hay nada? —preguntó Riley con el ceño fruncido.

Connor le guiñó un ojo y la dejó en el suelo.

—¿Cómo no voy a traer yo un regalo para mi chica favorita?

El rostro de la niña se iluminó con una amplia sonrisa. Y aún fue más resplandeciente cuando le dio una bonita pulsera de cuero trenzado.

—¡Es preciosa! —exclamó sonriente.

—Tanto como tú —repuso tocándole con la punta del dedo su respingona nariz.

—Voy a enseñársela a madre —dijo a la vez que se alejaba a toda prisa.

—Ojalá todo el mundo fuera tan fácil de contentar —comentó Connor alegremente.

Harlow rio de nuevo.

—La inocencia de los niños es tan pura.

Su esposo asintió y tendió una mano hacia ella.

—Me gustaría que me acompañaras a un lugar.

Harlow frunció el ceño y se quedó mirándolo con cautela.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa.

Dudó un instante más antes de posar su mano sobre la de él.

Sheena los observaba con ojos soñadores. Cualquiera que presenciara la escena se daría cuenta del amor que desprendía la pareja y del que, quizá, ni ellos mismos fueran conscientes.

Caminaron en silencio y dejaron atrás el castillo. El sendero por el que Connor la condujo era estrecho y flanqueado por árboles altos. El sonido del agua llegó a sus oídos y una cascada suave que desembocaba en un río de aguas cristalinas apareció ante ellos.

El hombre se detuvo junto a una de las rocas que había en la orilla.

—Mi madre solía traernos aquí a mis hermanos y a mí cuando éramos niños. Decía que este lugar es mágico y que, si te bañas bajo esta cascada, no puedes mentir. Según la leyenda, el agua que corre en ella no solo limpia el cuerpo, también el alma de pecados y mentiras.

Harlow observó el lugar, sorprendida por lo que acababa de contarle.

—¿Y crees en ello?

Connor asintió.

—Nunca pudimos resistirnos a explicarle a mi madre nuestras travesuras cuando estábamos bajo esta agua. Era como si fuéramos incapaces de esconder ninguna mentira o deseo reprimido. —Se

volvió hacia ella y sonrió—. Por eso te he traído aquí, quiero que me preguntes lo que te plazca. Necesito que no te quede atisbo de duda sobre mi inocencia. Quiero que confíes en mí plenamente, Harlow.

Sin esperar que respondiera, se quitó la camisa y las botas, y se adentró en el río. Se colocó bajo la cascada y clavó sus ojos verdes sobre ella.

—Adelante —la animó a preguntar—. ¿Qué quieres saber?

—No creo que sea necesario…

—Lo es —la interrumpió.

—Creo que eres consciente de que hace semanas que confío en tu palabra.

Connor asintió.

—Lo soy, pero, aun así, me gustaría demostrar que lo que digo es cierto.

Harlow respiró hondo e irguió la espalda antes de preguntar:

—¿Mataste a mi hermano?

Sin apartar la mirada de la suya, negó con la cabeza.

—No, jamás haría un acto como el que se cometió con él aquella noche. La última vez que lo vi fue durante nuestra trifulca en el festejo.

—¿Tienes sospechas de quién pudo hacerlo?

—Ninguna —reconoció—. Solo creo que quien lo hizo tenía algo personal contra él.

La joven frunció el ceño.

—¿Algo personal?

—Me refiero a que no fue un acto casual. Alguien se coló en su alcoba por algún motivo, aunque aún no he descubierto cuál es.

—¿Aún? ¿Qué quieres decir con eso?

—He estado investigando estos días, por eso estuve ausente —explicó—. Fui a preguntar entre algunas de las personas que estuvieron en tu clan aquella noche; por desgracia, nadie vio nada.

—¿Has ido a investigar? Pero… ¿cómo? —Sin apenas darse cuenta, entró en el río para aproximarse a él—. ¿Por qué no me

dijiste nada? Me hubiera gustado acompañarte.

—No quería que te ilusionaras si al final no obtenía respuestas, como así ha sucedido.

—Acabas de decírmelo ahora.

—No puedo ocultarte nada. —Señaló con la cabeza el agua que caía sobre sus hombros.

El río fluía sereno, como si atestiguara cada palabra que Connor pronunció. Harlow mantenía sus ojos fijos en él mientras su esposo avanzaba unos pasos hacia ella, sin romper en ningún momento el contacto visual.

—No quiero secretos —susurró—. No contigo.

Harlow sitió como algo dentro de ella se apretaba. No era debilidad, sino confianza. Era cierto que hacía días que no pensaba que fuera el responsable de la muerte de Shaw, pero ahora parecía como si, de repente, Connor hubiera dejado de ser una amenaza para convertirse en un aliado.

Alzó la mano y rozó su rostro con la yema de los dedos con suavidad. Él cerró los ojos un instante para disfrutar de la caricia. Tras ello, se inclinó hacia delante y la besó.

Cogió el rostro femenino entre sus grandes manos. El beso fue profundo, lento y cargado de deseo. El río seguía su curso, pero para ellos el tiempo se detuvo. Las manos de Harlow se apoyaron sobre el pecho desnudo de su marido mientras sus cuerpos se acercaban.

Sin separarse el uno del otro, fueron caminando hasta tumbarse sobre la hierba húmeda, impregnados del calor que desaprendían. Las caricias suaves se tornaron más intensas.

Connor fue dejando un reguero de besos por el cuerpo de su esposa. Le alzó las faldas y enterró la cabeza entre sus piernas.

Los ojos de Harlow estaban clavados en lo que hacía, le resultaba erótico y la avergonzaba a la vez. Sin embargo, no tuvo demasiado tiempo para ser pudorosa, pues cuando la lengua de Connor lamió sus pliegues hinchados por la excitación, perdió la capacidad de pensar con claridad.

Los dedos de la joven se enterraron en los mechones de cabello dorado de su esposo. Todo el cuerpo de Harlow crepitaba como si estuviera siendo recorrido por rayos.

Connor succionó con lentitud su clítoris. Se tomaba su tiempo en dedicarle las atenciones necesarias. Lametones, suaves mordiscos, incluso introdujo un dedo en su interior.

No se detuvo hasta que notó el cuerpo de su mujer convulsionar presa del placer. Sin perder tiempo, se colocó entre sus piernas y, con rapidez, la penetró.

Agarrándola con fuerza por las caderas, de un modo dominante, comenzó a mecerse con fuerza. Harlow cerró los ojos, notando su placer intensificarse de nuevo.

Cuando el *highlander* alcanzó el éxtasis, se dejó caer sobre ella.

—Estás hecha para mí, Harlow MacDonald —susurró contra su oído.

Ella se limitó a intentar que su respiración volviera a la normalidad, sin poder evitar que aquellas palabras se quedaran grabadas a fuego en su cabeza.

***

La oscuridad había caído suavemente sobre el bosque, y el cielo se desplegaba sobre ellos como un manto estrellado. Connor, con movimientos precisos, encendía una pequeña hoguera junto al río. Las llamas comenzaron a danzar y proyectaron sombras anaranjadas en sus rostros.

Harlow tan solo estaba ataviada con la camisola, mientras su vestido se secaba. Sus pies descalzos rozaban la hierba, trayéndole recuerdos de cuando era una niña y siempre iba sin zapatos a todas partes.

—Cuando era pequeño creía que las estrellas eran las almas de los antiguos *lairds* que nos vigilaban —dijo sentándose junto a ella —. Intentaba portarme mejor cuando el cielo estaba despejado y podía verlas.

Harlow emitió una risita suave.

—Pues creo que estás en problemas, porque hay cientos de ellas y todas han sido testigos de lo que acabamos de hacer.

Connor giró la cabeza hacia ella, sonrió de un modo tan seductor que el corazón de su esposa dio un vuelco.

—¿Crees que no lo aprobarían?

Ella se encogió de hombros.

—En realidad, pienso que nos envidian. Ellos no pueden disfrutar de los mismos placeres que nosotros y ahora sé que eso es una auténtica pena —repuso con descaro.

Connor soltó una carcajada.

—Estoy de acuerdo contigo, hechicera.

Harlow alzó sus ojos ambarinos hacia el cielo.

—Así que antiguos *lairds*… —repitió pensativa—. Tú padre entre ellos.

La expresión de su marido se tornó más seria.

—Sí, él también.

—¿Y cómo era? —preguntó con verdadero interés.

Connor mantuvo la vista al frente, como si estuviera viéndolo en ese mismo instante, y sonrió con anhelo.

—Era más que un líder. Todos lo respetaban y admiraban. Era un hombre justo y firme, pero también cercano. Me enseñó que un pueblo reprimido por el miedo puede seguirte hasta tu muerte, no obstante, uno que te respeta lo hará hasta la suya, porque eso es algo que no puede exigirse, solo se gana con tus actos.

»Yo lo veneraba —prosiguió—. Era mi ejemplo a seguir. Cuando lo mataron, sentí que mi mundo se partía en dos. No solo perdí a un líder, también a mi padre. Aun así, no pude llorar su pérdida porque mi deber era mantenerme fuerte y guiar al clan del mismo modo en que él lo hizo… o, al menos, intentarlo.

Harlow pudo notar como sus mandíbulas se contraían. En ese momento no vio al guerrero fuerte y al *laird* honorable que era, sino al hijo que perdió a su padre y su guía, quizá cuando aún era

demasiado joven. Se convirtió en un hombre que aprendió a mostrarse firme para no quebrarse.

Comprendió que él también había sufrido, aunque no lo exteriorizara. Connor compartió con ella el dolor de perder a su padre, y ahora, ella sintió que le debía lo mismo.

—Mi hermano también era mi ejemplo a seguir. Era luminoso, creo que esa es la palabra que mejor lo describe. Una persona valiente y comprometida con su clan, y siempre tenía tiempo para dedicármelo a mí. Cuando murió, fue como si el mundo se tornase más frío… carente de color. No pude despedirme de él —dijo con la voz quebrada—. Fui yo quien lo encontré, ¿sabes?

Connor negó con la cabeza.

—No, no lo sabía.

—Fue duro para mí, solo era una niña. Y unos años después murió mi madre. Ella nunca superó la perdida de Shaw. Murió de pena. Se fue apagando poco a poco, como una vela que se extingue. Mi familia nunca volvió a ser la misma. Donde antes había risas, ya solo quedaba dolor, uno que nos iba consumiendo a todos.

»La única manera que encontré para superarlo fue centrarme en el odio. —Lo miró de soslayo—. Mi odio hacia ti.

Él extendió la mano y agarró la suya con suavidad.

—Si te sirvió para poder superar el dolor, me alegro de que así fuera.

La abrazó y ella se dejó caer contra su pecho. Se sintió reconfortada entre sus fuertes brazos, porque hay sufrimientos que resultan más llevaderos si son compartidos. Eran dos almas heridas reconociéndose y aceptando sus vulnerabilidades en voz alta y sin temor a ser juzgados.

CAPÍTULO 22

El sol se filtraba entre las ramas de los árboles mientras Harlow, Riley y Ogilvy paseaban por el sendero. Iban con calma para disfrutar del aire fresco y el paisaje. La niña correteaba entre los árboles a la vez que recogía hojas y piedras, como si fueran tesoros.

—¡Harlow! —gritó de repente—. ¡Ven!

Ella se dirigió hacia donde se encontraba, seguida de Ogilvy. Riley permanecía agachada y señalaba un matorral con los ojos muy abiertos. Allí, atrapado en una trampa de caza, había un pequeño zorro.

—Está herido —susurró la pequeña.

Harlow se arrodilló junto a él con cuidado. El animal temblaba y la observaba con los ojos llenos de miedo. Ogilvy mantuvo la mano sobre la empuñadura de su espada, alerta por si debiera intervenir.

—Tranquilo —murmuró Harlow—. No voy a hacerte daño.

Sacó la daga que le regaló Connor de su cinturón y comenzó a aflojar la trampa con manos firmes pero delicadas. Tras unos segundos, el metal cedió y la pata del zorro quedó libre.

El animal no huyó de inmediato. Se quedó quieto, mirando a la joven, como si le estuviera agradecido. Luego, con agilidad pese a su cojera, se internó en el bosque.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Riley.

Harlow la miró por encima de su hombro y asintió, sonriente.

—Sí, lo estará, y recordará que no todos los humanos somos malos.

De repente, el canto de los pájaros dejó de escucharse. Incluso el viento comenzó a soplar con una intensidad distinta. Harlow se

irguió y tomó de la mano a Riley con una sensación extraña en la boca del estómago.

De entre los árboles, envuelta en un manto oscuro, apareció Fia. Su cabello largo y gris se agitaba en torno a ella, mientras mantenía sus ojos grises pálidos fijos en la niña.

Riley se pegó a las piernas de Harlow, un tanto asustada por su presencia.

—El destino os ha traído hasta mí —dijo con la voz serena.

Harlow se colocó delante de la pequeña de manera protectora. Esa mujer tenía algo que le erizaba la piel.

Ogilvy permanecía a sus espaldas, alerta.

—¿Qué quiere? —inquirió la joven.

La anciana no respondió de inmediato. Siguió acercándose y sonrió de modo misterioso.

—Algunas personas nacen con fuego en la sangre y otras con alas para alzar el vuelo. Ella posee ambas cosas —aseguró.

—Solo es una niña —apuntó Harlow.

—Pero una muy especial. —Alzó sus ojos hacia ella—. En cuanto a ti, aún tienes un propósito que cumplir.

La joven entrecerró los ojos.

—¿Cuál?

—Cuando sientas la llamada, ven a mí. No temas, sabrás el momento exacto en el que debas hacerlo y yo estaré esperándote.

Sin más, dio media vuelta y volvió por donde vino.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Ogilvy tras ella.

—Una bruja —respondió Riley.

—Claro que no —negó Harlow—. Solo es una anciana que vive en el bosque. Nada más.

—¿La conocías? —quiso saber el guerrero.

La joven asintió.

—Tuve un encuentro con ella hace algunas noches.

—¿Y siempre habla así? Me ha puesto los pelos de punta, parecía realmente una bruja —comentó el hombretón.

Harlow puso los ojos en blanco.

—Regresemos al castillo. Ya hemos tenido demasiados encuentros extraños por un día.

Con Riley cogida de la mano y Ogilvy a su lado, tomaron el camino de vuelta. Las palabras de Fia aún resonaban en su mente.

¿Qué significaba ese mensaje que le dio y que no podía olvidar? ¿A qué tipo de llamada se referiría?

Las torres de Daingneach Cloiche se alzaron en el horizonte, bañadas por la luz de la mañana. En el patio pudieron ver a Connor y a Alec entrenando. Intercambiaban mandobles rápidos y los dos se movían con precisión.

—¡Connor! ¡Alec! —los llamó Riley.

Ambos hombres bajaron sus espadas y se giraron hacia ellos con amplias sonrisas en sus apuestos rostros. Casi podrían pasar por gemelos a causa de su parecido, aunque Connor tenía el rostro un poco más curtido que su hermano menor.

—¿De dónde venís? —preguntó—. ¿De cazar dragones y salvar a princesas?

La niña rio.

—¡No! —Movió la cabeza de un lado al otro con vehemencia—. Hemos rescatado a un zorro, no a una princesa.

—¿Un zorro, bichito? Qué valiente eres.

—Bueno, yo solo miré. Fue Harlow quien lo liberó.

Connor alzó sus ojos hacia su esposa.

—¿Así que fuiste tú?

—También soy muy valiente —bromeó la joven.

Connor rio.

—¿Sabes qué? —inquirió Riley—. Deberías enseñar a Harlow a usar la cerbatana.

—¿Una cerbatana? —repitió la aludida con una ceja enarcada.

—Es fácil, a mí también me enseñó —dijo la niña.

—Es buena idea, tienes razón —corroboró Connor—. Solo debes prometerme que no la usarás contra mí —le susurró en el oído a su esposa.

Harlow rio entre dientes.

—No puedo asegurarte nada —bromeó.

Connor echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—En ese caso, deberé arriesgarme.

Sacó la cerbatana del *sporran* y se la entregó a su mujer.

—¿Qué pasa, pequeña descarada? ¿No vas a dar un abrazo al más guapo de tus hermanos? —preguntó Alec cogiendo a la pequeña en brazos.

Riley, sonriente, depositó un beso sobre su rasposa mejilla.

—Me prometiste hace días llevarme a recoger flores a la colina —le recordó.

—Es cierto, lo olvidé. ¿Quieres que vayamos ahora? —La niña asintió—. Sus deseos son órdenes para mí, bella dama.

La dejó en el suelo y Riley se dirigió hacia los establos dando saltos, seguida de su hermano

Ogilvy bostezó, se sentó en el suelo con la espalda apoyada sobre el grueso tronco de un árbol y observó a la pareja que tenía delante.

—¿Para qué puede servirme aprender a usar una cerbatana? ¿Para cazar conejos? —ironizó Harlow.

—O para torturar a algún pobre infeliz que intente sobrepasarse contigo —repuso Connor, guasón.

—También puedo usarla para despertar a Ogilvy cuando ronca como un jabalí.

El guerrero pelirrojo frunció el ceño.

—Si alguien se atreve a dispararme con ese aparatejo, más le vale saber correr.

Las risas se mezclaron con el viento, a la vez que Connor enseñaba a Harlow cómo debía hacer para acertar un objetivo en

movimiento. Compartían miradas cómplices y roces furtivos. Ambos deseaban besarse y era algo que se apreciaba con claridad.

Fue entonces cuando Bruce pasó por su lado, apoyado en su bastón y con su habitual gesto severo. Se detuvo para estudiarlos con los ojos cargados de prejuicios.

—Una dama respetable no debería comportarse así. ¡Aún menos siendo la esposa del *laird* del clan! —espetó con desdén—. Tu obligación es estar bordando y asegurándote de que las tareas domésticas del castillo estén en orden, no jugando con armas y riendo a mandíbula batiente como un mozalbete.

Ella se puso en jarras con el mentón alzado.

—Tiene razón, Bruce. No soy una dama respetable, soy una mujer libre que hace lo que le viene en gana. Y créame, es mucho más divertido.

El anciano resopló, visiblemente ofendido, y se alejó refunfuñando algo sobre el descaro y la decencia.

—Me gusta que sepas defenderte de la lengua afilada de Bruce —reconoció Connor con orgullo.

—Recuérdalo si alguna vez piensas en contradecirme.

***

Harriet los observaba desde lejos, en silencio. Veía a su hijo mayor reír junto a aquella mujer de la que aún no se fiaba del todo. Sin embargo, parecía haber embrujado a casi todos los miembros de su familia. Riley le iba detrás como un perrito, a Alec le resultaba graciosa y Connor estaba prendado de ella, de eso no cabía duda. Incluso veía en los ojos de su padre que admiraba el carácter valiente y fuerte de Harlow.

—¿Qué te preocupa, hermana? —inquirió Athol, colocándose a su lado.

Lo miró de reojo.

—¿Qué te hace pensar que lo estoy?

—Tu ceño fruncido y la manera en que los miras —respondió.

Harriet suspiró.

—Connor no es el mismo desde que se casó con esa mujer.

Athol cruzó los brazos sobre su pecho, pensativo.

—Aún no sé si eso es algo bueno o malo.

Su hermana se giró hacia él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No sé si esa mujer está influyendo en él de manera negativa o, por el contrario, era justo lo que Connor necesitaba. Que lo rete y le haga reír lo ayuda a olvidarse por momentos del peso que carga sobre sus hombros.

—Aún no me fio de ella —apuntó Harriet.

—Tampoco yo, por eso no le quito el ojo de encima —reconoció Athol.

Harriet asintió, mientras veía que los aludidos, seguidos por Ogilvy, se dirigían hacia donde estaban. Cuando estuvieron cerca, el enorme guerrero se adelantó, se plantó frente a la mujer e hizo una exagerada reverencia.

—*Lady* Harriet, qué placer verla —dijo con voz grave y una sonrisa de oreja a oreja en su afable rostro—. El bosque es mucho más luminoso cuando lo recompensáis con vuestra presencia. Hasta los cuervos acuden a verla —señaló cuando uno se posó en un árbol cercano.

Ella lo miró con desdén.

—Los cuervos son animales carroñeros, no creo que lo que los atraiga sea la belleza —refutó.

Ogilvy parpadeó varias veces, desconcertado.

—Emm… Bueno, eso es cierto…

Harriet puso los ojos en blanco y se alejó a grandes zancadas, seguida de su hermano.

—¿Por qué no te das por vencido? —preguntó Harlow tras colocar una mano sobre su único brazo, con afecto—. Está claro que no sabe apreciar a una persona de gran corazón como tú.

—Quizá esté haciendo algo mal —se culpó—. No soy lo suficientemente refinado para ella. Aunque lo intento. Le digo cosas bonitas, trato de ser educado… Hasta me lavé la cara esta mañana para asegurarme de que no quedaran restos de la cena en mi barba. Aun así, me mira como si fuese un fastidio.

Connor palmeó su espalda.

—No ha recibido las atenciones de un hombre desde que mi padre murió, Ogilvy. Ten paciencia.

—Mi interés por ella es sincero —aseguró mirándolo a los ojos —. No quiero solo danzar un par de veces, me gustaría saber qué le hace sonreír, cómo suena su risa… Quiero estar al corriente de todo lo que concierna a tu madre.

Harlow abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—Eso no suena a un simple encaprichamiento amoroso.

El enorme guerrero la miró a los ojos.

—No lo es.

—En ese caso, sigue intentando cortejarla, tienes mi bendición —lo alentó Connor—. Pero deja de relacionar su belleza con la presencia de cuervos cerca —bromeó.

Ogilvy gruñó.

—¿Y qué le digo la próxima vez? ¿Que su voz resuena en mis oídos como el balido de un ciervo?

Connor se echó a reír y Harlow se cubrió la boca con la mano para no hacer lo mismo.

—Ni cuervos, ni ciervos, ni ningún otro animal que se te ocurra. Simplemente dile «hola» y espera que sea ella la que inicie la conversación.

—¿Funcionará? —inquirió esperanzado.

—Solo tienes que probarlo para saberlo.

Ogilvy desvió sus ojos hacia Harlow, que asintió. Por lo visto, todo guerrero tenía un punto débil y el de su amigo era aquella mujer estirada y con una habilidad especial para lanzar dagas. Por desgracia, temía que no saliera muy bien parado en su próximo

encuentro tampoco, pero no sería ella quien destruyera sus ilusiones.

CAPÍTULO 23

El castillo estaba en calma cuando un aldeano traspasó sus puertas con Riley agarrada del brazo. Su expresión era furiosa y tenía el rostro enrojecido. La pequeña permanecía con la barbilla alzada y un brillo desafiante es sus enormes ojos verdes. Junto a ellos caminaba un niño de su edad cubriéndose la nariz, que no dejaba de sangrar.

—¡Exijo hablar con el *laird*! —gritó el hombre.

Connor, alertado por las voces, apareció junto a Wallace. Harlow y Brenda también acudieron al vestíbulo.

—¿Qué sucede? —preguntó Connor.

El aldeano soltó el brazo de Riley con brusquedad.

—¡Esta niña está endemoniada! Le ha roto la nariz a mi hijo de un puñetazo. ¡Esto es inaceptable!

Connor observó la escena y se agachó frente a su hermana, que lo miraba sin pestañear.

—Riley, ¿lo que dice Farlan es cierto?

La niña asintió sin rastro de arrepentimiento.

—Sí.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque Dwayne me dijo que las niñas no podemos jugar con espadas y me tiró del pelo —respondió—. Yo solo me defendí. Soy una guerrera, como Harlow.

El silencio se hizo entre los presentes y todos clavaron sus ojos sobre la joven mencionada. Connor frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No está bien ir por ahí rompiéndole la nariz a otros niños, por muy guerrera que te creas —continuó diciéndole a la niña.

—Se merece un buen castigo —apostilló Farlan.

Harlow, incapaz de mantenerse al margen, dio un paso hacia el aldeano y se puso en jarras.

—Creo que más bien es su hijo quien debe ser castigado. Riley solo se defendió de sus ataques.

Connor se puso en pie.

—Harlow, basta. Yo me encargaré de este asunto.

—No, no voy a permanecer callada mientras se intenta culpar a Riley por no haberse quedado de brazos cruzados mientras intentaban humillarla.

—No estoy diciendo eso, pero hay más formas de responder a los ataques que con la violencia.

La joven enarcó una de sus oscuras cejas.

—¿Y eso se aplica a todo el mundo o solo a las personas del género femenino? ¿Cuántas veces has usado tú los puños para defenderte cuando eras niño? ¿O tú? —insistió señalando a Wallace, que sonreía con descaro.

—Yo lo sigo haciendo —repuso el guerrero Cameron.

—No es lo mismo —prosiguió Connor, ignorando las palabras de su amigo—. Y lo único que le pido es que aprenda a manejar este tipo de situaciones de manera diferente. Dialogando.

—Riley ha hecho lo que debe, no dejar que nadie la pisotee.

—Harlow, por favor, no seas testaruda.

—Las guerreras nos defendemos así. ¡Luchando! —exclamó la niña alzando su espada de madera.

—Ya está bien. —Brenda se adelantó hacia su hermana pequeña y la tomó de la mano—. Riley no tiene la culpa de esta situación. ¡Tu esposa es una mala influencia! Anda pavoneándose de acá para allá con su espada y sus aires de superioridad. —Miró a Harlow con desprecio—. Aunque tampoco me sorprende.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la aludida.

—Que todos los MacDonald sois iguales. Solo hay que escuchar lo que se dice de tu hermano Bryson. Es un buscapeleas que solo se

codea con maleantes y rameras.

Harlow avanzó hacia ella con los puños apretados.

—Cuida tus palabras cuando hables de mi familia.

Brenda sonrió con superioridad.

—¿O qué? ¿Volverás a golpearme? ¿Esa es la educación que te ofrecieron tus padres? ¡Ves como eres una mala influencia para mi hermana!

Los ojos de Harlow estaban encendidos y su respiración se aceleró a causa de la rabia a duras penas contenida.

—Te prohíbo que hables de mis padres o te cortaré tu sucia lengua.

—¡Basta! —intervino Connor alzando la voz.

Ambas se miraron desafiantes, pero guardaron silencio.

—Santo Dios, ¿cómo esta niña no se va a comportar así, tendiendo este ejemplo? —refunfuñó Farlan, que tomó a su hijo de la mano—. Espero que no vuelva a suceder nada semejante —le advirtió a Connor.

—Lo mismo digo —terció él, antes de que el hombre se marchara.

Wallace se agachó frente a Riley, sonriente.

—Vamos, pequeña. Dejemos a estos tres a solas, tienen cosas de las que hablar.

Cogió a la niña en brazos.

—¿Harlow tendrá problemas por mi culpa? —preguntó mientras se alejaban.

—Claro que no, solo puede ganarse una reprimenda, como tu hermana —le explicó Wallace con calma.

Cuando se quedaron solos, Connor puso las manos en las caderas y miró a las dos jóvenes alternativamente.

—Esta enemistad entre vosotras debe terminar —espetó Connor—. Os ponéis en evidencia delante de todos, y a mí también.

—Tu hermana me ha insultado a mí y a mi familia —se defendió Harlow.

—Lo sé —estuvo de acuerdo—. Y no quiero que vuelva a suceder nunca más, Brenda.

—¿Vas a ponerte de su lado? —inquirió sorprendida y disgustada.

—No es cuestión del lado de quien esté, es que no es correcto.

—¿Y sí es correcto que tu esposa le enseñe a Riley a comportase como una salvaje?

—¡Yo no le he enseñado nada parecido! Aunque admiro que sepa cómo defenderse de los abusones como tú —repuso Harlow.

—¡Cállate! —gritó Brenda, alterada.

—Ya está bien, Brenda. Estás comportándote como una histérica —le reprochó su hermano.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Dándose media vuelta, se alejó. Connor la siguió y la alcanzó tras entrar en la cocina.

—Brenda, por favor. Detente —le rogó.

Ella lo hizo, sin volverse para mirarlo.

—¿Qué quieres?

—Saber que está sucediendo. ¿Qué es lo que te pasa?

—¿De verdad te importa? —inquirió girándose hacia él con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Connor frunció el ceño al verla en aquel estado. Era una mujer fuerte y pocas veces solía llorar.

—Claro que me importa, eres mi hermana.

Soltó una risa amarga.

—¿De verdad eso significa algo para ti ahora? Ya solo tienes ojos para tu mujer. Me mandas callar a pesar de que se comporta como la dueña y señora de nuestro hogar. Incluso está consiguiendo que Riley quiera ser una copia de ella —sus palabras desprendían dolor y decepción—. Yo siempre he estado a tu lado. Te he defendido de todo y de todos, sin importarme las consecuencias, y lo sabes.

—Yo también al tuyo. —Avanzó más hacia ella—. Y eso no cambia por mucho que me haya casado. Sin embargo, lo que dijiste de la familia de Harlow fue cruel.

—No es más que la verdad —repuso con el mentón alzado.

—Aun así, no está bien.

—Hazme una lista de lo que puedo hacer y lo que no. O mejor, que me la haga tu esposa, ya que es quien manda en este clan ahora.

Connor contrajo las mandíbulas.

—Brenda, estás colmando mi paciencia —dijo con la voz contenida—. Lo último que necesito es que mi hermana cuestione mi labor como *laird*.

—Algo más para añadir a la lista de agravios que he cometido —ironizó, antes de darse media vuelta y salir por la puerta trasera.

Connor gruñó y cerró los ojos para intentar contenerse. En ese instante solo tenía ganas de coger a su hermana del cuello y estrangularla.

¿Cuándo se había convertido en su enemiga?

Le vino a la mente un recuerdo de cuando tenía doce años y Brenda seis.

Él empuñaba orgulloso la nueva espada que su padre le regaló por su cumpleaños.

—Cuando seas laird, *quiero que me conviertas en tu consejera —decía la niña—. Así estaremos siempre juntos.*

—Por supuesto —respondió el muchachito—. Jamás te dejaré atrás, Brenda. Eres mi mejor amiga.

La preciosa niña de cabello rubio y ojos verdes sonrió ampliamente, y le hizo sentir un héroe de leyenda, porque en sus ojos podía apreciar cuánto lo admiraba.

Connor se pasó la mano por el rostro. ¿En qué momento habían dejado de volar juntos?

Un suave crujido a sus espaldas lo hizo volverse. Riley lo miraba medio escondida detrás del marco de la puerta, con sus enormes ojos verdes cargados de inquietud.

—¿Qué haces aquí? —preguntó aproximándose a ella—. ¿No te habías ido con Wallace?

—Me escabullí de él —respondió acercándosele con la miraba baja—. Estaba preocupada. No quería que os pelearais.

Connor se agachó para ponerse a su altura.

—No fue una pelea, solo tenemos algunas diferencias de opinión.

—Brenda se ha enfadado con Harlow por mi culpa.

Su hermano le acarició el cabello y negó con la cabeza con una sonrisa tierna dibujada en los labios.

—No, bichito. No tiene nada que ver contigo. Es una enemistad que existe entre ellas desde que se conocieron.

—No quería romperle la nariz a Dwayne, solo pretendía defenderme y ser valiente como Harlow.

—Y lo eres —aseguró, alzándola en brazos—. No obstante, ser valiente también significa saber cuándo pedir perdón.

—¿Eso quiere decir que tengo que pedirle perdón a Dwayne? —preguntó enfurruñada.

Connor rio.

—Sería apropiado, sí.

—Está bien —repuso con disgusto—. Se lo pediré.

—Esa es mi chica —dijo y depositó un beso en su frente.

—Connor… —dudó un instante.

—Dime.

—¿Estás enamorado de Harlow?

La pregunta cayó como una piedra en un lago en calma. Connor parpadeó sorprendido y caviló su respuesta.

—¿A qué viene eso?

Riley se encogió de hombros.

—Me parece que la miras igual que padre miraba a madre.

El hombre no pudo evitar sonreír ante aquella observación.

—Lo cierto es que no lo sé, bichito.

—¿No lo sabes?

—Todo ha sucedido tan rápido, y es tan caótica la vida desde que llegó al clan, que no me ha dado tiempo a evaluar mis sentimientos.

—¡Estabas aquí! —exclamó Wallace al verla—. ¿Cómo me has dado esquinazo?

—Estabas distraído con Sheena y aproveché.

—Eso te pasa por perder la cabeza con las mujeres, amigo —se burló Connor.

—Pues no te iría mal a ti tener mi encanto, porque he visto pasar a tu esposa y parecía bastante enfadada. Por su expresión, creo que tenía pensamientos de destripar a alguien —bromeó—. Si yo tuviera como compañera de cama a una mujer como ella, dormiría con armadura.

Connor le dio un manotazo en el hombro y le pasó a su hermana.

—Ve con Wallace a dar un paseo, Riley. Y no vuelvas a darle esquinazo.

—De acuerdo, lo intentaré —contestó la niña.

—Suerte, amigo —lo animó Wallace con guasa—. Si sobrevives a vuestro enfrentamiento, nos tomamos una jarra de hidromiel.

—¡Cierra la boca! —espetó, haciéndolo reír.

Subió las escaleras y se encaminó a la alcoba de Harlow. Abrió la puerta despacio y la encontró allí, junto a la ventana, con los brazos cruzados y la mirada fija en el paisaje que se veía desde ella.

—¿Puedo pasar?

—Si es para darme un sermón, ahórratelo.

—Solo quiero hablar contigo —dijo con calma, cerrando la puerta a sus espaldas—. ¿Qué sucede?

—Tu hermana, eso sucede —respondió girándose hacia él.

—Ambas tenéis mucho carácter.

—No es cuestión de carácter, es que me la tiene jurada. Da igual lo que pase, que siempre será culpa mía. Y, para colmo, ensucia el nombre de mi familia. ¡No se lo voy a consentir!

—Le cuesta aceptar que formes parte del clan. Creo que se siente un poco desplazada desde que llegaste.

—Eso no justifica que intente rebajarme. Además, yo no quiero desplazarla.

—No, no lo justifica y, desde luego, tú no pretendes hacerla a un lado. Sin embargo, entiendo que esté desubicada, a mí mismo me pasa. Desde que llegaste, lo cambiaste todo y hay gente a la que eso le asusta.

Harlow enarcó una ceja.

—¿Y a ti? ¿También te asusto?

Connor sonrió de medio lado.

—A mí me provocas —declaró con voz ronca, y avanzó hacia ella—. Que seas tan guerrera y hayas puesto mi mundo patas arriba solo me hace desearte aún más cada día.

La joven lo miró a los ojos de manera provocativa.

—¿Así que te gusta que sea guerrera? Para gustarte, siempre acabas reprendiéndome.

—No me dejas otro remedio cuando me desafías en público.

Harlow posó las manos en su pecho y las subió con lentitud hasta enredar los dedos en su largo cabello rubio.

—¿Y ahora que estamos a solas?

—Ahora puedes ser lo peleona que quieras.

Agachó la cabeza y la besó con pasión. No era su primer beso, sin embargo, ambos lo notaron distinto. Era como si sus sentimientos, los que ambos no habían dicho en voz alta, se reflejaran en ese gesto.

A trompicones, avanzaron hacia la cama y se dejaron caer sobre ella. Harlow, con una sonrisa pícara, se subió a horcajadas sobre él.

Comenzó a desabotonar su camisa y se inclinó para dejar suaves mordiscos sobre su cuello, sus clavículas, sus duros pectorales.

Con impaciencia, Connor le alzó las faldas y se retiró el *kilt* para que no hubiera tela entre ellos que los entorpeciera. Sostuvo su erecto miembro ante la atenta mirada de su esposa, y dijo:

—Hazlo, Harlow. Móntame.

Ella se sorprendió. No hubiera imaginado que así también se pudiera hacer el amor.

Con curiosidad, se colocó sobre la verga de su esposo y se dejó caer poco a poco. Cuando estuvo completamente dentro de ella, echó la cabeza para atrás, cerró los ojos y jadeó.

Dejándose llevar por sus instintos, empezó a moverse sobre él con lentitud.

Connor agarró ambos lados de la camisa de la joven y la desgarró, dejando expuestos sus pechos. Harlow emitió un grito de sorpresa, pero cuando las manos del hombre abarcaron sus senos con avidez, sonrió. Le gustaba sentir cuanto la deseaba.

Sin dejar de menearse, se inclinó sobre él para besarlo. Él agarró su trasero para ayudarla a acelerar sus movimientos. Ambos estaban ansiosos por buscar un desahogo que no tardó en llegar.

Harlow enterró la cabeza contra el cuello masculino. Aspiró su aroma y sintió que nada en el mundo podía oler mejor y darle tanta tranquilidad. Era como si él fuera su hogar, y eso la asustaba.

CAPÍTULO 24

La habitación olía a cera derretida y a la pasión que acababan de compartir después de que llegaran al castillo, cuando unos fuertes golpes en la puerta los sobresaltaron.

—¡Connor! ¿Estás ahí? —escuchó la voz urgente de su tío.

Connor se levantó de un salto del lecho, envolviendo una sábana en torno a sus caderas, mientras que Harlow se cubría con una de las gruesas mantas.

Abrió la puerta con el ceño fruncido.

—¿Sucede algo?

—Es Riley —respondió sin rodeos—. No aparece por ningún lado.

El corazón del *laird* dio un vuelco.

—Bueno, probablemente esté en los establos o en la ladera. Wallace estaba al cuidado de ella.

La expresión de Athol se ensombreció aún más.

—Ese es el problema.

—¿Qué quieres decir?

Su tío clavó sus ojos verdes en él.

—Alec ha encontrado a Wallace muerto junto al río.

El silencio que precedió a aquellas palabras fue helador. Connor se quedó quieto, con el cuerpo en tensión, mientras trataba de procesar aquella información.

—¿Cómo ha sido? —quiso saber.

—Le cortaron el cuello.

Connor apretó los puños con fuerza.

—Reúne a todos en el salón. Me vestiré y organizaremos la búsqueda de Riley.

Athol asintió y se apresuró a hacer lo que le ordenó.

Él cerró la puerta y, con el rostro serio, comenzó a vestirse. Harlow hizo lo mismo.

—La encontraremos —le aseguró en un murmullo.

Su esposo no respondió, se limitó a armarse, como si estuviera preparándose para una batalla encarnizada.

Una vez estuvieron listos, salieron de la alcoba, bajaron las escaleras y entraron al salón donde todos los esperaban. Harriet lloraba desconsolada en el hombro de su padre, que la sostenía con firmeza para consolarla.

El fuego crepitaba en la chimenea y, aun así, el ambiente se sentía gélido.

Brenda se puso en pie y señaló a Harlow nada más verla.

—¿Y ahora qué? ¿Seguiremos fingiendo que ella no es la responsable de todo lo que sucede? —Una lágrima rodó por su mejilla—. Desde que pisó este castillo, todo ha sido caos y lucha. Y ahora Riley podría estar… muerta. ¿Cuánto vamos a tener que pagar por tu mala decisión de convertirla en tu esposa, Connor? ¡¿Cuánto?!

Harlow sintió aquellas palabras como una bofetada, sin embargo, sabía que Brenda estaba sufriendo, así que prefirió no defenderse. En cierto modo, era posible que tuviera razón y hubiera llevado el caos a aquella familia, y si le sucedía algo malo a Riley por su culpa, jamás se lo perdonaría.

—Brenda, Riley está desaparecida y lo último que necesitamos es que tú conviertas esto en una caza de brujas —intervino Connor con autoridad—. Lo único que importa es encontrar a nuestra hermana, y si seguimos gastando nuestras fuerzas en pelear entre nosotros, solo perderemos un tiempo muy preciado.

Brenda respiró hondo y pareció aceptar sus palabras, porque se sentó en uno de los sillones con expresión preocupada.

—No quiero que quede rincón de este clan sin rastrear —continuó diciendo el *laird*—. Tío, tú llévate a varios hombres para

seguir el curso del río. Revisa cada orilla.

—Así lo haré —decretó Athol.

—Tú, Alec, ve con algunos guerreros a la colina.

—Sí, Connor —aceptó con seriedad—. Buscaremos debajo de cada piedra.

—Yo me llevaré otro grupo al bosque.

Los tres hombres iban a salir del salón, cuando Bruce, que también estaba allí como representante del consejo de ancianos, dijo:

—Antes de que os marchéis, creo que debemos considerar algo más. —Se puso en pie y se volvió a mirar directamente a Harlow—. El corte del cuello de Wallace es fino, hecho con una daga, la misma arma que tu esposa intentó usar contigo. Puede que tenga algo que ver con esto. Propongo que, por seguridad, la dejemos encerrada en la mazmorra hasta que Riley aparezca.

—¡Yo no he hecho nada! —declaró Harlow con el mentón alzado y los puños apretados.

Connor entrecerró los ojos y avanzó hacia el anciano.

—¿Quieres que encierre a mi mujer en una sucia y fría mazmorra? —inquirió con voz contenida.

Pese a la ira que refulgía en sus ojos, Bruce no se amedrentó.

—Estoy pensando en el bien de tu hermana.

—Harlow no ha sido la responsable de su desaparición ni de la muerte de Wallace.

—¿Cómo estás tan seguro? —insistió el anciano.

—Porque ha estado entre mis brazos desde la última vez que vi a Riley. No ha podido ser ella. ¿O también dudas de mi palabra?

Bruce apretó los labios, pero se rindió.

—Claro que no dudo de tu palabra.

Connor se volvió hacia el resto de los presentes.

—Harlow es mi esposa, por lo tanto, parte de esta familia y de este clan. A partir de ahora, y mientras yo sea vuestro *laird*, os exijo

que la respetéis. —Se giró hacia ella, colocó una mano en su cuello y depositó un suave beso sobre sus labios.

—Quiero ayudaros a buscarla —murmuró ella para que solo él pudiera oírla.

—Quiero que te quedes aquí por si regresa.

A pesar de que esperar no era su fuerte, asintió. Entendía los nervios y la responsabilidad que recaía sobre los hombros de su marido y no quería ponérselo más difícil.

Sin más, Connor, seguido por Alec y Athol, salió del salón.

Harlow, incómoda por las miradas acusatorias que aún recaían sobre ella, decidió ir a tomar el aire. Estaba muy preocupada por la niña.

Se inclinó hacia delante al salir del castillo, apoyó las manos en las piernas y cerró los ojos. Rezaba porque encontraran a la pequeña sana y salva.

De repente, las palabras de Fia acudieron a su mente.

«Cuando sientas la llamada, ven a mí. No temas, sabrás el momento exacto en el que debas hacerlo y yo te estaré esperando».

¿Sería este el momento al que se refería?

Había observado a Riley con interés justo antes de pronunciar aquella frase. ¿Era posible que la anciana supiera que iba a desaparecer?

Sin más demora, se encaminó hacia el lugar donde la vio por primera vez. Intuía que su cabaña debía estar cerca de allí, así que buscó por los alrededores, hasta que el sutil humo de la chimenea de una casita llamó su atención.

Era una cabaña vieja, cubierta de enredaderas que trepaban por sus paredes. Llamó a la puerta sin ceremonia y, como si hubiera estado esperándola, solo tardó un segundo en abrir.

—Ya estás aquí —repuso con una sonrisa misteriosa dibujada en su arrugado rostro.

—Riley ha desaparecido —dijo sin rodeos—. ¿Puede ayudarme a encontrarla?

La anciana se hizo a un lado para que pasara a su morada, mientras se aproximaba a remover un caldero que tenía al fuego.

—Eso solo depende de ti.

Harlow frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—El bosque puede hablar y revelar secretos, no obstante, siempre exige sacrificios —dijo con sus ojos grises clavados en ella —. Si quieres que te muestre el camino hacia la niña, debes ofrecer algo a cambio. Algo que aprecies de verdad. Y debes decidir pronto, porque la luz de la pequeña comienza a extinguirse.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó tras alzar el mentón.

Fia se aproximó y se detuvo a escasos pasos de ella.

—Cuando tu *handfasting* con Connor llegue a su fin, te alejarás de él. No importa lo que sientas en ese momento o cuanto desees quedarte a su lado, lo dejarás ir o Riley pagará las consecuencias de no cumplir tu promesa.

Harlow esbozó una sonrisa contrariada. Aquello no le parecía un sacrificio, ella pensaba volver a su clan en cuanto pasara un año y un día desde su unión.

—Hecho —respondió con firmeza—. Me iré cuando termine mi *handfasting*. Ahora, indícame dónde encontrar a Riley.

Fia asintió con la cabeza y sonrió. Tomó un péndulo con una piedra negra en el extremo de encima de su chimenea y también un plano del bosque que ella misma parecía haber dibujado.

Comenzó a emitir cánticos en voz baja, dejándolo oscilar sobre el mapa dibujado con trazos torpes, pero detallado. El péndulo giraba lentamente hasta detenerse junto a la cascada a la que Connor la llevó.

—Es allí —indicó Fia—. Pero debes apresurarte, a la niña no le queda mucho tiempo.

Harlow se alzó las faldas y echó a correr hacia donde le indicó. La anciana le dijo algo más, aunque no llegó a oírlo. Ella solo estaba centrada en hallar a Riley sana y salva.

El aire estaba húmedo cuando se fue acercando a la cascada. Tenía la respiración entrecortada a causa de la carrera que acaba de pegarse, pero se quedó sin aliento cuando pudo atisbar el cuerpo de la pequeña sobre la hierba. Su cabello estaba revuelto, su tez pálida, el vestido salpicado de barro y su bonito rostro manchado de sangre.

Harlow avanzó hacia ella con el corazón acelerado. Se agachó a su lado y, con manos temblorosas, comprobó que aún respiraba.

—Tranquila, cielo. Ya estoy aquí, te pondrás bien —le susurró, con la voz quebrada, cuando la tomó en brazos.

Sin perder tiempo, tomó el camino de regreso a Daingneach Cloiche.

Cuando ya estaba cerca, se cruzó con Connor, Ogilvy, Fyfe y varios guerreros que los acompañaban.

—¡Riley! —gritó Connor desmontando de su caballo de un salto.

—Santo Dios —murmuró Fyfe al ver el estado de la niña.

—¿Está viva? —preguntó Ogilvy temeroso.

Harlow asintió.

—Lo está, pero no despierta. Creo que ha perdido demasiada sangre.

—¡Llamad a la curandera! —ordenó Connor, que le arrebató a su hermana de los brazos.

A grandes zancadas entró al castillo.

—¡Mi niña! —exclamó Harriet al verla—. ¿Qué le han hecho?

—Aún no lo sé, madre, pero lo averiguaré y haré pagar a quien se haya atrevido a hacerle daño —aseveró Connor entre dientes a la vez que subía las escaleras de dos en dos.

Acomodó a Riley sobre su cama con delicadeza y retiró el cabello de su rostro golpeado. Sentía el corazón encogido y le preocupaba lo fría y lívida que estaba.

—La curandera está aquí —dijo Harlow desde la puerta.

—Salgan para que pueda trabajar —pidió Elsbeth, haciendo a un lado a la muchacha.

—Yo me quedo —declaró Harriet.

—Está bien, pero déjeme hacer lo que sé para salvarle la vida.

La mujer asintió con los ojos anegados en lágrimas.

Connor y Harlow las dejaron a solas, aunque se mantuvieron al otro lado de la puerta.

—¿Dónde la encontraste? —le preguntó a su esposa.

—Junto a la cascada de la verdad.

—¿Cómo supiste que estaba allí? —indagó con cierta desconfianza.

—Fia me lo dijo —respondió mirándolo a los ojos para demostrar su sinceridad—. Usó un péndulo para encontrarla.

Él frunció el ceño.

—¿Así de sencillo?

—Me pidió algo a cambio.

—¿El qué?

—Eso ahora no tiene importancia —evadió su pregunta—. Lo que importa es que Riley se recupere.

Connor apoyó la espalda contra la pared, cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz.

—La dejé con Wallace, pensaba que estaría segura. Y ahora mi mejor amigo está muerto y mi hermana… Ella… —Suspiró—. Si le pasa algo…

Harlow se acercó y posó una mano sobre su corazón.

—Se pondrá bien —aseguró en un susurro.

Bajó los ojos hacia ella.

—Soy el *laird* de este clan, debí haber previsto que algo así podía pasar.

La joven sonrió levemente.

—Ser *laird* no te convierte en adivino.

Un carraspeo a su lado los hizo centrar la atención en Alec, que permanecía de pie, con el rostro desencajado.

—¿La habéis encontrado?

Connor asintió.

—Harlow lo hizo.

—¿Ha dicho algo? ¿Sabéis quien la atacó?

—Está inconsciente —respondió ella.

—Por todos los demonios —maldijo el joven—. ¿Se recuperará?

—Aún no sabemos nada. Elsbeth está con ella y hará todo lo posible porque así sea —dijo su hermano mientras apoyaba una mano en su hombro.

Alec asintió, apesadumbrado.

—El tío ha traído el cuerpo de Wallace al castillo —informó.

—Bien —asintió con las mandíbulas apretadas—. Quiero ver si hay algo que pueda indicarme quién ha hecho esto. —Se giró hacia su esposa—. ¿Puedes quedarte aquí y avisarme si hay novedades?

La joven asintió.

—Claro.

Él le acarició la mejilla con delicadeza y se alejó a grandes zancadas junto a su hermano.

Unos instantes después, la curandera salió de la alcoba con expresión cansada.

—¿Cómo está? —preguntó Harlow.

—Nada bien, no puedo engañarte.

Ella sintió aquellas palabras como un mazazo en su corazón.

—¿Puede recuperarse?

—Depende de la fortaleza de la pequeña, yo no puedo hacer nada más.

La joven asintió.

Con cierta inseguridad, entró en la habitación y miró a la niña, que permanecía inconsciente sobre la cama. Ya no tenía el rostro manchado de sangre y llevaba un camisón limpio. También lucía varios puntos en la frente.

Su madre se encontraba junto al lecho, cogiéndola de la mano y murmurando rezos para que se recuperara.

Harlow avanzó un paso más y la madera del suelo crujió. Harriet la miró por encima del hombro. Su expresión era el mismísimo reflejo del dolor.

—Elsbeth ha dicho que su situación es delicada —susurró con los ojos llorosos.

—Lo sé —confirmó ella—. Pero está viva, y sé que es lo bastante testaruda como para volver junto a nosotros.

Un sollozo escapó del fondo de la garganta de la mujer.

—Gracias por traerla de vuelta a casa —repuso con la voz quebrada.

Harlow se limitó a asentir, aceptando aquel agradecimiento.

En el corazón de Harriet no había lugar para el rencor o el orgullo en aquel momento, solo para su amor hacia su hija. Un amor que las unió e hizo que bajaran las hachas de guerra.

CAPÍTULO 25

El tercer día tras encontrar a Riley cayó como una losa sobre todos. La niña seguía inconsciente, inmóvil en su lecho. El clan entero lo lamentaba y parecía haberse sumido en la más profunda de las tristezas. Aquella pequeña era muy apreciada por todos.

Harlow salió de su cuarto incapaz de permanecer más tiempo allí. La incertidumbre de no saber qué sucedería y si Riley lograría recuperarse la mataba.

—¿Vas a alguna parte? —dijo una voz a sus espaldas.

Cuando se volvió, vio a Alec dirigiéndose hacia ella, con una bandeja entre las manos que portaba dos cuencos de caldo.

—Iba a tomar el aire.

—¿Incapaz de descansar?

Harlow asintió.

—No puedo dormir bien.

—Creo que nos sucede a todos —reconoció—. Riley es el alma de este castillo y sin su risa resonando por los pasillos, parece haber perdido vida.

—No sé quién pudo hacerle esto. Solo es una niña. —Alec la observó en silencio, sin saber qué decir—. Sé lo que es esta sensación de injusticia. Rogar porque todo no sea más que un mal sueño, sentirse furioso por no saber a quién hacerle pagar un acto tan vil…

—Tuvo que ser difícil —respondió el joven, que entendía a lo que se refería—. ¿Los años lo hacen más llevadero?

Harlow meditó acerca de ello.

—Aún duele y me despierto en plena noche pensando que, tal vez, si hubiera llegado antes, podría haber impedido su muerte.

—Solo eras una niña.

—No hablo solo de Shaw, también de Riley —dijo con expresión seria—. Si hubiera ido con ella y con Wallace, es posible que la cosa no hubiera acabado igual.

—No es culpa tuya, Harlow. Ni lo de tu hermano, ni tampoco lo de Riley. El destino quiso que las cosas sucedieran así.

—¿A dónde vas tú? —inquirió la joven, señalando la bandeja que llevaba y cambiando el rumbo de la conversación.

—Le llevo un poco de caldo a mi madre, y otro cuenco para que le dé a Riley.

—Les sentará bien.

—Eso espero.

Harlow lo siguió.

La habitación de la pequeña estaba en penumbra, iluminada solo por un par de velas. Harriet permanecía sentada junto al lecho, sin moverse, sin apenas dormir. El cansancio se reflejaba en su rostro y en las ojeras que ensombrecían sus ojos.

—¿Molesto? —preguntó Alec con su característico encanto.

—Adelante, puedes pasar —dijo su madre.

Él entró y depositó la bandeja sobre la mesa. Después, la mujer alargó una mano y el joven la tomó con afecto.

—Necesitas comer algo, madre.

—Gracias. Ahora comeré —aseguró con agradecimiento.

Harlow se alejó y los dejó a solas. Le parecía una escena íntima entre madre e hijo como para entrometerse.

Bajó las escaleras y salió al exterior del castillo. El aire nocturno era fresco y el cielo despejado mostraba miles de estrellas. Encontró a Connor contemplándolas con una expresión seria y los brazos cruzados sobre su amplio pecho.

—¿Tampoco puedes dormir? —inquirió acercándose a él.

—No quiero hacerlo —contestó sin apartar su mirada de las estrellas—. Cada vez que cierro los ojos me vienen imágenes del ataque a Wallace y a mi hermana. Pienso en lo que pude hacer y no hice. Eso me atormenta.

—A todos nos pasa.

—A ti no debería sucederte —dijo volviéndose hacia ella—. Tú la trajiste de vuelta a casa. Le salvaste la vida.

—Fia me ayudó a encontrarla.

—Es todo tan extraño —murmuró Connor—. ¿Cómo sabía esa vieja bruja donde estaba? ¿Y por qué no pudo avisarnos antes? De ese modo, Wallace no hubiera perdido la vida y mi hermana estaría bien.

—Lamento mucho lo de Wallace —repuso con sinceridad—. Sé que teníais una relación muy estrecha.

—Éramos amigos desde niños. Jugábamos a cazar ranas en el lago y él siempre decía que sabían cuando alguien tenía miedo, y que, por eso, yo nunca las atrapaba. —Emitió una triste risa—. Yo fingía que no me asustaban, pero él me conocía bien. Creo que era la persona que mejor lo hacía. No había secretos entre nosotros.

—No estás solo. Sé que nadie puede llenar el hueco que su presencia ha dejado en tu vida, pero tienes a más personas en las que apoyarte.

Connor sonrió y clavó sus ojos sobre los de su esposa.

—¿Tú eres una de ellas?

Harlow se encogió de hombros.

—Es posible.

Connor tomó su rostro entre las manos.

—¿Solo posible?

—Solo —murmuró con una sonrisa coqueta.

Él la besó con suavidad y después, cuando se separaron, la tomó de la mano.

—Quiero ir a ver a Riley.

—Te acompañaré.

Cogidos de la mano, se dirigieron hacia allí. La puerta estaba entreabierta y Harriet trataba de darle un poco de caldo del que Alec le trajo a la pequeña.

Connor respiró hondo y entró al cuarto. Harlow se quedó junto a la puerta, observándolos.

—Madre —dijo con suavidad para no sobresaltarla.

La mujer dejó el cuenco sobre la mesita que había junto a la cama.

—Apenas come —se lamentó.

—Y tú ni comes ni duermes. Deberías ir a descansar, yo me quedaré con ella.

—No puedo dejarla. Si despierta, estará asustada, y si no estoy…, si no me ve… —Un sollozo interrumpió sus palabras.

Connor pasó su brazo sobre los hombros de su madre y la abrazó para tratar de darle consuelo.

—Si despierta, yo estaré aquí y te lo haré saber al instante. Pero tú necesitas tener fuerzas. Riley precisará que estés fuerte cuando abra los ojos.

Las lágrimas de Harriet surcaban sus pálidas mejillas.

—No puedo soportar la idea de que nunca más vuelva a oír su risa.

—Eso no sucederá. Riley es testaruda y volverá con nosotros.

Harlow, que aún permanecía en el umbral, sentía que aquella escena era tan íntima y familiar que, de nuevo, no se atrevía a interrumpirla.

—Es doloroso verlos. —La joven se sobresaltó, pues no oyó a Lamont acercarse a ella—. Ven conmigo, démosles un poco de intimidad —le pidió.

Harlow lo siguió sin preguntar. Estaba de acuerdo con que madre e hijo necesitaban un momento a solas.

—La vida nos da duros golpes cuando menos lo esperamos —continuó diciendo el anciano.

—¿Cómo lo llevas tú?

—Como todos, pero no puedo desmoronarme. Mi hija no necesita más drama. —La miró con ternura—. ¿Y tú?

—Yo no soy importante en estos momentos.

—Todos en este clan lo somos, y tú formas parte de la familia. Además, imagino que esta situación puede traerte recuerdos desagradables.

—Solo quiero que Riley despierte.

Las antorchas parpadeaban suavemente en las paredes de piedra, proyectando sombras sobre los antiguos retratos que colgaban de ellas. Lamont se detuvo junto a uno y lo miró con intensidad. La pintura mostraba a una mujer de hermoso rostro, cabello castaño y expresión dulce.

—Ella es Marnei —dijo el anciano—, mi difunta esposa.

Harlow se aproximó más para observar todos los detalles del rostro. Tenía unos hermosos ojos verdes que se parecían mucho a los de Connor.

—Es preciosa.

Lamont sonrió con nostalgia.

—Y por dentro lo era mucho más —aseveró—. Sabía escuchar, y era fuerte y valiente. Jamás se rendía. Nunca imaginé que muriera antes que yo. No estaba preparado para vivir sin ella. —Sus ojos se humedecieron—. Sin embargo, sus últimas palabras me hicieron seguir adelante. Me dijo: *«No llores por lo que se va, Lamont. Lucha por lo que aún tienes».* Y eso he hecho todos estos años, luchar por mi familia.

—Parecía muy sabia —murmuró Harlow, emocionada.

—Tú me recuerdas a ella. Por como sostienes el dolor sin dejar que te rompa y por su espíritu inquebrantable.

La muchacha sonrió.

—Creo que es el mejor halago que me han hecho nunca.

El anciano asintió, devolviéndole la sonrisa.

—Las mujeres no suelen llevar espada o escudo, pero enfrentan tormentas sin temblar, sin gritar, sabiendo que se las subestima,

pero riendo por dentro porque ellas saben la verdad, que son mucho más fuertes que nosotros.

—Tuviste que ser un gran esposo, Lamont.

—Y eduqué a mi hijo y mis nietos para que lo fueran de igual modo.

Le ofreció un brazo y Harlow se apoyó en él.

Regresaron en silencio a la alcoba de Riley. Harriet ya no estaba, solo Connor permanecía junto a la cama de su hermana.

—Me voy a descansar —susurró el abuelo tras palmear su mano con afecto—. Acudid a mí con cualquier novedad que suceda.

—Por supuesto —asintió la joven.

Lamont se retiró y Harlow aprovechó para entrar en la habitación sin hacer ruido. Su esposo alzó los ojos hacia ella y, tomándola de la mano, la ayudó a acomodarse sobre sus piernas.

Rodeó su cintura con el brazo y ella hizo lo mismo en torno a sus hombros. Con delicadeza, le acarició su rasposa mejilla y lo besó.

—¿Estás bien? —preguntó cuando se separaron.

—Todo lo bien que puedo estar en esta situación.

Harlow se acurrucó contra él y cerró los ojos.

—Ojalá no tuvierais que estar pasando por esto —susurró somnolienta.

Sabía que no había nada que pudiera decir para hacerlo sentir mejor, pero sí podía ofrecerle su presencia y demostrarle que podía contar con ella.

***

Las velas parpadeaban suavemente cuando Riley emitió un suspiro que captó la atención de Connor. Hizo un movimiento con sus dedos, casi imperceptible, y después, un leve parpadeo.

—Madre…

Connor, con el corazón desbocado, se echó hacia adelante en su asiento, y ese gesto hizo que Harlow despertara.

—Riley, soy yo.

—¿Connor? —susurró clavando sus ojos verdes sobre él; como había perdido peso, aún se veían más grandes de lo habitual.

—Sí, bichito. Aquí estoy —dijo con ternura.

Harlow, sin poder evitarlo, jadeó, conteniendo las ganas que tenía de llorar.

—¿Qué ha pasado?

—Has estado dormida, pero ya has vuelto.

—¿Dormí mucho?

Connor sonrió.

—Unos días.

—¡Vaya! —Se frotó los ojos—. Sí que estaba cansada.

—¿Recuerdas lo que sucedió? —indagó su hermano—. Harlow te encontró inconsciente.

—Yo… lo último que recuerdo es que estaba con Wallace junto al río. ¿Él qué ha dicho? ¿Vio algo?

—Él… —Connor tragó saliva—. La persona que os atacó acabó con su vida, Riley.

La expresión de la niña se llenó de dolor y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Yo… Lo siento… No recuerdo nada.

Connor se puso en pie y ayudó a Harlow a hacer lo mismo.

—No te preocupes, eso ahora no importa. —Alargó una mano y acarició la mejilla de su hermana—. Lo que cuenta es que por fin estás de vuelta.

CAPÍTULO 26

El sol brillaba con una calidez renovada después de haber dejado atrás el invierno. Los campos se veían verdes de nuevo y el aire olía a flores silvestres. Durante los meses que pasaron desde que Riley despertó, todo había estado en calma.

Aquel día, Harlow cabalgaba junto a Connor a la cabeza del grupo porque eran los festejos del clan MacDonald. Ella estaba feliz por volver a casa, sin embargo, también le removía aquella fecha tan señalada. Las fiestas coincidían con la muerte de su hermano y eso era algo que la llenaba de tristeza, así que tenía sentimientos contradictorios.

La familia de su esposo también los acompañaba, aunque Harriet decidió quedarse en su hogar, junto a Lamont y a la pequeña Riley. Pese a que la niña ya corría y reía como era habitual en ella, su madre aún temía que un viaje tan largo pudiera afectarle.

Harlow lo entendía. Harriet había sufrido mucho solo de imaginar lo que podría haberle ocurrido y ahora era aún más protectora con ella.

Dùn Dubh apareció en el horizonte. Harlow sonrió con nostalgia al verlo.

—De vuelta a casa —susurró para sí misma.

No obstante, Connor alcanzó a escucharla. Se volvió a mirarla y sonrió al observar su precioso perfil y su pelo azabache sacudido por el viento.

—Lo echabas de menos.

No fue una pregunta, aun así, ella respondió con sinceridad:

—Mucho.

Aunque prefirió callarse que, últimamente, ese sentimiento se había atenuado bastante y comenzaba a sentir el clan Cameron como su nuevo hogar.

La silueta de Lachlan MacDonald junto a la de Niall se alzaban imponentes a las puertas de castillo. Espoleó a su caballo para que acelerara el paso, cuando estuvo frente a ellos, desmontó de un salto y se lanzó a los brazos de su padre.

—Por fin estás de vuelta —murmuró el hombre en su oído—. El sol parece brillar más desde que has aparecido.

—Oh, vamos. —Alzó los ojos hacia él—. Si cuando vivía aquí no te daba más que quebraderos de cabeza, padre.

Lachlan sonrió.

—Y eso hacía mi vida más entretenida.

Connor, que también había desmontado, rio.

—Estoy de acuerdo. No hay lugar para el aburrimiento con Harlow al lado.

Ella puso los ojos en blanco y se acercó a su hermano.

—¿Tú no me vas a decir nada?

Niall sonrió.

—Pensé que los Cameron te tenían secuestrada. Has tardado demasiado en venir a visitarnos, hermana.

—Pero ya estoy aquí —respondió, dándole un afectuoso abrazo —. Por cierto, ¿dónde está Bryson? —preguntó al separarse de él.

—Lleva meses viajando de un lado a otro —contestó su padre —. Parece ser que no es capaz de mantenerse quieto por mucho tiempo.

—¿Eso quiere decir que no vendrá a los festejos?

—¿Quién sabe? —Niall se encogió de hombros—. Nuestro hermano es impredecible.

—¡Harlowie! —escuchó entonces.

Se giró hacia la voz, sonriente, y le dio el tiempo justo de ver a Kyla correr y abalanzarse sobre ella con efusividad.

—¡Ky! —exclamó risueña—. Qué ganas tenía de volver verte.

—Y yo a ti, amiga. Incluso me he planteado mudarme a tu nuevo clan. ¡No puedo vivir sin ti!

—Los Cameron te acogeríamos con los brazos abiertos. Los amigos de mi esposa también son los míos —intervino Connor con una amplia y agradable sonrisa.

Kyla lo miró y se quedó con la boca abierta. Nunca lo tuvo tan cerca y su atractivo la atravesó como un relámpago.

—Yo… Em… Sí, claro… Gracias.

El *laird* hizo una reverencia con la cabeza, le guiñó un ojo a su esposa y se dirigió a hablar con Lachlan.

—¿Desde cuándo tartamudeas? —preguntó Harlow, divertida, tras percatarse de lo que había sucedido.

—Desde que la belleza de tu esposo me imposibilita pensar con claridad. ¡Es impresionante! —murmuró con sus ojos verdes muy abiertos.

Su amiga soltó una carcajada.

—No seas exagerada.

—¿Exagerada? ¿Tú lo has visto bien? —murmuró señalándolo —. Además, te mira como si fueras el último fuego del invierno.

Harlow bufó.

—¡Venga ya, Ky!

—¡¿Venga ya?! Créeme, ese hombre te devora con los ojos. Tiene que ser un amante apasionado. No me digas que no te has dado cuenta de eso.

—De acuerdo, no te lo diré.

Kyla se llevó ambas manos a la boca para esconder una risita nerviosa.

—Suerte que lo odiabas con todas tus fuerzas.

—Lo hacía, pero las cosas han cambiado. Yo… —Se removió incómoda—. Ya no creo que sea el asesino de Shaw.

Su querida amiga se sorprendió.

—¿Estás segura?

Lo pensó unos instantes antes de asentir con la cabeza.

—Sí, lo estoy.

—¿Y cómo te sientes al respecto?

—Me siento… —¿Cómo se sentía? No se había parado a pensarlo—. En cierto modo, liberada. Es como si ese odio que he alimentado hacia él durante años se hubiera disipado. Aunque sigo empeñada en vengar a mi hermano, y cueste lo que cueste, lo haré.

—Lo cierto es que te noto más relajada —sonrió—. Me hace muy feliz.

—¿Y qué hay de ti? —cambió de tema—. ¿Cómo va con Niall?

La mirada de la pelirroja se ensombreció.

—Con Niall nada. Para él soy invisible.

Harlow suspiró.

—Mi hermano es un estúpido, pero tarde o temprano se percatará de que ya eres una hermosa mujer y no la niña con trenzas que conoció antaño.

—Yo no estoy tan segura —repuso con tristeza—. Además, él se convertirá en *laird* y yo no soy más que una simple sirvienta.

Harlow tomó sus manos entre las suyas.

—Jamás serás simple, Ky. Eres una persona excepcional, no lo olvides.

—¡Kyla! —la voz de Shona las hizo volverse hacia ella—. ¿Se puede saber qué haces perdiendo el tiempo? Hay mucho trabajo que hacer.

—Solo vino a saludarme —la defendió Harlow.

—Lo imaginaba, pero tiene unas responsabilidades que cumplir, y recaen sobre el resto de sirvientes si se escabulle.

—Llevo días trabajando sin descanso. Solo paro para comer y dormir. Creo que me merezco un instante para recibir a mi mejor amiga —se justificó.

Shona la miró con dureza.

—Pues ya lo has hecho. Ahora, regresa a tus labores. No me avergüences como hiciste durante los días que estuve en casa de la tía Gwyneth. Cuando regresé, todo eran quejas hacia ti.

La pelirroja se sorprendió.

—¿Quién se quejó de mí?

—Eso no tiene importancia —sentenció—. ¡Vuelve al trabajo!

Harlow dio un paso adelante para sacar la cara por su amiga, no le gustaba la forma en la que Shona la trataba, sin embargo, Kyla posó una mano sobre su brazo para detenerla.

—Lamento haberte avergonzado, hermana —se disculpó, agachando la cabeza.

La aludida asintió y se dio media vuelta para regresar al castillo.

—Esta noche nos vemos —le dijo Kyla a Harlow, con una sonrisa triste, antes de seguirla.

La joven morena se quedó mirando a las dos hermanas alejarse. Siempre pareció que Shona veía a Kyla como una molestia, sobre todo, desde que su madre murió.

Niall, Fyfe y Ogilvy hablaban animadamente a escasos pasos de ella. Los tres reían y compartían anécdotas del tiempo que estuvieron separados.

—Parece que no soy la única feliz de estar de regreso —comentó sonriente.

—No es por mí, Har —respondió Fyfe con una expresión traviesa en el rostro—. Es pensando en las pobres mujeres a las que he privado de mi compañía durante este tiempo.

Niall rio entre dientes, mientras que Ogilvy soltó una estruendosa carcajada.

—Seguro que ya encontraron un sustituto mejor —bromeó Harlow.

Fyfe se encogió de hombros y le dedicó un guiño.

—No soy tan fácil de sustituir, pequeña.

Ella negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—¿Y qué hay de ti, hermano?

—¿Qué hay de mí? —repitió el aludido.

—¿No hay ninguna mujer a la que cortejes?

No pudo asegurarlo, pero le pareció que sus mejillas se sonrojaron ligeramente.

—No tengo tiempo para eso, Harlow.

—¿No? Humm —fingió pensar—. Pues creo que harías buena pareja con una pelirroja. Dicen que son mujeres de carácter.

Ahí sí que lo tuvo claro. ¡Su hermano se estaba ruborizando!

—Quizá, no lo sé.

—Hablando de pelirrojas…, ¿te has fijado en Kyla últimamente? Creo que está aún más preciosa que la última vez que la vi.

Niall frunció el ceño.

—¿Kyla? —parecía confuso—. Supongo que sí, no lo sé —respondió confundido.

—Deberías invitarla a un baile esta noche.

—Harlow, no es más que una cría.

—De eso nada —se apresuró a decir la joven—. Kyla ya es toda una mujer. De esas que irradian luz y te hacen la vida mejor.

—Si tú lo dices —repuso como si nada—. ¿Y qué hay de vosotros? ¿Cómo es vuestra vida con los Cameron?

—Mejor de lo que esperaba —contestó Ogilvy—. He perdido un brazo, pero he ganado muchas amistades.

—Y hay que reconocer la belleza de las mujeres Cameron —observó Fyfe—. En especial, la de cierta rubia —puntualizó, clavando sus ojos castaños sobre Brenda.

—Dicha rubia te odia —le recordó Harlow—. Y no solo a ti, sino a todo lo que tenga que ver con los MacDonald, en realidad.

—Un detalle sin importancia —ironizó.

—¿Así que estás encaprichado de una mujer? —se burló Niall—. Nunca creí que mis ojos verían eso.

—¿Quién ha dicho eso? Lo que yo quiero es meterme entre sus piernas, nada más.

—¡Oh, por Dios! —se quejó Harlow—. Deja de ser tan desagradable, ¿quieres?

Los tres hombres rieron.

—¿Vas a participar este año en el torneo de tiro al arco? —le preguntó Niall a su hermana para cambiar de tema.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa de lado a lado—. Jamás me lo perdería.

—Yo tampoco.

Todos se giraron al escuchar la voz de Bryson, que se acercaba a ellos pavoneándose y saludando con guiños a las jovencitas que encontraba a su paso.

—Vaya, el hermano pródigo ha vuelto —repuso Harlow, sarcástica, poniéndose en jarras.

—No iba a ponerte la victoria tan fácil, hermanita —se jactó cuando se detuvo frente a ella.

—Te ganaré, como siempre.

Bryson emitió una carcajada.

—¿Ganarme? ¿Después de lo mucho que he practicado estos meses? Te deseo suerte, la vas a necesitar.

—Harlow también ha practicado bastante —intervino Alec con afabilidad, llegando junto a ellos—. Yo ya no me atrevo a enfrentarme a ella. La última vez me dejó en ridículo y, encima, sin perder la sonrisa—añadió sin un ápice de resentimiento.

—La sonrisa es parte de mi técnica. Así desarmo al oponente —bromeó Harlow de buen humor.

—Conmigo eso no te sirve, hermanita —declaró Bryson tras pasar un brazo sobre sus hombros, a la vez que se dirigían hacia la zona donde se celebraban las competiciones.

Connor había observado la escena desde la distancia. Miraba moverse a su esposa entre su familia, con esa sonrisa que parecía iluminar todo a su paso. Reía con Niall, se retaba con Bryson, saludaba a todos los aldeanos con los que se cruzaba. Era absolutamente encantadora.

Un leve temblor se instaló dentro de su pecho. Suave e inesperado. Como si algo en él hubiera despertado sin previo aviso.

Y, de pronto, lo supo. Todo en Harlow lo fascinaba, y no era algo superficial, era mucho más profundo…, era amor.

CAPÍTULO 27

Shaw permanecía de pie junto a la ventana de su habitación, mientras Harlow lo miraba emocionada. Su presencia no era perturbadora, solo le ofrecía calma.

Le hubiera gustado hablar con él, no obstante, no podía, era como si estuviera paralizada. Solo era capaz de limitarse a observar cómo su hermano señalaba hacia una zona del suelo, junto a su lecho, mientras sus ojos no se apartaban de ella.

Harlow despertó de golpe, con la respiración acelerada y el corazón bombeando con fuerza. Siempre le sucedía igual cuando soñaba con él.

Connor dormía plácidamente a su lado, así que, con sigilo, se levantó de la cama. La luz de la luna se colaba por los ventanales e iluminaba la estancia.

Descalza y haciendo el mismo recorrido que la noche que encontró muerto a su hermano, avanzó con lentitud. No había regresado a su alcoba desde ese traumático momento. Volver allí la asustaba.

La puerta cedió ante su presión con un leve crujido. El silencio era absoluto y a su mente acudieron recuerdos que mantuvo encerrados por años.

Todo estaba tal y como recordaba y eso la hizo estremecer.

Avanzó hacia la zona que Shaw señaló en su sueño y se agachó. Palpó las tablas del suelo y sintió que una de ellas estaba algo suelta. Con cuidado, la levantó. Debajo, envuelto en tela, había un cuaderno con tapas de cuero gastado. Lo sostuvo con manos temblorosas.

Lo abrió.

La letra firme y ordenada de su hermano mayor apareció ante sus ojos. Parecía ser un diario, documentado con fechas, pensamientos profundos y situaciones diarias que Shaw quiso recordar.

Se sentó en el suelo para poder leerlo gracias a la luz de la luna llena. Se sintió aún más cerca de él.

De pronto, una de las páginas llamó su atención.

> 15 de octubre de 1602
>
> El amor.
>
> Esa emoción de la que hablan los bardos y que creí que jamás tendría derecho a experimentar, ya que, al ser el hijo primogénito de un *laird*, se me niega el derecho a elegir y pensar en mis sentimientos.
>
> Sin embargo, soy incapaz de controlarlos. Si está cerca, mi corazón se acelera y no puedo pensar con claridad. Solo observo sus ojos y mi mundo parece detenerse.
>
> Sé que no debería sentir esto. No puedo. Me debo a mi clan y a la esposa que mi padre elija para mí. Siempre he sabido que estoy destinado a enlazarme con una mujer que aporte alianzas al clan, pero ¿cómo contenerlo? ¿Cómo disimular el temblor que me provoca su risa? ¿O la forma en que se me eriza la piel cuando me roza sin querer?
>
> Nadie debe saber esto que siento. El amor no es una posibilidad para mí. Es un lujo, y yo no tengo derecho a él.

Harlow cerró el diario de golpe con un nudo en la garganta. ¿Su hermano estuvo enamorado? ¿Y quién era ella? De sus palabras se desprendía que su amor por esa mujer era real y profundo.

Sintió lástima por él. Se tuvo que sentir tan solo reprimiendo aquellos sentimientos e intentando ocultarlos de todo el mundo por el bien del clan. Sabía que Shaw tenía un gran sentido de la responsabilidad, no obstante, nunca imaginó que hubiera tenido que hacer tales sacrificios.

Abrió de nuevo el diario en busca de alguna pista de quién podía ser la mujer misteriosa, pero en ninguna de sus páginas había mención alguna de su nombre. Lo que sí que encontró fue una carta, escrita con una letra distinta a la de Shaw. Era más ladeada y angulosa. Como si no tuviera tanta destreza a la hora de escribir.

> ¿Pensaste que podías jugar con mis sentimientos? ¿Que tu rechazo borraría lo que hubo entre nosotros?
>
> Pues no es así.
>
> Me juraste que me amabas. ¡Embustero!
>
> ¿Qué se supone que he de hacer ahora? ¿Hacerme a un lado para que te cases con la mujer que tu padre ha elegido para ti? ¿Ser testigo de cómo la cortejas, mientras a mí me ignoras?
>
> Lamento decirte que eso no va a suceder, porque si no eres mío, no serás de nadie más.

Harlow sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La carta no estaba firmada, pero desprendía una rabia y un despecho que le heló la sangre.

Apretó el diario entre sus manos, abrumada al pensar lo que debió suponer para Shaw dejar a la mujer que amaba. Sus palabras resonaban en su mente. Lo imaginó a solas, escribiendo sobre su amor imposible y la tristeza que debió sentir en aquel instante, sin nadie que lo consolara.

Con cuidado, dobló la carta y la guardó en su escote. Quería poder encontrar a la mujer que la escribió. Después, dejó con cuidado el cuaderno donde lo encontró. Si en vida él quiso guardar eso en secreto, que siguiera siendo del mismo modo tras su muerte.

Se puso en pie y notó las mejillas húmedas. Se llevó las manos a ellas y comprobó que eran lágrimas. Hacía años que estas no rodaban libres, por muy apenada que estuviera.

No lloraba por la carta, ni por haber vuelto a la habitación donde todo sucedió. Era por Shaw. Por todo lo que tuvo que cargar él solo, por el amor que no fue capaz de vivir, por no haber perdido nunca la sonrisa a pesar de sus circunstancias.

Salió al corredor sin poder dejar de llorar y cuando estaba a punto de llegar a su habitación, la puerta se abrió y Connor apareció tras ella.

—¿Harlow? —La observó preocupado—. Al no verte en la cama, me asusté. ¿Sucede algo malo?

Ella no respondió, solo se lanzó a sus brazos entre lágrimas. Él la rodeó con ellos, a la vez que la ayudaba a entrar en la alcoba.

La dejó llorar contra su pecho. Desahogarse tras tantos años conteniéndose. Connor se limitaba a acariciar su cabello y a abrazarla sin exigir explicaciones. Solo acompañándola en su dolor.

—Estoy contigo —susurró—. No te dejaré sola.

Harlow se aferró a sus hombros, como si el calor que desprendía pudiera protegerla de sus fantasmas. Su abrazo no solo la consolaba, también era un refugio en el que se sentía a salvo.

Poco a poco, el llanto se fue desvaneciendo, pero no se alejó de él. Se quedaron aferrados en medio de la penumbra hasta que la joven alzó el rostro, con sus largas pestañas aún húmedas y una expresión de tremenda vulnerabilidad.

Connor la miró como si jamás hubiera contemplado semejante belleza y, sin decir palabra, la besó.

Era un beso lento y profundo, cargado de sentimiento. No tenía prisa, solo quería amarla como se merecía.

Harlow subió las manos hacia su rostro, a la vez que su esposo la alzó en brazos para depositarla sobre el lecho.

Pegándose a él, lo miró a los ojos.

—Te necesito, Connor —murmuró con la voz rota.

Él no esperó más para quitarle la ropa, deshacerse de la suya propia y amarla como se merecía. Se fundieron en uno solo de manera apasionada, prometiendo con sus cuerpos y sus caricias cosas que aún no estaban preparados para decir a viva voz.

CAPÍTULO 28

El cielo apenas comenzaba a teñirse de azul pálido cuando Connor se fue a entrenar junto a Alec y su tío. Por su parte, Harlow aprovechó para ir a visitar la tumba de su hermano.

La bruma cubría el cementerio como un velo y el aire olía a tierra húmeda. El silencio envolvía el ambiente mientras la joven caminaba entre las lápidas envuelta en su tartán. Se detuvo frente a la de Shaw y miró la piedra, sencilla y sin adornos, con su nombre tallado con precisión.

Se arrodilló frente a ella y tocó la tierra con reverencia, como si de ese modo estuviera más cerca de su hermano.

—Perdóname por no haberte vengado aún —susurró—. Y también por haberme acercado a la persona que siempre creí que era tu asesino, sin embargo, desde hace un tiempo le he podido conocer más y algo ha cambiado. Ya no pienso que él lo hiciera.

»Sé que te prometí justicia y que no me detendría hasta dártela, y, en lugar de eso, me he distraído encontrando una paz que no hallaba desde tu partida —su voz tembló—. Siento que, en cierto modo, te estoy traicionando.

»Connor no es la persona que yo imaginé. Es atento y cuida a su clan y a su familia con devoción. No sé cómo ha sucedido, pero estoy empezando a sentir algo por él. Algo que no esperaba y que no sé si está bien. —Hizo una pausa y respiró hondo. De repente, se sintió más liviana tras desahogarse con Shaw. De alguna manera, sabía que la escuchaba—. También quiero que sepas que lamento que no pudieras vivir tu amor. Me hubiera gustado que confiaras en mí, pero entiendo que solo era una niña. Aun así, solo quiero que

sepas que te habría apoyado. Tu felicidad era lo más importante para mí, hermano.

Tras unos minutos más junto a la tumba, se puso en pie y se sacudió la falda. El sol comenzaba a elevarse sobre las colinas, tiñéndolo todo con tonos cálidos.

Con el rostro aún marcado por la emoción, avanzaba con paso lento. Justo antes de llegar al castillo, se cruzó con su padre. Al principio sonrió, pero al notar su expresión triste, se puso serio.

—¿Va todo bien? ¿De dónde vienes? —preguntó poniéndose frente a ella y, agarrándola por los hombros, estudió su expresión.

Una lágrima traicionera surcó su mejilla.

—Vengo del cementerio.

Los ojos de Lachlan se cargaron de ternura, justo antes de abrazar a su hija.

—Tranquila —murmuró contra su pelo—. Sé cuánto afecta ir allí. Hace años que soy incapaz de pisar ese lugar.

—No es lo único que me ha afectado.

Lachlan, sin soltarla, la separó un poco de él.

—¿Y qué ha sido?

—Encontré un diario que Shaw tenía escondido en su alcoba. En él hablaba de que estaba enamorado y, por el modo en que lo expresaba, parecía algo profundo. Sin embargo, lo consideraba imposible por sus deberes como futuro *laird* —le explicó.

—Nunca me habló de nada de eso. Ni siquiera llegué a sospechar que pudiera sentir algo semejante.

—Yo tampoco. Supongo que se cuidó mucho de que así fuera. También hallé esto. —Metió la mano en su bolsillo y le entregó la carta.

Su padre la tomó entre sus manos con el ceño fruncido y comenzó a leerla. El silencio entre ellos se volvió denso y su expresión se fue transformando. Sus ojos parecieron oscurecerse y, cuando le devolvió el papel, pareció como si todo encajara en su mente.

Le entregó la carta y Harlow la guardó de nuevo. Tensa.

—¿Qué sucede?

Lachlan, con voz solemne y firme, dijo:

—Aún no estoy seguro.

—¿Qué significa eso?

—Lo sabrás. Solo deja que ponga las cosas en orden.

La joven negó con la cabeza.

—Padre… —su réplica murió entre sus labios cuando varios miembros de otros clanes comenzaron a arremolinarse en el patio.

—Confía en mí, Harlow —le pidió—. Ve a festejar. Prometo que después te buscaré y hablaremos de todo.

Ella suspiró, pero asintió.

—En cuanto acaben los festejos —insistió la joven.

—Así será.

Harlow se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

—Te veo durante el discurso.

Lachlan asintió.

—¡Harlowie! —Kyla corrió hacia ella, sonriente y con un cesto en la mano—. Aprovechemos que mi hermana está ocupada y no puede regañarme para hacer coronas de flores. ¡Como cuando éramos niñas!

Harlow le devolvió la sonrisa. Su amiga siempre la alegraba. Le echó una última mirada a su padre, que ya se alejaba, y se encaminó junto a ella hacia el claro que estaba cargado de flores silvestres, donde otras niñas y muchachas las recogían.

Se tiraron un buen rato entretenidas, contándose anécdotas y compartiendo risas. Cuando estaban tejiéndolas, una mujer se detuvo frente a ellas. Los ojos de Harlow escrutaron su rostro y le resultó familiar, pero no supo de qué la conocía.

—Eres la pequeña Harlow, ¿verdad? —inquirió.

La aludida asintió y se puso en pie sin dejar de estudiarla con curiosidad.

—¿Y tú eres…?

—Murron —se presentó—. Murron Gillies.

En cuanto escuchó aquel nombre, supo de quien se trataba. Era la prometida de Shaw cuando lo asesinaron.

—Murron… —repitió en un murmullo—. Hacía muchos años que no te veía.

La mujer asintió y se removió incómoda.

—No he salido demasiado de mi clan en los últimos años —explicó—. Tras la muerte de tu hermano, mi padre me prometió con el hijo del *laird* MacDonell. Por desgracia, pereció en una batalla justo antes de la boda, por lo que me gané la fama de ser la prometida maldita. El rumor de que el hombre que se prometiera conmigo moriría se extendió entre los clanes. Por eso, mi padre prácticamente me ha mantenido encerrada. Se avergüenza de mí.

Harlow sintió su angustia.

—Lamento lo que te sucedió.

—Te lo agradezco —sonrió apesadumbrada—. Por suerte, parece que el tiempo ha apaciguado las habladurías injuriosas. —Sus ojos se cargaron de lágrimas—. Yo amaba a Shaw. Hubiera sido el mejor esposo que cualquier mujer podría haber deseado.

Harlow sintió como se formaba un nudo en su garganta que solo le permitió decir:

—Lo sé.

***

Harlow se tiró varias horas sin parar de bailar alrededor de la hoguera con Kyla. Cuando estaban juntas, el tiempo parecía volar.

En aquel instante, danzaba con Connor. Ambos reían y el olor de la carne recién cocinada envolvía el ambiente. Harlow lucía una de las coronas de flores que hicieron aquella mañana y que le daba aspecto de una ninfa de los bosques.

De pronto, sus hermanos se abrieron paso entre la multitud y se aproximaron a ella.

—Harlow, ¿has visto a padre? —preguntó Niall.

—¿A padre? —Frunció el ceño—. Lo vi esta mañana, justo antes de que empezaran los festejos. ¿Qué ocurre?

—No lo encontramos por ninguna parte —respondió Bryson.

—Debería dar el discurso y él jamás se demora —apostilló Niall.

Harlow compartió una mirada preocupada con su esposo. Él posó una mano en su mejilla para tranquilizarla.

—Vamos a buscarlo. Entre todos lo hallaremos —aseveró con convicción.

Los cuatro cruzaron el patio y entraron al castillo. Escudriñaron en todas las estancias sin éxito. Decidieron mirar en las mazmorras, les extrañó que la puerta estuviera entreabierta. Los tres hombres desenvainaron sus espadas, Harlow empuñó la daga que llevaba oculta entre sus faldas.

Avanzaron con precaución a la vez que revisaban los calabozos, hasta que Harlow encontró uno de ellos con la reja abierta. El cuerpo de Lachlan estaba tirado en el suelo y un charco de sangre bajo él.

—¡Padre! —gritó la joven.

Arrojó la daga al suelo y corrió a arrodillarse a su lado. Tocó su rostro con manos temblorosas y estaba frío como un témpano. Sus ojos sin vida parecían clavarse en ella, del mismo modo que la daga que aún permanecía sobre su corazón.

—No, por favor —suplicó rota de dolor—. No puede ser. Otra vez no.

—Hermana, te oímos gritar… —las palabras de Niall se quedaron atascadas en su garganta al contemplar la escena.

—¿Qué pasa? —inquirió Bryson al llegar hasta ellos junto a Connor—. ¡No, no, no! ¡NO! —gritó con rabia, dándole una patada a las rejas.

Connor trató de avanzar hacia su esposa, pero Bryson lo agarró de la camisa y lo estampó contra la húmeda pared de piedra.

—¡¿Qué has hecho?! —bramó con el rostro a escasos centímetros del de su cuñado—. ¡Todo esto es culpa tuya y de tu maldito clan! Queréis debilitarnos. Primero planeaste la muerte de Shaw y ahora la de mi padre.

Connor lo empujó para librarse de su agarre.

—Te perdono tu arrebato porque acabas de tener una dura pérdida, pero si vuelves a tocarme, no seré tan benévolo —advirtió.

—No necesito tu benevolencia porque voy a matarte —aseguró el joven.

—¡Bryson, basta! —intervino Harlow interponiéndose entre ellos —. Connor ha estado conmigo, no ha tenido nada que ver con esto.

Su hermano la miró decepcionado.

—¿Lo defiendes? ¿Después de esto? —Señaló con la mano el cuerpo sin vida de su padre—. ¿No lo ves, Harlow? ¡Estaban aquí cuando murió Shaw y también ahora!

—¡Te he dicho que estaba conmigo!

—¿Todo el tiempo? ¿No ha habido ni un solo momento que lo perdieras de vista?

Su hermana parpadeó, dubitativa.

—Creo que sí, pero…

—Todo esto forma parte de un plan —cortó su defensa—. Un plan que han urdido los malditos Cameron para debilitar a nuestro clan desde dentro sin tener consecuencias por ello. Les resultó bien la primera vez y han decidido volver a hacerlo.

Connor apretó los dientes y su mandíbula palpitó.

—Si vuelves a acusarnos de algo semejante, te cortaré la lengua.

—¿De verdad crees que es casualidad? —prosiguió diciendo Bryson sin prestar atención a las palabras de Connor—. ¡Te ha mentido! Y tú… —La miró de arriba abajo con desprecio—, te has dejado convencer de su inocencia tras unos cuantos revolcones. Te creía más lista.

Connor le asestó un puñetazo por aquella ofensa a su esposa que lo arrojó de espaldas al duro suelo de piedra.

—No te consiento que insultes a mi mujer, por muy hermano suyo que seas —declaró con los ojos encendidos.

Bryson se puso en pie con agilidad.

—¡Malditos Cameron! —espetó con las venas del cuello hinchadas—. ¡Solo traéis muerte y desgracia a nuestro clan!

—¡Basta! —bramó Connor.

El joven MacDonald sonrió con superioridad.

—¿O qué? ¿Me matarás como a mi padre y mi hermano? —Soltó una amarga risa—. No te resultará tan fácil esta vez. A los cobardes como tú les gusta atacar por la espalda, y yo estoy más que preparado.

—Te demostraré cuan cobarde soy.

Avanzó hacia él con el cuerpo en tensión, pero Harlow se colocó de nuevo entre ellos con los brazos extendidos.

—¿Os habéis vuelto locos? El cuerpo de mi padre está ahí tirado… ¡Muerto! —Sus ojos estaban llenos de lágrimas—. ¿Y vosotros solo queréis demostrar quién de los dos es más valiente?

—Eso no es así —negó Connor—. Solo defiendo tu honor y las acusaciones falsas que está vertiendo sobre mí.

Harlow desvió su mirada al escucharlo.

Su esposo entrecerró los ojos, notando su desconfianza.

—¿Crees que lo hice yo? —indagó, incrédulo.

La joven, con decisión, volvió a mirarle y dijo:

—No lo sé.

Aquellas palabras fueron como un jarro de agua fría para Connor.

—¿Solo han hecho falta un par de acusaciones absurdas para que pierdas tu confianza en mí? ¿Tan voluble eres?

Harlow no pudo responder porque Niall avanzó hacia ellos con el rostro pétreo y la voz firme.

—Ya está bien. Seguid con vuestra discusión en otro lugar, pero no aquí… no ahora. Padre ha muerto y, con ello, el clan se ha vuelto más vulnerable. —Era consciente de que debía mantenerse fuerte para asumir su nuevo papel como *laird*—. No dejemos que la rabia nos divida. La menor muestra de debilidad será tomada como una invitación a nuestros enemigos para atacarnos.

»Sé que todos estamos cargados de dolor, no obstante, no vamos a resolver nada con peleas y acusaciones que no podemos demostrar… por ahora.

Dirigió su mirada hacia Connor.

—Si realmente estás de nuestra parte y no has tenido nada que ver con esto, demuéstralo con hechos. Deja claro ante todos que contamos con el apoyo de tu clan a pesar de las nuevas circunstancias.

El *laird* de los Cameron respiró hondo para serenarse y asintió. Sin duda, Niall era un digno sucesor de su padre.

CAPÍTULO 29

El cuerpo de Lachlan MacDonald yacía sobre el lecho donde tantas veces durmió a lo largo de su vida. Ahora permanecía frío e inerte, cubierto con una manta tejida por su esposa muchos inviernos atrás.

Harlow estaba a su lado, sentada al borde del lecho, temblorosa y con los ojos enrojecidos por las lágrimas derramadas.

Observó el rostro de su padre. Era el que tantas veces había mirado, sin embargo, ya no era él. Ya no estaba allí, se había ido.

—Perdóname —murmuró con la voz quebrada. Se inclinó y lo abrazó, hundiendo el rostro en su pecho. Nuevas lágrimas empaparon la vieja manta—. ¿Quién te ha hecho esto? Estoy segura de que tiene que ver con lo que te conté del diario. —Su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos—. Tuve que hacer caso a mi instinto y seguirte cuando te alejaste esta mañana en busca de respuestas. ¡Todo es culpa mía! —Se aferró con más fuerza a él—. Prometo que encontraré al responsable de vuestras muertes. No permitiré que queden impunes. ¡Otra vez no!

Unos golpes en la puerta hicieron que se irguiera y volviera la cabeza. Vio a Connor bajo el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó con gesto serio.

Harlow mantuvo el silencio, pero asintió.

El *highlander* entró con paso lento.

—Quería comprobar que estabas bien.

—No, no lo estoy —repuso con rabia contenida—. Mi padre ha sido asesinado en nuestro propio hogar, como le sucedió a Shaw nueve años atrás. Y, como dice Bryson, siempre que suceden estas desgracias, los Cameron estáis cerca.

Connor frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? ¿Que somos los responsables?

—Que no creo en las casualidades —contestó con el mentón alzado—. Y tú has estado presente en el momento de ambas muertes. ¿Qué se supone que debo pensar?

—¡¿Volvemos a lo mismo?! —alzó la voz—. ¿De nuevo soy el culpable? ¿Es que nada de lo que hemos vivido te ha hecho ver que no soy ese tipo de hombre?

—¡No lo sé! —gritó con la voz quebrada—. Durante años creí que fuiste tú y, cuando comienzo a confiar en ti, sucede esto.

—¿Y no es posible que alguien quiera que parezca culpable? Te recuerdo que a mí también me atacaron por la espalda y me dejaron inconsciente y, aun después de haberme atacado, decidí confiar en que tú no tuviste nada que ver. No dudé de tu palabra —le recordó —. Así que confía tú en la mía cuando te digo que no maté a tu padre ni a tu hermano.

—Y, sin embargo, las personas de mi familia no dejan de morir. —Sus ojos volvieron a cargarse de lágrimas.

Connor la miró dolido.

—No soy vuestro enemigo, Harlow. Nunca lo he sido. No obstante, si necesitas pensar lo contrario para poder odiar a alguien y apaciguar tu dolor, que así sea.

Salió de la alcoba. No podía soportar por más tiempo que Harlow lo mirara con aquellos ojos de duda, de desconfianza.

Se dirigió al patio donde Athol, Alec, Brenda y el resto de los Cameron se encontraban.

—¿Qué se sabe? —preguntó su hermano en cuanto estuvo cerca.

—Nada, en realidad —contestó a la vez que se pasaba las manos por el cabello—. Alguien lo apuñaló.

—Lachlan era un hombre fuerte e inteligente —apuntó su tío—. No era fácil de engañar.

—Quiero saber quién hizo esto. No pienso quedarme de brazos cruzados para que la culpa vuelva a recaer sobre mí.

—¿Te refieres a Bryson? —inquirió Alec.

Connor lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo…?

—Anda propagando ese rumor desde que apareció el cuerpo de Lachlan —respondió su hermano a la pregunta que dejó en el aire.

Connor gruñó y se removió incómodo.

—Me refiero a él y a cualquiera que pretenda usar esta tragedia para señalarnos.

—Nunca debimos venir —repuso Brenda—. Seguro que esto forma parte de una trampa de tu esposa. No debiste confiar en ella.

—Harlow no tiene nada que ver con esto —la contradijo—. Está rota de dolor por la muerte de su padre. Creo que tú puedes saber lo que eso significa.

Su hermana no respondió, solo bajó la mirada. Por una vez, supo cuando debía mantenerse en silencio.

—Es posible que alguien quiera culparnos —dijo Alec.

—Pues si alguien ha pensado que podía matar al *laird* de los MacDonald y cargarnos con eso, se equivocó de enemigo —sentenció Connor.

***

Niall volvía de hablar con el reverendo para que se preparase el entierro. También se reunió con el consejo de ancianos. Sentía el peso del mundo sobre sus hombros.

Era el nuevo *laird* del clan.

El título para el que no nació, pero que le tocó aceptar cuando su hermano murió. Sin embargo, nunca esperó tener que hacerse cargo tan pronto. No, con la vitalidad y la fuerza que tenía su padre. Él hubiera apostado la cabeza a que los enterraría a todos.

De repente, notó que le faltaba el aire. Se dobló hacia delante, con las manos apoyadas en las piernas, e intentó respirar. Incluso se

sentía un poco mareado. No quería fallar a nadie y no sabía si estaría a la altura de lo que se esperaba de él.

—Niall, ¿estás bien?

Fyfe se aproximó y apoyó una mano sobre su espalda con preocupación.

El nuevo *laird* MacDonald se irguió y asintió, mientras trataba de que su angustia no se reflejara en su expresión.

—Sí —mintió—. Vengo de hablar con los ancianos del consejo. Todos coinciden en lo mismo.

Su amigo lo miraba, atento.

—¿Y qué es?

—Creen que debo casarme con una mujer que nos aporte una buena alianza, para mantener la estabilidad del clan. Piensan que, tras la muerte de padre, podemos parecer vulnerables.

Fyfe asintió lentamente.

—¿Y qué opinas tú al respecto?

Niall apretó los puños.

—No puedo permitirme el lujo de tener opinión. Solo debo centrarme en lo que es mejor para el clan.

—¿Eso quiere decir que vas a desposarte?

El otro hombre asintió.

—En cuanto encuentre a la candidata adecuada.

Kyla, que llegaba de hacer la colada, se detuvo al escuchar la pregunta de Fyfe y la respuesta de Niall. De la misma impresión, se le cayó el cesto de ropa recién lavada que llevaba entre las manos, lo que llamó la atención de ambos hombres, que se volvieron hacia ella para ayudarla a recoger las cosas.

—Lo siento, no quería interrumpir —se disculpó la joven con las mejillas encarnadas.

—¿Estás bien? —preguntó Niall al notar que temblaba.

—Sí, sí. Muy bien —se apresuró a responder.

Los dos fueron a coger una camisa y sus manos se rozaron. Kyla alzó la mirada hacia él y se perdió en sus ojos marrones, en los

que podían apreciarse pequeñas motas verdes que los hacían muy especiales.

Fyfe, al percibir la expresión enamoradiza de la muchacha, sonrió de medio lado y levantó el cesto.

—Llevaré la ropa dentro —dijo alejándose para dejarlos a solas.

Niall le ofreció la mano a Kyla para ayudarla a incorporarse y ella la posó sobre su palma con timidez sin poder dejar de mirarlo. Aunque su corazón le dolía por lo que acababa de escuchar, latía de manera descontrolada por tenerlo tan cerca y poder tocarlo.

El amor que Kyla sentía por él; silencioso, profundo e incondicional, se expandía dentro de ella y hacía que apenas pudiera respirar.

—Te he escuchado decir que vas a casarte —aquellas palabras salieron de su boca antes de poder contenerlas.

Niall la soltó y asintió.

—He de hacerlo ahora que soy el *laird*.

—¿Y el amor? —en cuanto pronunció la pregunta, se cubrió la boca con la mano, arrepentida.

El hombre frunció el ceño.

—Eso es algo que no me interesa. El amor es para mujeres o para hombres que no tengan responsabilidades. Yo debo centrarme en mi cometido, que es guiar a este clan ahora que mi padre no está.

Kyla pudo notar el dolor que desprendía su afirmación y, sin pensarlo, lo abrazó.

Niall se tensó, sin saber cómo aceptar la ternura que desprendía el gesto de la muchacha. Sin embargo, se fue relajando porque aquella muestra de cariño le trajo algo que necesitaba con desesperación: consuelo.

Rodeó su cintura con los brazos y apoyó la mejilla contra su suave cabello rojizo. Pudo notar su olor. Era fresco y ligero, como a flores silvestres, y cuadraba muy bien con su carácter pizpireto y alegre.

—¡Kyla! —la voz cortante de Shona los hizo separarse de sopetón—. ¿Qué crees que haces?

—Yo… emm… —no sabía qué responder. Solo podía mirar a su hermana y a Niall alternativamente, sintiéndose avergonzada por su arrebato.

—No es lo que crees —respondió Niall por ella, defendiéndola —. Kyla solo me ofreció un abrazo por la muerte de mi padre.

Shona clavó sus fríos ojos castaños en él. Su expresión era pétrea y, en cierto modo, desprendía algo parecido al desprecio.

—Lo lamento, señor. Mi hermana no sabe cómo debe comportarse. Suele olvidar que su lugar es junto a la servidumbre, no con los señores del castillo.

Kyla parpadeó con rapidez, ofendida.

—Shona, por favor… —le rogó para que dejara de humillarla.

—Lamento que haya tenido que soportar su desvergüenza. Le prometo que no volverá a suceder.

Asió a su hermana con brusquedad por la muñeca, clavándole las uñas, y tiró de ella para alejarla de allí. Cuando estuvieron alejadas de Niall, Kyla se soltó de su agarre de un tirón y la enfrentó.

—¿Por qué me tratas así? —inquirió con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo—. ¿Qué te he hecho yo para que me odies tanto?

Shona la miraba sin compasión por el dolor que desprendían sus preguntas.

—No te odio, solo estoy protegiéndote. ¿O te crees que no veo el modo en que le miras? Todo el mundo es consciente de tu absurdo enamoramiento hacia él, pero eres una ilusa si esperas que Niall sienta lo mismo por ti algún día. ¿Por una simple sirvienta? —Emitió una risa amarga—. No seas ingenua. Si llegaras a tener algo con él, no serías más que una mera distracción. Así que deja de comportarte como una ramera.

Los ojos de Kyla se llenaron de lágrimas.

—¿Qué ganas con hablarme así? ¿Eso te hace sentir que eres superior a mí? ¿Te gusta recordarme que no valgo para nada más que no sea servir?

Shona la miró en silencio durante un instante antes de responder:

—Lo único que quiero es no tener que recoger los pedazos que queden de ti cuando te haga a un lado. Cuando te desprecie. Madre te dejó a mi cargo tras morir, solo intento protegerte, aunque sea en contra de tu voluntad.

Sin más, se dio media vuelta y se alejó.

Kyla se quedó allí plantada, incapaz de contener por más tiempo las lágrimas. Se sentía avergonzada y con el corazón hecho mil pedazos.

CAPÍTULO 30

El cielo se teñía de azul profundo y el viento susurraba entre los árboles como si llevara consigo los ecos de las voces de los que ya no estaban junto a ellos. El sonido de las gaitas comenzó a llenar el aire con una melodía triste.

Harlow y sus hermanos estaban junto al féretro de Lachlan, cubierto con un tartán con los colores de los MacDonald.

La joven permanecía erguida, con los ojos fijos en la tumba y el semblante pálido pero sereno. Niall se mantenía en silencio, con la mirada perdida y una expresión decidida. Mientras que Bryson apretaba con fuerza los puños, la rabia por aquella injusta muerte latía bajo su piel.

Connor, con sigilo, avanzó hacia su esposa, seguido de su hermano y su tío, para demostrarle su apoyo. No obstante, en cuanto Bryson se percató de su presencia, su rostro se transformó.

—¡¿Qué haces aquí?! —Bramó furioso—. Este es el entierro de mi padre y ningún sucio Cameron lo va a empañar con su presencia.

Connor lo enfrentó con calma, pero con firmeza.

—Estamos aquí por respeto a Lachlan y por mi esposa.

—¡Largo! —gritó Bryson yendo hacia él y estampando un puño con fuerza contra su rostro.

Connor recibió el golpe con estoicismo. Un hilo de sangre corrió de su labio a su mentón. Dio un paso adelante, agarró de la camisa al joven MacDonald y le asestó un puñetazo directo en el ojo.

De manera apresurada, Alec agarró a su hermano del brazo, y Fyfe hizo lo propio con su amigo. No era el momento ni el lugar para que se desencadenara una pelea.

—Ya basta, Connor. No te dejes llevar por la ira. Recuerda lo que se está celebrando aquí —le recordó su hermano.

—Bryson, no hagas esto durante el entierro de tu padre —pidió Fyfe.

Harlow se puso entre ellos y los miró con desaprobación.

—Os pido que respetéis esta ceremonia —dijo con firmeza.

Connor clavó sus ojos en ella y negó con la cabeza. No podía creer que lo pusiera al mismo nivel que a su hermano.

—Nada de esto ha sido culpa mía.

Harlow le mantuvo la mirada, pero se quedó en silencio.

—Por favor, Cameron. Marchaos —suplicó Niall con calma—. Puede que no sea justo lo que te pido, lo sé, pero hazlo por nuestra tranquilidad en este día tan difícil. Hazlo por Harlow.

Connor asimiló sus palabras y respiró hondo. Después, observó una última vez a su mujer. Ella no se movía, no decía nada, solo mantenía el mentón en alto y una expresión de profunda tristeza ensombrecía su mirada.

Finalmente asintió, comprendiendo que su presencia en aquel momento no ayudaba. Se dio media vuelta y, al pasar junto a Niall, le susurró:

—Cuida de ella.

El nuevo *laird* asintió con solemnidad.

Entonces Connor se alejó. Alec y Athol fueron tras él.

Los hermanos MacDonald volvieron a tomar sus puestos junto al féretro de su padre y el sacerdote continuó con la ceremonia como si nada hubiera pasado.

Las palabras del hombre de Dios caían sobre ellos como una losa, al igual que la tierra que cubrió el cuerpo de Lachlan.

Cuando el rito llegó a su fin, la gente comenzó a dispersarse con gestos de pesar, palabras tristes y lágrimas en los ojos. Sin embargo, Niall, Bryson y Harlow permanecieron inmóviles.

—Te extrañaré cada día del resto de mi vida, padre —murmuró la joven con la voz quebrada.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—He fallado de nuevo —aseveró Niall—. No pude proteger a Shaw y tampoco lo hice con padre. ¿Cómo voy a ser capaz de hacerlo con todo el clan?

Bryson apretó las mandíbulas.

—No es culpa tuya, hermano.

—Es cierto —dijo Harlow—. La culpa fue mía.

—Estoy de acuerdo —soltó Bryson—. Nunca debiste traer aquí a ese sucio Cameron.

Harlow se volvió hacia él.

—No me refiero a eso —rebatió con el mentón alzado—. En realidad, si lo pienso fríamente, no creo que haya tenido nada que ver.

—¡Oh, por Dios! —se lamentó su hermano pequeño, desesperado—. ¿Cómo puedes creerlo?

—He podido conocer a Connor, y durante el tiempo que he estado con los Cameron, he tenido tiempo de saber cómo es. Además, creo que la muerte de padre está relacionada con algo que le conté la misma mañana de su muerte.

Niall entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres, Har?

—Hallé un diario en la habitación de Shaw. En él explicaba que estaba enamorado, pero que era un amor imposible por su posición de hijo primogénito. También encontré una carta de su amante, en la que le echaba en cara haber jugado con ella.

»Cuando se lo dije a padre, él pareció tener algunas respuestas que yo desconocía, pero no me contó nada. Me prometió hacerlo cuando acabaran los festejos. No obstante, eso… —Sus ojos volvieron a cargarse de lágrimas—, eso no fue posible, como bien sabéis.

—¿Shaw tenía una amante? —inquirió Bryson—. ¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó a su hermano—. Siempre te lo contaba todo.

Niall negó con la cabeza.

—Ni una palabra, pero si Harlow cree que eso tiene algo que ver con su muerte y la de padre, no cejaré en mi empeño por descubrir la verdad.

—Ya somos dos —sentenció Bryson.

Harlow se los quedó mirando. Eran la única familia que le quedaba.

—La muerte nos ha quitado demasiado, pero no debemos permitir que también nos aleje. Aunque el mundo a nuestro alrededor se hunda, siempre nos tendremos los unos a los otros. Como hermanos. Como familia.

Los tres jóvenes pasaron sus brazos sobre los hombros del otro y unieron sus frentes. Era una silenciosa promesa de que podían estar heridos, pero resurgirían de sus cenizas con más fuerza. Juntos.

***

Harlow, aún con el rostro pálido y los ojos enrojecidos, regresaba a Dùn Dubh junto a sus hermanos, pero al cruzar el patio, se detuvo en seco. Los Cameron ensillaban sus caballos y parecían prepararse para la partida.

—Perdonadme un momento —les dijo a Niall y Bryson—. Esperadme dentro, enseguida me reuniré con vosotros.

Su hermano mayor asintió y agarró al otro del brazo para conducirlo hasta el interior del castillo.

Ella, con paso firme y decidido, avanzó hacia su esposo.

—¿Qué haces? ¿Te marchas?

Connor se giró lentamente y colocó sus manos sobre sus caderas.

—Nos marchamos —la corrigió—. Hemos de regresar al clan.

Harlow abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? ¡No! —exclamó furiosa—. Yo no voy a irme a ninguna parte. Debo quedarme aquí.

—¿Hasta cuándo?

—Pues… yo… No lo sé —reconoció.

Connor suspiró.

—Eso imaginaba, y lo comprendo. Sin embargo, no podemos permanecer más tiempo alejados del clan. Lo lamento.

—¡No me marcharé! —gritó desenvainando su espada y apuntándole con ella.

El hombre avanzó sin apartar los ojos de los suyos hasta que la punta de la hoja estuvo apoyada contra la piel de su garganta.

—Entiendo lo que sientes, lo que es perder a un padre. De todos modos, mi clan me necesita y tú eres mi esposa. Así que, si no vas a matarme, te sugiero que te prepares para la partida.

—No lo entiendes. No sabes lo que es cargar con la culpa de haberle contado algo a mi padre que pudo ser la causa de su muerte.

—¡No me hables de culpa! —alzó la voz—. ¡Habéis vuelto a ponerme la marca del traidor por algo que no hice! Creía que me conocías lo suficiente bien como para saber que no haría algo semejante, sin embargo, vuelves a señalarme.

Harlow hubiera querido decirle que en realidad solo fue un momento de debilidad, una duda pasajera, pero que, en el fondo, nunca creyó que pudiera haberlo hecho. No obstante, permaneció en silencio. No supo si por miedo a mostrar parte de sus sentimientos hacia él o por orgullo. Solo lo hizo.

Connor sonrió con amargura.

—Ya veo —repuso sarcástico—. Prepárate, partimos al atardecer.

Tras aquellas palabras retiró la espada de Harlow de un manotazo y se alejó a grandes zancadas.

Ella se volvió para verlo alejarse y, con impotencia, emitió un grito desgarrador. No sabía cómo manejar la situación, se sentía frustrada y atrapada en medio del caos y la tristeza que la embargaba.

—Debes comprenderlo, cuñada —dijo Alec aproximándose a ella con una expresión comprensiva—. Es preciso que regresemos al clan. De hecho, ni siquiera debimos venir para los festejos.

La muchacha lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir?

—Después del ataque de Gowan Henderson hemos estado alerta para que no volviera a suceder. Venir aquí ha dejado a nuestro clan expuesto. Vulnerable. Y, aun así, decidió acudir a los festejos. Además, aún anda suelto quien atacó a Connor, a Riley y a Wallace.

—Si tan preocupado ha estado por el clan y esos ataques, ¿por qué no me dijo nada? ¿Por qué decidió venir?

—Por ti.

Harlow se sorprendió.

—¿Por mí?

—Porque sabía que reunirte con tu familia te haría feliz. Para él valía la pena arriesgarse a cambio de verte sonreír.

Un nudo se formó en la garganta de la joven al oír las palabras de Alec. Que la hubiera priorizado de ese modo era algo que no esperaba y la confundía y emocionaba a partes iguales.

—Intenta no juzgar a mi hermano con tanta dureza. Es un buen hombre y está dándolo todo por ti —repuso antes de regresar junto a los caballos y el resto de los Cameron.

Harlow envainó su espada con movimientos lentos y, arrastrando los pies, tomó el camino hacia el castillo. Cuando lo tuvo delante, se detuvo con la mirada clavada en las torres. El viento le agitó el cabello oscuro y le trajo recuerdos de las personas a las que no volvería a ver.

Visualizó a su padre, con ese porte estoico, junto al portón, dándole la bienvenida a casa. A su madre mirándola con aquella dulzura que siempre desprendía y que ella no había heredado. Y a Shaw…, él fijaba sus ojos sobre ella con esa mezcla de orgullo y amor que siempre sintió por su hermana.

Y entonces, lloró.

No con sollozos o aspavientos. Solo un llanto silencioso que nacía del alma.

—Esto también pasará —dijo una voz suave a sus espaldas.

Volvió el rostro para encontrarse con Brenda, que también observaba el castillo con pesar. La enemistad que siempre hubo entre ellas parecía haberse esfumado en aquel momento, como si no hubiera espacio para otra cosa que no fuera el dolor que flotaba en el aire.

—No lo creo —murmuró Harlow.

—No del todo, no para siempre, pero se apaciguará. La tormenta que ahora se desencadena en tu interior irá atenuándose hasta convertirse en una llovizna primaveral.

—Comprendo que tú también has pasado por algo similar —dijo, refiriéndose a la muerte de su padre.

Brenda clavó sus ojos azules sobre los ambarinos de Harlow.

—Así es. En dos ocasiones —respondió con honestidad—. Cuando mi padre falleció y… y cuando mataron a mi prometido.

—¿Estuviste prometida?

Su cuñada asintió.

—Con el amor de mi vida —aseguró—. Se llamaba Eiden y era el herrero de mi clan. Un joven fuerte, terco, con las manos llenas de hollín y el dueño de mi corazón.

»Nos amábamos desde que no éramos más que un par de niños, y cuando fuimos lo suficientemente mayores para estar juntos, me pidió matrimonio bajo un gran roble.

»Dos semanas después lo mataron por culpa de una disputa de clanes. Ni siquiera era su guerra. Fue tan injusto. Creo que mi corazón dejó de latir y, desde ese instante, no volví a ser la misma.

Harlow asimiló todo lo que le explicó.

—¿Por qué me cuentas esto? No es que seamos amigas.

—Y no lo somos —afirmó con seguridad—. Pero hoy, cuando vi tu expresión, tan cargada de dolor, rabia e impotencia… me vi reflejada en ti. Y aunque creas lo contrario, no soy una mala

persona, solo alguien que pelea y saca los dientes por defender de cualquier amenaza a las personas a las que quiere.

»Llora si debes hacerlo, Harlow. Llora todo lo que necesites para después sacar fuerzas de donde sea y seguir adelante. Puede que ya no vuelvas a ser la misma, que te cueste ver el lado bueno de las cosas, sin embargo, eres una mujer valiente, sé que sabrás reponerte.

»El amor verdadero no muere. Solo se queda atrapado en el tiempo como un eco que no desaparece y que regresa de otra forma… con el rostro de otra persona, que de nuevo te trae calma y un resquicio de esperanza de que la felicidad puede regresar de nuevo a tu vida.

Ambas compartieron una mirada de complicidad, silenciosa y cargada de un nuevo respeto de la una hacia la otra.

—¿Acaso pueden mis ojos no cegarse con el brillo de tanta belleza? —preguntó Fyfe aproximándose a ellas, pero con su atención fija en la preciosa muchacha rubia.

Llevaba el cabello castaño algo revuelto y una sonrisa ladeada dibujada en su atractivo rostro. Sin duda, era muy atractivo.

Brenda lo observó de reojo y su postura se tensó.

—¿No tienes a otras incautas a las que engatusar con tus cumplidos vanos? —espetó con sequedad.

Fyfe rio.

—Señorita Cameron, siempre tan dulce y delicada como una linda flor.

Ella puso los ojos en blanco y, como si la conversación que tuvo segundos antes con Harlow no hubiera existido, se dio media vuelta y se alejó.

Por primera vez, Harlow pudo ver más allá de aquella fachada de soberbia y resentimiento. Descubrió que Brenda no era una mujer fría y dañina, solo se había forjado una armadura para protegerse del dolor, de la pérdida del amor que pudo ser y no fue…

En ese instante la entendió.

Su cuñada no era dura por naturaleza. Era una mujer que había amado con tal intensidad que, cuando su corazón se rompió, decidió no volver a abrirlo para nadie más. Porque, a veces, las peticiones de auxilio no se gritan, no se expresan, solo se disfrazan de sarcasmo, de orgullo y de rebeldía; y quien ha sufrido con la misma intensidad puede reconocerlo.

CAPÍTULO 31

El grupo de los Cameron cabalgaba de camino a su clan. La despedida de Harlow con sus hermanos y con Kyla fue dura y emotiva.

A ambos lados de ella iban Fyfe y Ogilvy, que trataban de animarla con conversaciones amenas y divertidas.

Connor, que iba a la cabeza del grupo, se volvió en busca de Harlow. Tiró suavemente de las riendas para que su caballo redujera la marcha, hasta que se emparejó con el de la joven.

Los guerreros MacDonald se hicieron a un lado para darles intimidad.

—Harlow, ¿podemos hablar?

—No hay nada de lo que hablar —respondió sin apartar la mirada del horizonte.

—Sé que estás dolida por haber tenido que partir de modo tan repentino, pero no tenía otra opción. Los Henderson podrían decidir atacar nuestro clan en cualquier momento, por no hablar de la persona que mató a Wallace.

—Lo sé. Alec me lo explicó.

Connor frunció el ceño. No sabía que su hermano había hablado de eso con ella.

—Y si lo sabes, ¿por qué estás furiosa?

—Porque me has obligado a seguirte —clavó sus ojos relampagueantes sobre él—. Entiendo que tú tuvieras que regresar, pero mi deber era quedarme con mi familia.

Las mandíbulas de Connor palpitaron.

—Soy tu esposo, eso también me convierte en tu familia.

—No por mucho tiempo —rebatió.

El *laird* gruñó.

—Harlow…

—No quiero oír más explicaciones —lo cortó—. Ya me tienes siguiéndote como un perrito fiel, tal y como querías.

Connor apretó las riendas con fuerza. Le gustaría confrontarla y decirle que estaba harto de que le culpara de todos los males que sucedían en su vida. Sin embargo, respiró hondo para mantener la calma.

—Vamos a detenernos para hacer un descanso —alzó la voz para que los guerreros lo oyeran—. Creo que este claro será un buen lugar.

Todos detuvieron sus caballos y desmontaron. Harlow tomó el arco que llevaba sujeto en su montura y decidió ir a cazar. Quizá eso la ayudara a desfogar esa rabia que sentía bullir en su interior. Ni siquiera ella misma comprendía el motivo, solo que allí estaba y que tenía deseos de descargarla con su esposo.

Se internó entre los árboles con la idea de cazar algo que llevarse a la boca. Con sigilo y el arco en alto para estar preparada por si alguien andaba por allí, buscó rastros de huellas.

Estaba atenta al más leve movimiento entre los arbustos.

El silencio era absoluto. Solo escuchaba su respiración y los latidos de su corazón. Por eso, cuando oyó un crujido tras ella, se giró al instante guiada por el instinto y soltó la flecha. Su silbido cortó el aire.

—¡Por todos los demonios! —espetó Connor.

Logró esquivar la flecha, que quedó incrustada en el tronco de un grueso árbol, a escasos centímetros de su cabeza.

—¿Qué hacías acechándome? Podría haberte matado —espetó la joven tras bajar el arco.

—No sería la primera vez —ironizó.

Harlow se puso en jarras y arqueó una ceja.

—¿Por qué me seguías?

—No es seguro que vayas sola. Podrías toparte con bandidos.

—Sé defenderme.

—También sabía hacerlo tu padre.

La joven dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado.

—No hables de él —murmuró con rabia.

—Es justo de eso de lo que tenemos que hablar —dijo aproximándose a ella con decisión—. Quiero que dejes de hacerme sentir que soy la causa de tus desgracias. Que cejes en tu empeño de señalarme de las peores atrocidades.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Que no crees que yo lo matara! —bramó—. Que, por una vez, confíes en mí.

—No puedo hacerlo —gritó con los ojos llenos de lágrimas—. Porque la alternativa de que tú no lo hicieras es que lo mataran por algo que yo le expliqué y no puedo soportarlo.

Un sollozo escapó de su garganta y las lágrimas comenzaron a brotar con violencia, como una tormenta contenida que por fin se liberaba.

Se cubrió el rostro con las manos, sacudiéndose a causa del llanto.

Connor no dijo nada, solo la abrazó. Ella escondió el rostro en el hueco de su cuello, reconfortada por su calor y los acompasados latidos de su corazón.

Permanecieron así largo rato, hasta que pudo calmarse. Entonces, se separó un poco de él para poder mirarlo a los ojos. No al guerrero. No al *laird*. Solo a Connor. Su esposo. El que la había sostenido pese a lo injusta que estaba siendo con él.

Sin poder contenerse, lo besó.

Fue un beso lleno de pesar, de ternura y de gratitud. Un beso que hablaba de todo lo que sentía por él y que no le había dicho.

—Me siento tan sola —se lamentó cuando el beso llegó a su fin.

—No es cierto. Me tienes a mí. Estoy contigo —susurró Connor contra sus labios—. Jamás te dejaré sola. —Tomó su rostro entre las

manos y la miró con una intensidad que la hizo estremecer—. Te amo, Harlow.

Ella se quedó inmóvil y el mundo pareció desvanecerse a su alrededor.

Se sentía emocionada y sobrecogida por la magnitud de aquella declaración, sin embargo, a su mente acudió la promesa que le hizo a Fia de alejarse de Connor cuando su unión de manos llegara a su fin.

Apretó los dientes y se alejó de él unos pasos.

—Estás confundido, lo que sientes por mí no es amor.

Su marido la miró con extrañeza.

—No, no lo estoy. Estoy seguro de mis sentimientos.

—En ese caso, te has confundido conmigo —repuso con fingida frialdad—. Yo solo estoy cumpliendo la promesa que hice de permanecer a tu lado un año y un día, pero nada más.

La expresión de Connor expresaba confusión y dolor.

—Todo lo que hemos vivido no puede haber sido mentira.

—No era una mentira, solo me dejé llevar por la pasión. Aun así, que me guste retozar contigo no implica que mis sentimientos hacia ti hayan cambiado.

Las mandíbulas de su marido palpitaron. Dio varios pasos atrás, como si necesitara poner distancia entre ellos.

—Lamento haberte malinterpretado —declaró con la voz fría.

Harlow forzó una sonrisa.

—No tiene importancia. Y ahora, si me disculpas, me gustaría cazar sola.

Se dio media vuelta y se alejó entre los árboles sintiendo que a la vez que destruía las esperanzas de Connor, se había condenado a sí misma.

El beso aún ardía en sus labios y su «te amo» resonaba en sus oídos.

Se detuvo junto a un grueso roble y apoyó la espalda contra él. Cerró los ojos y tragó el nudo que le aprisionaba la garganta.

¿Cómo podía pasarle esto? Se había enamorado del hombre al que juró odiar y al que prometió abandonar. Estaba irremediablemente perdida.

CAPÍTULO 32

Cuando llegaron frente a Daingneach Cloiche, los habitantes del clan les dieron un caluroso recibimiento. Sin embargo, el abuelo también se apresuró a contarles que los dos guerreros a los que Connor mandó al clan Henderson para vigilar habían visto como se organizaban para lo que parecía una guerra, y lo más probable es que fuera contra ellos.

Connor escuchaba con una expresión seria, a la vez que ya pensaba un modo de defender el clan, con el menor número de heridos y muertos posibles.

—¡Y todo es culpa tuya! —bramó Bruce señalando a Harlow con su nudoso dedo índice—. Tu estratagema de colarte en el cuarto de Connor en plena noche ha traído la guerra a nuestras tierras.

Los murmullos no se hicieron esperar.

Harlow, con el mentón alzado, dio un paso al frente; no obstante, no tuvo la oportunidad de contestarle, pues Connor se le adelantó.

—No debes preocuparte por ella, Bruce. Dentro de unos meses, cuando finalice nuestra unión de manos, regresará a su clan y yo podré volver a proponerle a Gowan casarme con su hija. Solo necesito hablar con él y conseguir que me escuche.

El silencio que siguió a aquellas palabras fue denso.

Harlow lo miró, dolida por el tono indiferente que usó, unido a la idea de que cuando ella se marchara, se casaría con la hija del *laird* Henderson.

Notó que no solo había hablado pensando en el clan, sino que la herida que le causó con su rechazo en medio del bosque aún

sangraba. Un recordatorio de que permanecían juntos, pero que el final ya estaba escrito.

Connor no la miraba. Su rostro parecía más duro y sus ojos verdes más fríos. Le había roto el corazón y le pesaba verlo con tanta claridad.

—Será un alivio cuando regrese a su clan —prosiguió diciendo Bruce, satisfecho con lo que dijo su *laird*—. Ya ha causado suficientes problemas. Me aterraba imaginarte casado con esta… mujer —pronunció la palabra con desprecio— para el resto de tu vida. Es una vergüenza para el clan tras su desvergonzado comportamiento.

Harlow sintió aquellas afirmaciones como una bofetada.

—Me importa bien poco lo que opinen los demás de mí —se defendió con los puños apretados, pese a que por dentro no pudo evitar sentir un pellizco en las entrañas.

Y no era por la humillación pública o los desprecios del anciano, sino al darse cuenta de que jamás sería aceptada del todo entre esas personas a las que, en su gran mayoría, había tomado cariño.

—¡Basta! —intervino Connor con firmeza al percibir el brillo de tristeza en los ojos de su esposa—. Harlow luchó a nuestro lado cuando los Henderson nos atacaron. Ha sido amable con todos vosotros, os ha echado una mano cuando la habéis necesitado.

»Es una luchadora. Ha perdido a su padre hace escasos días y, aun así, ha seguido adelante sin doblar la rodilla. Y si vais a seguir juzgándola por un error que cometió y que yo ya he perdonado, los que no merecéis respeto sois vosotros.

Bruce gruñó y lo miró con expresión de pocos amigos, mientras el resto de los presentes lo escuchaban en silencio.

—Acabas de decir que pondrás fin a vuestro matrimonio cuando el plazo del *handfasting* termine —terció el anciano.

Connor clavó sus ojos verdes sobre ella.

—Y así será, pero no por deseo mío. A pesar de lo que ella pueda sentir por mí, yo la amo y no voy a permitir que nadie la insulte en mi presencia. Si eso significa que no me veis como el *laird*

que necesitáis, renuncio a mi título. No voy a fingir que Harlow no me importa solo para mantener vuestro respeto, porque lo cierto es que daría mi vida por ella.

El corazón de la aludida latía con fuerza tras esa declaración. Su mente era un torbellino de pensamientos: la promesa a Fia, el amor que sentía por Connor, a lo que él estaba dispuesto a renunciar por ella…

Y entonces, dejándose llevar por un impulso, corrió hacia su esposo. Connor apenas tuvo tiempo de sostenerla y alzarla en brazos, para después recibir el apasionado beso que le dio.

Fue largo, profundo y lleno de todo lo que había ocultado tras capas de fingida indiferencia.

Cuando se separaron, Harlow apoyó la frente contra la de él.

—No sé qué va a pasar en el futuro, solo quiero que sepas que no voy a seguir huyendo de lo que siento por ti.

Connor sonrió.

—¿Lo que sientes por mí? Creía que dijiste que estaba confundido con respecto a tus sentimientos.

—Te mentí.

El *highlander* negó con la cabeza y suspiró.

—Pequeña embustera.

Con delicadeza, la dejó de nuevo en el suelo, mientras el silencio reinaba en el ambiente.

Lamont, haciéndose cargo de la situación, dio un paso firme hacia el consejo de ancianos, entre los que se incluía Bruce, que habían presenciado toda la escena.

—Creo que es el momento de dejarnos de juicios absurdos. He vivido lo suficiente como para ver a demasiados hombres llevando nuestro apellido con honor. Unos por su fuerza, otros por la astucia, pero pocos con el corazón de guerrero que acabo de apreciar en mi nieto.

»Muchos creéis que ser un Cameron es blandir una espada para proteger estas tierras y mantener nuestras tradiciones. Y sí, eso es

parte de lo que somos, pero hay más, bastante más que no se enseña en los campos de entrenamiento, y es el valor de amar sin miedo. De desnudar tu alma frente a personas que sabes que van a juzgarte y, aun así, elegir seguir a tu corazón.

Se giró hacia su nieto.

—Tú, mi muchacho, eres digno de llevar nuestro apellido y el título de *laird* que regentas. No porque lo heredaste, sino porque eres leal, honesto y de grandes valores. Todo lo que necesita nuestro clan.

Connor posó una de sus grandes manos sobre el hombro de su abuelo e hizo un asentimiento de cabeza en forma de agradecimiento por sus palabras.

—Muy conmovedor, Lamont —intervino Bruce con desdén—. Pero no creo que los Henderson se detengan con palabras bonitas. Eso no servirá para atajar la guerra que se avecina.

Los ancianos del consejo emitieron un murmullo de inquietud.

Y entonces Alec dio un paso al frente.

—Quizá yo tenga la solución para eso.

Todos los presentes centraron su atención en él.

—¿A qué te refieres? —le preguntó su tío.

Alec respiró hondo, después alzó la voz para que todos lo oyeran:

—Yo me casaré con Fenella Henderson.

—¿Qué estás diciendo, Alec? —inquirió Connor aproximándose más a él—. No vas a hacer eso.

Su hermano lo miró con una sonrisa ladeada.

—¿Por qué no? ¿Acaso siempre tienes que ser tú el único que se sacrifique por el bien del clan?

—Alec, esto no es un juego —murmuró para que solo él lo oyera—. Fenella no es como las mujeres que te gustan. Ella es…

—La hija de Gowan —lo interrumpió—. Y la clave para evitar una guerra. Si que me case con ella puede traer la paz, que así sea. Por el clan, por nuestra familia.

Ambos hermanos se miraron a los ojos y Connor pudo ver la determinación en los azules de Alec. Suspiró con una mezcla de orgullo y pena porque tuviera que renunciar a elegir a su futura esposa, cuando esa losa hubiera tenido que recaer sobre él. Aun así, apreció el sacrificio que estaba dispuesto a hacer.

—Enviaré un mensajero al clan Henderson para que le haga llegar a Gowan la propuesta.

—Buena decisión, hermano —repuso Alec sin perder la sonrisa.

Harriet se aproximó a ellos dos con paso sereno. Su vestido tostado ondeaba suavemente y su aura daba muestras de fuerza y calma.

—Estoy tan orgullosa de vosotros, hijos. Vuestro padre se hubiera sentido satisfecho de los hombres en los que os habéis convertido.

—Gracias, madre —dijo Connor.

—Gracias —repitió Alec.

Harlow se emocionó porque a ella ya nadie le diría esas palabras. Había perdido a sus dos padres y, con ello, el amor incondicional que representaban sus figuras.

Con sigilo, se alejó y se fue a su alcoba. Estaba en penumbra cuando entró, así que prendió una vela para iluminarla.

Respiró hondo y se llevó una mano al pecho como si de ese modo pudiera contener el torbellino de emociones que notaba dentro de ella.

—¿Estás bien? —la voz de Connor la hizo volverse hacia la puerta.

—No —murmuró—. No lo estoy.

Su esposo avanzó hacia ella cerrando la puerta tras él. Con los nudillos le acarició con suavidad la mejilla.

—Han sido demasiadas emociones juntas.

—No sé cómo vivir esto —dijo con la voz quebrada—. Cuando estás cerca, me cuesta respirar y tengo dificultad para pensar

cuando me miras como lo estás haciendo ahora. Tu olor me descoloca y se cuela en mi cabeza, persiguiéndome durante horas.

»Aunque haya fingido lo contrario, te amo. ¡Te amo, Connor Cameron! Y me da miedo lo que siento por ti porque sé que va a destruirme.

Él sonrió con ternura y enmarcó su rostro entre las manos.

—No voy a destruirte, Harlow —le aseguró, malinterpretando sus miedos.

Se inclinó sobre ella y besó sus labios casi con reverencia. Como si el mundo entero se redujera a ese instante, esa pasión compartida, esa manera de entenderse sin palabras.

Las prendas de ropa comenzaron a caer al suelo. No tenían prisa. Solo querían sentir sus pieles desnudas para amarse sin máscaras.

Connor miraba con devoción las sinuosas curvas de su esposa. Era tan hermosa que dolía. Sus ojos, que en ocasiones parecían dorados, ahora se veían oscurecidos a causa de la pasión.

La besó con ardor, mientras sus manos recorrían el cuerpo de Harlow. Su piel se erizó a causa del contacto, y se pegó más a él. Necesitaba sentir el calor del cuerpo masculino.

Connor la ayudó a recostarse sobre el colchón, para después colocarse sobre ella. Sin dejar de mirarla a los ojos, la penetró con lentitud.

Harlow soltó un suave jadeo. Una lágrima brotó de la comisura de su ojo y resbaló por su sien. Su marido la enjugó con sus labios al besarla. Le hubiera gustado poder absorber su dolor para que ella no sufriera.

Connor movía las caderas de manera rítmica. La joven rodeó su cintura con las piernas para que la penetración fuera más profunda. Cuando él aceleró sus acometidas, hizo que ambos alcanzaran el clímax.

El *highlander* salió de ella y se dejó caer de espaldas sobre el colchón, sin dejar de abrazarla con uno de sus brazos.

Cuando solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones entrecortadas, Harlow aprovechó para apoyar la cabeza sobre el duro pecho de su esposo.

—Si algún día…, si llega el momento de separarnos…, prométeme que recordarás estos momentos y que te amo con todo mi corazón.

Connor la abrazó con firmeza, como si de ese modo pudiera retener ese instante para siempre.

—Nunca lo olvidaré —respondió—. Eres lo más hermoso y valioso que he tenido entre mis brazos en toda mi vida.

Ambos amantes sellaron aquellas palabras con un beso, porque, aunque el destino los pusiera a prueba, esa noche sería su refugio, su certeza y su «para siempre».

CAPÍTULO 33

La lluvia salpicaba el rostro de Harlow con suavidad, mientras paseaba por los alrededores del castillo.

El peso de la pérdida de su padre se arraigaba en su corazón como la mordida de un depredador. Aún tenía la sensación de que, cuando regresara a casa, él estaría allí para recibirla, aunque eso jamás ocurriría.

También seguía pensando en el diario de Shaw. Además, sus sueños con él eran continuos. Cada noche volvía a ella, pero no sabía qué intentaba decirle.

Y por otro lado estaba Connor. El amor que existía entre ellos era sincero y la hacía estremecer, sin embargo, estaba destinado a terminar. Cada día que pasaba, cada caricia compartida, cada mirada… era un recordatorio de su promesa a Fia.

Alec la vio desde el otro lado de la explanada. Notó en sus hombros caídos, en como arrastraba los pies y en su expresión, que se sentía triste.

Se acercó a ella con su andar despreocupado y una sonrisa ladeada en el rostro.

—¿Pensando en salvar el mundo?

Harlow se volvió a mirarlo.

—Pienso en todo más de lo que debería —reconoció, dedicándole una sonrisa triste.

Su cuñado se quedó observándola y luego se cruzó de brazos.

—Ven conmigo, yo sé cómo hacer que olvides todos los males.

La joven frunció el ceño.

—¿A dónde?

—A la taberna. Voy a tomar algo fuerte, a reír y a fingir que no voy a tener que casarme con la apocada de Fenella Henderson en unos días. Me vendría bien tener compañía.

Harlow enarcó una ceja.

—No creo que sea buena idea. Las mujeres no solemos ser bien recibidas en las tabernas.

—¿Y desde cuando a ti te importa lo que los demás piensen? Vamos. —Alargó una mano hacia ella—. ¿No me digas que no te atreves? Venga, escandalicemos a esos puritanos.

La muchacha se puso en jarras, sabiendo que la retaba para que aceptara.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Y tú estás triste y eso es aún peor —repuso—. ¿Qué dices? ¿Me acompañas?

Harlow finalmente asintió.

—Todo sea por ayudarte a no pensar en tu inminente boda.

Alec soltó una carcajada.

—Así me gusta.

***

La taberna estaba cargada de risotadas, olor a cerveza y carne asada. Sobre las mesas descansaban muchas jarras de hidromiel y los hombres parecían tener conversaciones cruzadas.

Alec la condujo hacia un grupo de hombres que se palmeaban la espalda. Los tres iban vestidos con colores diferentes y uno de ellos lucía unas severas cicatrices en el rostro.

—Muchachos, os quiero presentar a mi cuñada, Harlow. —Ellos la observaron con atención y extrañeza—. Estos son Tavish MacKae, Gilroy MacFarlane y Keith Boyd.

—Encantada —dijo Harlow manteniendo la postura erguida a pesar del escrutinio al que la sometían.

—Es un placer conocerla, señora —la saludó Keith, sonriente.

Era el más apuesto de los tres. Con el cabello largo y negro y unos penetrantes ojos grises.

—¿Qué hace ella aquí? —inquirió Gilroy, que era el que lucía las cicatrices, con brusquedad.

—Ha venido a acompañarme —respondió Alec sin más.

Tavish seguía observándola con los ojos entrecerrados a la vez que se acariciaba su espesa barba pelirroja. De repente, su expresión cambió de dubitativa a asombrada.

—Espera… Eres la hija de Lachlan MacDonald, ¿verdad?

—Sí, la misma —contestó ella con solemnidad.

—Lamentamos mucho lo de tu padre —dijo Keith.

—Era un guerrero respetado —terció Gilroy—. Lo vi luchando una vez en la frontera y me impresionó el modo en que blandía la espada.

—Gracias —murmuró—. Era un gran guerrero, pero aun mejor padre.

Alec retiró una silla para que Harlow tomara asiento.

—Voy a ir a pedir dos jarras de hidromiel, ¿de acuerdo?

La joven asintió y lo vio alejarse, mientras ella se quedaba en compañía de sus tres amigos.

La melodía de una gaita comenzó a sonar. El ambiente era festivo y algunas mujeres ligeras de ropa se sentaban sobre el regazo de ciertos hombres.

—También recuerdo a tu hermano… Shaw, ¿verdad? —continuó diciendo Tavish con una sonrisa torcida.

Harlow se tensó porque no le gustaba nada la actitud que percibía en aquel *highlander*.

—Sí, así se llamaba.

—Tavish… —dijo Keith en tono de advertencia.

Sin embargo, el otro hombre soltó una risa guasona.

—Se habló mucho de él durante bastante tiempo —repuso en tono sarcástico.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la joven, tensa.

—Déjalo, Tavish. No es el momento de hablar de esto —le pidió Gilroy.

Pero el aludido lo ignoró.

—Había ciertos rumores sobre su persona. Al parecer, se comentaba que Shaw tenía una enfermiza inclinación… por los hombres.

El silencio cayó como una losa sobre la mesa.

El rostro de Harlow palideció, pero sus ojos ardieron con furia contenida. Agarrando su daga, alargó la mano por debajo de la mesa y clavó levemente su afilada punta en la entrepierna del hombre.

—Cuida tu lengua o te dejaré eunuco —dijo entre dientes.

La sonrisa de Tavish se desvaneció y una expresión de horror se instaló en su cara.

—No es algo que yo haya inventado. Todo el mundo hablaba de ello —se defendió.

Dirigió la mirada a los otros dos guerreros, que, por sus expresiones, confirmaron que no mentía.

—Los rumores a veces son malintencionados. ¡Meras falacias!

—Sea como fuere, eso ya no importa, señora —terció Keith intentando quitarle hierro al asunto.

Harlow se puso en pie de golpe y la silla cayó al suelo con un gran estruendo. Aun así, con la algarabía que había a su alrededor, nadie se dio cuenta.

—Mi hermano fue un hombre leal, honorable y valiente, mucho más de lo que un malnacido como tú será nunca —le arrojó en la cara a Tavish—. Y si lo que insinúas fuera cierto, no me importaría, porque no cambiaría ni una sola cosa de él ni de lo que significaba para mí.

Aún con la daga en la mano, se dio media vuelta y se dirigió hacia Alec, que hablaba con dos guerreros Grant, a juzgar por los colores de sus *kilts*.

—Quiero marcharme —declaró sin dilaciones cuando llegó junto a él.

El joven se giró a mirarla y al ver su expresión y su respiración agitada, entrecerró los ojos. Su sonrisa se desvaneció al percibir también el temblor de su barbilla y la rigidez de su postura.

—¿Qué sucede?

Harlow negó con la cabeza y tragó saliva.

—Solo quiero regresar a casa.

Alec no preguntó más. Asintió, se despidió de los hombres con los que hablaba y la tomó del codo para conducirla a la salida.

—Vámonos.

Caminaron en silencio. Entendía que Harlow no estaba en condiciones para dar explicaciones, por eso le ofreció su presencia sin exigencias.

Cuando ya se encontraban cerca del castillo, Connor los vio y se aproximó a ellos.

—¿De dónde venís? —Su mirada se centró en su esposa—. Te he buscado por todas partes.

—La llevé conmigo a la taberna —respondió Alec con naturalidad—. Pensé que a Harlow le vendría bien distraerse.

—¿A la taberna? ¿En qué demonios pensabas, Alec? —inquirió con desaprobación—. ¿Crees que ese es el mejor lugar para llevar a una dama?

—Tranquilo, hermano, como ves, está bien. No le ha sucedido nada, solo quería que se divirtiera.

—¡No en una taberna! —gruñó.

Mientras Connor y Alec discutían, Harlow aprovechó para escabullirse. Necesitaba respuestas y sabía dónde ir a buscarlas.

Comenzaba a caer la noche mientras andaba entre los árboles. Pocos minutos después, la pequeña casita de Fia apareció frente a ella. Antes de que llamara a la puerta, esta se abrió.

—Te esperaba —murmuró la anciana—. El bosque me susurró que venías en camino.

Harlow se detuvo y se encogió de hombros.

—¿Puede ayudarme? —preguntó sin más.

Fia asintió y se echó a un lado para que pasara dentro. La joven lo hizo y tomó asiento en la silla que le señaló.

—Cuéntame, muchacha. ¿Qué ocurre?

—Necesito respuestas sobre mi hermano. Sueño con él, pero no sé qué quiere decirme. Además… —su voz se entrecortó—, me he enterado de algunos rumores y no sé si son ciertos.

—Entonces, es hora de que hablemos de lo que no se ha dicho abiertamente. De lo que tú aún no logras recordar.

»Tu hermano era un faro. Un alma luminosa, de esas que no se apagan ni cuando el cuerpo muere. Su corazón era puro, niña. Igual que el tuyo.

Fia le entregó una pequeña copa de madera. Su interior contenía un líquido oscuro y espeso que olía a hierbas y a algo más que no supo identificar.

—Bebe —pidió—. Te ayudará a ver lo que tu alma sabe y has olvidado.

Harlow observó el líquido y dudó.

—¿Qué es?

—Un puente entre tú y lo que hay enterrado en el fondo de tu mente.

Sin pensarlo más, la joven bebió la sustancia amarga y terrosa de un solo trago. El repulsivo sabor le hizo cerrar los ojos y que los latidos de su corazón se aceleraran.

De pronto, sus sentidos parecían estar más alerta. Oyó el murmullo del bosque como un canto lejano y también el agua del río correr.

Ella era una niña de nuevo y permanecía escondida entre unos arbustos.

La imagen fugaz de Shaw, con el torso descubierto, aproximándose a la orilla del río se hizo paso entre la neblina. Frente a él, se encontraba un hombre alto al que no logró ver el rostro.

Los vio besarse y como Shaw acariciaba su espalda. Ella, sorprendida por lo que tenía ante sí, echó a correr antes de ser descubierta.

Harlow jadeó y abrió los ojos de golpe. De nuevo estaba en la casita de Fia, que la estudiaba con una sonrisa calmada dibujada en los labios.

—Lo he visto… —murmuró la joven—. Era una niña y lo vi con un hombre. Se besaban, parecía que eran amantes, pero no pude reconocer de quien se trataba.

Fia no varió su gesto, como si nada de aquello fuera algo nuevo para ella.

—Es un recuerdo que tu subconsciente bloqueó.

—¿Por qué?

—Porque eras demasiado pequeña y no estabas preparada para asimilar lo que sucedía. No obstante, el velo ya se levantó y puedes empezar a hilarlo todo.

—No sé cómo hacerlo —reconoció con frustración.

La anciana puso una mano sobre su hombro, con sosiego.

—Lo harás. Confía en mí —dijo con voz pausada—. Pero, recuerda, me hiciste una promesa y debes cumplirla. Cuando llegue el momento, te alejarás de Connor y no mirarás atrás, o habrá consecuencias, y no para ti, sino para esa niña que me pediste que encontrara.

Harlow permaneció en silencio, sobrecogida por aquella advertencia.

Además, en ese recuerdo tan breve y poderoso que tuvo, vio por primera vez a su hermano tal y como era, con esa parte de él que escondía al mundo por miedo al rechazo y a lo que representaba. Una verdad que estuvo segura que le tuvo que pesar, pero que, para ella, no cambiaba en nada lo que sentía por él. Por el contrario, hacía que lo admirara aun más por su fortaleza.

CAPÍTULO 34

La luz de la luna apenas lograba filtrase entre las ramas de los árboles cuando Harlow regresaba de camino al clan. Su corazón seguía agitado por las revelaciones que había tenido y su mente era un torbellino de imágenes: el beso de Shaw con ese desconocido, el peso de la verdad que apenas comenzaba a comprender y la advertencia de que, si no cumplía su promesa de alejarse de Connor, Riley pagaría las consecuencias.

De sopetón, unos gruñidos rabiosos llamaron su atención.

Se detuvo en seco para descubrir de dónde procedían. Un grito asustado la hizo desenvainar su espada y abandonar el camino para adentrarse entre la arboleda.

Ante ella apareció una manada de cinco lobos que rodeaban al viejo Bruce, que trataba de defenderse de ellos con su bastón, mientras sangraba por una brecha que tenía en la frente. El anciano respiraba con dificultad mientras los lobos permanecían tensos, a punto de saltar sobre él.

El instinto de supervivencia de Harlow le dijo que huyera, que no podía defenderse de cinco lobos; no obstante, jamás sería capaz de darle la espalda a nadie a sabiendas de que eso lo condenaría a morir.

—¡Eh! —gritó, y avanzó hacia la manada—. ¡Venid a por mí, bestias!

Tanto los animales como Bruce la miraron. El alfa, un enorme macho con pelaje oscuro y ojos rojizos, le mostró los dientes con fiereza.

La joven no esperó a que se abalanzaran sobre ella y corrió hacia ellos, moviendo su espada con precisión. Giró sobre sí misma

evitando el ataque de uno de los lobos y lo hirió en el costado.

El siguiente la atacó por otro flanco e hincó los dientes con saña en su brazo. Harlow le clavó la espada para que la soltara y rodó por el suelo, evitando una nueva dentellada. Se levantó de un salto y se colocó ante Bruce, apuntando con su afilada hoja a los cánidos, mientras la sangre goteaba de su brazo creando un charco rojo a sus pies.

Entonces, el alfa se lanzó al ataque. Fue un choque brutal que la lanzó de espaldas al suelo e hizo que su espada saliera volando de su mano. Los colmillos del animal estaban a escasos centímetros de su rostro. Con un grito de rabia, Harlow trataba de contener su ataque, mientras que con la otra mano buscaba la daga que llevaba en la cinturilla de su falda. Cuando la alcanzó, la clavó con fuerza en el peludo cuello del lobo. Una vez. Dos. Tres…

Cuando el peso de la bestia cayó sobre ella, lo hizo a un lado con cierta dificultad y se puso en pie, con el vestido, el rostro y el pecho manchados de la sangre del animal.

El resto de los miembros de la manada comenzaron a retroceder al ver que su alfa había caído. En unos segundos desaparecieron entre los árboles y, por fin, Harlow pudo volver a respirar de nuevo. Había estado conteniendo el aliento sin darse cuenta.

Se giró hacia Bruce, que la miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

El anciano asintió.

—¿Has arriesgado tu vida por mí?

Harlow se encogió de hombros y con una de sus mangas limpió la sangre que salpicaba su rostro.

—No iba a permitir que te convirtieras en cena para lobos, a pesar de ser un viejo testarudo.

Bruce gruñó y avanzó hacia ella apoyado en su bastón.

—Esos animales pudieron haberte matado, muchacha —le reprochó—. Un anciano como yo no se merece que nadie arriesgue

ya la vida por salvarlo. Ya he vivido más que suficiente. Además, no te he tratado de la mejor manera desde que llegaste.

Harlow lo miró a los ojos con intensidad.

—En el momento en que me casé con Connor me convertí también en una Cameron, y yo jamás les daría la espalda a las personas de mi clan, por mucho que me odien.

—No te odio, Harlow —aseguró con firmeza—. Solo intento proteger a los míos y… creía que tú eras una amenaza para Connor y el clan. Quizá te juzgué mal y te he dicho cosas que no merecías, pero soy demasiado testarudo para reconocerlo. Sin embargo, esta noche… arriesgaste tu vida para salvar la mía a pesar de todo lo que he dicho sobre ti. Será algo que jamás olvidaré.

Harlow parpadeó, sorprendida por sus palabras.

—No es para tanto…

—Claro que lo es —la interrumpió—. Te has ganado mi respeto y mi lealtad. Pudiste haberte ido y nadie lo hubiera sabido ni culpado. No obstante, te quedaste y luchaste como una guerrera.

La joven sintió que aquellas palabras eran tan sinceras que se emocionó.

—Creo que deberíamos regresar a casa —comentó a la vez que le daba la espalda y se agachaba a recoger su espada.

Ambos comenzaron a caminar el uno junto al otro. Cuando estaban cerca del castillo, Lamont atisbó a verlos. Se percató de las manchas de sangre que lucía Harlow en su vestido, y su expresión se transformó.

—Santo Dios, ¿qué ha sucedido? ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquilo —se apresuró a responder la muchacha——. La sangre no es mía. Al menos, la mayoría de ella.

—Una manada de lobos me acorraló en el bosque y Harlow se enfrentó a todos para salvarme —explicó Bruce.

Lamont la miró con una mezcla de orgullo e incredulidad.

—¿Tú sola los enfrentaste?

La joven se encogió de hombros.

—No tenía otra opción.

—La tenía —la contradijo Bruce—. Pudo huir y dejarme a mi suerte, pero no lo hizo.

Lamont sonrió y asintió.

—Eres más Cameron que muchos de los que llevan este apellido por nacimiento.

—Muy a mi pesar, estoy de acuerdo contigo —concordó Bruce a regañadientes. No le gustaba tener que darle la razón a Lamont.

—Os lo agradezco, pero insisto en que no es para tanto.

—Claro que lo es, muchacha. —Lamont apoyó la mano en el brazo de la joven y notó como componía un gesto de dolor—. ¿Estás herida?

—Uno de los lobos me mordió, pero estoy bien.

—Será mejor que te cure la herida para que no se infecte —sugirió Lamont.

—Hazlo —aseveró el otro anciano—. Yo me retiro por hoy. —Clavó sus ojos sobre Harlow—. Gracias por todo.

Ella asintió y sonrió, aceptando su agradecimiento.

Mientras Bruce se alejaba, Lamont la acompañó dentro del castillo. Pidió a las sirvientas que subieran una tina a la alcoba de Harlow para que pudiera asearse. Él, por su lado, cogió unos paños limpios y un ungüento.

Cuando estuvieron en la habitación de la joven, le pidió que se levantara la manga para revisar sus heridas. Limpió con uno de los paños la sangre seca para examinar bien las marcas de los dientes del animal.

—No es una mordedura leve, pero has tenido suerte de que el lobo no te haya desgarrado la carne. Cuando te bañes, aplícate el ungüento que he dejado sobre la mesita. Ayudará a que sane y no se infecte —dijo Lamont a la vez que limpiaba con cuidado las hendiduras que tenía en el brazo—. ¿Qué hacías a esas horas por el bosque?

Harlow suspiró.

—Hallando las respuestas que necesitaba.

El anciano la miró con suspicacia.

—¿Quieres hablar de ello?

Dudó un instante antes de sincerarse:

—Fui a la cabaña de Fia y me ayudó a recordar algo sobre mi hermano que mi mente había enterrado. Yo… lo vi. Se besaba con un hombre como harían dos enamorados. Por desgracia, no pude ver el rostro de su amante.

Lamont no pareció sorprenderse.

—Y eso te ha descolocado —afirmó.

—Sí —admitió ella—. No porque lo juzgue o me avergüence, es que de repente me planteo si había más cosas de él que no conocía. ¿Y si no era la persona que yo creía?

Lamont dejó el paño a un lado y la observó con ojos sabios.

—No necesitamos saberlo todo de quienes amamos. Tenemos derecho a tener una parcela de nuestra vida solo para nosotros mismos, eso no es malo. Aun así, eso no cambia lo que son. No te hace peor hermana no haber sabido su secreto, ni él por haberlo guardado. Es el mundo en el que vivimos que a veces no nos permite ser libres de mostrar quienes somos en realidad.

—¿Tú también oíste los rumores acerca de mi hermano? —quiso saber.

—Era algo que se hablaba por las tabernas —respondió el anciano con honestidad—. Shaw era un joven noble y un gran guerrero. Era respetado, a pesar de todo, y he vivido lo suficiente para saber que nadie es perfecto. Ni tú, ni yo, ni las personas a las que queremos.

Harlow tenía los ojos brillantes, estaba al borde de las lágrimas.

—¿Y qué debo hacer ahora? ¿Cómo uno esto que he descubierto con la imagen que tenía de él?

Lamont sonrió con ternura y posó una mano sobre su hombro.

—Amándolo aún más. No por quien creías que era, sino por lo que realmente fue. Por lo que tuvo que callar y cargó en silencio.

»Te daré un consejo si me lo permites: cuando el corazón se enfrenta a una verdad que no espera, deja que sienta, que sufra si es necesario, para después volver a amar de nuevo con más fuerza. Porque el amor verdadero no precisa ser perfecto, solo real.

La joven asintió, agradecida por su compresión.

—Tus palabras son como un bálsamo para mí.

Llamaron a la puerta de la alcoba. Lamont la abrió y varios sirvientes pasaron con la tina para que Harlow se bañara. La dejaron y se marcharon con la misma discreción que llegaron.

Antes de irse, el anciano se volvió hacia ella con una expresión comprensiva.

—Recuerda esto, muchacha: los espejos nunca muestran el alma, solo el reflejo de nuestra apariencia. Sin embargo, en ocasiones, ese reflejo no es real del todo. ¿Quién, entonces, puede atreverse a decir que conoce a otro, si ni siquiera nos conocemos completamente a nosotros mismos?

Con esas palabras abandonó la estancia, dejándola a solas con sus pensamientos.

Harlow se deshizo de las armas que llevaba encima y las depositó sobre un arcón. Se quitó la ropa sucia. Cuando se metió en la bañera, el calor del agua la relajó de inmediato y apaciguó el dolor de los golpes que se dio durante la pelea contra los lobos.

Cerró los ojos para relajarse y el rostro de su hermano apareció ante ella. Tan sonriente y con esos cristalinos ojos azules oscuros que transmitían tanta bondad.

Lamont tenía razón. Pese a sus nuevos descubrimientos, Shaw sería siempre quien la protegió y sacó la cara por ella, por muchas travesuras que hiciera. El que dormía con ella para que no tuviera miedo y que le contaba historias para ayudarla a conciliar el sueño. Sería esa alma afín que perdió demasiado pronto, pero que aún la acompañaba. Y lo haría por el resto de sus días, porque hay amores que dejan huella y que, por muchos años que pasen, no se pueden olvidar.

CAPÍTULO 35

Tras un largo baño, se puso el ungüento y se vendó el brazo como pudo. Después se vistió con uno de sus camisones y se acostó para intentar dormir. Sin embargo, era incapaz de hacerlo. Necesitaba compartir con alguien más lo que le sucedió en la cabaña de Fia, así que se dirigió hacia el cuarto de su esposo. Llamó a la puerta, pero nadie respondió.

Le extrañó no hallarlo allí a aquellas horas de la noche, por lo que decidió bajar a ver si lo encontraba en su despacho. Al llegar, la puerta estaba entreabierta y la chimenea prendida en la que se consumían los últimos leños. Su marido permanecía de pie frente al escritorio, de espaldas a ella.

—Connor… —susurró tras entrar a la estancia.

Cuando el hombre se dio media vuelta, se percató de que no se trataba de su marido, sino de su tío, que sostenía un pergamino en una mano y una pluma en la otra. Sus ojos se centraron en el papel escrito y de repente… ¡esa letra!

Era la misma que la de la nota que encontró en el diario de Shaw.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Athol con tono cortante.

El cuerpo de Harlow temblaba de rabia.

—¡Eres un maldito cobarde!

El *highlander* dejó el papel y la pluma sobre el escritorio y, con paso lento, se aproximó a ella.

—¿A qué viene esto? —preguntó con cautela.

—Lo sé —le soltó en la cara—. Encontré tu nota en el diario de mi hermano.

Athol entrecerró los ojos.

—No sé a qué te refieres.

—¡No mientas! —gritó con los puños apretados—. Era tu letra. ¿Qué sucedió? ¿Te sentiste rechazado y decidiste matarlo? ¿Estabas celoso? ¡¿Qué?! Necesito saberlo antes de matarte.

Athol sonrió de manera sombría.

—Te has vuelto loca, mujer.

—¡Y un cuerno! —vociferó con el cuerpo en tensión.

De repente, unos pasos tras ellos los hicieron girarse hacia la puerta. Fyfe los observó con sorpresa.

—Oh, lo siento. No pretendía interrumpir —se disculpó—. Solo venía a por la carta que escribí para mi tío. —Se fijó en la expresión desencajada en el rostro de Harlow—. ¿Sucede algo? ¿Estás bien, Har?

El corazón de la joven bombeaba con fuerza.

—Tú escribiste la carta —susurró con incredulidad—. No fue Athol, fuiste tú. ¡Tú mataste a Shaw!

—Har, ¿qué dices? —negó y sonrió—. Creo que no piensas con claridad. Quizá después de que descanses te sientas mejor.

—No, Fyfe. Es la primera vez en muchos años que veo las cosas claras —aseveró sintiendo la decepción clavada en su pecho—. Leí la nota en la que amenazabas a mi hermano. La tenía oculta entre las páginas de su diario.

Los ojos de Fyfe se abrieron con una mezcla de rabia y temor por haber sido descubierto. Con cuidado, cerró la puerta tras él.

—Jamás debiste hacer eso —dijo entre dientes—. Busqué ese dichoso diario durante años y jamás lo encontré. ¿Cómo pudiste hacerlo tú?

—Mi hermano me ayudó —contestó con el mentón alzado.

Fyfe sonrió de medio lado.

—Pues lamento que lo único que haya conseguido sea que tenga que matarte.

—Eso no va a suceder —decretó Athol interponiéndose entre ellos.

Desenvainó su espada, pero antes de que pudiera alzarla, Fyfe ya había clavado la suya en su costado.

—¡No! —gritó Harlow.

Athol cayó al suelo con un gemido de dolor. Trató de taponar la herida, pero la sangre brotaba entre sus dedos.

—Lamento que te hayas visto involucrado en esto, Cameron.

Con la empuñadura de la espada le dio un fuerte golpe en la cabeza e hizo que perdiera el conocimiento.

Harlow jadeó y se inclinó sobre él para asegurarse de que seguía con vida.

—Eres un maldito bastardo —espetó cargada de ira—. No te saldrás con la tuya. Este castillo está lleno de gente que habrá oído mis gritos.

—Casi todos están dormidos y las paredes de este castillo son lo bastante gruesas como para contener tus berridos, querida.

La joven se puso en pie con lentitud.

—¿Por qué? —indagó con la voz cargada de desilusión—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué fingiste que te importaba? Creía que eras mi amigo. Confiaba en ti.

—Se me da bien fingir, Har —repuso con despreocupación—. He tenido que hacerlo durante toda mi vida. Simular que las mujeres me resultáis atractivas cuando, en realidad, os detesto. ¡A todas! Me causáis repugnancia.

—¿Eso era lo que hacías con Brenda? ¿Fingir?

—Esa arpía es la más odiosa de todas. Cómo hubiera disfrutado rodeando su cuello con mis manos hasta que se quedara sin aliento —dijo con un tono sádico.

Harlow lo miró con una mezcla de tristeza por darse cuenta que no era el hombre que creyó y de asco por ver su verdadero rostro.

—Eras el hombre al que mi hermano besaba junto al río.

Fyfe se tensó.

—¿Cómo sabes eso?

—Os vi. Solo era una niña y no entendí lo que sucedía entre vosotros, por eso guardé ese recuerdo en lo más hondo de mi mente. Por suerte, gracias a una amiga, pude desenterrarlo.

Fyfe apretó con fuerza la empuñadura de la espada.

—Después de todo lo que compartimos…, de las promesas que nos hicimos, él iba a casarse con Murron Gillies. Iba a desecharme como si no fuera más que un excremento pegado a su bota. Como si mis sentimientos no importaran nada.

—¡Shaw te amaba! —dijo Harlow con solemnidad—. Lo leí en su diario. Sufría por no poder vivir vuestro amor en libertad, pero se debía al clan. Solo quería cumplir con su deber, aunque eso le rompiera el corazón.

—¡Mientes! —gritó Fyfe—. Si me hubiera amado, no habría aceptado el compromiso y hubiera huido conmigo.

—¿Y por eso lo mataste?

—Si no era mío, no sería de nadie más.

—¡Eres un ser despreciable!

—Él lo era, no yo —se defendió—. ¡Me usó! ¡Me escondió! No iba a permitir que fuera feliz con su flamante prometida. ¡Eso no iba pasar!

—No fue decisión suya. ¿Es que no lo entiendes? —lo defendió —. El mundo en el que vivimos no os permitía amaros del modo en que lo hacíais. Ojalá algún día eso cambie, pero él era realista y consciente de ello.

—Tú no sabes lo que es estar a la sombra. Tener que vivir a medias, escondido.

—¡Él no tenía la culpa! —espetó con la voz rota—. Shaw también tuvo que esconderse y no por eso descargó su frustración contra nadie. ¡Eres un cobarde, Fyfe! ¡Un maldito cobarde!

—Lo que soy es vengativo —espetó con orgullo.

—¿Y Wallace? ¿Por qué lo mataste? ¿Por qué atacaste a Connor? ¿Y a Riley? Solo es una niña.

—Lo de Connor fue por aburrimiento.

—¿Aburrimiento? —preguntó sin comprender a qué se refería.

—Estaba harto de permanecer aquí, así que pensé que, si me deshacía de él, ya no tendríamos motivos para quedarnos y podría regresar a mi casa. Por desgracia, apareciste antes de que pudiera rematarlo y, después de eso, Athol estuvo más atento a cualquier movimiento extraño. Además, Connor reforzó la vigilancia en el castillo. No volví a tener oportunidad de terminar lo que empecé.

»En cuanto a Wallace y a Riley, me encontré con ellos en el bosque. Estaba recogiendo leña y Wallace se aproximó a mí, mientras la pequeña perseguía a una mariposa. Me dijo que lo sabía. Que sabía que Shaw y yo tuvimos una relación más estrecha que una mera amistad.

—Y no podías permitirlo —dedujo Harlow.

—Exacto —corroboró—. Yo conocía los rumores sobre Shaw, sin embargo, nadie hablaba de mí. Me había asegurado de coquetear con bastantes mujeres como para que todos creyeran que era un mujeriego. Además, si eso se hacía público, hubiera sido un motivo para pensar que yo maté a Shaw. Así que esperé a que estuviera distraído y lo maté.

La piel de la joven se erizó al percibir la frialdad con la que Fyfe contaba lo sucedido.

—¿Y Riley?

—Creí que me había visto asesinar a Wallace, así que no podía dejarla ir. La golpeé y pensé que con eso bastaría, pero me equivoqué, porque la encontraste donde la dejé tirada.

—¡Solo es una niña! —gritó horrorizada por su comportamiento.

—Y por eso no le corté el cuello, que era lo que debí hacer. Me pudo la compasión.

—¿Llamas a eso compasión? —inquirió incrédula.

—Si la hubiera matado en el momento, no habría tenido que vivir después con la angustia de que despertara y me señalara como el asesino de Wallace y su atacante. Quise rematarla cuando la

trajisteis a casa inconsciente, pero no os separabais de ella ni un solo instante.

Harlow negó con la cabeza.

—Eres un monstruo —murmuró.

—No te confundas, solo soy un superviviente, Har. No mato por matar, solo por defenderme o por vengar las afrentas que me hacen.

—¿Y mi padre? ¿Qué te hizo él? —su voz se quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Vino a buscarme para decirme que sabía lo mío con su hijo. Que siempre tuvo sospechas de que Shaw tenía una relación incestuosa con un hombre; que justo ese día descubrió que se trataba de mí. Me explicó que había visto una nota y que reconoció mi letra.

—La nota que yo encontré —susurró la muchacha—. Por lo mismo que yo te he descubierto.

—La misma —asintió sin un ápice de remordimiento—. Le dije que era cierto. Que nos amábamos y que me dolió saber que iba a casarse con otra, pero que jamás le hubiera dañado. Debo de ser muy bueno fingiendo, porque lo convencí. Me creyó y bajó la guardia. Me puso la mano en el hombro y me dijo que comprendía mi dolor, que le hubiera gustado poder ayudar a su hijo, pero que como ya era demasiado tarde, lo haría conmigo. Y entonces… lo apuñalé —declaró con frialdad.

Harlow notó como la rabia bullía dentro de ella.

—Mi padre confió en ti. Te ofreció su apoyo y su cariño, y tú lo traicionaste.

Fyfe no se defendió ni mostró arrepentimiento.

—Como te dije antes, solo miro por mí. Él se convirtió en una amenaza y no tuve otra opción que quitarlo de en medio.

Harlow sentía un dolor tan profundo que ya no le cabía en el pecho. Frente a ella tenía a Fyfe, su amigo, su confidente, su mentor… Y también era el asesino de su hermano y de su padre.

—Te odio —dijo con voz quebrada—. Te odio con cada parte de mi ser, por todo lo que has hecho y el modo en que nos has

engañado haciéndonos creer que nos querías. Ahora me doy cuenta de que solo te quieres a ti mismo.

—Amé a Shaw…

—¡Cállate! —lo interrumpió—. No tienes derecho a pronunciar su nombre.

Fyfe sonrió y avanzó hacia ella con la espada en alto.

—¿Y qué harás al respecto, Har?

—Voy a matarte —decretó con firmeza y sin un ápice de temor.

El *highlander* soltó una carcajada.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Estás desarmada y sé todos tus movimientos. No olvides que yo te los enseñé.

—Si estás tan seguro, intenta matarme de frente, no a traición como hiciste con todos los demás.

Harlow rodeó el escritorio, para tenerlo entre Fyfe y ella, y agarró un abrecartas para poder defenderse.

El hombre volvió a reír y lanzó una estocada hacia ella. Pese a que la joven se movió con rapidez, no fue suficiente para que no le rasgara la manga del camisón y le hiciera un leve corte en el brazo. El mismo brazo que tenía herido tras su pelea con los lobos.

—Eres lenta —se burló—. Siempre lo fuiste.

Harlow no respondió, se limitó a lanzar el abrecartas, que se clavó en el hombro izquierdo de Fyfe, quien soltó un alarido.

—Parece que eso no lo esperabas —se jactó.

El guerrero empujó con furia el escritorio hacia ella. Harlow retrocedió hasta quedarse con la espalda pegada a la pared. La hoja de la espada de Fyfe emitía destellos que el fuego de la chimenea proyectaba en ella. Sus ojos se asemejaban a los del lobo que la atacó hacía escasas horas, saboreando tener acorralada a su presa.

—Se acabó, Har. No tienes adonde correr ni con qué defenderte.

La joven se apoyó en el estante de la chimenea y, de repente, notó un pequeño artefacto alargado. Lo miró de soslayo y se percató de que era la pequeña cerbatana que Connor le enseñó a usar.

Fyfe la miraba sonriente, alzándose ya como vencedor.

—No vas a poder tapar esto. Acabarán sospechando de ti y te colgarán —dijo Harlow para ganar tiempo.

—Por suerte, Athol me proporcionará la coartada que preciso. Haré que parezca que os habéis matado el uno al otro. Todos creerán que descubriste que fue él quien mató a tu hermano y a tu padre, y yo no tendré más de que preocuparme.

Ella aprovechó el momento en que desvió la mirada hacia Athol, que continuaba inconsciente, para coger la cerbatana.

—Lamento que esto tenga que terminar así, Har. Créeme, me caías bien. Al menos, mejor que la mayoría. —Se encogió de hombros—. Es una pena.

Levantó la espada para darle el golpe de gracia y Harlow se arrojó al suelo, se llevó la cerbatana a la boca y apuntó con precisión antes de disparar.

¡Zas!

El dardo silbó en el aire y se clavó en la mejilla de Fyfe, muy cerca de su ojo. Él soltó un gruñido ronco antes de llevarse la mano a la zona afectada para desclavarlo de su piel, con rabia.

—¿De verdad crees que esto va a salvarte?

La mirada de Harlow era fría como el hielo cuando dijo:

—No, pero esto sí.

Agarró la daga de la cinturilla del *kilt* de Athol y, sin dudar, la arrojó con todas sus fuerzas hacia el cuello de Fyfe, que apenas tuvo tiempo de parpadear. El puñal se clavó profundamente en su carne a la vez que un jadeo escapaba de entre sus labios.

Cayó de rodillas al suelo, tratando de detener el flujo de sangre que manaba de su garganta a borbotones.

La muchacha se puso en pie y con un gesto lento, casi ceremonial, le quitó la espada de la mano y se plantó ante él.

Le sostuvo la mirada como la guerrera que era.

Fyfe intentó hablar, pero solo emitió un gorgoteo ahogado.

Harlow alzó la hoja, la misma que él blandió contra ella, y apuntó a su corazón, el que una vez pensó que era noble y bueno.

—Esto es por Shaw, por mi padre y por todos a los que has dañado. Y también por mí. Porque creí que eras mi amigo y jamás lo fuiste. Espero que ardas en el infierno por toda la eternidad, Fyfe.

Él parpadeó, con los ojos cargados de terror, justo antes de que Harlow hundiera la espada en su pecho. El cuerpo del hombre se estremeció una última vez antes de desplomarse en el suelo.

Harlow soltó la espada como si le quemara y las lágrimas comenzaron a manar de sus ojos.

Por fin, la sangre de su hermano fue vengada como le prometió, pese a haber pagado un alto precio. Sabía que la herida que se formó en su alma sería difícil de cerrar, pero no se arrepentía.

CAPÍTULO 36

El cuerpo de Fyfe yacía inmóvil y el aire olía a sangre y a los restos de leña que aún crepitaban en el fuego.

Harlow temblaba como una hoja agitada por el viento, de todos modos, no se permitió venirse abajo. Abrió la puerta del despacho y llamó a voz en grito pidiendo ayuda.

Después, corrió a arrodillarse junto a Athol, que continuaba inconsciente y con la frente y el costado de su camisa cubiertos de sangre. Se rasgó el bajo de su camisón y presionó el pedazo de tela contra sus costillas.

Un instante después, Connor irrumpió en la estancia. Su rostro se desencajó al presenciar la escena que tenía ante sus ojos.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Qué ha sucedido aquí? Venía de los establos cuando escuché tus gritos.

Su esposa alzó sus ambarinos ojos hacia él, estaban anegados de lágrimas. También tenía el rostro pálido y las manos manchadas de sangre.

—Fue Fyfe —respondió con la voz agarrotada.

Connor desvió su atención hacia el aludido.

—¿Qué quieres decir?

—Él mató a Shaw —dijo con determinación—. También a mi padre, a Wallace y casi hace lo mismo con Riley y contigo.

El hombre frunció el ceño.

—Pero… ¿por qué? —inquirió con su furia apenas contenida.

—Porque era el amante de mi hermano —declaró con sinceridad—. Cuando se enteró de que Shaw iba a casarse con Murron Gillies, se sintió utilizado y decidió asesinarlo a sangre fría.

Después, fingió ser leal…, ser mi amigo. Nos ha engañado todo este tiempo. ¡Era un traidor!

—¿Cómo lo descubriste? —indagó.

—Cuando estuvimos en mi clan encontré el diario de Shaw. Dentro de él había una nota que creí que era de la mujer con la que estaba, pero fue Fyfe quien la escribió. Lo amenazaba por abandonarlo. Cuando vine en tu busca al despacho, encontré a Athol con una carta entre las manos y reconocí la letra. Creí que era él el asesino, pero me equivoqué. La carta era de Fyfe. Siempre fue él.

Connor la observaba y asimilaba lo sucedido.

—¿Estás herida?

—Nada de gravedad. Sin embargo, Athol… —dejó la frase en el aire—. Trató de defenderme, pero Fyfe lo apuñaló y golpeó.

Las mandíbulas del *laird* se contrajeron. Tomó una jarra de agua que había en el escritorio y la vertió sobre el rostro de su tío. El agua corrió por sus sienes y un quejido escapó del fondo de su garganta.

—¿Qué…? ¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca.

Connor se acuclilló a su lado y apartó las manos de la joven de la herida de su costado. La examinó. Ya no sangraba.

—Fyfe te atacó —contestó Harlow.

Athol se incorporó para quedarse sentado en el suelo y se llevó una mano a la cabeza, que le dolía horrores.

—Maldito hijo de perra —refunfuñó.

—¿Cómo te sientes, tío?

—Como si una manada de caballos me hubiera pateado.

En ese momento, las voces de Alec, Brenda, Harriet y el abuelo llegaron hasta ellos. Todos se quedaron en el umbral de la puerta, sin entender qué había sucedido.

—¿Qué tipo de fiesta habéis montado? —inquirió Alec, sardónico.

Connor se puso en pie y se giró hacia ellos.

—Luego os lo explicaré. Ahora ve a por la curandera, el tío está herido.

Alec asintió y procedió a hacer lo que su hermano le pedía.

Lamont se acercó a su hijo y se arrodilló a su lado.

—Athol, ¿estás bien?

—Sí, padre —lo tranquilizó—. Solo es un rasguño.

—Así que un rasguño —repitió el anciano con una ceja enarcada, sin creer una sola palabra.

Athol sonrió de medio lado, pero compuso un gesto de dolor. Cualquier movimiento hacía que su cabeza pareciera a punto de estallar.

Al otro lado del despacho, Brenda permanecía inmóvil, con la mirada fija en el cuerpo sin vida de Fyfe. Sus labios temblaban levemente y sus manos permanecían a ambos costados de su cuerpo. No lloraba, sin embargo, su rostro estaba marcado por una mezcla de conmoción y tristeza.

Harlow se dio cuenta de que sentía algo por él, a pesar de que nunca quiso demostrarlo; así que, con lentitud, se puso en pie y avanzó hacia ella hasta detenerse a su lado.

—Brenda… —dijo en un susurro—. Lo siento.

—¿Lo has matado tú? —preguntó en tono acusatorio y sorprendido.

Harlow asintió con un nudo presionándole la garganta.

—No era quien todos creíamos. Él… él mató a mi hermano. Nunca sintió nada por ti, solo fingía para ocultar sus verdaderas pasiones.

—¿Sus verdaderas pasiones? —coreó con el ceño fruncido.

—Sentía… inclinación hacia las personas de su mismo sexo. Las mujeres no le interesaban de ese modo.

Harlow pudo ver como su mirada pasaba de compasiva a desilusionada.

—Comprendo —dijo a la vez que asentía.

—Lo lamento.

Brenda negó con la cabeza.

—Soy yo la que lo siente. Sé lo que Fyfe significaba para ti.

Harlow tragó saliva.

—No era la persona que yo creía, pero eso no hace que duela menos.

—Lo sé —repuso comprensiva.

Ambas mujeres se mantuvieron la mirada. Habían tenido diferencias y nunca fueron amigas, pero en ese instante sintieron la unión que el dolor compartido puede sembrar.

—Haced que retiren el cuerpo de este traidor —ordenó Connor.

—Lo haremos —dijo su abuelo, que aún permanecía junto a Athol.

—Ayuda a la curandera a atender a Athol —le pidió a su madre al ver a la anciana llegar junto a Alec.

Harriet asintió, pero no emitió palabra alguna.

Connor se volvió hacia Harlow y rodeó su cintura con el brazo para conducirla fuera del despacho hasta llevarla a una de las salas. Allí la ayudó a sentarse en un sillón junto a un ventanal desde donde se podía contemplar la luna llena.

—Déjame ver dónde te ha herido ese malnacido.

—No es nada, de verdad.

—Aun así, insisto.

Harlow respiro hondo y se bajó el camisón de un hombro, dejando a la vista la herida que la hoja de la espada le hizo. Connor se aproximó para ver de cerca el corte. No parecía demasiado profundo.

—Lo que has hecho esta noche… —murmuró a la vez que la cubría de nuevo—. Fue mucho más que valentía. Hiciste justicia y demostraste tu fuerza. Creo que en toda mi vida no he admirado a nadie más de lo que te admiro a ti —declaró mirándola a los ojos.

Se inclinó sobre ella hasta que sus labios tocaron los de la joven. Era un beso lento cargado de promesas y amor. Un beso que no buscaba consolarla, solo decirle: te veo, te elijo, te amo…

Harlow cerró los ojos permitiendo que el torrente de sentimientos que había dentro de ella saliera a la luz. Notaba el calor de la boca de su esposo, su amor en la forma en que sus manos la acercaban a su cuerpo con firmeza y en el latir acelerado de su propio corazón.

Lo amaba profundamente.

Y fue esa certeza la que le trajo a la mente la promesa que le hizo a Fia. En unos meses debería abandonarlo. Irse lejos y destrozarle el corazón y, de paso, también el suyo.

Su alma se debatía entre el deseo de quedarse junto a su esposo para siempre y el miedo a que, si lo hacía, tuviera consecuencias.

«Cuanto más tiempo pase a su lado, más nos dolerá cuando me aleje», pensó con pesar.

Por primera vez en su vida, valoró romper una promesa.

—¿Connor? —la voz somnolienta de Riley los hizo separarse de golpe.

La niña los miraba desde la puerta, con el cabello dorado revuelto y sus enormes ojos verdes entrecerrados por el sueño. Llevaba puesto un camisón de lino en tono rosa pálido y arrastraba una manta que se enredaba en sus pies descalzos.

—Riley, ¿qué haces despierta? —preguntó su hermano aproximándose para alzarla en brazos.

—Oí gritos y me asusté —reconoció.

Él le dedicó una sonrisa tierna.

—No tienes que preocuparte de nada, todo está bien.

—¿Harlow también? —insistió al apreciar su camisón manchado de sangre.

—Sí, claro que sí. Solo… ayudamos a una de las vacas a parir. La sangre no es suya —inventó para no alarmarla.

La joven forzó una sonrisa, no obstante, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Riley ya había sufrido bastante. Estuvo al borde de la muerte, golpeada por la sombra de un secreto que no le pertenecía.

Connor acarició el cabello de su hermana.

—¿Recuerdas lo que te digo siempre?

La pequeña asintió.

—Que mientras tú vivas, nadie me hará daño —coreó.

Su hermano asintió también.

—Te di mi palabra y sabes que nunca la romperé.

Harlow los miraba y escuchaba con un nudo en la garganta. No podía arriesgarse a que algo malo le sucediera a Riley, y que, por vivir su historia de amor con Connor, esa niña pudiera sufrir daño alguno.

Amar a su esposo no era solo una elección personal, también una responsabilidad, y el precio de quedarse podía ser demasiado alto.

—Te llevaré con madre —le decía Connor a su hermana en ese momento—. Ella te acompañará a tu cuarto, e incluso, puedes pedirle que se quede un rato contigo, ¿de acuerdo?

La niña sonrió.

—De acuerdo.

—Enseguida vuelvo —repuso su esposo antes de salir con su hermana de la sala.

En cuanto se quedó a solas, se puso en pie y secó con rabia una lágrima furtiva que resbalaba por su mejilla.

Respiró hondo para intentar contener sus emociones. Alisó su camisón, irguió la espalda y compuso una expresión serena. Tenía que parecer fuerte y decidida, aunque por dentro estuviese rota.

Cuando Connor regresó a la sala, la encontró junto al ventanal observando con fijeza la luna.

—Debes estar cansada después de tantas emociones —comentó acercándose a ella—. ¿Quieres que te acompañe a la alcoba?

Harlow se giró hacia él con expresión seria.

—Quiero regresar a mi clan.

El *highlander* compuso una expresión de sorpresa.

—¿Quieres ir para explicar lo que ha sucedido con Fyfe?

—No —negó con firmeza—. Ya no tiene sentido que siga aquí. Ya se hizo justicia, sé quién mató a mi hermano. Ese fue el motivo por el que acepté nuestra unión de manos. Este no es mi lugar, mi sitio se encuentra junto a mi familia.

Connor frunció el ceño, descolocado.

—¿De qué hablas? ¿Qué hay de lo que hemos vivido? Lo que sentimos el uno por el otro. ¿Eso tampoco tiene ya sentido para ti?

Harlow le mantuvo la mirada e hizo acopio de todas sus fuerzas.

—He estado confundida. En los últimos meses he vivido demasiadas emociones, ni yo misma sabía lo que era real y lo que no. Tú calmaste esa rabia visceral que sentía y el deseo constante de encontrar al asesino de mi hermano. Confundí gratitud con amor, pero ahora que he descubierto la verdad y he hecho justicia, me doy cuenta de que no fue más que un espejismo. Fuiste mi refugio, eso es todo.

Por el rostro de Connor pasaron varias emociones: dolor, incredulidad, rabia y decepción.

—No creo que sea el mejor momento para que tomes una decisión tan importante —indicó con la voz ronca—. Quédate hasta que termine nuestra unión de manos. Después, ya decidirás qué quieres hacer.

A la joven le dolía el pecho como si algo dentro de ella se desgarrara. Aun así, su voz sonó firme y clara cuando dijo:

—Ya he perdido demasiado tiempo, a demasiadas personas… No me quites también la libertad de elegir mi futuro.

Su esposo dio un paso atrás, como si aquellas palabras lo hubieran golpeado. El dolor que su rostro reflejaba era evidente, sin embargo, asintió.

—Está bien, si ese es tu deseo, puedes marcharte.

—Gracias —susurró al borde del llanto.

Connor la miró una última vez, con intensidad, como si quisiera memorizar cada uno de sus rasgos. Luego se dio media vuelta y salió de la sala en silencio.

Harlow dio un paso adelante, tentada a detenerlo y contarle la verdad, pero se detuvo. Le estaba protegiendo de que sufriera aún más dolor y, de paso, también a sí misma.

Un sollozo ahogado escapó del fondo de su garganta. Se cubrió el rostro con las manos y lloró. Lloró por lo que pudo ser entre ellos y no fue, por lo que tenía que dejar ir, por ese amor que era imposible, pero aun así refulgía más fuerte que nunca dentro de su corazón.

Porque, a veces, elegir lo correcto podía ser lo más difícil y doloroso.

CAPÍTULO 37

Harlow no fue capaz de dormir en toda la noche. Se dedicó a guardar sus cosas en baúles para no tener que regresar nunca más.

Tenía los ojos enrojecidos a causa de las lágrimas derramadas, no obstante, su expresión se mantenía serena. Había decidido que, cuando amaneciera, dejaría la autocompasión atrás y se centraría en regresar a casa y ayudar a sus hermanos a recomponer su clan tras la pérdida de su padre.

Unos firmes golpes en la puerta hicieron que se volviera hacia ella. Su corazón se aceleró ante la perspectiva de que fuera Connor.

—¿Quién es?

—Soy Ogilvy —respondió su fiel amigo.

La joven avanzó hacia la puerta y la abrió. Los ojos del hombretón se dirigieron hacia los baúles que había a sus espaldas.

—Así que es cierto —comentó sorprendido—. Nos vamos.

—Regresamos a casa.

Ogilvy observó su expresión con fijeza.

—Creía que habías llegado a ver esta tierra como tu hogar —dijo con sinceridad.

Harlow desvió la mirada.

—Ya no hay nada que me retenga aquí.

—¿Es cierto que Fyfe…, que él…? —no era capaz de formular la pregunta.

Ella asintió.

—Así es. Él era el traidor que trajo la desgracia a mi familia —respondió de manera vehemente—. Me lo confesó antes de matarlo.

El rostro de Ogilvy se contrajo con pesar.

—Siempre lo consideré un buen amigo.

—Yo también —corroboró—. Lo quise como a un hermano. Fue mi apoyo y mi confidente cuando perdí a Shaw.

—¿Por eso quieres irte?

Harlow negó con la cabeza.

—Nada de esto tiene que ver con él.

—Entonces, ¿qué sucede?

—Debo marcharme, Ogilvy. Ha de ser así —su voz se oía afectada—. En este momento es lo único que puedo decirte.

El guerrero MacDonald asintió y se cuadró de hombros.

—Es lo único que necesito saber.

—Gracias.

Ogilvy hizo una inclinación con la cabeza y pasó a la alcoba para cargar algunas de sus cosas con el único brazo que tenía.

—Prepararé los caballos para la partida.

Harlow se mantuvo en silencio y agradeció no estar tan sola como se sentía.

***

Cruzó el umbral de aquella alcoba que albergaba bonitos recuerdos que permanecerían para siempre en su corazón.

Mantenía el rostro sereno y la espalda recta a pesar de todas las lágrimas derramadas la noche anterior. Solo le quedaba mantener la fachada fría, que era su escudo protector, hasta que abandonara el clan Cameron.

—A Fyfe no era al único que se le daba bien fingir —dijo la voz de Brenda a su espalda—. Parece que es una especialidad de los sucios MacDonald.

Harlow se volvió hacia ella con lentitud. Podía ver como los ojos azules de la joven refulgían cargados de rabia.

—Necesitaba descubrir quién asesinó a mi hermano.

—Y para ello destrozaste al mío —sentenció a la vez que avanzaba hacia ella—. Por un momento me engañaste y llegué a pensar que me había equivocado contigo. Que latía un corazón noble bajo tanta hostilidad, pero no. Siempre tuve razón. No eras más que una víbora que se coló en la madriguera de los conejos.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como una bofetada. Aun así, Harlow trató de mostrar indiferencia.

—Mi intención nunca fue destruir a nadie.

—Solo fue engañarnos a todos —repuso con una mirada de desprecio—. Por suerte, ya te vas y desapareces de nuestras vidas para siempre.

Pasó por delante de ella con el mentón alzado, sintiéndose mejor persona que Harlow, y no podía culparla. Para esa familia ella quedaría como una mala pécora que había jugado con los sentimientos de Connor.

—¿Ya te vas? —la pregunta de Sheena la sobresaltó.

Estuvo tan centrada en Brenda que no notó su presencia.

—Regreso a casa —respondió.

La joven sirvienta asintió.

—Llegué a creer que te quedarías con nosotros.

Harlow tragó el nudo que se formó en su garganta. Sheena se había convertido en su amiga y le costaba mentirle a ella también.

—Ya nada me retiene aquí.

—¿Ni siquiera el amor? —clavó sus grandes ojos marrones en ella—. Porque yo vi amor en ti cuando hablabas de nuestro *laird*.

Hubo un silencio breve, antes de que Harlow avanzara hacia ella y la abrazara, a la vez que trataba de no quebrarse.

—Gracias por tu amistad. Mi estancia aquí hubiera sido mucho menos agradable sin ti. Nunca te olvidaré, Sheena.

—No hice nada especial.

Harlow se separó un poco de ella y sonrió con tristeza.

—Claro que lo hiciste —insistió—. Me acogiste cuando nadie confiaba en mí. Lamento si te decepcioné.

—No me has decepcionado, Harlow —aseguró—. Sin embargo, voy a echarte de menos.

—Yo también a ti —susurró—. Cuídate mucho, y si algún día necesitas cualquier cosa, sabes que en el clan MacDonald siempre serás bien recibida.

Sheena asintió emocionada.

Harlow le dedicó una última sonrisa antes de comenzar a bajar las escaleras. Al llegar al patio vio que el carro ya estaba cargado con algunas de sus cosas, junto a los caballos que resoplaban con impaciencia.

—Iremos a por el resto de tus baúles —dijo Ogilvy, que entró al castillo acompañado de un guerrero Cameron.

—Así que es cierto, nos dejas —comentó Alec con esa sonrisa despreocupada tan suya.

—Por fin vuestro clan volverá a estar en calma.

El joven guerrero rio.

—Me gustaba el encantador caos que representaba tu presencia.

—Gracias por todo, Alec. Me alegro mucho de haberte conocido.

Él asintió.

—Y yo a ti. No todos los días uno conoce a una mujer capaz de hacer templar el suelo que pisa.

Harlow no pudo evitar sonreír.

—Te deseo suerte.

—La necesitaré. Esta mañana llegó una carta del *laird* Henderson. Está dispuesto a sellar la paz si me convierto en el esposo de su hija. Así que, ya ves, tú regresas a casa y yo me voy directo al altar. ¿Qué mayor castigo hay?

La joven puso los ojos en blanco.

—Eres incorregible, Alec Cameron.

—Y tú inolvidable, Harlow MacDonald —con este último comentario, le guiñó un ojo y se alejó.

Harlow siguió avanzando hacia el carro, donde se encontraban Harriet, Riley y Lamont. La pequeña se soltó de la mano de su madre y corrió hacia ella.

—¿Por qué te marchas? —inquirió en tono de reproche.

La muchacha se arrodilló frente a ella.

—Tengo que volver con mi familia.

—Nosotros también somos tu familia ahora. —Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. No quiero que te vayas.

—Lo sé, pequeña, pero debo hacerlo.

—¿Por qué? —insistió.

—No puedo seguir aquí por más tiempo. Sé que es difícil de entender, solo espero que no me odies.

Riley bajó la mirada y tendió una mano hacia ella.

—Ten. —Puso una piedra blanca y redonda sobre la palma de Harlow—. Es mi piedra de la suerte. Quiero que sea tuya, para que, vayas donde vayas, no te olvides de mí.

Harlow, con el corazón encogido, la llevó hacia su pecho.

—Jamás te olvidaré.

Se sentía al borde de las lágrimas, pero hizo acopio de todas sus fuerzas para no derramarlas.

Levantó la mirada y sus ojos se toparon con los fríos de Harriet. Permanecía inmóvil, con los brazos cruzados y una expresión dura en su atractivo rostro.

No le dijo nada con palabras, pero no hacía falta. Su actitud ya le hacía saber todo lo que pensaba de ella.

Cuando se separó de la niña, su madre la tomó de la mano para marcharse hacia el castillo. Estaba claro que respetó el deseo de su hija de querer despedirse, a pesar de la poca estima que en ese momento sentía por ella.

Entonces le tocó enfrentarse a Lamont. Por primera vez desde que lo conociera, el anciano no le dedicó una sonrisa.

—No lo entiendo, muchacha. Yo vi amor de verdad entre mi nieto y tú. De ese tipo de amor que echa raíces en el corazón y del

que es imposible desarraigarse.

Harlow bajó la mirada.

—Quizá te equivocaste.

Lamont la estudiaba con atención, como si quisiera ver más allá de sus palabras.

—Soy demasiado viejo para que intentes engañarme, muchacha.

Levantó la vista y negó con la cabeza.

—A veces el amor no basta.

El anciano entrecerró los ojos.

—No sé qué esconden tus palabras, solo reconozco que se me hace difícil verte partir. Siempre creí que eras justo lo que mi nieto necesitaba.

Ella sonrió con dulzura.

—Echaré de menos tus sabios consejos. No sabía lo que era tener un abuelo hasta que te conocí.

Sin pensarlo demasiado, lo abrazó. El hombre la rodeó con sus brazos.

—Cuídate, muchacha.

—Y tú —respondió con congoja—. Y cuida también de Connor. No dejes que mi partida lo endurezca, aún le quedan muchas cosas buenas por vivir.

Connor era el único que no estaba allí para despedirse, y no podía culparlo. Le había roto el corazón con su partida, era consciente de ello.

Ogilvy y el guerrero Cameron cargaron sus cosas en la carreta. Harlow se separó de Lamont y montó a lomos de su caballo.

Se despidió del anciano una última vez y espoleó al semental para que avanzara. Mantuvo la vista fija al frente. Si la volvía atrás, temía que le fuera imposible alejarse.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin que fuera capaz de contenerlas por más tiempo. No sollozó, no se quebró, solo liberó su dolor de manera silenciosa.

Amaría a Connor para siempre, lo sabía. No en forma de promesa o de lo que pudo ser y no fue, sino como un sentimiento verdadero que se mantendría en su sangre, en sus silencios, en sus sueños y en cada decisión que tomase a partir de ese momento.

Porque hay amores que no necesitan ser largos para convertirse en eternos.

***

Connor permanecía de pie junto a la ventana de su alcoba, oculto entre las cortinas. Desde allí podía verla alejarse, mientras el viento agitaba su larga melena negra.

No miró atrás ni una sola vez.

Él tampoco bajó a despedirse, porque no habría podido dejarla marchar si la hubiera tenido cerca.

Pensó en suplicarle que no se fuera, pero no lo hizo. No quería mendigar por su amor. Deseaba que lo amara por él mismo, y si para ella eso no era suficiente, no tenía sentido retenerla.

Recordaría por siempre su sonrisa, el modo en que echaba la cabeza hacia atrás cuando reía, su fuerza… No podría olvidar nada de ella. De la mujer que le robó el corazón y lo destrozó sin contemplaciones.

Aun así, tenía la certeza de que no amaría a nadie más como a Harlow.

Cerró los ojos, apretó los puños y dejó que el silencio lo envolviera.

Porque la quería tanto que estaba haciendo lo más difícil que hizo jamás: dejarla marchar.

CAPÍTULO 38

Habían pasado dos semanas desde que Harlow se marchó y parecía que una niebla constante se había instalado en las tierras de los Cameron, del mismo modo que en el corazón de Connor, que no había vuelto a sonreír desde entonces.

Hacía vida normal. Entrenaba con el resto de guerreros, comía junto a su familia y lideraba el clan con firmeza, sin embargo, parecía haber perdido la capacidad de ser feliz.

Estaba presente, cumplía sus obligaciones y respondía cuando le pedían opinión, pero su mirada estaba apagada. Se le veía observando el horizonte como si la buscara de algún modo.

Cada noche, entraba en la alcoba que ocupó Harlow. Aún olía a ella y eso, en cierto modo, lo reconfortaba.

Se preguntaba si estaría bien y si en algún momento pensaría en él. Era el único momento del día en que se permitía aquella debilidad.

Cuando amanecía, se ponía su armadura de fortaleza, esa que no dejaba a los demás ver que su corazón se desangraba a cada instante que permanecía separado de su esposa.

Entró en la sala de reuniones donde había quedado con los ancianos del clan. En pocas semanas, Alec y Fenella Henderson se casarían y quería que todos estuvieran de acuerdo con el pacto que hizo con Gowan.

Su abuelo y el tío Athol también estaban allí, reunidos en torno a la mesa larga junto a los ancianos. Cuando lo vieron entrar, todos se quedaron en silencio.

Connor era consciente de que era el centro de las habladurías de todo el mundo. El *laird* abandonado por su mujer. Menuda

comidilla debía ser.

—Buenos días —dijo para romper la tensión que reinaba en el ambiente.

Los presentes le devolvieron el saludo con cortesía. Sin embargo, Bruce, con su habitual temperamento impulsivo, se puso en pie y dio un golpe en el suelo con su bastón, como era costumbre en él.

—¡Maldita sea, muchacho! ¿Es que eres un necio rematado?

Connor enarcó una ceja.

—Intuyo que te alegras de verme —ironizó.

—Es que no te entiendo —repuso avanzando hacia él—. ¿Cómo pudiste dejarla marchar?

El resto de los ancianos comenzaron a murmurar.

Connor se tensó.

—¿Y qué debería haber hecho? ¿Atarla a la cama? ¿Encerrarla en las mazmorras?

—Debiste haberla azotado para que aprendiera a comportarse como una esposa de verdad —respondió Munro, uno de los ancianos.

—Esa mujer no sabía lo que significaba respetar la autoridad —decretó Jarith, otro de ellos.

—¡Ya está bien! —bramó Bruce—. Es cierto que todos la juzgamos. Yo el primero. La miramos con desconfianza, la tratamos como una amenaza para nuestro clan, y, sin embargo, ella arriesgó su vida por salvar la mía.

»Los lobos me rodearon y ella no dudó un solo segundo en intervenir. Incluso salió herida. Me demostró que no era como yo la había prejuzgado. Es una mujer valiente, leal y con más honor que muchos hombres que he conocido. —Se giró hacia Connor—. Por eso no entiendo que permitieras que se fuera.

—Ella eligió hacerlo.

—Y tú decidiste no detenerla —contraatacó.

—Que te salvara de una manada de lobos no la convierte en uno de los nuestros —repuso de nuevo Jarith—. Como decía mi padre, no se puede confiar en quien no echa raíces.

—La muchacha echó raíces en nuestras tierras —siguió defendiéndola Bruce—. Peleó junto a nuestros guerreros contra los Henderson y fue la que encontró a la pequeña Riley. ¿Qué más debe hacer para ganarse vuestro respeto?

—Por lo pronto, no dejar a nuestro *laird* en ridículo abandonándolo —terció Munro—. ¡Esa muchacha tiene muy poca vergüenza!

Connor lo fulminó con la mirada. Sus ojos, hasta entonces apagados, brillaron con rabia.

—No os permito que descalifiquéis a Harlow delante de mí —sentenció con voz firme—. No es perfecta, pero ¿quién lo es? Llegó a este clan con ganas de hacer justicia, y pese a haberse equivocado de persona, demostró su valentía y determinación. Ha vivido aquí rodeada de gente que no confiaba en ella y enfrentó nuestra desconfianza con la cabeza alta.

—Y no solo eso —añadió Bruce—. Trajo alegría a estas tierras. Salvó la vida de Riley, de algunos miembros del clan durante la batalla con los Henderson y también la mía. Harlow MacDonald no fue nuestra enemiga, como muchos pensamos, fue una aliada valiente y leal.

»No todos supimos verlo a tiempo, pero eso no cambia lo que es.

—Por fin te veo hacer algo bueno, Bruce —dijo Lamont en tono burlón—. Ya era hora. Ha costado que la verdad entrara en tu cabeza de chorlito, pero nunca es tarde si la dicha es buena. —El aludido bufó, pero no lo contradijo—. A mí también me pareció muy extraño que Harlow quisiera marcharse de modo tan precipitado. Yo vi amor hacia mi nieto en ella. Por eso, sabía que ese comportamiento no venía de la nada.

Connor miró a su abuelo con los ojos entrecerrados, intuyendo que sus palabras escondían algo.

—¿Qué quieres decir?

Lamont se puso en pie y avanzó hacia su nieto.

—Desde que la muchacha partió, no dejé de darle vueltas a su actitud y las palabras que me dijo en nuestra despedida. Así que fui a hablar con la persona que sé que siempre tiene todas las respuestas.

Abrió la puerta y Fia entró en la estancia. Todos la observaron con desconfianza porque sabían de las leyendas de que aquella anciana era una bruja y, en cierto modo, la temían.

—Espero no interrumpir —dijo la mujer con calma.

—¿Qué tiene que ver Fia con todo esto? —inquirió Connor, desconcertado.

—Todo —contestó su abuelo—. No obstante, creo que es mejor que sea ella quien te lo cuente.

—Yo fui la causante de que Harlow te abandonara.

Un murmullo asombrado se extendió por la estancia.

—Explícate —exigió Connor con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo.

—La muchacha vino a mí para poder encontrar a la pequeña Riley. Yo sabía cómo hallarla, sin embargo, le pedí una cosa a cambio.

A Connor le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué le pediste?

—Le dije que me prometiera que cuando llegara el fin de vuestra unión de manos, debía marcharse, fueran cuales fueran sus sentimientos hacia ti.

—¿Por qué ibas a hacerle prometer algo semejante? —inquirió con rabia contenida.

—Era la única forma de que os dierais cuenta de verdad que vuestro amor es real —respondió sin titubeos—. Os unisteis en circunstancias extraordinarias, por obligación. Si Harlow no se hubiera ido, dentro de unos años os habríais planteado si estabais

juntos solo por eso. Porque las circunstancias os empujaron a ello, y así no podríais ser realmente felices.

Connor trataba de asimilar aquella información.

—¿Y Harlow aceptó? —preguntó confundido.

Fia asintió con solemnidad.

—Estaba tan preocupada por la niña que no se hubiera negado a hacer cualquier sacrificio a cambio de poder salvarle la vida.

El *laird* no sabía qué pensar.

—Pero… se fue antes de que terminara nuestra unión de manos.

—Y esa es la mayor muestra de amor —aseveró la anciana—. Prefirió renunciar a unos meses más a tu lado para que, cuando os separarais, no doliera tanto. Ni a ti, ni a ella, ni a nadie.

Connor se pasó las manos por el rostro. Sentía que sus emociones estaban a punto de desbordarse.

—Se sacrificó por Riley —murmuró asombrado.

—Así es —afirmó Fia—. Y al perderos durante estos días podréis entender que lo que en realidad necesitáis es hacer el camino de la vida juntos. Que vuestro amor es verdadero y no algo impuesto. A veces, amar también es renunciar. De hecho, creo que es el mayor acto de amor.

En ese instante Connor comprendió que Harlow no lo abandonó. Por el contrario, aquello había sido otra muestra más del corazón noble y leal que poseía. No dudó en sacrificarse por Riley y, de ese modo, no solo la salvó a ella, sino a toda la familia.

Con la misma valentía que llegó al clan, enfrentándose al que creía que era el asesino de su hermano, se marchó. Con la cabeza alta y el corazón destrozado, mostrando que ser una guerrera no era solo saber blandir la espada, también mantenerse firme en los momentos en los que nada más te apetecería gritar.

—No lo pienses más y ve a por ella, muchacho —intervino Bruce con voz cálida, algo que no solía pasar—. Yo perdí al amor de mi vida por no atreverme a luchar lo suficiente. El orgullo me detuvo y me he lamentado por ello toda mi vida. —Colocó una mano sobre

su hombro de manera paternal—. No permitas que te ocurra lo mismo.

Connor lo miró como si, por primera vez, viera al verdadero Bruce. El que se escondía tras sus gruñidos y ceños fruncidos. Al hombre que había sufrido por amor. Y supo que él no quería seguir sus pasos.

—No voy a permitirlo. Cuando Harlow se fue, se llevó una parte de mi corazón con ella y pienso recuperarlo. La traeré de vuelta a casa o me quedaré con ella, porque donde esté mi esposa estará mi hogar.

EPÍLOGO

El viento que soplaba con suavidad entre las tumbas arrastraba un olor a tierra húmeda y el sonido de las hojas de los árboles al agitarse.

Harlow caminaba sola, con un pequeño ramo de flores silvestres en las manos. Sus pasos la guiaban hasta las tres lápidas que se alineaban bajo la sombra de un gran roble.

Se detuvo frente a ella y se arrodilló con cuidado para repartir las flores entre las tres.

—He vuelto —susurró con los ojos brillantes.

El silencio fue su única respuesta y pesaba como una losa sobre su corazón.

Alzó una mano y la posó sobre la piedra donde estaba tallado el nombre de su hermano.

—Creí que descubrir quién te arrebató la vida y hacer justicia traería paz a mi mente, pero no ha sido así —reconoció—. Sigo sintiéndome vacía…, como si algo me faltara. Solo noté que ese hueco se llenaba cuando estuve con Connor —se le quebró la voz—. Lo amo, Shaw. Lo amo como nunca pensé que pudiera amar a nadie.

»Cuando te perdimos, creí que también se esfumó mi capacidad de sentir emociones más allá de la rabia y del odio. No obstante, Connor me devolvió la posibilidad de amar y ser feliz. —El viento sopló más fuerte y agitó su larga melena negra, como si el bosque quisiera responderle. —Te echo tanto de menos —reconoció —. A ti, a madre y a padre. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero no es cierto. Solo mitiga el dolor para que podamos seguir adelante. Sin embargo…, yo… —Un sollozo ahogado escapó del fondo de su

garganta—. No sé si ahora podré seguir adelante. Sin vosotros, sin Connor… ¿Cómo puedo continuar viviendo si mi corazón no está aquí conmigo? Se lo entregué a él y jamás podré recuperarlo.

De pronto, una voz detrás de ella la sobresaltó:

—Yo también te amo, Harlow. Creo que lo hice desde el primer momento en que te vi, a pesar de que trataras de matarme.

La joven se giró con brusquedad, apenas era capaz de respirar. No podía creer lo que veían sus ojos. Ante ella estaba el hombre por el que había llorado cada noche desde que se separaron.

Se puso en pie con lentitud.

—¿Qué haces aquí? —susurró sin aliento.

Connor permanecía erguido, con la capa cubriendo sus anchos hombros, el cabello revuelto por el viaje a caballo y sus ojos verdes fijos en ella, como si temiera que, al parpadear, volviera a desaparecer.

—Sé por qué te fuiste —dijo avanzando hacia su esposa—. Lo de Fia…, tu promesa…

El rostro de Harlow palideció.

—¿Quién te lo dijo?

—La misma Fia —respondió—. Lamont no entendía por qué decidiste marcharte, así que fue a hablar con ella. Después la trajo frente a mí y al consejo de ancianos para que nos explicara todo. Tu sacrificio por Riley. —Alzó una mano y la posó sobre la suave mejilla de la muchacha—. Gracias por salvar a mi hermana a pesar de lo que significaba.

Ella bajó la mirada.

—No quería que te enteraras y menos así.

—Me alegro de haberlo hecho, porque eso me hizo poder entenderte y saber que lo que yo noté entre nosotros era real. Fue tan duro perderte. Respeté tu decisión, a pesar de que eso me destrozaba. No obstante, ahora sé que fue el mayor acto de amor que pudiste hacer.

Harlow volvió a mirarlo con sus ojos ambarinos brillantes a causa de las lágrimas contenidas.

—Entiendo el dolor que te causé y lo lamento.

—No tienes nada que lamentar, mi amor. Fia hizo que nos separásemos para que nos diéramos cuenta de que nuestro amor era real, no algo que nos impusieron a causa de lo que sucedió la noche que irrumpiste en mi alcoba decidida a cortarme el cuello —sonrió con picardía.

La muchacha puso los ojos en blanco.

—Nunca me dejaréis olvidar eso.

—No, no lo olvidarás. Ni yo tampoco, porque fue lo que te trajo a mí. Aunque ahora pienso que, de un modo u otro, hubiéramos acabado encontrándonos, porque nuestro destino es estar juntos. Tú me completas, Harlow. Eres mi alma gemela. La persona que me hace estremecer y sentir de un modo que nadie más consigue.

»Eres mi aire, mi norte y mi hogar. Sin ti, mi vida se convierte en un desierto y yo quiero beber de tu manantial para siempre.

Harlow no pudo contener por más tiempo las lágrimas y estas resbalaron por sus mejillas.

—Creí que, si te dejaba libre antes de que acabara nuestra unión de manos, te dolería menos y lograrías olvidarte de mí. Yo sabía que no lo haría. No ha habido un solo día en que no anhelara tu olor, los latidos de tu corazón bajo mi oreja cuando mi cabeza reposa sobre tu pecho… He extrañado todo de ti, Connor Cameron. Te has colado bajo mi piel y te amo con todo mi ser.

Él la besó con necesidad. Eran dos amantes que, tras perderse, se reencontraban y celebraban un nuevo comienzo.

—Te amo, mi guerrera —murmuró contra sus labios—. Te amo con todo lo que soy, con lo que fui antes de conocerte y con lo que seré en este futuro que crearemos juntos.

—Me da miedo volver al clan —reconoció.

Connor enarcó una ceja.

—Harlow MacDonald, ¿miedo? No puedo creerlo.

—Tu familia debe odiarme.

Él negó con la cabeza y sonrió.

—Todos saben lo que hiciste por Riley. No te odian, te están agradecidos —le aseguró—. Fue el mayor acto de amor que podrías hacer por nuestra familia.

La joven rodeó su cuello con los brazos y le devolvió la sonrisa.

—En ese caso, llévame de vuelta a casa, mi *highlander*.

Connor la alzó en brazos y la besó de nuevo.

—Te llevaré conmigo porque pienso vivir cada instante de mi vida a tu lado.

Los pasos del *laird* comenzaron a alejarlos de las tumbas con la promesa de un futuro feliz juntos. Su unión se había sellado, no por pactos o alianzas, tampoco por obligación. Solo eran dos almas que se habían elegido con libertad y amor.

Entonces, el viento se alzó como una ráfaga suave y cálida, que Harlow sintió en el rostro a modo de caricia invisible.

«Estoy orgulloso de ti. Sé muy feliz, mi niña valiente».

La voz de Shaw flotó en el ambiente, como un eco en la eternidad.

Y así, en lo alto del valle, dos amantes se convirtieron en uno solo. Como una llama que no se apagaría con el tiempo. Vivirían una historia que sería contada por los bardos junto al fuego.

Porque hay amores que no solo se sienten, se recuerdan y se celebran durante años, hasta convertirse en leyenda.

FIN

BOOKS BY THIS AUTHOR

La Cautiva Del LAIRD

Cuando su hermano le ordenó casarse con el laird Hunter, un hombre de aspecto aterrador y con el rostro marcado por unas feas cicatrices, Morrigan decidió escapar para pedir cobijo en el clan de su mejor amiga.

Llevaba poco tiempo de camino cuando se cruzó con un grupo de bandidos que trataron de abusar de ella. Pese a defenderse con arrojo, la superaban en número y fuerza. Por suerte, el laird de las tierras en las que estaban apareció y la rescató.

Duncan observaba a aquella preciosa joven, sin acabar de entender qué hacía sola y desprotegida. Se sentía tentado a acompañarla hasta su destino para asegurarse de que llegara sana y salva, pero todo cambió cuando, entre sus cosas, halló un tratado firmado por su padre y que desapareció hacía años, causando a los Campbell bastantes problemas.

Seguro de que mentía al darle las explicaciones que le exigió, decidió llevársela cautiva hasta averiguar de dónde había sacado tan importante documento.

¿Podrá descubrir quién es en realidad esa misteriosa mujer?

¿Y será capaz de resistirse a la atracción que ejerce sobre él?

Hasta Que Llegaste Tú

Megan es la hija pequeña del laird MacLeod. Meg es una joven valiente, impulsiva y una experta con el arco, muy apreciada por toda la gente de su clan.Pero toda su vida cambia cuando su hermana Aline muere de forma repentina y tiene que tomar su lugar de ser desposada por Ian, laird de los Mackenzie.
Aquella boda había sido pactada hacía muchos años para traer la paz a sus respectivos clanes y no llevar la unión a cabo, podría poner fin a dicha tregua.Pero Megan no se parece en nada a su dulce y sumisa hermana mayor, por lo que Ian deberá aprender a lidiar con aquella pelirroja, tan terca como decidida.

¿Serán capaces de entenderse?
Sin duda Ian deberá recordar que jamás se puede enjaular a un ave salvaje.

El Demonio Escocés

Tras varios años de enfrentamientos entre ingleses y escoceses, los reyes Etelredo y Edgardo decidieron que sería bueno comenzar a unir sus reinos a base de enlaces entre algunos importantes lairds y damas inglesas de buena buena cuna.
Ese es el motivo por el que Broc, que jamás pensó en volver a contraer matrimonio, viaja a una tierra que odia para ir en busca de la prometida que han elegido para él. Lo que no esperaba era que la damita inglesa que él creía que encontraría, es en realidad una belleza deslumbrante, de lengua afilada y más terca que una mula. Willow, por su parte, está furiosa por tener que unirse a aquel gigante escocés con aspecto de salteador de caminos y que parece fulminarla con sus ojos negros cada vez que la mira.

¿Podrán llegar a entenderse?

Y lo más importante, ¿aquel fuego que parecía nacer dentro de ellos cada vez que estaban juntos acabaría consumiéndoles?
